The background is a solid yellow color. At the top, there is a decorative border with a repeating floral pattern in a lighter yellow shade. At the bottom, there is a decorative border with a repeating floral pattern in a light blue shade. The title 'TIGRE BLANCO' is written in large, white, bold, sans-serif capital letters. The letters 'I' and 'O' in 'TIGRE' have a red dot in the center. The author's name 'ARAVIND ADIGA' is written in red, bold, serif capital letters.

TIGRE BLANCO

ARAVIND
ADIGA

Lectulandia

Balram Halwai, alias Tigre blanco, sirviente, filósofo, emprendedor, asesino... durante siete noches, a la luz mortecina de un candelabro ridículo nos va a contar su historia.

Nacido en una villa en el corazón de la India, trabaja en una tienda de té. Mientras machaca carbón y limpia mesas, se va formando un sueño en su cabeza: el de escapar de la orilla del Ganges. Su gran oportunidad surge cuando un ricachón del pueblo lo contrata como chófer para su hijo, su nuera y los dos perritos de éstos. Detrás del volante del Honda, Balram alcanza a descubrir la ciudad de Delhi por primera vez y resulta una revelación: entre las cucarachas y los locutorios, los más de treinta millones de dioses, los barrios bajos, los centros comerciales y los interminables atascos, la reeducación de Balram comienza.

Lectulandia

Aravind Adiga

Tigre blanco

ePub r1.0

Maki 18.01.14

Título original: *The white tiger*
Aravind Adiga, 2008
Traducción: Santiago del Rey

Editor digital: Maki
ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Para Ramin Bahrani

LA PRIMERA NOCHE

Para:

Su Excelencia Wen Jiabao.
Oficina del primer ministro.
Pekín,
capital de China, país amante de la libertad.

De:

El Tigre blanco,
un hombre racional
y un empresario
radicado en el centro mundial de la tecnología y la subcontratación,
Electronics City Phase, 1 (junto a Hosur Main Road).
Bangalore, la India.

Señor primer ministro.

Muy señor mío:

Ni usted ni yo hablamos inglés, pero hay ciertas cosas que sólo pueden decirse en inglés.

La señora Pinky, o sea, la ex mujer de mi ex patrón, el difunto señor Ashok, me enseñó una de esas cosas; y esta noche, hace apenas diez minutos, o sea, a las 11.32, cuando la dama de All India Radio ha anunciado: «El primer ministro Jiabao vendrá la semana que viene a Bangalore», yo he soltado esa frase en el acto.

En realidad, la uso cada vez que algún gran hombre como usted visita nuestro país. No es que yo tenga nada en contra de los grandes hombres. A mi manera, señor, yo me considero uno de su especie. Pero cada vez que veo a nuestro propio primer ministro y a sus distinguidos secuaces dirigirse al aeropuerto con sus coches negros, bajarse y empezar a repartir *namastes* ante las cámaras de televisión, mientras les explican a ustedes lo santa y honesta que es la India, yo me veo obligado a usar esa expresión en inglés.

Entonces, Excelencia, viene usted a visitarnos esta semana, ¿no? La All India Radio suele ser fiable en estos asuntos.

Era un chiste, señor.

¡Ja!

Por eso quiero preguntarle directamente si es verdad que viene a Bangalore. Porque, si es así, tengo una cosa importante que decirle. La dama de la radio ha dicho: «El señor Jiabao llega con un objetivo: conocer Bangalore de verdad». A mí se me ha helado la sangre. Si alguien conoce Bangalore de verdad soy yo. Luego la dama ha añadido: «El señor Jiabao quiere reunirse con algunos empresarios indios y

escuchar de sus propias bocas la historia de su éxito».

Y a continuación se ha explicado un poco. Por lo visto, señor, ustedes están mucho más adelantados que nosotros en todos los sentidos, salvo en uno: ustedes no tienen empresarios. Y nuestra nación, aunque carece de agua potable, de electricidad, de alcantarillado, de transporte público, de sentido de la higiene, de disciplina:), de cortesía y de puntualidad, sí cuenta con empresarios. Miles y miles. Especialmente en el campo de la tecnología. Y esos empresarios —entre los que me incluyo— han creado todas esas compañías subcontratadas que son en la práctica las que hacen que funcione América hoy en día.

Usted quiere descubrir cómo «crear» unos cuantos empresarios chinos; por eso viene aquí de visita. Tal cosa me ha llenado de satisfacción. Pero luego se me ha ocurrido que, ateniéndose al protocolo, el primer ministro y el ministro de Asuntos Exteriores lo recibirán en el aeropuerto con guirnaldas de flores y pequeñas estatuillas de Gandhi en madera de sándalo, muy apropiadas para llevar a casa, así como con un folleto lleno de información sobre el pasado, el presente y el futuro de la India.

Ahí, señor, es cuando me he visto obligado a pronunciar esa frase en inglés. En voz alta.

Eso ha sido a las 11.37 de la noche. Hace cinco minutos.

Pero yo no me limito a soltar juramentos y maldiciones. Soy un hombre de acción y de progreso. Y ahí mismo he decidido empezar a redactar una carta para usted.

Para empezar, permítame expresarle mi gran admiración por esa antigua nación que es China.

Yo leí sobre su historia un libro titulado *Cuentos excitantes del Oriente exótico*, que descubrí en una acera en la época en la que procuraba ilustrarme recorriendo el mercadillo dominical de libros de ocasión de la Vieja Delhi. Ese libro trataba sobre todo de piratas y tesoros en Hong Kong, pero contenía también algunas informaciones de utilidad: decía que ustedes, los chinos, son grandes amantes de la libertad y de los derechos individuales. Los británicos intentaron convertirlos en sus criados, pero ustedes nunca se lo permitieron. Eso despierta mi admiración, señor primer ministro.

Yo también fui un criado, ¿sabe?

Solo hay tres naciones que no se han dejado dominar nunca por los extranjeros: China, Afganistán y Abisinia. Ésas son las tres únicas naciones que admiro.

A causa del respeto que me inspira el amor a la libertad demostrado por el pueblo chino, y también en la convicción de que el futuro del mundo depende del hombre amarillo y del hombre moreno (ahora que nuestro antiguo amo, el hombre blanco, se ha echado a perder entre actos de sodomía, consumo de drogas y teléfonos móviles), me ofrezco a decirle gratis toda la verdad sobre Bangalore...

Lo haré contándole la historia de mi vida.

Verá: cuando usted venga a Bangalore y se detenga en un semáforo, se acercará corriendo a su coche algún chico, llamará a su ventanilla y le ofrecerá una copia pirata de un libro de negocios americano, cuidadosamente envuelto en papel de celofán, con un título como: *¡Los diez secretos del éxito en los negocios!*, o bien, *¡Conviértase en empresario en siete días!* No malgaste su dinero en esos libros. Están muy pasados.

Yo, en cambio, soy el futuro.

En cuanto a formación, quizá tengo algunas lagunas. Nunca terminé el colegio, para decirlo sin rodeos. ¡Qué más da! No he leído muchos libros, pero sí he leído los que importan. Me sé de memoria la obra de los cuatro poetas más grandes de todos los tiempos: Rumi, Iqbal, Mirza Ghalib y un cuarto cuyo nombre no recuerdo ahora. Soy un empresario autodidacta.

La mejor clase, créame.

Cuando haya oído la historia de cómo llegué a Bangalore y de cómo me convertí en uno de sus hombres de negocios más exitosos (aunque probablemente de los menos conocidos), sabrá usted todo lo que hay que saber sobre cómo nace, se alimenta y se desarrolla el espíritu empresarial en este glorioso siglo XXI.

El siglo, más concretamente, del hombre amarillo y del hombre moreno.

Usted y yo.

Falta poco para medianoche, señor Jiabao. Un buen momento para charlar.

Yo me paso toda la noche levantado, Excelencia. En esta oficina mía de quince metros cuadrados no hay nadie más. Sólo yo y la lámpara de araña que cuelga del techo. Aunque esa araña tiene su propia personalidad. Es una cosa enorme, llena de pedacitos de cristal tallados en forma de diamante, igual que las que solían sacar en las películas de los años setenta. A pesar de que en Bangalore más bien hace frío de noche, he puesto un ventilador en miniatura —con cinco aspas caladas como telarañas— justo encima de la lámpara. Cuando lo enciendo, esas pequeñas aspas trocean la luz de la araña y la lanzan hecha añicos por toda la habitación. Igual que las luces estroboscópicas de las mejores discotecas de Bangalore.

¡Es el único espacio de quince metros cuadrados en Bangalore con su propia araña! Pero sigue siendo un cuchitril y yo me paso toda la noche aquí sentado.

La maldición del empresario. Debe velar por su negocio todo el tiempo.

Ahora voy a poner en marcha el ventilador para que la luz de la araña se ponga a girar por toda la habitación.

Me siento relajado, señor. Espero que usted también lo esté.

Empecemos.

Pero antes, señor, una cosa más: la expresión inglesa que yo aprendí de la señora Pinky, la ex mujer de mi ex jefe, el difunto señor Ashok, es: «Vaya chiste de mierda».

Yo ya no veo películas en hindi —por principio—, pero en la época en que sí lo hacía, antes de empezar la película surgía en la pantalla oscura el número 786 —los musulmanes creen que se trata de un número mágico que representa a su dios—, o bien se veía la imagen de una mujer con sari blanco, chorreante de monedas de oro, que es la diosa Lakshmi de los hindúes.

Entre la gente de mi país, es una antigua y venerada tradición empezar una historia rezando a un Poder Superior.

Supongo, Excelencia, que debería empezar besándole el culo a algún dios.

Pero ¿a cuál? Hay tantas opciones...

Verá: los musulmanes tienen un dios.

Los cristianos tienen tres.

Y nosotros, los hindúes, tenemos 36 000 000 de dioses.

Lo cual arroja un total de 36 000 004 culos divinos entre los cuales puedo escoger.

Algunos, y no sólo hablo de comunistas como usted, sino de hombres inteligentes de todas las tendencias políticas, creen que muchos de estos dioses no existen realmente. Hay quien cree que no existe «ninguno». Estamos sólo nosotros y un gran océano de oscuridad a nuestro alrededor. Yo no soy filósofo ni poeta. ¿Cómo voy a saber la verdad? Es cierto que todos estos dioses dan la impresión de no pegar golpe —igual que nuestros políticos— y, sin embargo, salen reelegidos año tras año para ocupar sus tronos dorados en el Cielo. ¡Eso no quiere decir que yo no los respete, señor primer ministro! No permita usted que esa idea blasfema entre en su cerebro amarillo. El mío es uno de esos países donde vale la pena jugar a dos barajas: el empresario indio ha de ser honrado y pérfido, socarrón y crédulo, taimado y sincero: todo al mismo tiempo.

Conclusión: cierro los ojos, junto mis manos en un reverente *namaste* y rezo a los dioses para que iluminen mi oscura historia con su luz.

Tenga un poco de paciencia conmigo, señor Jiabao. Esto puede llevarnos bastante tiempo.

¿A qué velocidad cree que podría besar usted 36 000 004 culos?

Hecho.

Ahora tengo otra vez los ojos abiertos.

Las 11.52. Ya es hora de comenzar.

Una advertencia legal —como dicen los paquetes de cigarrillos— antes de que empecemos.

Un día, mientras llevaba a mis ex patrones, el señor Ashok y la señora Pinky, en su Honda City, el señor Ashok me puso una mano en el hombro y me dijo:

—Para en un lado.

Acto seguido, se echó hacia delante, tan cerca que olí la fragancia de su loción de afeitado —era deliciosa: un aroma frutal aquel día—, y me dijo, como siempre con mucha educación:

—Balram, voy a hacerte unas preguntas, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —dije yo.

—Balram —me preguntó el señor Ashok—, ¿cuántos planetas hay en el cielo?

Yo le respondí lo mejor que supe.

—Balram, ¿quién es el primer ministro de la India?

Y luego:

—Balram, ¿cuál es la diferencia entre un hindú y un musulmán?

Y también:

—¿Cómo se llama nuestro continente?

El señor Ashok se echó de nuevo hacia atrás y le preguntó a la señora Pinky:

—¿Has oído sus repuestas?

—¿No está bromeando? —preguntó ella, y mi corazón se aceleró, como cada vez que hablaba.

—No. Éstas son las respuestas que él considera correctas.

Ella soltó una risita al oírlo, pero él (yo lo veía en el retrovisor) estaba muy serio.

—La cuestión es que él habrá ido seguramente..., ¿cuánto?, ¿dos o tres años al colegio? Sabe leer y escribir, pero no asimila lo que ha leído. Está a medio hacer. Aquí abunda la gente como él, te lo aseguro. Y nosotros confiamos nuestra gloriosa democracia parlamentaria —me señaló a mí— a personajes de este tipo. Ésa es la gran tragedia de este país.

Suspiró.

—Muy bien, Balram. Ya puedes arrancar.

Aquella noche, tendido en la cama bajo mi mosquitero, reflexioné sobre sus palabras. Él tenía razón, señor. No me gustó su manera de hablar de mí, pero tenía razón.

«Autobiografía de un indio todavía a medio hacer»: así tendría que titular la historia de mi vida.

Yo, y otros miles como yo en este país, estamos demasiado verdes, porque nunca se nos permitió completar nuestra educación. Ábranos el cráneo, eche un vistazo con una linterna y hallará un extravagante surtido de ideas: máximas de historia o de matemáticas recordadas de los libros de texto (ningún chico recuerda sus estudios tan bien, se lo aseguro, como el que ha sido sacado a la fuerza de la escuela), frases sobre política leídas en el periódico de una sala de espera, triángulos y pirámides

entrevistos en las páginas arrancadas de esos viejos libros de geometría que usan todos los salones de té en este país para envolver sus pastelillos, retazos de los boletines de noticias de la All India Radio y cosas que han caído en tu mente —como los lagartos del techo— en la media hora antes de dormirte: todas esas ideas medio formadas, mal digeridas y sólo correctas a medias, mezcladas con otras ideas a medio cocinar que hay en tu cabeza. Y supongo que esas ideas a medio formar se van sodomizando unas a otras, y dan lugar a otras ideas mal formadas, y con ellas se las arregla uno para vivir y actuar.

La historia de mi educación es la historia de cómo se fabrica un tipo sólo formado a medias.

Pero ¡atención, señor primer ministro! Los individuos formados a conciencia, tras doce años de colegio y tres de universidad, se ponen un traje impecable, entran en una compañía y obedecen las órdenes de otros durante el resto de su vida.

Los empresarios se hacen con arcilla cocida a medias.

Para proporcionarle mis datos básicos —origen, estatura, peso, desviaciones sexuales conocidas, etcétera— nada mejor que ese póster. El que hizo de mí la Policía.

Describir mi historia como la de uno de los éxitos menos conocidos de Bangalore no se ajusta del todo a la verdad, lo confieso. Hace unos tres años, cuando me convertí —brevemente— en una personalidad de dimensión nacional a causa de una acción propia de un espíritu emprendedor, apareció un póster con mi retrato en todas las oficinas de correos, estaciones y comisarías de este país. Un montón de gente vio mi rostro y mi nombre en aquel momento. No tengo en mi poder el póster original, pero sí una imagen de él en mi Macintosh portátil plateado —se lo compré *on-line* a una tienda de Singapur y la verdad es que funciona como la seda— y, si aguarda usted un segundo, voy a abrir el portátil para ver ese póster escaneado y poder leérselo directamente...

Pero permítame una palabra sobre el póster original. Me tropecé con él en una estación de tren, en Hyderabad, en un periodo en el que estuve viajando sin equipaje —salvo un maletín rojo muy pesado— desde Delhi hasta Bangalore, Tuve ese cartel en esta oficina, en un cajón de este mismo escritorio, durante un año entero. Un día, el chico de la limpieza se puso a repasar mis cosas y estuvo a punto de encontrar el póster. No soy un hombre sentimental, señor Jiabao. Un empresario no puede permitírselo. Así que lo tiré, pero antes hice que me enseñaran a escanear. Y ya sabe usted que a los indios la tecnología se nos da tan bien como el agua a los patos. Sólo me llevó una hora o dos. Soy un hombre de acción, señor. Aquí lo tengo, ante mí, en la pantalla:

Se solicita ayuda en la búsqueda de un fugitivo

Por la presente se informa al público de que el hombre del retrato, llamado Balram Halwai, alias MUNNA, hijo de Vikram Halwai, conductor de rickshaw, es requerido por las autoridades para ser interrogado. Edad: entre 35 y 35. Tez: negruzca. Cara: oval. Estatura: 1.60 aprox. Complexión: flaco, menudo.

Bueno, todo esto ya no es muy exacto, señor. Lo de la tez «negruzca» sigue siendo cierto (aunque estoy medio decidido a probar una de esas cremas blanqueadoras que han lanzado últimamente para que los indios parezcan tan blancos como los occidentales). Pero todo lo demás —ay— resulta ya completamente inútil. La vida en Bangalore es muy agradable: buena comida, cerveza, salas de fiestas. ¡Qué le voy a hacer! «Delgado» y «menudo»..., ¡ja! ¡Ahora estoy más relleno! «Gordo» y «barrigón» sería más exacto en este momento.

Pero prosigamos, no tenemos toda la noche. Será mejor que le explique este detalle ahora mismo.

Balram Halwai, alias MUNNA...

Verá. El primer día de colegio, el maestro ponía a todos los chicos en fila y los hacía pasar por su escritorio para anotar los nombres en su registro. Cuando le dije el mío, me miró boquiabierto:

—¿Munna? Eso no es un nombre.

Tenía razón: sólo significa «chico».

—Es el único que tengo, señor —dije.

Era cierto. Nunca me habían puesto nombre.

—¿Tú madre no te puso ninguno?

—Está muy enferma, señor. Se pasa el día en la cama escupiendo sangre. No ha tenido tiempo.

—¿Y tu padre?

—Es conductor de rickshaw, señor. No tiene tiempo para ponerme un nombre.

—¿Y no tienes abuela, o tías..., o tíos?

—Tampoco tienen tiempo.

El maestro se volvió y escupió: un chorro de *paan*^[1] rojo fue a salpicar el suelo de la clase. Se relamió los labios.

—Bueno, entonces he de decidirlo yo, ¿no? —Se pasó la mano por el pelo y dijo —: Te llamaremos... Ram. No, espera..., ¿no hay otro Ram en esta clase? No quiero confusiones. Mejor Balram. Sabes quién era Balram, ¿no?

—No, señor.

—Era el compinche del dios Krishna. ¿Sabes cuál es mi nombre?

—No, señor.

Él se echó a reír.

—Krishna.

Cuando llegué aquel día a casa, le dije a mi padre que el maestro me había puesto un nombre nuevo. Él se encogió de hombros.

—Si es eso lo que quiere, entonces te llamaremos así.

Y a partir de aquel día me llamé Balram. Más tarde, desde luego, escogí un tercer nombre. Pero ya llegaremos a eso.

Ahora, ¿qué lugar es ese donde la gente se olvida de poner nombre a sus hijos? Remitámonos de nuevo al póster:

El sospechoso procede de la localidad de Laxmangarh, en...

Como todas las buenas historias de Bangalore, la mía empieza muy lejos de Bangalore. Yo vivo ahora en la Luz, ¿sabe?, pero nací y me crié en la Oscuridad.

No hablo de una hora del día, señor primer ministro.

Hablo de una parte de la India, de un tercio del país, por lo menos; una zona muy fértil, llena de campos de arroz y de trigo, con grandes estanques —en medio de esos campos— plagados de lotos y nenúfares, y con búfalos de agua vadeando por esos estanques y mascando los lotos y los nenúfares. Los que viven en esa zona la conocen como la Oscuridad. Ha de entender usted, Excelencia, que la India viene a ser como dos países en uno: una India de Luz y una India de Oscuridad. El océano trae la luz a mi país. Cualquier parte del mapa de la India que se halle cerca del océano es rica y pudiente. El río, en cambio, trae oscuridad a la India: el río negro.

¿A qué río negro me refiero? ¿A qué río de la Muerte, cuyos bancos se hallan cubiertos de un lodo denso, oscuro y pegajoso, en cuyo espesor queda atrapado todo lo que se planta hasta acabar ahogado, asfixiado y atrofiado?

Bueno, estoy hablando de la Madre Ganges^[2] la hija de los Vedas; del río de la iluminación, protector de todos nosotros: el que rompe la cadena de nacimiento y renacimiento. Pues bien: allí donde fluye el río, reina la Oscuridad.

Es un hecho típico de la India que usted pueda tomar casi todo lo que le diga sobre ella el primer ministro y, con sólo darle la vuelta, descubrir la verdad. Por ejemplo, usted habrá oído llamar al Ganges «el río de la emancipación», y sabe que cientos de turistas americanos vienen cada año a sacar fotografías de *sadhus* desnudos en Haridwar o Benarés. Y nuestro primer ministro sin duda se lo describirá de ese modo y le recomendará que se dé un chapuzón.

¡No, señor Jiabao! Le recomiendo que no se dé un chapuzón en el Ganges a menos que quiera llenarse la boca de heces y paja, de pedazos empapados de cuerpo

humano, de carroña de búfalo y de siete clases distintas de ácido industrial.

Lo sé todo sobre el Ganges, señor. Cuando tenía seis o siete, tal vez ocho años (nadie en mi pueblo sabe su edad con exactitud), fui al lugar más santo de la orilla del Ganges, es decir, a la ciudad santa de Benarés. Aún recuerdo cómo bajaba los escalones de una calle empinada de la ciudad, detrás del cortejo fúnebre que llevaba hacia el Ganges el cuerpo de mi madre.

Mi abuela encabezaba la procesión. ¡La vieja y astuta Kusum! Cuando estaba contenta solía frotarse los antebrazos, como si estuviese rayando un trozo de jengibre, mientras sonreía de oreja a oreja. Le faltaban todos los dientes, pero eso hacía aún más taimada su sonrisa. Y con esas sonrisas se había ido haciendo con el control de la casa. Tenía aterrorizados a todos y cada uno de sus hijos y de sus nueras.

Mi padre y mi hermano Kishan iban tras ella, sosteniendo la parte de delante del lecho de mimbre sobre el que reposaba el cadáver; mis tíos, Munnu, Jayram, Divyram y Umesh, iban detrás aguantando el otro extremo. El cuerpo de mi madre estaba envuelto de la cabeza a los pies con un paño de seda de color azafrán, cubierto de pétalos de rosa y guirnaldas de jazmín. No creo que hubiera llevado en su vida algo tan precioso. (Su muerte era tan espléndida que comprendí, de repente, que su vida tenía que haber sido muy triste. Mi familia se sentía culpable por algún motivo). Mis tías —Rabri, Shalini, Malini, Luttu, Jaydevi y Ru-chi— no paraban de volverse y de dar palmadas para que no me quedara rezagado. Yo agitaba las manos y cantaba: «¡Shiva es el nombre de la verdad!».

Recorrimos un templo tras otro, rezando a un dios tras otro, y luego nos deslizamos en fila india entre un templo rojo dedicado a Hanuman y un gimnasio abierto donde tres culturistas levantaban pesas oxidadas por encima de sus cabezas. Olí el río antes de verlo: un hedor a carne descompuesta se alzaba a mi derecha. Canté aún con más fuerza: «¡... la única verdad!».

Oímos entonces un ruido tremendo: estaban partiendo leña. Habían levantado una plataforma de madera al borde mismo del *ghat*^[3] junto al agua, y habían apilado troncos encima. Unos cuantos hombres partían los troncos a hachazos y construían piras funerarias en los escalones que descendían al río; había cuatro cuerpos ardiendo en el *ghat* cuando llegamos nosotros. Esperamos nuestro turno.

A lo lejos relucía al sol una isla de arena blanca; varios botes atestados de gente se dirigían hacia ella. Yo me preguntaba si el alma de mi madre habría volado hasta allí, hasta aquel punto reluciente en medio del río.

Ya he dicho que el cuerpo de mi madre estaba envuelto en un paño de satén. Ahora le cubrieron la cara con el paño y apilaron sobre ella troncos de madera (tantos como podíamos pagar). Entonces el sacerdote le prendió fuego a mi madre.

—Era una chica buena y callada el día que llegó a nuestra casa —dijo Kusum mientras me ponía una mano en la cara—. No era yo la que quería peleas.

Le aparté la mano. Miré a mi madre.

El fuego fue devorando la tela de satén y de golpe apareció un pie muy pálido, como una cosa viva; los dedos se derretían con el calor y se curvaban como ofreciendo resistencia. Kusum empujó el pie hacia la hoguera, pero no se quemaba. Mi corazón empezó a acelerarse. Mi madre no iba a permitir que la destruyeran.

Bajo la plataforma llena de troncos encendidos, había un gigantesco montículo de lodo negro que el río iba dejando en la orilla. Estaba plagado de cintas de jazmín, de pétalos de rosa, de trocitos de satén y de huesos carbonizados; un perro blanquecino se arrastraba por allí, husmeando entre los pétalos, el satén y los huesos chamuscados.

Miré el lodo, miré el pie flexionado de mi madre y comprendí.

El lodo la hacía retroceder: ese montón oscuro y enorme. Ella trataba de luchar; los dedos de sus pies se arqueaban y se resistían. Pero el lodo negro la iba absorbiendo poco a poco. Era muy espeso y se iba acumulando por momentos a medida que el río dejaba su sedimento junto a la orilla. Muy pronto mi madre formaría parte de aquel montículo negro y el perro empezaría a lamerla.

Y entonces lo comprendí: aquél era el verdadero dios de Benarés, aquel lodo negro del Ganges en cuyo espesor todo iba a morir y a descomponerse para renacer y morir de nuevo en su seno. A mí me ocurriría lo mismo cuando muriera y me trajeran aquí. Nada ni nadie quedaría liberado en aquel lugar.

Dejé de respirar.

Ésa fue la primera vez en mi vida que me desmayé.

Desde entonces, no he ido nunca más a ver el Ganges. ¡Se lo dejó a los turistas!

... procede de la localidad de Laxmangarh, en el distrito de Gaya.

Un distrito famoso. En el mundo entero. La historia de su nación, señor Jiabao, ha sido modelada por mi distrito. Seguro que ha oído hablar de Bodh Gaya: la ciudad donde el Señor Buda se sentó bajo un árbol, experimentó su iluminación y fundó el budismo, que luego habría de extenderse por todo el mundo, China incluida. ¿Y dónde está esa ciudad? Pues ahí mismo, en mi distrito natal. A pocos kilómetros de Laxmangarh.

Me pregunto si el Buda cruzó alguna vez Laxmangarh. Hay quienes dicen que sí. Yo tengo la sensación de que la cruzó corriendo —tan deprisa como pudo— hasta llegar al otro lado. ¡Y sin mirar ni una vez atrás!

Hay un pequeño afluente del Ganges que pasa por las afueras de Laxmangarh. Cada lunes llegan los botes del mundo exterior cargados de suministros. En el pueblo hay una sola calle; un arroyo reluciente de aguas residuales la divide en dos. A cada lado de ese lodazal, está el mercado: tres tiendas más o menos idénticas que venden

artículos igual de rancios y adulterados, como arroz, aceite, queroseno, galletas, cigarrillos y azúcar moreno. Al final del mercado, hay una torre cónica, alta y encalada, con serpientes negras entrelazadas pintadas por todas partes: el templo. En su interior verá usted una imagen de una criatura de color azafrán, mitad hombre, mitad mono: Hanuman, el dios preferido de la gente que vive en la Oscuridad. ¿Conoce la historia de Hanuman, señor? Era el fiel criado del dios Rama, y nosotros lo veneramos en nuestros templos porque ofrece un radiante ejemplo de cómo servir a tus amos con fidelidad, amor y devoción absolutos.

Ésa es la clase de dioses que nos han endilgado, señor Jiabao. ¿Comprende ahora lo difícil que le resulta a un hombre conseguir su libertad en la India?

Y ya basta sobre el lugar. Hablemos de la gente. Excelencia, me enorgullece decirle que Laxmangarh es el típico pueblo idílico de la India, dotado de electricidad, agua corriente y teléfonos modernos; que todos los niños de mi pueblo, criados con una nutritiva dieta a base de carne, huevos, verduras y lentejas, alcanzan —tras un examen con báscula y cinta métrica— la estatura y el peso mínimos establecidos por las Naciones Unidas y demás organizaciones cuyos tratados ha firmado nuestro primer ministro y a cuyos foros asiste pomposamente con toda regularidad.

¡Ja!

Postes eléctricos... inutilizados.

Agua del grifo... cortada.

Niños... demasiado bajos y flacos para su edad, con una cabeza desproporcionada y unos ojos que brillan con intensidad, como la conciencia culpable del Gobierno.

Sí, el típico pueblo idílico de la India, señor Jiabao. Tengo que ir un día a China para ver si sus pueblos idílicos son mejores.

En mitad de la calle principal, hay grupos de cerdos husmeando entre las aguas fecales. Tienen seca la parte superior del cuerpo, con largos pelos enmarañados en forma de púas; la parte inferior, negra como el carbón, chorrea de suciedad. Se ven destellos de plumas rojas y marrones; son gallos, que aletean por los tejados. Deje atrás los cerdos y los gallos y llegará usted a mi casa, si es que existe aún.

En la puerta verá al miembro más importante de la familia.

Un búfalo de agua.

Ese animal —una hembra— era también el más gordo de la familia; igual que en cualquier otra casa del pueblo. A lo largo de todo el día, las mujeres alimentaban a esa hembra con hierba fresca; alimentarla era su tarea principal, señor. Tenían todas sus esperanzas puestas en que engordara. Si daba leche suficiente, podrían venderla y, al final del día, habría un poco más de dinero. Esa hembra de búfalo era una criatura gorda y lustrosa, con una vena tan gruesa como el pene de un chico abultándole en el hocico peludo, y una baba espesa y nacarada suspendida de la boca. Se pasaba el día sentada sobre su formidable montón de mierda. ¡Era la dictadora de la casa!

Ahora entre y verá (si aún vive alguna, después de lo que hice) a todas las mujeres trabajando en el patio. Mis tías, mis primas y mi abuela Kusum. Una estará preparando la comida para el búfalo; otra, aventando el arroz; alguna, repasándole en cuclillas a otra el cuero cabelludo y aplastando las garrapatas entre sus dedos. De vez en cuando, todas dejan sus tareas. Ha llegado la hora de pelearse, lo cual significa arrojar vasijas de metal, o tirarse del pelo, y luego hacer las paces, depositando besos en las palmas de las manos y aplicándolos en las mejillas de la otra. Por la noche, duermen todas juntas, con las piernas entrelazadas y montadas unas sobre otras, como una sola criatura: como un ciempiés.

Los hombres y los chicos duermen en otro rincón de la casa.

Primera hora de la mañana. Los gallos rondan enloquecidos por el pueblo. Una mano me sacude hasta despertarme... Yo me quito de la barriga las piernas de mi hermano Kishan, aparto de mi cabeza la mano de mi primo Pappu, y me desembarazo por fin de la maraña de durmientes.

—Ven, Munna.

Es mi padre, que me llama desde la puerta.

Yo corro tras él. Salimos y desatamos al búfalo de su poste. La llevamos a su baño matinal; todo el camino hasta el estanque, que se halla al pie del Fuerte Negro.

El Fuerte Negro se levanta en la cima de una colina desde la que se domina el pueblo entero. La gente que ha estado en otros países me ha dicho que ese fuerte es tan hermoso como cualquier monumento que pueda verse en Europa. Los turcos, o los, afganos, o los ingleses, o los extranjeros que gobernasen entonces la India debieron construirlo hace siglos.

(Pues este país, la India, no ha sido nunca libre. Primero fueron los musulmanes y luego los británicos los que se dedicaron a mangonearnos. En 1947, los británicos se fueron, pero sólo un imbécil creería que nos volvimos libres entonces).

Hace mucho que los extranjeros abandonaron el Fuerte Negro; ahora está ocupado por una tribu de monos. Nadie sube allá arriba, salvo algún cabrero que lleva a pastar su rebaño.

Al amanecer, el estanque que rodea la base del fuerte está resplandeciente. Algunas grandes rocas de los muros han rodado por la ladera hasta desplomarse en el estanque, donde reposan medio sumergidas en el agua turbia (como los hipopótamos que habría de ver, muchos años más tarde, dormitando en el zoo de Nueva Delhi).

Flotan lotos y nenúfares por todo el estanque; el agua centellea como si fuese de plata y el búfalo se mueve vadeando y mascando hojas de nenúfar, con lo que crea sobre la superficie una sucesión de ondas que se extienden en uve desde su hocico. El sol se alza sobre el búfalo, sobre mi padre, sobre mí y sobre el mundo entero.

A veces, ¿lo creerá usted?, casi echo de menos ese lugar.

Volvamos otra vez al póster...

El sospechoso fue visto por última vez con una camisa azul a cuadros de poliéster, unos pantalones anaranjados de poliéster, unas sandalias de color granate...

Sandalias «de color granate», ¡uf! Sólo un policía sería capaz de inventar un detalle como ése. Lo desmiento rotundamente.

«Camisa azul a cuadros de poliéster, pantalones anaranjados de poliéster...». Eh, bueno, me gustaría desmentirlo también, pero eso desgraciadamente es correcto. Es el tipo de ropa que le llama la atención a un criado, señor. Y yo seguía siendo un criado aquella mañana, cuando hicieron el póster. (Por la noche ya era libre... ¡y llevaba una ropa distinta!).

Hay una frase de ese póster que me molesta; permítame retroceder un momento para aclararla:

... hijo de Vikram Halwai, conductor de rickshaw...

¡Del «señor» Vikram Halwai, si no le importa! Aunque pobre, mi padre era un hombre honrado y valiente. Yo no estaría aquí, bajo esta lámpara, si no fuera por su ejemplo.

Por la tardes, me iba desde el colegio hasta el salón de té para verlo. Ese salón de té era un punto estratégico en nuestro pueblo; el autobús procedente de Gaya se detenía allí cada mediodía (nunca con más de una o dos horas de retraso) y la Policía también aparcaba allí su todoterreno cuando venía a jorobar a alguien. Un poco antes de que se pusiera el sol, un hombre daba tres vueltas alrededor del local haciendo sonar con fuerza el timbre de su bicicleta. En la parte trasera llevaba atado el póster de cartón de una película pornográfica... Un pueblo tradicional de la India no estaría completo sin su cine porno, señor. El cine que exhibía cada noche esa clase de películas quedaba al otro lado del río; fantasías de dos horas y media con títulos como *Era un hombre de verdad*, *Diario secreto de una dama* o *Se encargó su tío*, en las cuales aparecían mujeres americanas de pelo dorado o damas solitarias de Hong Kong... O al menos eso me imagino, señor primer ministro, porque no es que yo me sumara a los demás y fuera a ver esas películas.

Los conductores de rickshaw alineaban sus vehículos frente al salón de té, aguardando a que el autobús regurgitara su cargamento de pasajeros.

No les estaba permitido sentarse en las sillas de plástico para los clientes; tenían que acuclillarse en la parte de atrás, en esa postura encorvada tan propia de los criados de cualquier parte del país. Mi padre nunca se ponía en cuclillas, lo recuerdo muy bien. Prefería permanecer de pie, por mucho tiempo que tuviera que esperar y por incómodo que se le hiciera. Yo me lo encontraba allí, sin camisa y normalmente

solo, tomando té y reflexionando.

Entonces se oía una bocina.

Los cerdos y los perros callejeros se dispersaban, y una vaharada de polvo que olía a mierda de cerdo entraba en el salón de té. Afuera se había detenido un Ambassador blanco.

Mi padre dejaba su taza de té y salía. Se abría la puerta del Ambassador y bajaba un hombre con un cuaderno. Los clientes habituales podían continuar comiendo, pero mi padre y los demás se ponían en fila.

El hombre del cuaderno no era el Búfalo; era su ayudante.

En el Ambassador había otro hombre; uno muy fornido con la cabeza pelada, morena y llena de hoyuelos, con una expresión serena en la cara y una escopeta en el regazo.

Ése era el Búfalo.

El Búfalo era uno de los señores de Laxmangarh. Había otros tres, cada uno con un nombre relacionado con los peculiares apetitos detectados en él.

El Cigüeña era un hombre gordo con un mostacho espeso y curvado de puntas afiladas. Era el dueño del río que pasaba por las afueras; se llevaba una parte de las capturas de cada pescador y cobraba peaje a cada persona que cruzaba el río en bote para venir al pueblo.

Su hermano se llamaba Jabalí Salvaje y poseía las mejores tierras de cultivo que había alrededor de Laxmangarh. Si querías trabajar en esas tierras, tenías que arrodillarte a sus pies hasta tocar el polvo de sus zapatos y aceptar el salario que te ofrecía. Cuando pasaba junto a las mujeres, su coche se detenía; el cristal de la ventanilla descendía y dejaba ver su gran sonrisa: tenía a cada lado de la nariz dos dientes largos y curvados como dos pequeños colmillos.

El Cuervo era el propietario de las peores tierras, las laderas áridas y rocosas que rodeaban el fuerte, y les cobraba comisión a los cabreros que llevaban a pastar sus rebaños allí. Si no tenían dinero, le gustaba «hundir el pico» en sus traseros. Por eso lo llamaban el Cuervo.

El Búfalo era el más codicioso de todos. Él se había adueñado de las calles y de los rickshaws. Si conducías un rickshaw o utilizabas la calle, tenías que darle su parte: un tercio de lo que ganases, nada menos.

Los Cuatro Animales vivían en mansiones rodeadas de altos muros en las afueras de Laxmangarh: el barrio de los señores. Ellos tenían sus propios templos en aquellas mansiones, sus prolijos pozos y estanques, y no tenían que venir al pueblo salvo para recoger su tajada. En tiempos, los hijos de los Cuatro Animales se paseaban por el pueblo con sus propios coches; Kusum recordaba esa época. Pero luego el hijo del Búfalo fue secuestrado por los naxalitas —tal vez haya oído hablar de ellos, señor, ya que son comunistas como usted y andan por ahí disparando por sistema a los ricos—,

y desde entonces los Cuatro Animales decidieron mandar a sus hijos y a sus hijas a Dhanbad o a Delhi.

Los hijos se fueron, pero los Animales se quedaron y siguieron engordando a costa del pueblo y de lo que crecía en él, hasta que ya no quedó nada de que alimentarse. Entonces, la gente empezó a marcharse de Laxmangarh para poder comer. Cada año, todos los hombres del pueblo se agolpaban frente al salón de té. Cuando llegaban los autobuses, se apresuraban a subir —se apremiaban en su interior, se colgaban de las barandillas, trepaban a los techos— y se iban a Gaya. Allí se dirigían a la estación, subían a toda prisa a los trenes —se apretujaban en su interior, se colgaban de las barandillas, trepaban a los techos— y se iban a Delhi, a Calcuta o Dhanbad a buscar trabajo.

Un mes antes de las lluvias, regresaban todos de Dhanbad, de Delhi y de Calcuta. Volvían más delgados, más sucios, más ceñudos, pero con dinero en los bolsillos. Las mujeres los estaban esperando. Se ocultaban detrás de la puerta y, en cuanto entraban se echaban sobre ellos como gatas salvajes sobre un pedazo de carne. Había forcejeos, gemidos y chillidos. Mis tíos se resistían y lograban conservar una parte del dinero, pero mi padre acababa siempre desplumado y despellejado.

—He sobrevivido a la ciudad, pero no he logrado sobrevivir a las mujeres de mi casa —decía, acurrucado en un rincón. Las mujeres le darían de comer después de alimentar al búfalo.

Yo me acercaba y me ponía a jugar trepando por su espalda, pasándole la mano por la frente, por los ojos y la nariz, hasta llegar al cuello, a esa pequeña depresión que tenía en la base del cuello. Me entretenía recorriéndola un rato con un dedo; todavía es mi parte favorita del cuerpo humano.

El cuerpo de un hombre rico es como un cojín de algodón de primera calidad: blanco, blando y liso. Los nuestros son diferentes. La columna de mi padre era como una cuerda llena de nudos, como las que usan las mujeres en los pueblos para sacar agua del pozo; su clavícula trazaba una curva protuberante en torno al cuello, como el collar de un perro; infinidad de cortes, muescas y cicatrices, como si fueran las marcas de un látigo, cubrían todo su pecho hasta la cintura, e incluso hasta la cadera y los glúteos. La historia de un hombre pobre está escrita en su cuerpo con un lápiz muy afilado.

Mis tíos también se deslomaban trabajando, pero ellos hacían lo que hacía todo el mundo. Cada año, en cuanto empezaba a llover, salían al campo con sus hoces renegridas y le suplicaban a uno de los señores que les diera trabajo. Sembraban, quitaban las malas hierbas y cosechaban el grano y el arroz. Mi padre habría podido trabajar con ellos; con el lodo de los señores. Pero decidió no hacerlo.

Él decidió combatirlo.

Como dudo mucho que haya conductores de rickshaw en China —o en ningún

otro país civilizado de la tierra—, tiene que ver usted uno por sí mismo. Los rickshaws no están permitidos en las zonas de lujo de Delhi, donde los extranjeros podrían verlos y quedarse boquiabiertos. Insista usted en que lo lleven a la Vieja Delhi o a Nizamuddin. Allí los verá a montones por las calles: hombres delgados como palillos, encorvados sobre el asiento de una bicicleta, que arrastran pedaleando un carrito cargado con una pirámide de carne de clase media, o sea, con mi hombre gordo acompañado de su gorda esposa y rodeado de todas las bolsas de las compras.

Cuando vea a uno de esos hombres-palillo, piense usted en mi padre.

Y no obstante, aunque haya sido conductor de rickshaw (una bestia humana de carga) mi padre era un hombre con un plan.

«Yo» era su plan.

Un día perdió en casa los estribos y empezó a chillar a las mujeres. Fue el día en que le dijeron que yo llevaba tiempo sin ir. Entonces hizo una cosa que nunca se había atrevido a hacer. Le gritó a Kusum:

¿Cuántas veces te he dicho que Munna tiene que leer y escribir?

Kusum se sobresaltó, aunque sólo un instante. Luego le replicó o chillando:

¡El chico vino corriendo de la escuela! ¡A mí no me eches la culpa! Es un cobarde. Y come demasiado. Ponlo a trabajar en el salón de té para que gane al menos un poco de dinero.

Mis tías y mis primas se apresuraron a rodearla. Yo me oculté detrás de mi padre mientras ellas le contaban la historia de mi cobardía.

Quizás encuentre usted increíble que a un chico de pueblo le asuste un lagarto. Las ratas, las serpientes, los monos y las mangostas no me impresionan. Al contrario: a mí me encantan los animales. Pero los lagartos... Cada vez que veo uno, por pequeño que sea, es como si me convirtiera en una chica. Se me hiela la sangre.

En mi clase había un armario gigantesco, cuya puerta siempre estaba un poquito entornada. Nadie sabía para qué servía ese armario. Una mañana, la puerta se abrió chirriando y salió un lagarto de un salto.

Era de color verde claro, como una guayaba a medio madurar. Su lengua entraba y salía sin parar de su boca. Medía por lo menos sesenta centímetros.

Los otros chicos apenas le prestaron atención. Hasta que alguien vio mi cara. Entonces todos se agolparon a mi alrededor.

Dos de ellos me sujetaron las manos detrás y me inmovilizaron la cabeza. Alguien agarró aquella cosa y empezó a acercarse con pasos lentos y teatrales. El lagarto no hacía ningún ruido; sólo asomaba y escondía su lengua roja. Cada vez lo tenía más cerca de la cara. Las risas arreciaron. Yo no podía gritar. El maestro roncaba a mis espaldas sobre su escritorio. La cara del lagarto se me vino encima y entonces abrió su boca verde y yo me desmayé por segunda vez en mi vida.

No había vuelto a la escuela desde ese día.

Mi padre no se rio cuando escuchó esta historia. Respiró hondo; yo sentí cómo se expandía su pecho.

—Ya dejaste que Kishan abandonara la escuela. Pero te dije que este chico tenía que continuar yendo. Su madre me dijo que él sí terminaría de estudiar. Su madre...

—¡Al Infierno con su madre! —gritó Kusum—. Ésa era una loca y está muerta, gracias al Cielo. Y ahora escúchame: deja que el chico vaya al salón de té, como Kishan.

Al día siguiente, mi padre me acompañó a la escuela por primera y última vez. Era al alba; el lugar estaba desierto. Abrimos la puerta de un empujón. Una tenue luz azulada inundó la clase. Hay que decir que nuestro maestro era un gran consumidor y escupidor de *paan*, y que sus esputos dibujaban una especie de zócalo rojo en las tres paredes que teníamos a nuestro alrededor. Cuando se dormía, cosa que solía hacer a mediodía, nosotros le robábamos *paan* de los bolsillos, lo distribuíamos entre todos y nos poníamos a mascarlos. Y luego, imitando el estilo de sus escupitajos —con las manos en jarras y la espalda ligeramente arqueada— nos turnábamos para escupir sobre las tres paredes.

Un mural descolorido del Señor Buda, rodeado de ciervos y ardillas, decoraba la cuarta pared: la única que el maestro respetaba. El lagarto gigante del color de una guayaba medio madura estaba frente a esa pared, simulando que era uno de los animales que reposaban a los pies del Señor Buda.

Volvió su cabeza hacia nosotros y vi cómo brillaban sus ojos.

—¿Éste es el monstruo?

El lagarto movió la cabeza a uno y otro lado, como buscando una salida. Luego empezó a golpearse contra la pared. No era instinto de mí; estaba aterrorizado.

—No lo mates, papá. Tíralo por la ventana. Por favor.

El maestro estaba tirado en un rincón, apestando a alcohol y roncando de lo lindo. A su lado tenía el cazo de ponche que había vaciado la noche anterior. Mi padre lo recogió.

El lagarto echó a correr y mi padre corrió tras él con el cazo con la mano.

¡No lo mates, papá! ¡Por favor!

Pero él no escuchaba. Le dio una patada al armario, el lagarto salió disparado y él volvió a perseguirlo, repartiendo golpes y gritando: «¡Ahaaa! ¡Ahaaa!». Lo machacó una y otra vez hasta que el cazo de ponche acabó rompiéndose. Le aplastó el cuello con el puño. Le pisoteó la cabeza.

El aire se llenó de un olor agrio: el hedor de la carne machacada. Recogió el lagarto muerto y lo lanzó afuera por la puerta.

Luego se sentó jadeante y se apoyó en el mural del Señor Buda rodeado de animalitos bondadosos.

Cuando recuperó el aliento, me dijo:

—Durante toda mi vida, he sido tratado como un asno. Lo único que deseo es que uno de mis hijos, por lo menos uno, viva como un hombre.

Qué significaba vivir como un hombre era para mí un misterio. Pensé que significaba vivir como Vijay, el revisor del autobús.

Cuando el autobús se detenía media hora en Laxmangarh y los pasajeros bajaban, el revisor se iba a tomar una taza de té. Todos los que trabajábamos en el salón de té mirábamos con admiración a aquel hombre. Admirábamos el uniforme caqui que le daba la compañía de autobuses, su silbato plateado y el cordón rojo del que colgaba. Todo en él lo proclamaba: él sí que había triunfado en la vida.

Los padres de Vijay eran porqueros, o sea, lo peor de lo peor, no podían estar más abajo. Y sin embargo, él había triunfado. Había logrado de algún modo hacerse amigo de un político. La gente decía que había dejado que le hundiera el pico en el trasero. Fuese lo que fuese lo que hubiera tenido que hacer, lo había hecho: él fue el primer hombre emprendedor que yo conocí. Ahora tenía un empleo y un silbato plateado y cuando lo tocaba —justo al ir a arrancar—, todos los chicos del pueblo se volvían locos y echaban a correr detrás del autobús, y le daban golpes en la chapa y suplicaban que les dejaran subir. Yo quería ser como Vijay: con un uniforme, con un cheque mensual, con un silbato reluciente y todo el mundo mirándome con unos ojos que decían: «¡Qué aspecto más importante tiene!».

Las dos de la mañana, señor primer ministro. Pronto tendré que parar por esta noche. Déjeme mirar un momento la pantalla de mi portátil, para ver si queda alguna información útil. Dejando aparte algunos detalles sin importancia...

*... en la zona de Dhaula Kuan, de Nueva Delhi,
la noche del 2 de septiembre,
cerca del hotel ITC Maurya Sheraton...*

Ese hotel, el Sheraton, es el mejor de Delhi. Yo nunca he entrado, pero mi ex jefe, el señor Ashok, solía tomarse allí sus copas por las noches. Hay un restaurante en el sótano que, según dicen, es muy bueno. Debería visitarlo, si tiene ocasión.

El fugitivo ejercía de chófer de un vehículo modelo Honda City cuando se produjeron los hechos. A este respecto, ha sido abierta una investigación: FIR N° n.9 438/05, P.S. Dhaula Kuan, Delhi. Se cree que el sospechoso tiene en su poder un maletón con cierta cantidad en metálico.

Un maletín rojo, debería haber dicho. Sin especificar el color, esa información es del todo inútil. No es de extrañar que no me localizaran.

«Cierta cantidad en metálico». Abra usted cualquier periódico este país. Siempre

la misma basura: «*Cierta* organización interesada ha estado difundiendo rumores»; o bien: «*Cierta* comunidad religiosa no cree en los métodos anticonceptivos». Me repugna esa imprecisión.

Setecientos mil rupias.

Ésa era la cantidad en metálico que había en el maletín rojo. Y la Policía lo sabía, créame. No sé cuánto será eso en moneda china, señor Jiabao, pero daría para comprar diez portátiles Macintosh plateados de Singapur.

En el póster no hay ninguna referencia a mi escuela, lo cual es una lástima, señor. Cuando se describe a un hombre, hay que hablar de su educación. Tendrían que haber dicho algo así como: «El sospechoso fue educado en una escuela equipada con dos lagartos de sesenta centímetros, del color de una guayaba a medio madurar, ocultos en su armario...».

Si un pueblo indio es idílico, un paraíso de por sí, entonces su escuela es un paraíso dentro del paraíso.

Se suponía que en mi escuela había comida gratis: un programa del Gobierno daba a cada alumno para almorzar tres *rotis*^[4] *daal* amarillo y pepinillos en vinagre. Pero nosotros nunca vimos ni rastro de los *rotis*, del *daal* ni de los pepinillos. Y todo el mundo sabía por qué: el maestro se había quedado el dinero de nuestra comida.

Él tenía una excusa legítima para robar ese dinero: decía que no le habían pagado su sueldo desde hacía seis meses. Iba a emprender una protesta al estilo Gandhi para cobrar sus salarios atrasados; no pensaba hacer nada en clase hasta que llegara su cheque. Pero, al mismo tiempo, le daba terror perder aquel empleo, porque aunque la paga de cualquier funcionario en la India es una miseria, las ventajas adicionales son numerosas. En una ocasión llegó a la escuela un camión con los uniformes que el Gobierno enviaba para los alumnos. Nosotros no los vimos nunca, pero una semana más tarde aparecieron a la venta en el pueblo vecino.

Nadie culpó al maestro por ello. No puedes esperar que un hombre encaramado en una montaña de estiércol huela a rosas.

En el pueblo todos sabían que habrían hecho lo mismo en su lugar. Algunos incluso lo admiraban por haberse salido con la suya sin ningún problema.

Una mañana apareció por el camino que conducía a la escuela un hombre con el traje más elegante que yo había visto en mi vida: un traje azul más impresionante que el uniforme del revisor. Todos nos agolpamos en la puerta para mirarlo. El hombre llevaba un fino bastón en la mano y, al vernos en la puerta, empezó a hacerlo restallar. Todos volvimos corriendo al interior de la clase y nos sentamos con nuestros libros.

Era una inspección sorpresa.

El hombre del traje azul —el inspector— fue señalando con su bastón los agujeros y las manchas rojas de las paredes mientras el maestro se encogía a su lado, muerto de miedo, y murmuraba:

—Lo siento, señor, lo siento.

—No hay borrador en esta clase; no hay sillas; no hay uniformes para los chicos. ¿Cuánto dinero has robado de los fondos de la escuela, hijo de perra?

El inspector escribió tres frases en la pizarra y apuntó con su fusión a un chico:

—Lee.

Uno tras otro, se iban levantando todos y se quedaban parpadeando ante la pizarra.

Pruebe a Balram, señor —dijo el maestro—. Es el más listo de todos. El lee muy bien.

Me puse de pie y empecé a leer:

«Vivimos en una tierra gloriosa. El Señor Buda experimentó su iluminación en estas tierras. El Ganges da la vida a nuestras plantas, a nuestros animales y a nuestra gente. Estamos agradecidos por haber nacido en esta tierra».

Bien —dijo el inspector—. ¿Y quién era el Señor Buda?

—Un hombre iluminado.

—Un «dios» iluminado,

(¡Uf! ¡Ya van 36 000 005!).

El inspector me hizo escribir mi nombre en la pizarra; luego me mostró su reloj de pulsera y me pidió que le dijera la hora. Sacó su billetera, extrajo de ella una foto y me preguntó:

—¿Quién es este hombre: el hombre más importante de todas nuestras vidas?

La foto mostraba a un hombre rechoncho, con el pelo blanco y erizado y unos carrillos regordetes, que llevaba gruesos pendientes de oro; su rostro irradiaba bondad e inteligencia.

—Es el Gran Socialista.

—Muy bien. ¿Y cuál es el mensaje del Gran Socialista para los niños?

La respuesta la había visto en el muro que había en el exterior del templo: la había escrito un policía con pintura roja.

—«Cualquier chico de cualquier pueblo puede llegar a convertirse en el primer ministro de la India. Éste es un mensaje dirigido a los niños de todas estas tierras».

El inspector me apuntó con su bastón.

—Eres un chico inteligente, honesto y vivaz, aquí, en medio de esta pandilla de brutos y de idiotas. En una jungla, ¿cuál es el más raro de los animales, la criatura que sólo aparece una vez en cada generación?

Yo reflexioné y dije:

—El tigre blanco.

—Eso es lo que tú eres en esta jungla.

Antes de irse, el inspector añadió:

—Escribiré a Patna para que te envíen una beca. Tienes que ir a una verdadera

escuela. A algún sitio lejos de aquí. Necesitas un uniforme de verdad, una educación de verdad.

Me dio un regalo de despedida: un libro. Recuerdo muy bien su título: *Lecciones para los jóvenes extraídas de la vida de Mahatma Gandhi*.

Así es como me convertí en el Tigre blanco. Todavía habrá un cuarto y un quinto nombre, pero eso será más adelante.

Haber recibido los elogios del inspector delante de mi maestro y de mis compañeros, y también el nombre de «Tigre blanco», y un libro de regalo y la promesa de una beca, bueno, todo aquello parecía una buena noticia. Pero la única ley infalible si vives en la Oscuridad es que las buenas noticias se convierten en malas noticias. Muy pronto.

Mi prima hermana Reena se casó con un chico del pueblo vecino. Como nosotros éramos la familia de la chica, nos exprimieron a conciencia. Teníamos que darle al chico una bicicleta nueva, dinero y una pulsera de plata, y organizar además una gran boda. Cosa que hicimos. Señor primer ministro, usted probablemente sabrá cómo disfrutamos los indios de nuestras bodas. Tengo entendido que hay gente hoy en día que viene de otros países a casarse al estilo indio. ¡Ah, podríamos haberles enhenado un par de cosas a esos extranjeros, se lo aseguro! ¡Canciones de película atronando en un radiocasete y baile y bebida durante toda la noche! Yo acabé deshecho, y lo mismo Kishan y el resto de la familia. Tengo entendido que también echaron licor en el bebedero del búfalo.

Pasaron dos o tres días. Yo estaba en la clase, en la parte de atrás, estudiando el alfabeto con la pizarra y la tiza que mi padre me había traído de uno de sus viajes a Dhanbad, Los demás charlaban o se peleaban. El maestro yacía desmayado.

Entonces apareció Kishan en la puerta y me hizo un gesto. ¿Qué pasa, Kishan? ¿Vamos a alguna parte?

Él no respondió aún.

—¿Me traigo el libro? ¿Y la tiza?

—¿Por qué no? —dijo, y tras ponerme una mano en la cabeza, me llevó afuera.

La familia había pedido un gran préstamo al Cigüeña para organizar una boda suntuosa y disponer de una generosa dote para mi prima. Ahora el Cigüeña exigía su pago. Quería que todos los miembros de la familia se pusieran a trabajar para él y me había visto en el colegio; o tal vez había sido su recaudador. El caso es que tenían que entregarme también a mí.

Me llevaron al salón de té. Kishan juntó las manos y le hizo una reverencia al encargado. Yo hice lo mismo.

—¿Quién es éste? —dijo mirándome de soslayo.

Estaba sentado bajo un enorme retrato de Mahatma Gandhi, y yo ya veía que las iba a pasar moradas.

—Mi hermano —dijo Kishan—. Ha venido a trabajar conmigo.

Kishan arrastró el horno afuera y me dijo que me sentara. Me situé a su lado. El trajo un saco de arpillera lleno de trozos de carbón. Sacó uno, lo machacó sobre un ladrillo y echó los pedazos en el interior del horno.

—Más fuerte —dijo, cuando empecé a golpear otro trozo sobre el ladrillo—. Más fuerte, más fuerte.

Al final, lo conseguí: rompí en pedazos el trozo de carbón. Él se puso de pie y me dijo:

—Tienes que partirlos todos así. Hasta el último trozo.

Al cabo de un rato, dos chicos de la escuela vinieron a mirarme. Luego otros dos; y otros dos. Oí algunas risitas.

—¿Cuál es la criatura que aparece sólo una vez en cada generación? —dijo uno de ellos.

—El machacador de carbón —respondió otro.

Todos se echaron a reír.

—No les hagas caso —dijo Kishan—. Ya se marcharán.

Me miró fijamente.

—Estás enfadado conmigo porque te he sacado de la escuela, ¿verdad?

Yo no dije nada.

—Te horroriza la idea de tener que machacar carbón, ¿no?

No dije nada.

Él cogió el trozo más grande con una mano y lo estrujó.

—Imagínate que cada uno de estos trozos es mi cabeza. Te resultará mucho más fácil romperlos.

A él también lo habían sacado de la escuela. Fue después de la boda de mi prima Meera. Un gran acontecimiento también.

Trabajar en un salón de té. Machacar carbón. Fregar mesas. ¿Malas noticias para mí, dice usted?

Quebrantar la ley de su tierra —convertir las malas noticias en buenas noticias— es la prerrogativa del hombre emprendedor.

Mañana, señor Jiabao, a partir de la medianoche, le explicaré cómo me procuré en el salón de té una educación mucho mejor que la que podría haber recibido en cualquier escuela. Ahora, sin embargo, ya es hora de que deje de mirar esa araña y me ponga a trabajar.

Son casi las tres de la mañana. Es a estas horas cuando Bangalore vuelve a la vida. La jornada en América llega a su fin; la mía empieza ahora. He de estar preparado porque las chicas y los chicos de los centros de venta telefónica empiezan a salir de sus oficinas y se dirigen a sus casas. Es ahora cuando tengo que estar pendiente del teléfono.

Yo no uso teléfono móvil. Por razones obvias: corroen el cerebro, encogen las pelotas y secan el semen de los hombres, como todo el mundo sabe. Por eso tengo que permanecer en mi oficina. Por si se produce una crisis.

¡Yo soy la persona a quien la gente llama cuando se produce una crisis!

Veamos rápidamente si hay alguna otra cosa...

... cualquier persona que posea alguna pista o información sobre el fugitivo haga el favor de informar en la página web de la Oficina Central de Investigación (<http://cbi.nic.in>), e-mail (diccbi@cbi.nic.in), Fax: 011-23011334, Teléfono: 011-23014046 (directo), 011-23015229 y 23015218, extensión 210, así como a los abajo firmantes en la siguiente dirección o en los números de teléfono que figuran al pie.

DP 3687/05, SHO-Dhaura Kuan, Nueva Delhi

Tel.: 28653200, 27641000

Recuadrada junto al texto, una fotografía. Borrosa, ennegrecida y manchada por la prensa anticuada de alguna comisaría de Policía, y apenas reconocible incluso cuando el póster estaba colgado en la pared de una estación de tren. Ahora, transferida a la pantalla del ordenador, reducida a píxeles, es sólo la idea abstracta del rostro de un hombre: una criatura menuda con grandes ojos saltones y un espeso bigote. Podría corresponder a la mitad de la población masculina de la India.

Señor primer ministro, lo dejo por esta noche con un pequeño comentario sobre las deficiencias del trabajo policial en la India. Seguro que mientras investigaban mi desaparición (al fin y al cabo, fue un caso espectacular) apareció en Laxmangarh un autobús lleno de policías de caqui. Supongo que interrogarían a los encargados de las tiendas, intimidarían a los conductores de rickshaw y despertarían al maestro de la escuela. ¿Robaba de niño? ¿Se acostaba con putas? Debieron de destrozarse una tienda o dos y arrancar la «confesión» de un par de personas.

Pero le apuesto cualquier cosa a que se les pasó la pista más importante de todas. Y la tenían delante de sus narices.

Me refiero, por supuesto, al Fuerte Negro.

Yo le había suplicado a Kusum muchas veces que me llevara a la cima de la colina y entrara conmigo en el fuerte. Pero ella decía que yo era un cobarde, que me moriría de miedo si subía allá arriba: un lagarto enorme, el más grande del mundo, vivía en el fuerte, según ella.

De modo que tenía que limitarme a mirar. Las largas troneras de sus muros se convertían al alba en trazos de color rosa incandescente y de un dorado flamígero durante el crepúsculo. El cielo azul brillaba entre las rendijas de piedra y la luna refulgía sobre las almenas, y los monos corrían enloquecidos por las murallas, dando

chillidos y peleándose entre ellos, como si fuesen los espíritus de antiguos guerreros reencarnados, que volvían a librar su batalla final.

Yo también quería subir allá arriba.

Iqbal, uno de los cuatro mayores poetas del mundo —los otros son Rumi, Mirza Ghalib y un cuarto, también musulmán, cuyo nombre no recuerdo— escribió un poema en el que dice lo siguiente sobre los esclavos:

*Siguen siendo esclavos porque no pueden ver
lo que hay de hermoso en este mundo.*

Ésa es la mayor verdad que se ha dicho jamás.

Un gran poeta, este Iqbal. Aunque fuese musulmán.

(Por cierto, señor primer ministro: ¿se ha fijado usted en que los cuatro mayores poetas del mundo son musulmanes? Y sin embargo, todos los musulmanes con los que uno tropieza son analfabetos o están cubiertos de pies a cabeza con burkas negras, o andan buscando edificios para volarlos por los aires. ¿Un misterio, no? Si llega a entender a esa gente, envíeme un e-mail).

Incluso de niño, yo ya veía lo que hay de hermoso en este mundo: estaba destinado a no seguir siendo un esclavo.

Un día, Kusum se enteró de mis andanzas por el fuerte. Me siguió desde casa hasta el estanque lleno de rocas y observó lo que hacía. Aquella noche le dijo a mi padre:

—Se ha quedado allí mirando el fuerte, boquiabierto. Tal como solía hacer su madre. No va a llegar a nada bueno en la vida, te lo digo desde ahora.

Cuando tenía tal vez trece años, decidí subir al fuerte por mi cuenta. Vadeé el estanque, llegué al otro lado y trepé por la ladera; cuando estaba a punto de entrar, se materializó una cosa negra en la entrada. Yo me di la vuelta y eché a correr cuesta abajo, demasiado asustado incluso para gritar.

Era sólo una vaca. La vi desde lejos, pero estaba demasiado desenchajado para volver a subir.

Lo intenté muchas otras veces, pero era tan cobarde que cada vez que iba a subir, me amilanaba y me volvía atrás.

A los veinticuatro años, cuando vivía en Dhanbad y trabajaba como chófer del señor Ashok, volví a Laxmangarh en una ocasión en la que mi amo y su mujer fueron allí de excursión. Era un viaje muy importante para mí, y espero describírselo con todo detalle cuando sea posible. Pero, por ahora, lo único que quiero contarle es esto: como después del almuerzo —mientras el señor Ashok y la señora Pinky reposaban— yo no tenía nada que hacer, decidí intentarlo de nuevo. Crucé el estanque a nado, subí por la ladera, atravesé el umbral y entré por primera vez en el Fuerte Negro. No

había gran cosa: sólo muros derruidos y un montón de monos asustados que me observaban a cierta distancia. Me encaramé a la muralla y contemplé el pueblo a mis pies. Mi pequeña Laxmangarh. Divisé la torre del templo, el mercado, el arroyo reluciente de aguas residuales, las mansiones de los señores... y mi propia casa, con aquella mancha oscura y borrosa en la entrada: el búfalo de agua. Me parecía la vista más hermosa de la Tierra.

Me incliné sobre la muralla hacia el pueblo. Y entonces hice algo demasiado repugnante para describírselo.

Bueno, lo que hice en realidad fue escupir. Una y otra vez. Y luego, silbando y tarareando, bajé de la colina.

Ocho meses más tarde le rebané el cuello al señor Ashok.

LA SEGUNDA NOCHE

Para:

Su Excelencia Wen Jiabao,
ahora seguramente dormido como un tronco
en la oficina del primer ministro
de China.

De:

Su tutor de medianoche
en cuestiones empresariales:
el Tigre blanco.

Señor primer ministro:

Bueno...

¿Qué tal suena mi carcajada?

¿Cómo huelen mis sobacos?

Y cuando sonrío de oreja a oreja, ¿es cierto —como sin duda debe usted imaginar a estas alturas— que mis labios se ensanchan en un rictus diabólico?

Podría seguir y seguir hablando de mí mismo, señor. Podría regodearme diciendo que no soy un asesino cualquiera, sino uno que mató a su propio patrón (una especie de segundo padre) y que contribuyó a que probablemente murieran todos los miembros de su propia familia. Un asesinato múltiple, prácticamente.

Pero no quiero seguir hablando de mí mismo. Debería usted oír a algunos de esos empresarios de Bangalore: «Mi nueva firma tiene un contrato con American Express... Mi nueva firma controla el *software* de ese hospital de Londres, bla, bla, bla...». Odio esa actitud de mierda típica de Bangalore, se lo aseguro.

(Pero si por fuerza tiene que informarse sobre mí, entre en mi página web: www.whitetiger-technologydrivers.com. ¡Eso es! ¡Ésa es la dirección de mi «nueva firma»!).

La cuestión, señor, es que ya estoy harto de hablar de mí. Esta noche quiero hablarle de otro hombre importante en mi historia.

Mi ex.

La cara del señor Ashok reaparece ahora en mi mente como solía hacerlo todos los días cuando yo estaba a su servicio: reflejada en mi retrovisor. Era un rostro tan apuesto que a veces no podía sacarle los ojos de encima. Imagínese a un tipo de un metro ochenta, ancho de hombros, con unos antebrazos robustos e impresionantes; y sin embargo, siempre gentil (o casi siempre, salvo en aquella ocasión en que le dio un puñetazo en la cara a la señora Pinky) y bondadoso con todos los que le rodeaban, incluidos sus criados y su chófer.

Ahora, al lado de la suya, aparece otra cara en el espejo de la memoria. La de la señora Pinky, su esposa. Tan atractiva como su marido. Es decir, del mismo modo que la imagen de la diosa en el templo hindú de Birla —en Nueva Delhi— es tan bella como la del dios con el que está casada. Se sentaban allí detrás y se ponían a charlar, y yo los llevaba a donde quisieran, con la misma fidelidad con la que el dios-siervo Hanuman conducía a su señor y su señora, Ram y Sita.

Al pensar en el señor Ashok me pongo sentimental. Espero que haya por aquí pañuelos de papel.

He aquí un hecho extraño: asesinas a un hombre y te sientes responsable de su vida. Incluso de un modo posesivo. Sabes más de él que su padre y su madre; ellos vieron el feto, pero tú has visto su cadáver. Sólo tú puedes completar la historia de su vida; sólo tú sabes por qué ha habido que entregar su cuerpo a las llamas antes de hora, y por qué los dedos de sus pies se arquean y forcejean por una hora más en la tierra.

Ahora bien, aun cuando yo lo maté, no oírás de mis labios nada malo sobre él. Defendí su buen nombre cuando era su criado, y ahora que soy (en cierto sentido) su amo, no voy a dejar de hacerlo. Le debo mucho. El y la señora Pinky se sentaban atrás y se ponían a charlar de la vida, de la India, de América —mezclando el hindi y el inglés—, y yo, escuchando a hurtadillas, aprendí un montón de cosas de la vida, de la India, de América... e incluso un poquito de inglés. (¡Quizás algo más de lo que he dejado entrever hasta ahora!). Muchas de mis mejores ideas las he tomado, en realidad, de mi ex patrón o de su hermano, o de alguna otra persona a la que llevé en el coche. (Lo confieso, señor primer ministro: no soy un pensador original, pero sí un «escuchador» original). Es verdad que el señor Ashok y yo tuvimos al final algunas discrepancias sobre un término inglés —«impuesto sobre la renta»— y que las cosas empezaron a agriarse entre nosotros, pero todo ese embrollo viene más tarde. En este punto seguimos manteniendo una excelente relación: acabamos de conocernos, lejos de Delhi, en la ciudad de Dhanbad.

Me fui a Dhanbad después de la muerte de mi padre. Él llevaba tiempo enfermo, pero en Laxmangarh no hay hospital (aunque sí la primera piedra de tres hospitales distintos, cada una colocada por un político distinto antes de tres elecciones distintas). Cuando empezó a escupir sangre una mañana, Kishan y yo lo subimos a un bote y cruzamos el río. Le limpiamos una y otra vez la boca con el agua del río, pero debía de estar tan contaminada que aún le hacía escupir más sangre.

Al otro lado del río había un conductor de rickshaw que reconoció a mi padre; nos llevó a los tres, gratis, hasta el hospital del Gobierno.

Había tres cabras negras sentadas en los escalones de aquel edificio grande y descolorido. El hedor a heces de cabra llegaba desde la puerta abierta. Los cristales de la mayoría de las ventanas estaban rotos; un gato nos miraba fijamente desde una

ventana resquebrajada.

En la entrada había un cartel que decía:

HOSPITAL LIBRE UNIVERSAL LOHIA
INAUGURADO CON HORGULLO POR EL GRAN SOCIALISTA
UNA BENDITA PRUEBA DE QUE CUMPLE SUS PROMESAS

Kishan y yo transportamos a nuestro padre al interior pisando cagadas de cabra, que se hallaban esparcidas por el suelo como una constelación de estrellas negras. No había médico en el hospital. Un chico que estaba de vigilante nos dijo, después de sobornarlo con diez rupias, que quizá viniera uno por la tarde. Las puertas de las habitaciones estaban abiertas de par en par; de las camas sobresalían muelles de metal. El gato empezó a gruñimos en cuanto pusimos un pie en una habitación.

—Es peligroso entrar en las habitaciones. Ese gato ha probado la sangre.

Un par de musulmanes habían extendido por el suelo un periódico y se habían sentado encima. Uno de ellos tenía una herida abierta en la pierna. Nos invitó a sentarnos con él y con su amigo. Kishan y yo bajamos a nuestro padre y lo depositamos sobre las hojas de periódico. Aguardamos allí.

Aparecieron dos niñas pequeñas y se sentaron detrás de nosotros; las dos tenían los ojos amarillos.

—Ictericia. Ella me la ha contagiado.

—No es verdad. Tú me la has contagiado a mí. ¡Y ahora nos moriremos las dos!

Un viejo con un parche en un ojo fue a sentarse detrás de las niñas.

El musulmán seguía añadiendo hojas de periódico en el suelo y la fila de ojos enfermos, de heridas en carne viva y de bocas delirantes continuó alargándose.

—¿Por qué no hay un médico aquí? —pregunté—. Éste es el único hospital en las dos orillas del río.

—Verás —me dijo el musulmán más viejo—, la cosa funciona así: hay un supervisor sanitario del Gobierno que ha de comprobar si los médicos visitan los hospitales de pueblo como éste. Cada vez que ese puesto queda vacante, el Gran Socialista avisa a los médicos más importantes y les dice que va a abrir una subasta para adjudicarlo. La tarifa para este puesto hoy en día es de unas cuatrocientas mil rupias.

—¡Tanto! —dije, con la boca abierta.

—¿Por qué no? En un puesto público se gana mucho dinero. Ahora, imagínate que yo soy médico. Tomo prestado el dinero y se lo entrego al Gran Socialista, arrodillándome a sus pies. Él me da el puesto. Yo juro ante Dios y ante la Constitución de la India y luego pongo las botas sobre la mesa de mi escritorio en la capital del estado. —Puso los pies sobre una mesa imaginaria—. Entonces convoco

en mi despacho a los médicos más jóvenes del Gobierno, a los que se supone que he de supervisar. Saco mi libro de registro y grito: «Doctor Ram Pandey» —dijo señalándome con el dedo.

Yo asumí mi papel y respondí:

—¡Sí, señor!

Él me tendió la palma abierta.

—Ahora, tú —el doctor Ram Pandey— vas a tener la amabilidad de ponerme en la mano un tercio de tu sueldo. Buen chico. Yo, a cambio, hago «esto». —Trazó una cruz en su imaginario libro de registro—. Ahora puedes quedarte el resto del sueldo e ir a trabajar a algún hospital privado durante el resto de la semana. Olvídate de ese pueblo, porque, según este libro, tú ya has ido allí. Ya has tratado la herida de mi pierna. Ya has curado la ictericia de esa niña.

—Ah —dijeron los pacientes. E incluso los chicos que estaban de vigilantes, y que se habían situado a nuestro alrededor, asintieron muy convencidos. Las historias de corrupción y podredumbre son siempre las mejores, ¿verdad?

Cuando Kishan le puso a nuestro padre en la boca un poco de comida, él la sacó toda mezclada con sangre. Su cuerpo flaco y oscuro empezó a sufrir convulsiones y a vomitar sangre en todas direcciones. Las niñas de los ojos amarillos se pusieron a gemir. Los demás se apartaron.

—¿Tiene tuberculosis, no? —preguntó el musulmán más viejo, mientras ahuyentaba las moscas de su herida.

—No sabemos, señor. Hace bastante tiempo que tose, pero no sabíamos qué era.

—Es tuberculosis. La he visto en conductores de rickshaw. Se van debilitando con su trabajo. Bueno, quizás aparezca el médico esta tarde.

No apareció. Hacia las seis, como sin duda debía reflejar el registro del Gobierno, mi padre quedó curado para siempre de su tuberculosis. Los vigilantes nos obligaron a limpiar su rastro antes de llevarnos el cuerpo. Una cabra se acercó a husmear cuando estábamos fregando la sangre del suelo. Los vigilantes la acariciaron y le dieron una gruesa zanahoria mientras terminábamos de limpiar los restos de sangre infectada de mi padre.

La boda de Kishan tuvo lugar un mes después de la cremación.

Ésa fue una boda de las buenas. El novio era nuestro y ahora fuimos nosotros los que exprimimos a base de bien a la familia de la chica. Recuerdo con exactitud lo que les sacamos de dote y sólo de pensarlo se me hace la boca agua todavía: cinco mil rupias en metálico, en billetes nuevecitos y crujientes recién sacados del banco, más una bicicleta de la marca Hero y un grueso collar de oro para Kishan. Después de la boda, la abuela Kusum se quedó las cinco mil rupias, la bicicleta y el grueso collar de oro. Kishan tuvo dos semanas para hundir el pico en su esposa; luego lo mandaron a Dhanbad. Mi primo Dilip y yo fuimos con él. Los tres encontramos trabajo en un

salón de té de Dhanbad; al parecer, el dueño había oído hablar bien del trabajo de Kishan en el salón de Laxmangarh.

Por suerte para nosotros, no había oído nada de mí.

Vaya usted a cualquier salón de té en las orillas del Ganges, señor, y eche un vistazo a los hombres que trabajan allí. Digo «hombres», aunque mejor debería llamarlos arácnidos humanos que se arrastran entre las mesas y por debajo de ellas con un trapo andrajoso en la mano; hombres espachurrados con uniformes espachurrados, sumidos en una especie de letargo, mal afeitados, con los treinta o los cuarenta o los cincuenta cumplidos, pero todavía «chicos» para la clientela. Ése es tu destino, si haces bien tu trabajo: con honestidad, con dedicación, con seriedad. Tal como Gandhi lo habría hecho, sin duda.

Yo hacía mi trabajo con una deshonestidad casi total, sin dedicación ni seriedad, y por eso aquel salón de té fue para mí una experiencia muy enriquecedora.

En vez de fregar las mesas o de machacar trozos de carbón para el horno, yo, en el salón de Laxmangarh, me había dedicado a espiar a los clientes y a escuchar todo lo que decían. Había llegado a la conclusión de que sólo así lograría progresar en mi educación. Eso es lo único que voy a decir en mi favor. Siempre he creído firmemente en la educación, sobre todo en la mía.

El dueño se sentaba en la parte de delante, bajo el gran retrato de Gandhi, mientras removía un cazo de almíbar que bullía a fuego lento. ¡Sabía lo que yo tramaba! En cuanto me veía holgazanear junto a una mesa o fingir que limpiaba una mancha para poder seguir escuchando una conversación, me gritaba: «¡Sinvergüenza!», y tras bajarse de un salto de su silla, me perseguía por el salón con el cucharón con el que había estado removiendo el azúcar y me aporreaba con él en la cabeza. El almíbar ardiendo me chamuscaba la piel y me dejaba en las orejas unas manchas que a veces la gente tomaba por vitíligo u otra enfermedad de la piel; una red rosada por la cual aún puede usted identificarme, aunque ese detalle —como era de prever— también se le escapó a la Policía.

Finalmente, me mandaron a casa. Nadie en Laxmangarh me habría dado trabajo después de aquello, ni siquiera como jornalero. De manera que si Kishan y Dilip se marcharon a Dhanbad fue más que nada por mí: para darme la oportunidad de empezar de nuevo como arácnido.

En su viaje del pueblo a la ciudad, desde Laxmangarh hasta Delhi, el camino del empresario emprendedor atraviesa una serie de ciudades de provincias que tienen toda la polución, el ruido y el tráfico de una gran capital, pero ni rastro de la historia, la planificación y la grandeza de una auténtica ciudad. Ciudades de medio pelo, construidas por hombres a medio hacer.

En Dhanbad se respiraba el dinero en el aire. Vi edificios con paredes enteras de cristal y hombres con oro en los dientes. Y todo aquello procedía de las minas de

carbón, En las afueras, había más carbón del que podría encontrar usted en cualquier otra parte de la Oscuridad, tal vez más carbón que en ningún otro lugar del mundo. Los mineros venían a comer a mi salón de té, y yo siempre les atendía lo mejor posible, porque ellos eran los que tenían las mejores historias que contar.

Decían que las minas de carbón se extendían a lo largo de kilómetros y kilómetros. Que en algunos lugares había fuegos que ardían bajo tierra y despedían humo hacia el exterior. ¡Fuegos que llevaban cientos de años ardiendo sin parar!

Y fue en el salón de té de esa ciudad erigida por el carbón, mientras frotaba una mesa y me entretenía escuchando una conversación, cuando mi vida cambió de improviso.

—¿Sabes? A veces pienso que me equivoqué al convertirme en minero.

—¿Ah, sí? ¿Y en qué pueden convertirse, si no, las personas como tú y como yo? ¿En políticos, quizá?

—Ahora todo el mundo se compra un coche. ¿Y sabes cuánto pagan al chófer? ¡Mil setecientas rupias al mes!

A mí se me cayó el trapo al suelo. Corrí a buscar a Kishan, que estaba limpiando el horno por dentro.

Después de la muerte de mi padre, era Kishan quien se ocupaba de mí. No pretendo ocultar la importancia de su papel para que yo me haya convertido en lo que soy, pero él carecía por completo de espíritu emprendedor. Él habría permitido tranquilamente que yo me hundiese en el lodo.

—Ni hablar —dijo Kishan—. La abuela dijo que no nos moviéramos del salón de té. Y eso es lo que vamos a hacer.

Me recorrí todas las paradas de taxis; supliqué de rodillas a infinidad de desconocidos. Pero nadie quería enseñarme a conducir gratis. Me iba a costar trescientas rupias aprender a llevar un coche.

¡Trescientas rupias!

Hoy en día, en Bangalore, yo no consigo personal suficiente para mi empresa. La gente va y viene. Los buenos no se quedan. Estoy pensando incluso en poner un anuncio en el periódico.

HOMBRE DE NEGOCIOS RADICADO EN BANGALORE

BUSCA HOMBRES INTELIGENTES PARA SU EMPRESA.

¡HAGA SU SOLICITUD DE INMEDIATO!

ATRATIVAS OFERTAS SALARIALES.

¡LECCIONES GRATUITAS INCLUIDAS SOBRE LA VIDA

Y EL ESPÍRITU EMPRESARIAL!

Vaya usted a cualquier bar de Bangalore con los oídos bien abiertos y siempre

oirá la misma canción: «no consigo suficientes trabajadores para el centro de venta telefónica; no tengo suficientes ingenieros informáticos; no consigo jefes de ventas». Cada semana hay en el periódico entre veinte y veinticinco páginas de anuncios de trabajo.

Las cosas son diferentes en la Oscuridad. Allí, cada mañana, decenas de miles de jóvenes se sientan en los salones de té a leer el periódico, o se tumban en un *charpoy*^[5] y tararean una melodía, o se repanchingan en sus habitaciones y empiezan a hablarle a la fotografía de una actriz de cine. No tienen nada que hacer.

Saben que hoy ya no van a conseguir trabajo. Ya han dejado de luchar.

Ésos son los listos.

Los idiotas se han reunido en una explanada situada en el centro de la ciudad. De vez en cuando llega un camión y todos corren hacia él con las manos extendidas, gritando: «¡Yo! ¡Yo!».

Todos me empujaban y yo devolvía los empujones, pero el camión sólo recogió a seis o siete y nos dejó a los demás allí. Iban a una construcción o a cavar... ¡Menuda suerte, los muy bastardos! Otra media hora esperando. Llegó otro camión. Otro alboroto, otra pelea. Después de la quinta o sexta pelea, me encontré por fin a la cabeza de la multitud, cara a cara con el conductor del camión, que era un sij, un hombre con un gran turbante azul. Tenía en la mano un bastón de madera y lo blandía en el aire para hacer retroceder a la gente.

—¡Todos vosotros! —gritó—. ¡Sacaos la camisa! ¡Antes de darle trabajo a un hombre he de verle las tetillas!

Me miró el pecho, me apretó las tetillas, me dio unas palmadas en el culo, me examinó los ojos... Y entonces me empujó con su bastón:

—¡Demasiado flaco! ¡Largo!

—Deme una oportunidad, señor. No soy corpulento, pero tengo mucha energía. Puedo cavar, puedo transportar cemento, puedo...

Él alzó su bastón y me golpeó en la oreja. Yo me fui al suelo y otros se apresuraron a ocupar mi sitio.

Me quedé sentado, frotándome la oreja, mientras veía cómo se alejaba el camión entre una nube de polvo.

La sombra de un águila pasó por encima de mi cabeza. Me eché a llorar.

—¡Tigre blanco! ¡Estabas aquí!

Kishan y mi primo Dilip me levantaron del suelo, los dos con una gran sonrisa en la cara. ¡Una gran noticia! La abuela había accedido a que me pagasen las clases de conducir.

—Sólo una cosa —dijo Kishan—. Según la abuela, eres un cerdo codicioso. Quiere que jures por todos los dioses del Cielo que no te olvidarás de ella cuando seas rico. —Lo juro.

—Pellízcate el cuello y jura que le enviarás cada mes hasta la última rupia que ganes.

Fuimos al sitio donde vivían los taxistas. Un viejo con un uniforme marrón que parecía una pieza de museo del Ejército fumaba con un narguile que calentaba en un cuenco lleno de brasas. Kishan le explicó la situación.

El viejo conductor preguntó:

—¿De qué casta eres?

—Halwai.

—Fabricantes de dulces —dijo, meneando la cabeza—. Eso es lo que hacéis vosotros. Dulces. ¿Cómo vais a aprender a conducir? —Señaló el narguile sumido en las brasas—. Es como querer hacer hielo con carbón. Dominar un automóvil —movió una palanca de cambio invisible— viene a ser como domar a un semental salvaje. Sólo un chico de las castas guerreras es capaz de hacerlo. Has de tener espíritu combativo en las venas. Los musulmanes, los rajput y los sijs son guerreros y pueden llegar a ser conductores. ¿O crees que los fabricantes de dulces podéis aguantar mucho con la cuarta puesta?

Desde la mañana siguiente, a las seis en punto, empezamos a hacer hielo con carbón. Trescientas rupias y una propina lograron ese milagro. Practicábamos con un taxi. Cada vez que cometía un error con las marchas, él me daba en la cabeza.

—¿Por qué no te quedas con el té y los dulces?

Por cada hora al volante del coche, me hacía pasar dos o tres horas debajo: me convertí en el mecánico gratuito de todos los taxis de aquella parada. A última hora de la tarde emergía de los bajos de un coche como un cerdo del lodazal, o sea, con la cara negra de grasa y las manos relucientes de lubricante. Me sumergí en un Ganges negro y salí convertido en un conductor.

—Escucha —me dijo el viejo cuando le entregué las cien rupias que le habíamos prometido como propina—, no basta con saber conducir. Has de convertirte en un chófer. Tienes que adquirir la actitud correcta, ¿entiendes? Sí alguien intenta adelantarte, tú haces esto —cerró el puño y lo blandió en el aire— y lo llamas «hijo de perra» varias veces. Las calles son una jungla, ¿comprendes? Un buen chófer ha de rugir para salir adelante. —Me dio unas palmaditas—. Eres mejor de lo que pensaba, chico. Eres una caja de sorpresas. Y tengo un regalo para ti.

Eché a andar y yo le seguí. Ya casi era de noche. Cruzamos calles y mercados sumidos en la penumbra. Caminamos durante media hora, mientras todo iba oscureciendo a nuestro alrededor. Y de repente fue como si hubiéramos puesto los pies en un festival de fuegos artificiales.

La calle estaba llena de puertas y ventanas de colores, y en cada puerta y cada ventana había una mujer asomada con una gran sonrisa. Suspendidas sobre la calle, destellaban cintas de papel rojo y de papel de plata; a ambos lados había tenderetes

donde preparaban té. Cuatro hombres se lanzaron de inmediato sobre nosotros. El viejo les dijo que se apartaran, que era mi primera vez.

—Dejadle que disfrute con las vistas primero. Ésa es la mejor parte ¿no es cierto? ¡Las vistas!

—Claro, claro —dijeron ellos, retrocediendo—. Eso es lo que queremos, que disfrute.

Seguí al viejo, mirando boquiabierto a todas aquellas mujeres preciosas que se reían y me lanzaban pullas desde las ventanas enrejadas..., ¡todas suplicándome que les hundiera el pico! El viejo conductor me explicó las características de la mercancía. En la parte alta de un edificio, sentadas en un alféizar de manera que pudiéramos apreciar enteras sus relucientes piernas oscuras, estaban las «americanas»: chicas con minifalda y zapatos de plataforma, que llevaban bolsos de color rosa con nombres en inglés escritos con lentejuelas. Eran esbeltas y atléticas: ideales para quienes prefieren el tipo occidental. En una esquina, sentadas en el umbral de una casa, las «tradicionales»: mujeres gordas y rollizas con sari, para los que quieren sacarle el máximo partido a su dinero. En una ventana había eunucos y en la siguiente unos cuantos adolescentes. La cara de un niño pequeño apareció un momento entre las piernas de una mujer y desapareció enseguida.

Y de pronto, un destello cegador: se había abierto una puerta azul y cuatro nepalíes de piel clara con preciosas enaguas rojas se asomaron por ella.

—¡Ésas! —grité—. ¡Ésas! ¡Ésas!

—Muy bien —dijo el viejo—. A mí también me gustan. Siempre elijo extranjeras.

Entramos. Él escogió a una de las cuatro mujeres y yo a otra. Nos fuimos a dos habitaciones; la que yo había elegido me hizo pasar y cerró la puerta.

¡Mi primera vez!

Media hora más tarde, cuando el viejo y yo regresamos dando tumbos a su casa, borrachos y contentos, puse brasas en su narguile y lo observé mientras aspiraba con fruición. Luego dejó escapar el humo por la nariz.

—¿Qué esperas ahora? Te he convertido en un conductor y en un hombre..., ¿qué más quieres?

—Señor..., ¿podría preguntar a los taxistas si necesitan a alguien? Empezaré trabajando gratis. Necesito un empleo.

El viejo se echó a reír.

—¡Yo no tengo trabajo desde hace cuarenta años, atontado! ¿Cómo cono quieres que te ayude? Y ahora, lárgate.

Al día siguiente, fui de casa en casa llamando a las verjas y a las puertas de los ricos, preguntado si necesitaban un chófer, un buen chófer con experiencia para sus coches.

Todos decían que no. Así no había manera de conseguir trabajo. Para que te

dieran un empleo tenías que conocer a alguien de la familia. No bastaba con llamar y preguntar.

En la mayor parte de la India, Excelencia, el espíritu emprendedor no obtiene recompensa. Un hecho lamentable.

Cada noche volvía a casa exhausto y al borde de las lágrimas. Pero Kishan me decía:

—Sigue probando. Al final, alguien te dirá que sí.

De manera que continué buscando y yendo de casa en casa... Por fin, tras dos semanas de preguntar y preguntar y de que todos me dijeran que me largara, llegué a una casa con unos muros de tres metros y rejas de hierro en cada ventana.

Un taimado nepalí de ojos achinados y bigote blanco me escudriñó entre las barras de la verja.

—¿Qué quieres?

No me gustó nada su manera de preguntarlo; esboqué una gran sonrisa.

—¿No necesitan un chófer, señor? Tengo cuatro años de experiencia. Mi amo murió hace poco, así que...

—Al cuerno. Ya tenemos chófer —dijo el nepalí, haciendo girar un manajo de llaves con una sonrisa sardónica.

Se me cayó el alma a los pies; ya estaba a punto de darme la vuelta cuando vi una figura en la terraza: un tipo con una túnica larga y holgada de color blanco que caminaba en círculo, sumido en sus pensamientos. Se lo juro por Dios, señor, se lo juro por los 36 000 004 dioses: en cuanto le vi la cara lo supe: «Ése va a ser mi amo».

Un oscuro destino había ligado su vida a la mía, porque en ese preciso momento dirigió la vista hacia la entrada.

Yo sabía que iba a venir a salvarme. Sólo tenía que distraer el tiempo suficiente a aquel cabrón nepalí.

—Soy un buen conductor, señor. No fumo, no bebo, no robo.

—Vete a la mierda. ¿Es que no me has entendido?

—No faltó el respeto a los dioses ni tampoco a mi familia.

—¿Qué cono te pasa? ¡Lárgate de una vez...!

—No chismorreó sobre mis amos, ni robo ni blasfemo.

Y entonces se abrió la puerta de la casa. Pero no era el hombre de la terraza, sino otro más viejo con un mostacho blanco y curvado de puntas afiladas.

—¿Qué ocurre, Ram Bahadur? —le preguntó al nepalí.

—Un chico mendigando, señor. Pidiendo dinero.

Yo me puse a golpear la verja.

—Soy de su pueblo, señor. ¡De Laxmangarh! ¡El pueblo del Fuerte Negro! ¡Soy de su pueblo!

¡Aquel viejo era el Cigüeña!

Me miró fijamente un buen rato y luego le dijo al vigilante nepalí:

—Deja pasar al chico.

¡Entré zumbando! En cuanto se abrió la verja, me lancé directo a los pies del Cigüeña. Ningún corredor olímpico habría entrado tan rápido como yo. El nepalí no tuvo ni siquiera la oportunidad de cerrarme el paso.

Debería haberme visto aquel día. ¡Menudo espectáculo de gemidos, besos y lágrimas! ¡Habría creído usted que yo pertenecía a una casta de actores! Mientras me aferraba a los pies del Cigüeña y contemplaba sus largas uñas mugrientas, me preguntaba: «¿Qué estará haciendo en Dhanbad? ¿Cómo es que no está en el pueblo sacándoles el dinero a los pobres pescadores y tirándose a sus hijas?».

—Levántate, chico —me dijo (las largas uñas de sus pies me arañaban las mejillas). Ahora el señor Ashok, el hombre de la terraza, había aparecido a su lado.

—¿De verdad eres de Laxmangarh?

—Sí, señor. Trabajaba en el salón de té, el que tiene esa gran foto de Gandhi. Me dedicaba a machacar el carbón. Usted vino a tomar el té una vez.

—Ah... En la parte vieja. —Cerró los ojos—. ¿Aún se acuerda la gente de mí? Hace tres años que no voy por allí.

—Claro, señor. La gente dice: «Nuestro padre se ha ido, Thakur Ramdev se ha ido, el mejor de nuestros señores se ha ido..., ¿quién nos va a proteger ahora?».

Al Cigüeña aquello le gustó. Se volvió hacia el señor Ashok.

—Veamos qué tal es. Llama a Mukesh también y vamos a dar una vuelta.

Sólo más tarde me di cuenta de la suerte que había tenido. El señor Ashok había llegado de América justamente el día anterior. Le habían comprado un coche y necesitaba un chófer. Y precisamente ese día me había presentado yo.

Había dos coches en el garaje. Uno era el típico Maruti Suzuki —ese coche blanco pequeño que verá usted por toda la India— y el otro, el Honda City. El Maruti es pequeño y sencillo, el siervo ideal para un conductor; en cuanto giras la llave, hace exactamente lo que tú quieres. El Honda City es un coche más grande, una criatura más sofisticada, y posee su propia voluntad. Tiene dirección asistida y un motor potente, y hace lo que él quiere. Teniendo en cuenta lo nervioso que yo estaba, si el Cigüeña me hubiese dicho que hiciera la prueba con el Honda, aquello habría sido el final para mí, señor. Pero yo tenía la suerte de mi lado.

Me hicieron conducir el Maruti Suzuki.

El Cigüeña y el señor Ashok se sentaron detrás; un individuo bajo y renegrido —Mukesh Sir, el otro hijo del Cigüeña— ocupó el asiento delantero y empezó a darme órdenes. El vigilante nepalí nos observó con expresión sombría mientras yo cruzaba la verja con el coche y me sumergía en las calles de Dhanbad.

Me hicieron conducir media hora y luego me dijeron que regresara.

—No está mal —dijo el viejo mientras bajaba—. El chico es prudente y conduce

bien. ¿Cómo has dicho que era tu apellido?

—Halwai.

—Halwai... —Se volvió hacia Mukesh Sir—. ¿De qué casta será? ¿Superior o inferior?

Yo sabía que mi futuro dependía de la respuesta.

Tendría que explicarle un par de cosas sobre las castas. Incluso los indios se confunden con esta palabra, especialmente los indios que se han educado en la ciudad. Ellos se harían un lío para explicárselo. Pero, en realidad, es muy sencillo.

Empecemos por mí mismo.

Verá. Halwai, mi apellido, significa: «fabricante de dulces».

Ésa es mi casta: mi destino. El que vive en la Oscuridad y oye mi nombre ya lo sabe todo sobre mí. Por eso, Kishan y yo conseguíamos trabajo en salones de té allí donde íbamos. El dueño pensaba: «Ah, son Halwai; lo de preparar dulces y té lo llevan en la sangre».

Pero si nosotros éramos Halwai, ¿por qué no se dedicaba mi padre a hacer dulces en vez de tirar de un rickshaw? ¿Por qué crecí yo machacando carbón y fregando mesas, en lugar de hacerlo devorando *gulab jamuns*^[6] y pasteles de hojaldre cuando me apeteciera? ¿Por qué era un chico delgado, marrullero y renegrido, y no un gordito sonriente de piel cremosa, como lo habría sido si me hubiese criado a base de dulces?

Verá: este país, en sus días de grandeza, cuando era la nación más rica de la Tierra, era como un zoo. Un zoo limpio, ordenado y bien conservado. Cada uno feliz y en su sitio. Los orfebres, aquí; los vaqueros, ahí; los señores, allá. El que se llamaba Halwai fabricaba dulces; el vaquero cuidaba vacas, y el intocable limpiaba las heces. Los señores eran amables con sus siervos. Las mujeres se cubrían la cabeza con un velo y bajaban los ojos cuando hablaban con un extraño.

Y entonces, gracias a todos esos políticos de Delhi, el 15 de agosto de 1947, es decir, el día en que los británicos se fueron, todas las jaulas quedaron abiertas. Los animales empezaron a atacarse y a destrozarse unos a otros y la ley de la jungla sustituyó a la ley del zoo. Los más feroces, los más hambrientos, se comieron a todos los demás y empezaron a echar barriga. Eso era lo único que contaba ahora: el tamaño de tu barriga. No importaba si eras mujer, musulmán o intocable: cualquiera con una buena panza podía progresar. El padre de mi padre debió de ser un Halwai auténtico, un fabricante de dulces. Pero cuando él heredó su tienda, algún miembro de otra casta debió de robársela con la ayuda de la Policía. Mi padre no tenía una buena barriga para defenderse. Por eso se había desplomado hasta el fondo del lodo, hasta el nivel de un conductor de rickshaw. Por eso me arrebataron mi destino de

gordito sonriente de piel cremosa.

En resumen: en los viejos tiempos había en la India un millar de castas y de destinos. Hoy en día sólo hay dos castas: la de los hombres con grandes barrigas y la de los hombres sin barriga.

Y sólo dos destinos: comer o ser comido.

Como aquel tipo renegrado —Mukesh Sir, el hermano del señor Ashok— no sabía la respuesta (ya le he dicho que la gente de ciudad no sabe gran cosa sobre el sistema de castas), el Cigüeña me miró y me lo preguntó directamente a mí.

—¿Eres de una casta superior o inferior, chico?

Yo no sabía qué quería que le respondiera, de manera que sopesé ambas respuestas (podría haber presentado las dos de un modo favorable) y le dije por fin:

—Inferior, señor.

El viejo se volvió hacia Mukesh Sir y le dijo:

—Todos nuestros empleados son de castas superiores. No nos hará ningún daño tener a uno o dos de las inferiores.

Mukesh Sir me miró entornando los ojos. Él no conocía las viejas costumbres del pueblo, pero poseía toda la astucia de los señores.

—¿Bebes?

—No, señor. Los de mi casta no bebemos nunca.

—Halwai... —dijo el señor Ashok sonriendo—. ¿Sabes hacer dulces? ¿Nos prepararás golosinas cuando no estés conduciendo?

—Ya lo creo, señor. Cocino muy bien, Dulces muy sabrosos. *Gulab jamuns*, *laddoos*, todo lo que usted desee —dije—. He trabajado muchos años en un salón de té.

Al señor Ashok aquello pareció hacerle gracia.

—Sólo aquí, en la India —comentó—, tu chófer es capaz de prepararte dulces. Sólo en la India. Empiezas mañana mismo.

—No tan deprisa —dijo Mukesh Sir—. Primero hemos de hacerte unas preguntas sobre tu familia. Cuántos son, dónde viven, todo eso. Y una cosa más: ¿cuánto quieres cobrar? Era otra prueba.

—Nada en absoluto, señor. Usted es para mí como un padre y una madre. ¿Cómo voy a pedir dinero a mis padres?

—Ochocientas rupias al mes —dijo él.

—No, señor, por favor. Es demasiado. Deme la mitad y ya será suficiente. Más que suficiente.

—Si después de dos meses decidimos quedarnos contigo, lo subiremos a mil quinientos.

Con una expresión adecuadamente desolada, acepté el sueldo que me ofrecía.

Mukesh Sir todavía no estaba del todo convencido. Me miró de arriba abajo y dijo:

—Es joven. ¿No sería mejor uno de más edad? El Cigüeña meneó la cabeza.

—Tómalos jóvenes y los conservarás toda la vida. Con un chófer de cuarenta tienes... ¿cuánto?, ¿veinte años de servicio?, luego ya le empieza a fallar la vista. Este tipo, en cambio, durará treinta o treinta y cinco años. Tiene dientes fuertes, conserva todo el pelo, está en buena forma.

Chupó el jugo de las hojas de betel que le llenaban la boca, se volvió y escupió un chorro de líquido rojo.

Me dijo que volviese en un par de días.

Debió telefonar a su hombre en Laxmangarh. Y supongo que éste, tras hablar con Kusum y preguntar sobre nosotros a los vecinos, le devolvería la llamada: «Es de una buena familia. Nunca han creado problemas. El padre murió hace años de tuberculosis. Era conductor de rickshaw. El hermano también está en Dhanbad, trabaja en un salón de té. Ningún antecedente de apoyo a los naxalitas ni a otros terroristas. Y no se mueven nunca de sitio. Sabemos exactamente dónde localizarlos».

Este último detalle era muy importante. Ellos tenían que saber dónde estaba mi familia. En todo momento.

Aún no le he contado —¿verdad?— lo que el Búfalo le hizo a su criado. Al criado que se suponía que debía cuidar de su hijo pequeño, el que fue secuestrado por los naxalitas y luego torturado hasta morir. Ese criado era de nuestra casta, señor. Un Hal-wai. Yo lo había visto una o dos veces cuando era chico.

Él dijo que no había tenido nada que ver con el secuestro; el Búfalo no le creyó e hizo que cuatro de sus matones lo torturasen. Luego le pegaron un tiro en la cabeza.

Parece bastante justo. Yo le haría lo mismo a cualquiera que dejara que secuestrasen a mi hijo. Pero, entonces, como el Búfalo estaba convencido de que aquel hombre había permitido que secuestraran al niño a cambio de dinero, empezó a perseguir también a su familia. A un hermano lo sorprendieron trabajando en el campo y lo apalearon hasta matarlo. A la esposa de este hermano la liquidaron entre tres hombres. A una hermana todavía soltera la liquidaron también. Luego los cuatro secuaces rodearon la casa donde vivía la familia y le prendieron fuego.

Ahora bien, señor, ¿quién desearía que le sucediera algo así a su familia? ¿Qué monstruo inhumano y miserable condenaría a una muerte segura a su propia abuela, a su hermano, a su tía, a sus sobrinos y sobrinas?

El Cigüeña y sus hijos podían contar con toda mi lealtad.

Cuando regresé al cabo de dos días, el nepalí abrió la verja sin pronunciar palabra. Ya estaba dentro.

Como amos, el señor Ashok, Mukesh Sir y el Cigüeña eran mejores que la mayoría. Siempre había comida en la casa para los criados. Los domingos incluso

tenías un plato especial de arroz con trocitos de pollo deshuesado. Yo nunca en mi vida había comido regularmente un plato de pollo. Te sentías como un rey comiendo pollo un domingo tras otro y chupándote luego los dedos.

Tenía una habitación con techo donde dormir. Cierto: debía compartirla con el otro chófer, un tipo de aspecto lúgubre llamado Ram Persad, y él disponía de una cama estupenda mientras que yo debía dormir en el suelo.

Pero, en fin, una habitación es una habitación, y siempre resulta mejor eso que dormir en la calle como habíamos hecho Kishan y yo desde que estábamos en Dhanbad. Sobre todo, ahora tenía algo que los que nos hemos criado en la Oscuridad valoramos por encima de todo: un uniforme. ¡Un uniforme caqui!

Al día siguiente fui al banco: el que tenía una pared entera de cristal. Me vi reflejado en aquellos paneles: todo de caqui. Me paseé arriba y abajo frente a aquel banco una docena de veces, mirándome boquiabierto.

¡Si me hubieran dado también un silbato plateado, me hubiera sentido como en el Paraíso!

Kishan venía a verme una vez al mes. Kusum había decidido que podía quedarme noventa rupias para mis gastos; el resto pasaba directamente a las manos de Kishan, que de inmediato se lo enviaba a ella al pueblo. Yo le daba cada mes el dinero a través de las barras negras de la verja y luego charlábamos unos minutos antes de que el nepalí gritara:

—¡Ya está bien! ¡El chico tiene cosas que hacer!

El trabajo del segundo chófer era sencillo. Si el primer chófer, Ram Persad, estaba ocupado paseando a los amos por la ciudad con el Honda City y alguna persona de la casa quería ir al mercado, o a una mina de carbón, o a la estación de tren, yo me subía al Maruti Suzuki y la llevaba. De no ser así, tenía que quedarme en la casa y procurar hacer algo útil.

Acabo de decir que me tomaron como «chófer». No sé cómo manejan ustedes, en China, a sus criados, pero en la India —o por lo menos en la Oscuridad— los ricos no tienen chóferes, cocineros, peluqueros o sastres. Tienen criados, sencillamente.

Lo que quiero decir es que cuando no estaba ocupado con el coche, tenía que barrer el patio, hacer el té, limpiar las telarañas con una larga escoba o perseguir a una vaca fuera del recinto de la casa. Había una cosa que no me estaba permitida: tocar el Honda City.

Sólo Ram Persad tenía derecho a conducirlo y a lavarlo. Por las noches, yo lo miraba limpiar la plancha reluciente del coche con un paño fino. Me moría de envidia.

Incluso sólo por fuera, ya se veía que era un coche precioso y moderno, con todas las comodidades necesarias: altavoces, asientos de cuero lustroso y una gran escupidera de acero inoxidable en la parte trasera. Conducir aquel coche debía de ser

como estar en el Paraíso.

Y yo lo único que tenía era un Maruti Suzuki medio abollado.

Una noche, mientras observaba aquel ritual, apareció el señor Ashok y se puso a husmear el coche. Empezaba a darme cuenta de que era un hombre curioso.

—¿Para qué es eso, esa cosa reluciente que hay detrás?

—Es una escupidera, señor.

—¿Qué?

Ram Persad se lo explicó. La escupidera era para el Cigüeña, a quien le gustaba mascar *paan*. Si escupía por la ventanilla, podía dejar un reguero de *paan* en el lateral del coche, así que prefería escupir en aquella escupidera situada entre sus pies, que el conductor se encargaba de limpiar después de cada trayecto.

—Asqueroso —comentó el señor Ashok.

Estaba preguntando otra cosa cuando el hijo de Mukesh Sir, Rosnan, vino corriendo hasta nosotros con un bate de plástico y una pelota en la mano.

Ram Persad chasqueó los dedos hacia mí.

(Jugar al críquet con cualquier mocoso de la casa que tuviese ganas —y dejarle ganar con elegancia— era uno de los deberes del segundo chófer).

El señor Ashok se unió a nosotros. Se colocó como guardameta mientras yo le lanzaba la pelota al mocoso.

—¡Soy Azharuddin, el capitán de la India! —gritaba el chico cada vez que daba un buen golpe.

—Mejor que seas Gavaskar. Azharuddin es musulmán.

Era el Cigüeña. Había salido al patio a mirarnos.

—¡Menuda tontería, padre! —dijo el señor Ashok—, Hindú o musulmán, ¿qué más da?

—¡Ah, vosotros los jóvenes y vuestras ideas modernas! —dijo el Cigüeña. Me puso las manos sobre los hombros—. Rosnan, tengo que robarte al chófer, lo siento. Lo tendrás otra vez aquí dentro de una hora, ¿de acuerdo?

El Cigüeña le reservaba una tarea especial al segundo chófer. Él sufría de las piernas, las tenía llenas de varices, y el médico le había dicho que se sentara por las tardes en el patio con los pies en agua caliente y que se hiciera dar un masaje.

Yo tenía que calentar agua en la cocina, llevársela al patio, tomarle primero un pie y luego el otro, sumergírselos en el agua caliente y masajearse los con suavidad. Mientras lo hacía, él cerraba los ojos y daba gemidos.

Al cabo de media hora, decía: «El agua se ha enfriado», y entonces yo tenía que sacarle los pies del cubo (primero uno y después el otro) y llevarme el cubo al baño. El agua estaba negra, con pelos muertos y trocitos de piel flotando. Tenía que llenar el cubo con agua limpia y caliente y llevárselo de nuevo.

Mientras le daba su masaje, los dos hijos sacaban unas sillas y venían a su lado a

charlar. Ram Persad traía una botella llena de un líquido dorado, servía tres vasos, añadía cubitos de hielo y le alcanzaba un vaso a cada uno. Los dos hijos aguardaban a que su padre diera el primer sorbo y dijera:

—Ah, whisky. ¿Cómo podríamos sobrevivir sin él en este país?

Y entonces empezaba la charla. Cuanto más hablaban, más deprisa le masajeaba yo.

Hablaban de política, del carbón y de su país, señor, de China. Por algún motivo, estas tres cosas —la política, el carbón y China— estaba ligadas a la suerte de la familia. Y comprendí vagamente que mi propio destino, puesto que ahora formaba parte de aquella familia, también estaba ligado a esas tres cosas.

La charla sobre el carbón y sobre China se mezclaba con el aroma del whisky, con el olor a sudor que subía de los pies sumergidos en agua caliente del Cigüeña y también con la sensación de su piel descamándose y con las pataditas que me propinaban con sus sandalias el señor Ashok y Mukesh Sir al cambiar de posición.

Yo lo asimilaba todo: eso es lo asombroso de las personas emprendedoras. Somos como esponjas, absorbemos y crecemos. De pronto me caía un coscorrón.

Levantaba la vista y veía al Cigüeña con la palma de la mano todavía alzada, mirándome fijamente.

—¿Sabes por qué?

—Sí, señor —decía con una gran sonrisa.

—Muy bien.

Un minuto después, me volvía a dar en la cabeza.

—Dile por qué es, padre. No creo que lo entienda. Es que le aprietas demasiado, chico. Estás demasiado excitado y mi padre empieza a enfadarse. Afloja un poco.

—Sí, señor.

—¿Por qué tienes que pegar a los criados, padre?

—Esto no es América, hijo. No debes hacer esa clase de preguntas.

—¿Y por qué no puedo hacer preguntas?

—Ellos esperan que lo hagamos, Ashok. Recuérdalo: nos respetan por eso.

La señora Pinky nunca se unía a estas conversaciones, salvo cuando jugaba a bádminton con Ram Persad, cosa que hacía con unas gafas de sol, ella nunca salía de su habitación. Yo me preguntaba qué le ocurría: ¿estaría peleada con su marido? ¿Él no se la clavaba bien en la cama?

Cuando el Cigüeña decía por segunda vez «el agua se ha enfriado» y sacaba los pies del cubo, mi trabajo había terminado. Tiraba el agua fría en el lavabo.

Me lavaba las manos durante diez minutos, me las secaba y volvía a lavármelas otra vez, pero inútilmente. Por mucho que te laves las manos después de masajearle los pies a un hombre, el olor de su piel vieja y escamosa se te queda pegado durante un día entero.

Había una sola actividad que el primer chófer y el segundo chófer tenían que hacer juntos. Al menos una vez a la semana, hacia las seis de la tarde, Ram Persad y yo salíamos de la casa y bajábamos por la calle principal hasta un almacén con un cartel en el que podía leerse:

LICORERÍA INGLESA JACKPOT
LICORES INTERNACIONALES HECHOS EN LA INDIA
DE VENTA AQUÍ

Debo explicarle, señor Jiabao, que en este país tenemos dos tipos de hombres: los que consumen licores «indios» y los que consumen licores «ingleses». Los licores «indios» son para los chicos de pueblo como yo: ponche, *arac*^[7] o destilados caseros.

Los licores «ingleses», naturalmente, son para los ricos. Ron, whisky, cerveza, ginebra: todo ese legado que nos dejaron los ingleses. (¿Hay licores «chinos», señor primer ministro? Me encantaría probarlos).

Uno de los deberes más importantes del primer chófer era ir una vez a la semana a Jackpot a comprar una botella del whisky más caro para el Cigüeña y sus hijos.

El protocolo establecía, no me pregunte por qué, que el segundo chófer debía acompañarle en esa excursión. Me imagino que mi misión era asegurarme de que no se escapaba con la botella.

En los estantes de Jackpot se alineaban montones de botellas de colores y tamaños diversos, y dos adolescentes se debatían detrás del mostrador tratando de atender los pedidos que les hacían los clientes a gritos.

En la pared blanca del costado, escritas con letras rojas llenas de churretes, figuraban centenares de marcas de licor, subdivididas en cinco categorías: cerveza, ron, whisky, ginebra y vodka.

LISTA DE PRECIOS DE LA LICORERÍA INGLESA JACKPOT

NUESTRO WHISKY

WHISKY DE PRIMERA CLASE

	CUARTO	MEDIO	BOTELLA
BLACK DOG	-	-	1330
TEACHER'S	-	530	1230
VAT 69	-	-	1210

NUESTRO WHISKY DE SEGUNDA CLASE

	CUARTO	MEDIO	BOTELLA
ROYAL CHALLENGE	110	220	390
ROYAL STAG	110	219	380

BAGPIPER	84	200	288
----------	----	-----	-----

NUESTRO WHISKY DE TERCERA CLASE

	CUARTO	MEDIO	BOTELLA
ROYAL CHOICE	61	110	200
WILD HORSE	44	120	200

(HAY WHISKY MÁS BARATO DISPONIBLE: PREGUNTE EN EL MOSTRADOR)

NUESTRO VODKA

VODKA DE PRIMERA CLASE...

Era una tienda muy pequeña y, en el metro cuadrado frente al mostrador, había al menos cincuenta hombres apretujándose, desgañitándose y agitando sus billetes:

—¡Un litro de Kingfisher del fuerte!

—¡Media botella de Oíd Monk!

—¡Thunderbolt! ¡Thunderbolt!

Ellos no iban a beberse aquellas botellas. Bastaba con mirar sus camisas sucias y desgarradas para darse cuenta de que sólo eran criados, como Ram Persad y yo, que habían venido a comprar licores para sus amos. Si íbamos a Jackpot después de las ocho de la noche durante el fin de semana, nos encontrábamos una auténtica guerra civil frente al mostrador; yo tenía que mantener a raya a la gente mientras Ram Persad se abría paso a empujones y gritaba:

—¡Una botella de Black Dog!

El Black Dog era la primera marca del whisky de primera clase. Era lo único que bebían el Cigüeña y sus hijos.

Cuando Ram Persad conseguía el whisky, yo empujaba y forcejeaba para salir mientras él abrazaba la botella con fuerza. Ésa era la única ocasión en la que trabajábamos en equipo.

De camino a casa, Ram Persad se detenía siempre a un lado de la calle y sacaba con cuidado la botella de Black Dog de su caja de cartón. Él decía que era para asegurarse de que no nos habían timado en Jackpot, pero yo sabía muy bien que mentía. Lo único que quería era tocarla, sostener en sus manos aquella botella intacta de whisky de primera clase. Quería imaginarse que era él quien se la había comprado. Luego la deslizaba otra vez en la caja de cartón y emprendía el camino de regreso. Yo le seguía con los ojos aún deslumbrados por la visión de todos aquellos licores ingleses.

De noche, Ram Persad roncaba en su cama mientras yo yacía en el suelo con la cabeza apoyada en las palmas de las manos.

Miraba el techo fijamente.

Y pensaba que los hijos del Cigüeña eran tan distintos como la noche y el día.

Mukesh Sir era bajo, feo y renegrido. Y muy astuto. En el pueblo lo habríamos llamado el Mangosta. Había estado unos años casado con una mujer hogareña que,

como era previsible, después de parir dos hijos (ambos varones), se había puesto a engordar. El tipo, ese Mangosta, no tenía el físico de su padre, pero sí su mente. Si me veía alguna vez malgastar aunque fuese un segundo, me gritaba:

—¡Chófer, no te entretengas! ¡Limpia el coche!

—Ya lo he limpiado, señor.

—Entonces, coge una escoba y barre el patio.

El señor Ashok sí tenía el físico de su padre; era alto, corpulento y apuesto, como debe serlo el hijo de uno de los señores. Por las tardes, lo veía jugando al bádminton con su esposa dentro del recinto de la casa. Ella llevaba pantalones y yo la miraba boquiabierto. ¿Quién había visto a una mujer con pantalones, salvo en el cine? Al principio di por supuesto que era americana: una de las cosas mágicas que él se había traído de Nueva York, como su peculiar acento o como el perfume frutal que se ponía después de afeitarse.

Un día vi a Ram Persad y al nepalí de ojos achinados cotilleando. Cogí una escoba y empecé a barrer el patio mientras me aproximaba a ellos poco a poco.

—Ella es cristiana, ¿no lo sabías?

—Ni hablar.

—¡Te digo que sí!

—¿Y se ha casado con ella?

—Se casaron en América. Cuando los indios vamos allí, perdemos todo el respeto a las castas —afirmó el nepalí.

—El viejo se oponía totalmente a esa boda. Y la familia de ella tampoco estaba muy contenta.

—¿Y? ¿Cómo es que se casaron entonces?

El nepalí me echó una mirada asesina.

—Eh, ¿no estarás espiándonos?

—No, señor.

Una mañana, oí que llamaban a la puerta de nuestra habitación y, al salir, me encontré a la señora Pinky allí plantada con dos raquetas en la mano.

Habían colgado una red entre dos postes en una esquina del patio; ella se situó a un lado de la red y yo en el otro. Golpeó el volante, que se alzó por los aires y fue a caer a mis pies.

—¡Eh! ¡Muévete! ¡Tienes que darle con la raqueta!

—Lo siento, señora. Lo siento mucho.

Yo nunca había jugado a aquel juego. Golpeé el volante hacia ella y se fue directo a la red.

—¡Oh, eres un inútil! ¿Dónde está el otro chófer?

Ram Persad llegó corriendo. Nos había estado observando a distancia. Él sí sabía

jugar al bádminton.

Miré cómo golpeaba el volante por encima de la red y cómo le devolvía un golpe tras otro, y empecé a hervir de rabia.

¿Habrá sobre la Tierra algún odio semejante al odio que siente el segundo chófer por el primer chófer?

Aunque dormíamos en la misma habitación, apenas a unos centímetros el uno del otro, nunca nos decíamos una sola palabra: ni «Hola» ni «¿Cómo está tu madre?». Nada. Yo notaba un calor que irradiaba de él toda la noche. Sabía que me estaba echando maldiciones y conjuros mientras dormía. Él empezaba siempre el día inclinándose ante una veintena de imágenes de dioses diversos que tenía a un lado de la habitación, mientras decía: «Om, om, om». Y al mismo tiempo me miraba a mí con el rabillo del ojo, como diciendo: «¿Tú no rezas? ¿Es que eres un naxalita?».

Una tarde fui al mercado, me compré dos docenas de ídolos de Hanuman y Ram (los más baratos que encontré) y los coloqué todos bien apretujados en un rincón. Ahora teníamos el mismo número de dioses, y por las mañanas rezábamos levantando la voz e intentando ahogar las oraciones del otro, mientras nos inclinábamos ante nuestras respectivas divinidades.

El nepalí estaba conchabado con Ram Persad. Un día irrumpió en mi habitación y dejó en el suelo un gran cubo de plástico con un ruido sordo.

—¿Te gustan los perros, chico? —me preguntó sonriendo.

En la casa había dos perros pomerania: *Cuddles* y *Puddles*. Los ricos esperan que sus perros sean tratados como si fueran humanos, ¿sabe? Pretenden que los mimen, que los paseen y acaricien, ¡e incluso que los laven! Y adivine quién tenía que lavarlos... Me arrodillé y empecé a fregar y a restregar a los perros, a enjabonarlos y a llenarlos de espuma, y luego los enjuagué y les sequé el pelo con un secador. Entonces los llevé a dar una vuelta por el recinto, atados con una cadena, mientras el rey de Nepal, sentado en su rincón, me observaba y me decía a gritos:

—¡No tires tan fuerte de la cadena! ¡Valen mucho más que tú!

Cuando acabé con *Puddles* y *Cuddles*, me dirigí otra vez a mi habitación husmeándome las manos (lo único que quita el olor a perro de las manos de un criado es el olor a pies de su amo).

El señor Ashok me esperaba en la puerta.

Corrí a su encuentro y le hice una profunda reverencia. Él entró en la habitación; yo le seguí, todavía encorvado. Tuvo que agacharse para cruzar el umbral: aquella puerta estaba hecha para criados desnutridos, no para un amo alto y bien alimentado como él. Echó un vistazo receloso al techo.

—¡Qué horrible! —dijo.

Yo no había reparado hasta entonces en los grandes desconchones de pintura ni tampoco en la cantidad de telarañas que había por los rincones. Había estado muy

contento con la habitación hasta aquel momento.

—¿Por qué huele tan mal? Abre las ventanas.

Se sentó en la cama de Ram Persad y la palpó con la punta de los dedos. Era muy dura. Yo dejé de envidiar a Ram Persad en el acto.

(Es decir: vi la habitación con «sus» ojos; la olí con «su» nariz; la palpé con «sus» dedos... ¡Había empezado a asimilar a mi amo!).

Él se volvió en mi dirección, pero eludiendo mi mirada, como si se sintiera culpable por algún motivo.

—Tú y Ram Persad vais a tener una habitación mejor que ésta. Y camas separadas. Y un poco de intimidad.

—No, señor, por favor. Este lugar es como un palacio para nosotros.

Eso hizo que se sintiera mejor. Ahora sí me miró.

—¿Tú eres de Laxmangarh, verdad?

—Sí, señor.

—Yo nací en Laxmangarh. Pero no he vuelto desde entonces. ¿Tú también naciste allí?

—Sí, señor. Nacido y criado allí.

—¿Cómo es?

Antes de que pudiera responder, él murmuró:

—Debe de ser muy bonito.

—Como un paraíso, señor.

Me miró de arriba abajo, de la cabeza a los pies, tal como yo lo había mirado a él desde que había llegado a la casa.

Sus ojos parecían llenos de perplejidad: ¿cómo era posible que dos especímenes humanos tan distintos hubieran sido producidos por la misma tierra, por el mismo sol y la misma agua?

—Pues quiero ir allí hoy mismo —dijo, levantándose de la cama—. Quiero ver mi lugar natal. Me llevarás tú.

—¡Sí, señor!

¡Ir a casa! ¡Con mi uniforme, con el coche del Cigüeña y dándole conversación a su hijo y a su nuera!

¡Estaba a punto de echarme a sus pies y de besárselos!

El Cigüeña quería venir con nosotros al principio (yo habría hecho, en ese caso, una entrada apoteósica en el pueblo), pero en el último minuto decidió quedarse. Así que, al final, sólo llevaría en el Honda City al señor Ashok y a la señora Pinky.

Era la primera vez que los llevaba a los dos: hasta ahora ese privilegio lo tenía en exclusiva Ram Persad. Yo aún no estaba acostumbrado al Honda City, que es un coche caprichoso y con voluntad propia, como ya he dicho. Rogué a los dioses —a todos ellos— que no me permitieran cometer ningún error.

Durante media hora no dijeron palabra. A veces, cuando vas conduciendo, notas la tensión que hay en el coche: la temperatura del interior aumenta. La mujer estaba muy enfadada.

—¿Por qué hemos de ir a ese lugar en medio de la nada, Ashok? —Era su voz, rompiendo por fin el silencio.

—Es el pueblo de mis antepasados, Pinky. ¿A ti no te apetecería verlo? Yo nací en ese pueblo, pero mi padre me envió lejos de allí cuando era pequeño. Entonces había problemas con las guerrillas comunistas. He pensado que podríamos...

—¿Has decidido ya la fecha de regreso? —preguntó ella, de repente—. A Nueva York, quiero decir.

—No. Aún no. Lo decidiremos pronto.

Él permaneció en silencio un minuto; yo era todo oídos ahora. Si se volvían a América, ¿ya no necesitarían un segundo chófer en la casa?

Ella no dijo nada, pero juraría que oí un rechinar de dientes.

El señor Ashok no se dio cuenta, sin embargo, y empezó a tararear la canción de una película. Hasta que ella dijo:

—Vaya un chiste de mierda.

—¿A qué viene eso?

—Me mentiste sobre el regreso a América, ¿verdad, Ashok? Tú no piensas volver, ¿no?

—Hay un chófer en el coche, Pinky. Luego te lo explicaré.

—¿Y él qué importa? Es un chófer, nada más. ¡Y ya me estás cambiando otra vez de tema!

Una fragancia encantadora inundó el coche y yo deduje que ella se había removido en su asiento o se había arreglado las ropas.

—¿Para qué necesitas un chófer, además? ¿Por qué no conduces tú, como antes?

—Pinky, eso era en Nueva York. No se puede conducir en la India, mira cómo está el tráfico. Nadie respeta las normas, la gente cruza la calle como si estuviera loca... Mira, mira eso...

Un tractor bajaba por la calle a toda marcha, eructando un espeso penacho de humo negro por el tubo de escape.

—¡Ese tractor va por el lado contrario! ¡Y su conductor ni siquiera se ha dado cuenta!

Yo tampoco me había dado cuenta. Bueno, supongo que uno ha de conducir por la izquierda, pero yo no había conocido hasta entonces a nadie que se acalorase demasiado por una cosa así.

—¡Y fíjate en el humo que escupe! Si tuviera que conducir aquí, Pinky, acabaría completamente loco.

Fuimos bordeando un río hasta que la carretera asfaltada se terminó y entonces

los llevé por una pista plagada de baches y luego a través de un pequeño mercado con tres tiendas más o menos idénticas que vendían artículos más o menos idénticos, como queroseno, incienso y arroz.

Todo el mundo nos miraba. Algunos niños empezaron a correr junto al coche. El señor Ashok los saludaba y trató de que la señora Pinky hiciera lo mismo.

De repente, los niños desaparecieron; habíamos cruzado una línea más allá de la cual no podían seguirnos. Estábamos en el barrio de los señores.

El guarda nos esperaba en la entrada de la mansión del Cigüeña. Abrió la puerta del coche incluso antes de que yo lo hubiese detenido del todo y se arrojó a los pies del señor Ashok.

—¡Principito, aquí estás por fin! ¡Aquí estás por fin!

El Jabalí Salvaje vino a almorzar con el señor Ashok y la señora Pinky. Era su tío, a fin de cuentas. En cuanto lo vi entrar en la mansión a la hora del almuerzo, me fui a la cocina y le dije al guarda:

—¡Siento tal veneración por el señor Ashok que tiene que dejarme que le sirva el almuerzo!

El cocinero accedió y así conseguí echarle un buen vistazo al Jabalí Salvaje, después de tantos años. Estaba más viejo de lo que yo recordaba, y más encorvado, pero sus dientes seguían igual: afilados y ennegrecidos, y con dos colmillos curvados a los lados. Almorzaron en el comedor: una estancia magnífica de techos altos, con muebles pesados y anticuados por todas partes, y con una gran araña.

—Una vieja mansión encantadora —dijo el señor Ashok—. Es todo precioso.

—Salvo la araña; me parece un poco chabacana —dijo ella.

—Tu padre adora las arañas —dijo el Jabalí Salvaje—. Quería poner una en el baño, ¿lo sabías? ¡Hablo en serio!

Cuando el guarda trajo los platos y los puso en la mesa, el señor Ashok les echó un vistazo y preguntó:

—¿No tienes nada vegetariano? Yo no como carne.

—No conozco a ningún señor que sea vegetariano —dijo el Jabalí Salvaje—. No es algo natural. Has de comer carne para endurecerte. —Abrió los labios y mostró sus colmillos.

—No creo que haya que matar animales sin motivo. En América conocí a muchos vegetarianos y considero que tienen razón.

—¿Qué ideas locas se os ocurre defender a los jóvenes? —dijo el viejo—. Tú eres un señor. Los brahmanes son los vegetarianos, no nosotros.

Después del almuerzo, lavé los platos y ayudé al guarda a preparar el té. Mi amo estaba bien atendido; había llegado el momento de visitar a mi familia. Salí de la mansión por la puerta de atrás.

Bueno, pues se me habían adelantado. Toda mi familia había venido hasta la

mansión y se había reunido alrededor del Honda City. Lo miraban con orgullo, aunque estaban demasiado intimidados como para atreverse a tocarlo.

Kishan alzó una mano. Yo no lo había visto desde que se había vuelto al pueblo para trabajar en el campo. Y de eso hacía ya tres meses.

Me arrojé a sus pies y me mantuve allí un poco más de lo necesario, porque sabía que, en cuanto me soltara, él empezaría a cubrirme de insultos. Yo no había enviado dinero en los dos últimos meses.

—¡O sea, que ahora se acuerda por fin de su familia! —dijo, apartándome—. ¿Habrá pensado alguna vez en nosotros?

—Perdóname, hermano.

—No has enviado ningún dinero durante meses. Te olvidaste de nuestro acuerdo.

—Perdóname, perdóname.

En realidad, no estaban enfadados. Por primera vez, que yo recuerde, me prestaron más atención que al búfalo de agua. Y la que más se deshacía en mimos, naturalmente, era la vieja y astuta Kusum, que no paraba de sonreírme y de frotarse los antebrazos.

—Ay, cómo te llenaba la boca de dulces cuando eras niño —decía, mientras intentaba pellizcarme las mejillas. Mi uniforme le impresionaba demasiado para atreverse a tocarme en ninguna otra parte.

Me llevaron casi a hombros hasta la vieja casa, se lo aseguro. Los vecinos estaban esperando para ver mi uniforme.

Me mostraron a los niños que habían nacido desde que me había ido del pueblo y me obligaron a besarlos en la frente. Mi tía Laila había tenido dos niños. La mujer del primo Pappu, Léela, había tenido uno. La familia era más grande ahora; las necesidades, mayores. Todos me reprendían por no haber enviado dinero cada mes.

Kusum se golpeaba la frente con el puño; lanzaba gemidos mirando hacia la casa de los vecinos.

—Mi nieto tiene un empleo y todavía me obliga a seguir trabajando. Ése es el destino de una anciana en este mundo.

—¡Cásalo! —le gritaban los vecinos—. Es el único modo de domar a los salvajes como él.

—Sí —decía Kusum—. Es una buena idea, —de repente sonreía y empezaba a frotarse los antebrazos otra vez—. Una gran idea.

Kishan tenía muchas noticias que contarme y, puesto que estábamos en la Oscuridad, todas eran malas. El Gran Socialista seguía tan corrupto como siempre. La guerra entre los terroristas de naxalitas y los señores se había vuelto más sangrienta. Las personas humildes como nosotros se encontraban atrapadas en medio. Había ejércitos privados de ambos bandos que andaban por ahí torturando y matando a tiros a todos los sospechosos de simpatizar con el otro bando.

—La vida aquí se ha convertido en un infierno —me dijo—. Pero nos alegramos de que tú te hayas librado de este desastre. Tienes un uniforme y un buen amo.

Kishan había cambiado. Estaba más delgado y más renegrido. Los tendones del cuello le sobresalían sobre las clavículas hundidas. Se había convertido de repente en mi padre.

Kusum continuaba sonriendo y frotándose los antebrazos, y no paraba de hablar de mi boda. Me sirvió el almuerzo ella misma. Mientras me llenaba el plato de *curry* —había hecho pollo especialmente para mí— me dijo:

—Arreglaremos la boda para este año, ¿de acuerdo? Ya te hemos encontrado a alguien. Una hembra hermosa y rolliza. En cuanto tenga su periodo menstrual, ya podrá venir aquí.

Yo tenía delante varios pedazos de carne con *curry* rojo y me pareció como si me hubiesen servido en aquel plato la carne de mi hermano Kishan.

—Abuela —le dije, mirando el trozo más gordo de carne—, dame un poco de tiempo. Aún no estoy preparado para casarme.

Ella se quedó boquiabierta.

—¿Cómo que aún no? Harás lo que digamos. —Sonrió—. Y ahora, come, querido. He preparado el pollo especialmente para ti.

—No —dije yo.

—Come.

Me acercó un poco más el plato.

Todo el mundo se detuvo para mirar la trifulca.

La abuela entornó los ojos.

—¿O es que eres un brahmán? Come, come.

—¡No! —Aparté el plato con tanta fuerza que salió volando y se estrelló contra la pared. Todo el *curry* rojo acabó derramado por el suelo—. ¡He dicho que no me caso!

Ella se quedó demasiado pasmada incluso para chillar. Kishan se levantó e intentó detenerme, pero yo lo aparté de un empujón —se fue al suelo con estrépito— y salí de la casa.

Los niños corrían a mi lado: aquellos pequeños y sucios mocosos de alguna de mis tías, cuyos nombres no me importaban, cuyos cabellos no quería acariciar. Poco a poco, captaron el mensaje y se volvieron.

Dejé atrás el templo, el mercado, los cerdos y las aguas fecales. Y por fin me encontré solo en el estanque, con el Fuerte Negro encaramado en la colina que tenía frente a mí.

Me senté junto a la orilla, aún rechinando de dientes.

No podía dejar de pensar en el cuerpo de Kishan. ¡Se lo estaban comiendo vivo! Le harían lo mismo que le hicieron a mi padre, o sea, vaciarlo por dentro y dejarlo débil e indefenso, hasta que contrajera la tuberculosis y muriera en el suelo de un

hospital del. Gobierno, esperando que apareciese un médico y escupiendo sangre por las paredes.

Se oyó un chapoteo. Un búfalo sacó del agua la cabeza cubierta de nenúfares y me lanzó una mirada. Una grulla que se sostenía sobre una sola pierna también me observaba.

Me metí en el estanque hasta que el agua me llegó al cuello y luego empecé a nadar. Dejé atrás los lotos y los nenúfares, el búfalo de agua, los renacuajos y los peces, las piedras enormes que habían caído del fuerte.

Arriba, en las murallas ruinosas, los monos se habían reunido para observarme; yo había empezado a trepar por la ladera.

Usted ya conoce mi amor a la poesía, y en especial a la obra de los cuatro poetas musulmanes considerados los más grandes de todos los tiempos. Ahora bien, uno de los cuatro, Iqbal, ha escrito un poema extraordinario en el que se imagina que él es el diablo y que ha de defender sus derechos ante Dios, que trata de intimidarlo. El diablo, dicen los musulmanes, había sido en tiempos uno de los secuaces de Dios, pero se revolvió contra Él y empezó a trabajar por su cuenta. Desde entonces se ha librado entre ambos una guerra psicológica permanente. Iqbal escribe sobre esto. No recuerdo las palabras exactas del poema, pero viene a ser algo así: Dios dice: «Soy poderoso. Soy inmenso. Conviértete otra vez en mi siervo». El diablo responde: «¡Ja!».

Cuando me acuerdo del diablo de Iqbal, cosa que me sucede a menudo aquí, repanchingado bajo mi araña, pienso en una pequeña silueta oscura con un uniforme caqui empapado que sube trepando hacia la entrada de un fuerte negro.

Allí está ahora, con un pie apoyado en la muralla, rodeado de un grupo de monos perplejos.

Arriba, en el cielo azul, Dios abre la palma de su mano sobre las llanuras que se divisan allá abajo y le muestra a ese hombrecillo el pueblo de Laxmangarh, el pequeño afluente del Ganges y todas las tierras que se extienden más allá: un millón de pueblos como ése, mil millones de personas como ésas. Y Dios le pregunta al hombrecillo:

—¿No es maravilloso? ¿No es imponente? ¿No estás agradecido de ser mi siervo?

Y entonces veo que ese oscuro hombrecillo con su uniforme caqui empapado se echa a temblar, como si se hubiera vuelto loco de ira y se negara a dirigirle al Todopoderoso un gesto de gracias por haber creado el mundo de este modo en particular, en lugar de crearlo de cualquiera de los otros modos posibles.

Veo a ese hombrecillo de uniforme caqui escupiéndole a Dios una y otra vez mientras contemplo cómo rebanan la luz de la araña una y otra vez las aspas del ventilador.

Media hora más tarde, cuando bajé de la colina, me fui directamente a la mansión del Cigüeña. El señor Ashok y la señora Pinky estaban esperándome junto al Honda City.

—¿Dónde demonios te habías metido, chófer? —me gritó ella—. Nos has tenido aquí esperando.

—Lo siento, señora —le dije con una gran sonrisa—, lo siento mucho.

—Ten un poco de piedad, Pinky. Ha ido a ver a su familia. Ya sabes lo unida que está la gente a su familia, aquí, en la Oscuridad.

Kusum, la tía Luttu y las demás mujeres se habían agrupado a un lado de la calle cuando pasamos. Me miraban boquiabiertas; no podían creer que no fuese a disculparme. Kusum blandió hacia mí su puño sarmentoso.

Yo apreté el acelerador y pasé de largo junto a ellas.

Cruzamos la plaza del mercado. Eché un vistazo al salón de té: los arácnidos humanos se afanaban entre las mesas, los rickshaws se alineaban en la parte de atrás y el ciclista con el cartel de la película porno que pasarían ese día al otro lado del río había empezado a dar vueltas frente al local.

Pasamos entre el follaje, entre árboles y arbustos, entre los búfalos que haraganeaban en charcos embarrados; dejé atrás las enredaderas y matorrales, los arrozales, los cocoteros, los bananos, las margosas y las higueras; las altas hierbas por las que asomaban el hocico los búfalos de agua. Un chico medio desnudo cabalgaba sobre un búfalo enorme junto al camino, al vernos, agitó los puños y gritó de alegría. Yo quería gritarle a mi vez: «¡Sí, yo me siento igual! ¡No voy a volver nunca!».

—¿Ahora sí puedes hablar, Ashoky? ¿Vas a responderme?

—Está bien. Mira, Pinky, cuando volví, yo pensaba realmente que sólo iban a ser un par de meses. Pero... las cosas han cambiado mucho en la India. Ahora podría hacer aquí muchas más cosas que en Nueva York.

—Eso es una sandez, Ashoky.

—No, de verdad. En serio. Tal como están cambiando las cosas, este país va a ser en diez años como América. Además, yo prefiero esto. Aquí tenemos gente que cuida de nosotros: nuestros chóferes, nuestros vigilantes, nuestros masajistas. ¿Dónde vas a encontrar en Nueva York a alguien que te sirva un té con galletas en la cama, como hace Ram Bahadur? El lleva treinta años en mi familia, ¿lo sabías? Decimos que es un criado, pero, en realidad, forma parte de la familia. Mi padre se encontró un día a ese nepalí vagando por Dhanbad con una pistola en la mano y le dijo... —De repente se interrumpió—. ¿Has visto eso, Pinky?

—¿Qué?

—¿Has visto lo que ha hecho el conductor?

Mi corazón se detuvo un segundo. No tenía ni idea de lo que había hecho. El señor Ashok se inclinó hacia mí y me dijo:

—Chófer, acabas de ponerte un dedo en el ojo, ¿verdad?

—Sí, señor.

—¿No te has fijado, Pinky? Acabamos de pasar frente a un templo. —El señor Ashok señaló la torre cónica decorada con serpientes negras entrelazadas que habíamos dejado atrás hacía un momento—. Y entonces el chófer...

Me tocó un hombro.

—¿Cuál es tu nombre?

—Balram.

—Y entonces Balram se ha puesto un dedo en el ojo en señal de respeto. La gente es muy religiosa en los pueblos de la Oscuridad.

Los dos parecían haber quedado impresionados, de modo que volví a ponerme el dedo en el ojo al cabo de un momento.

—¿Y ahora por qué, chófer? No veo ningún templo por aquí.

—Eh... Hemos pasado frente a un árbol sagrado, señor. Le he presentado mis respetos.

—¿Lo has oído? Veneran la naturaleza... Qué bonito, ¿no?

Ahora los dos se mantenían alerta cuando pasábamos frente a un árbol o un templo, y se volvían hacia mí esperando un gesto piadoso que yo me apresuraba a ofrecerles, desde luego, y cada vez de un, modo más elaborado: primero tocándome un ojo, luego el cuello, luego la clavícula e incluso las tetillas.

Estaban convencidos de que yo era el criado más religioso de la Tierra. (¡Toma ya, Ram Persad!).

El camino a Dhanbad estaba bloqueado. En mitad de la carretera había un camión parado lleno de hombres con cintas rojas en la cabeza, que coreaban eslóganes a voz en cuello.

—¡Alzaos contra los ricos! Apoyad al Gran Socialista. ¡Echad a los señores!

Enseguida llegó otro grupo de camiones cargados de hombres; éstos llevaban cintas verdes e increpaban a los otros a gritos. Estaba a punto de estallar una pelea.

—¿Qué ocurre? —preguntó la señora Pinky, alarmada.

—Tranquila —le dijo él—. Estamos en época de elecciones, nada más.

Para poder explicarle a usted lo que sucedía y a qué venía todo aquel alboroto, tendré que hablarle largo y tendido de lo que es la democracia: un sistema que ustedes, los chinos, según tengo entendido, no conocen demasiado. Pero habrá que dejarlo para mañana, Excelencia.

Son las 2.44 de la madrugada.

La hora de los degenerados, de los drogadictos y de los empresarios emprendedores de Bangalore.

LA CUARTA MADRUGADA

Para...

Aunque pensándolo bien, señor Jiabao, ya no nos hacen falta estas formalidades, ¿verdad?

Ahora ya nos conocemos. Y mucho me temo, además, que no nos queda tiempo para formalidades.

La de hoy va a ser una sesión breve, señor primer ministro. Estaba oyendo un programa de radio sobre ese tal Castro, que expulsó de su país a los ricos y liberó a su pueblo. Me encanta escuchar estos programas sobre grandes hombres..., y cuando he querido darme cuenta ya eran las dos de la madrugada. Aún quería seguir enterándome de cosas sobre ese Castro, pero he decidido apagar la radio por usted. Voy a reanudar la historia exactamente donde la dejé.

¡Ah, la democracia!

Señor Jiabao, el pequeño panfleto que le entregará nuestro primer ministro para que se lo lleve usted a su país sin duda incluirá un largo apartado sobre el esplendor de la democracia en la India: el impresionante espectáculo de mil millones de personas ejerciendo con toda libertad su derecho al voto para determinar su propio futuro, etcétera.

Tengo entendido que ustedes, los hombres de tez amarilla, pese a todos sus adelantos en alcantarillado, agua potable y medallas olímpicas, aún no tienen democracia. Un político decía en la radio que por esa razón nosotros vamos a acabar superándolos. Nosotros quizá no tengamos alcantarillado ni agua potable ni medallas olímpicas, pero tenemos democracia.

Si yo tuviera que construir un país, primero conseguiría el alcantarillado, luego la democracia y, finalmente, me dedicaría a ir por ahí repartiendo panfletos y estatuillas de Gandhi. Pero, claro, ¿qué voy a saber yo? ¡Un simple asesino!

Yo no tengo ningún problema con la democracia, señor Jiabao. Al contrario, le debo mucho a la democracia, incluido mi cumpleaños. Esta historia se remonta a aquella época en la que me dedicaba a machacar carbón y a fregar mesas en el salón de té de Laxmangarh. Un día oímos unas palmadas que venían de donde estaba el retrato de Gandhi: el viejo propietario del establecimiento empezó a gritar que todos los empleados debían dejar lo que tuvieran entre manos y dirigirse a la escuela.

Allí nos encontramos, sentado al escritorio del maestro, a un hombre con uniforme del Gobierno, Tenía un gran libro y un bolígrafo negro, y hacía dos preguntas a todo el mundo.

—Nombre.

—Balram Halwai.

—Edad.

—Sin edad.

—¿Y la fecha de nacimiento?

—No, señor. Mis padres no la anotaron.

El hombre me miró y me dijo:

—Yo creo que tienes dieciocho. Que has cumplido hoy los dieciocho. Se te había olvidado, ¿verdad?

Yo le hice una reverencia.

—Exacto, señor. Se me había olvidado que era hoy mi cumpleaños.

—Buen chico.

Lo anotó en su libro y dijo que ya podía irme. Así pues, conseguí un cumpleaños del Gobierno.

Yo tenía que tener dieciocho. Todos los empleados del salón teníamos que tener dieciocho: la edad legal para votar. Había unas elecciones muy pronto y el dueño ya nos había vendido. Es decir, había vendido nuestras huellas dactilares: la huella de tinta que los analfabetos ponen en la papeleta para indicar que han votado. Esto se lo había oído decir a un cliente. Al parecer, aquellas elecciones estaban muy reñidas y el dueño le había sacado una buena tajada al partido del Gran Socialista por cada uno de nosotros.

En la época de esas elecciones, el Gran Socialista llevaba una década siendo el amo de la Oscuridad. El símbolo de su partido, un par de manos rompiendo unas esposas —o sea, los pobres liberándose de los ricos—, se hallaba impreso con una plantilla negra en las paredes de cada oficina gubernamental. Algunos clientes decían que el Gran Socialista era un buen hombre cuando empezó. Se había propuesto hacer una buena limpieza, pero el lodo de la Madre Ganges se lo había tragado. Otros decían que ya estaba corrompido desde el principio, pero que había engañado a todo el mundo y que sólo ahora lo veíamos tal como era. En cualquier caso, nadie parecía capaz de arrebatarse el poder en las urnas y había gobernado en la Oscuridad durante años y había ganado una elección tras otra. Últimamente, sin embargo, su poder se estaba debilitando.

En este mismo momento, hay pendientes de resolución noventa y tres procesos criminales —por asesinato, violación, hurto, tráfico de armas, proxenetismo y otros delitos menores por el estilo— contra el Gran Socialista y sus ministros. No es fácil lograr una sentencia cuando los jueces han de juzgar en la Oscuridad, pero, aun así, se han dictado tres condenas y tres de los ministros están actualmente en la cárcel, aunque siguen siendo ministros. Se dice que el propio Gran Socialista ha desfalcado en la Oscuridad mil millones de rupias y que las ha transferido a una cuenta bancaria de un pequeño y hermoso país europeo lleno de gente blanca y dinero negro.

Ahora que la fecha de las elecciones ya había sido fijada y anunciada por la radio, la fiebre electoral comenzó a difundirse otra vez. Éstas son las tres enfermedades

principales de este país, señor: el tifus, el cólera y la fiebre electoral. Y esta última es la peor; hace hablar y hablar a la gente de cosas en las que no tienen arte ni parte. Los enemigos del Gran Socialista parecían más fuertes en esta elección que en la anterior. Habían preparado panfletos e iban de un lado para otro en autobuses y camiones con altavoces, proclamando que iban a derrocarlo por fin y que ellos arrastrarían al río Ganges y a toda la gente que vivía en sus orillas desde la Oscuridad hasta la Luz.

En el salón de té, la charla se hizo más frenética. La gente se tomaba su té y hablaba de las mismas cosas una y otra vez.

¿Lo conseguirían por fin? ¿Lograrían derrotar al Gran Socialista y ganar las elecciones? ¿Habrían reunido suficiente dinero y sobornado a bastantes policías, y habrían comprado las huellas dactilares suficientes para poder ganar? Igual que eunucos hablando del Kama Sutra, los votantes hablaban de las elecciones en Laxmangarh.

Una mañana vi a un policía escribiendo un eslogan en el muro exterior del templo con una brocha roja:

¿QUIERES BUENAS CARRETERAS,
AGUA LIMPIA, BUENOS HOSPITALES?
¡ENTONCES ECHA DEL PODER CON TU VOTO
AL GRAN SOCIALISTA!

Durante años había habido un acuerdo entre los señores y el Gran Socialista — eso todo el mundo en el pueblo lo sabía—, pero aquel año algo se había estropeado y los Cuatro Animales habían unido sus fuerzas y habían creado su propio partido.

Así pues, el policía escribió debajo del eslogan:

FRENTE SOCIAL PROGRESISTA DE LA INDIA
(FACCIÓN LENINISTA)

Aquél era el nombre del partido de los señores.

En las semanas previas a las elecciones, los camiones subían y bajaban dando tumbos por la mugrienta calle de Laxmangarh, atestados de jóvenes con altavoces. «¡Plantemos cara a los ricos!», gritaban.

Vijay, el revisor del autobús, siempre estaba en uno de esos camiones. Había dejado su empleo y ahora se había metido en política. Eso era lo bueno de Vijay; cada vez que te lo encontrabas, había mejorado su posición. Era un político nato. Llevaba una cinta roja en la cabeza para mostrar que era uno de los seguidores del Gran Socialista y, cada mañana, pronunciaba un discurso frente al salón de té.

Los señores se tomaban la revancha trayendo camiones llenos de sus propios

seguidores, que gritaban desde allá arriba: «¡Carreteras! ¡Agua! ¡Hospitales! ¡Echa del poder con tu voto al Gran Socialista!».

Una semana antes de las elecciones, los dos bandos dejaron de enviar camiones. Me enteré de lo que había ocurrido mientras limpiaba una mesa.

El farol de los Animales había funcionado. El Gran Socialista había accedido a cerrar con ellos un trato.

Vijay se arrojó a los pies del Cigüeña durante una gran manifestación frente al salón de té. Al parecer, todas las diferencias habían quedado solventadas y el Cigüeña había sido nombrado presidente de la sección de Laxmangarh del partido del Gran Socialista. Vijay iba a ser su adjunto.

Ahora ya se habían terminado por fin los mítines. El sacerdote celebró un oficio especial para rezar por la victoria del Gran Socialista; distribuyeron cordero *biryani*^[8] en platos de papel frente al templo y, por la noche, hubo alcohol gratis para todo el mundo.

Al día siguiente aparecieron en el pueblo un buen montón de polvo y de policías. Un oficial leyó en medio del mercado las instrucciones de la votación.

Todo lo que se estaba haciendo era por nuestro propio bien. Los enemigos del Gran Socialista intentarían robarnos las elecciones a nosotros, los pobres; intentarían arrebatarnos el poder a nosotros, los pobres; ponernos otra vez en las manos aquellos grilletes que él, el Gran Socialista, nos había quitado gentilmente de las manos. ¿Lo entendíamos? Dicho esto, los coches de la Policía se alejaron entre una gran nube de polvo.

—Es igual que siempre —me dijo mi padre—. Yo ya he visto doce elecciones: cinco generales, cinco estatales y dos locales. Y alguien ha votado las doce veces por mí. He oído decir que la gente en la otra India vota ella misma... Ya es algo, ¿no?

El día de las elecciones un hombre se volvió loco.

Ocurre siempre, en todas las elecciones en la Oscuridad.

Un colega de mi padre, un hombre bajo y de piel oscura en quien nadie había reparado hasta entonces, se vio rodeado por una masa de conductores de rickshaw, incluido mi propio padre. Intentaban disuadirlo, aunque sin demasiado entusiasmo.

Ya habían visto otras veces casos parecidos. Ahora ya no lograrían detenerlo.

Incluso en un sitio como Laxmangarh, de vez en cuando conseguía abrirse paso un rayo de luz. Todos esos carteles, discursos y eslóganes de las paredes pueden llegar a metérsele a un hombre en la cabeza. Y entonces ese hombre se proclama ciudadano de la democracia india y se empeña en ejercer su voto. A este punto había llegado aquel conductor de rickshaw. Se declaró libre de la Oscuridad, públicamente; había tenido una iluminación.

Se encaminó hacia la cabina de voto de la escuela.

—¿No se supone que he de plantar cara a los ricos? —gritaba—, ¿no es eso lo

que no paran de decirnos?

Cuando llegó allí, los seguidores del Gran Socialista ya habían puesto en una pizarra el resultado de la votación. Habían contabilizado 2341 votos en aquella cabina. Todo el mundo había votado al Gran Socialista. Vijay el revisor de autobús, se había subido a una escalera y estaba clavando en la pared una pancarta con el símbolo del Gran Socialista (las manos rompiendo sus grilletes). El eslogan decía:

¡FELICIDADES AL GRAN SOCIALISTA
POR SU INAPELABLE VICTORIA EN LAXMANGARH!

Cuando vio al conductor de rickshaw, Vijay dejó el martillo, los clavos y la pancarta.

—¿Qué haces tú aquí?

—Votar —le respondió a gritos—. ¿No son hoy las elecciones?

No puedo confirmar lo que sucedió a continuación, a pesar de que estaba apenas a un metro de él. Una multitud se había congregado para observarlo, pero cuando la Policía cargó contra nosotros, nos dimos media vuelta y salimos en estampida. O sea, que no vi lo que le hicieron a aquel loco tan valiente.

Lo oí al día siguiente mientras simulaba rascar una costra de suciedad de una mesa. Vijay y un policía habían derribado al conductor de rickshaw y habían empezado a pegarle; le golpeaban con sus bastones y, cuando él se revolvió, se pusieron a darle patadas. Se iban turnando. Vijay le pegaba, el policía le pateaba la cara y Vijay volvía a darle. Al cabo de un rato, el cuerpo del conductor de rickshaw dejó de defenderse y retorcerse, pero ellos siguieron pisoteándolo hasta que quedó estampado y fundido de nuevo con la tierra.

Si me lo permite, Excelencia, voy a volver un instante al póster de busca y captura. Que te llamen asesino está bien, no tengo ninguna objeción. Es un hecho: soy un pecador, un perdido. Pero ¡que te llame asesino la Policía!

Vaya un chiste de mierda.

Ahí va un pequeño recuerdo de su visita a la India para que lo conserve usted. Balram Halwai es un hombre huido, un fugitivo, alguien cuyo paradero desconoce la Policía, ¿verdad?

¡Ja!

La Policía sabe perfectamente dónde encontrarme. Me encontrarán votando obedientemente el día de las elecciones en la cabina de voto de la escuela de Laxmangarh, en el distrito Gaya, como he venido haciendo en cada una de las elecciones generales, estatales y locales desde que cumplí los dieciocho.

Soy el votante más fiel de toda la India y todavía no he visto el interior de una cabina de voto.

Aunque las elecciones se iban a celebrar pronto en Dhanbad, la vida continuó como siempre entre los altos muros de la casa del Cigüeña. El daba suspiros mientras recibía su masaje con las piernas sumergidas en agua caliente; los partidos de críquet y bádminton se desarrollaban a su alrededor; y yo lavaba a conciencia a los dos perros pomerania.

Un día apareció en la verja una cara conocida. Vijay, el revisor de autobús de Laxmangarh. El héroe de mi infancia tenía un nuevo uniforme esta vez. Iba todo vestido de blanco, llevaba un gorro estilo Nehru en la cabeza..., ¡y lucía anillos de oro macizo en ocho dedos!

El servicio público le había favorecido mucho.

Aguardé junto a la verja y observé. Salió el Cigüeña en persona a recibirle y le hizo una reverencia. ¡Un señor inclinándose ante el hijo de un porquero! ¡Maravillas de la democracia!

Dos días más tarde, vino el Gran Socialista.

La casa entera estaba revolucionada con su visita. El señor Ashok se apostó en la entrada y aguardó con una guirnalda de jazmines. Su hermano y su padre estaban a su lado.

Llegó un coche a la verja, se abrió una puerta y entonces aquella cara que había contemplado en un millón de carteles electorales desde que era niño emergió por fin y vi al natural sus mejillas regordetas, su pelo blanco y erizado, y sus gruesos pendientes de oro.

Vijay llevaba esta vez su cinta roja en la cabeza y sostenía la bandera con el símbolo de los grilletos rotos.

—¡Larga vida al Gran Socialista! —gritó.

El gran hombre juntó las palmas y se fue inclinando en todas direcciones. Tenía una de esas caras «y/o» que tienen todos los políticos de la India. Esa cara dice que ahora está en paz y que tú también puedes estarlo si sigues a su dueño. Pero esa misma cara puede decir igualmente —con una leve crispación de sus rasgos— que también ha conocido lo contrario de la paz y que, si quiere, puede hacer que ese otro destino sea el tuyo.

El señor Ashok le puso la guirnalda al gran hombre en su cuello de toro.

—Mi hijo —dijo el Cigüeña—. Ha regresado de América hace poco.

El Gran Socialista le pellizcó las mejillas al señor Ashok.

—Estupendo. Necesitamos que vuelvan más jóvenes a convertir este país en una superpotencia.

Entraron en la casa; los criados cerraron todas las puertas y ventanas. Al cabo de un rato, el Gran Socialista salió al patio, seguido del viejo, del Mangosta y del señor Ashok.

Yo trataba de escuchar lo que decían y fingía barrer el suelo mientras me aproximaba lentamente. Había barrido ya hasta situarme a la distancia adecuada cuando el Gran Socialista me dio un golpecito en la espalda.

—¿Cómo te llamas, hijo? —me preguntó.

Luego añadió:

—Tus patrones están intentando joderme, Balram. ¿Qué te parece?

El señor Ashok nos miraba atónito. El Cigüeña sonrió bobamente.

—Un millón y medio es mucho, señor. Con mucho gusto estaremos dispuestos a llegar a un acuerdo.

El Gran Socialista movió las manos como desechando aquel alegato.

—Tonterías. Tenéis aquí montado un buen chanchullo, sacando carbón gratis de las minas del Gobierno. Y lo tenéis funcionando porque yo lo permito. Cuando te conocí no pasabas de ser el señor de una aldea. Yo te traje aquí. Yo te he convertido en lo que eres. Y por Dios que si me contrarías volverás otra vez a esa aldea. He dicho un puto millón y medio y «quiero decir» un millón y...

Tuvo que interrumpirse. Estaba mascando *paan* y la boca se le había llenado de baba roja que empezaba a chorrearle por los labios. Se volvió hacia mí y dibujó con las manos la forma de un cuenco. Corrí al Honda City.

Cuando regresé con la escupidera, él miró al Mangosta con frialdad y le dijo:

—Hijo, ¿no me aguantas la escupidera?

El Mangosta se negó a moverse, de modo que el Gran Socialista tomó la escupidera de mis manos y se la tendió.

—Cógela, hijo.

El Mangosta la sostuvo.

Entonces el Gran Socialista escupió en el recipiente tres veces.

Al Mangosta le temblaban las manos; se le había puesto la cara negra de vergüenza.

—Gracias, hijo —dijo el Gran Socialista mientras se secaba los labios. Me miró de nuevo, rascándose la frente—. ¿Dónde me había quedado?

Ahí tiene. Ése era el lado positivo del Gran Socialista. Sabía humillar a nuestros amos. Por eso seguíamos votándole.

Aquella noche, otra vez con la excusa de barrer el patio, me acerqué al Cigüeña y a sus hijos. Estaban sentados en un banco, charlando con sus vasos de licor dorado en las manos. Mukesh Sir acababa de hablar. El viejo meneó la cabeza.

—No podemos hacer eso, Mukesh. Lo necesitamos.

—Ya no, padre, te lo estoy diciendo. Podemos dirigirnos directamente a Delhi. Conocemos gente allí.

—Estoy de acuerdo con Mukesh, padre. No podemos permitir que vuelva a tratarnos así, como si fuésemos sus esclavos.

—Silencio, Ashok. Déjame discutirlo con Mukesh.

Barrí dos veces el patio y continué escuchando. Luego me puse a tensar la red de bádminton de la señora Pinky, que se había aflojado, y así pude permanecer cerca de ellos.

Pero un par de suspicaces ojos nepalíes se habían fijado en mí:

—No andes por el patio holgazaneando. Ve a tu habitación y espera a que te llamen los amos.

—Muy bien.

Ram Bahadur me echó una mirada feroz. Yo me corregí:

—Muy bien, señor.

(Los criados, dicho sea de paso, tienen la obsesión de que los llamen «señor» los demás criados, señor).

A la mañana siguiente, mientras secaba a Puddles y Cuddles después de haberlos enjabonado a base de bien, Ram Bahadur se me acercó y me dijo:

—¿Has estado alguna vez en Delhi?

Negué con la cabeza.

—Se van a ir a Delhi dentro de una semana. El señor Ashok y la señora Pinky. Estarán tres meses fuera.

Me agaché y metí el secador entre las piernas de Cuddles como si me diera igual. Con tanta indiferencia como pude, pregunté:

—¿Por qué?

El nepalí se encogió de hombros. ¿Cómo iba a saberlo? Nosotros no éramos más que criados. Pero una cosa sí sabía.

—Sólo se llevarán un chófer. Y ese chófer se sacará tres mil rupias al mes. Eso es lo que van a pagarle en Delhi.

El secador se me cayó de las manos.

—¿En serio? ¿Tres mil?

—Sí.

—¿Me llevarán a mí, señor? —Me puse de pie y le dije con tono suplicante—: ¿Usted no puede conseguir que me lleven a mí?

—Se llevarán a Ram Persad —dijo con una mueca de desprecio en sus labios nepalíes—. A menos...

—¿A menos?

Hizo como si contara monedas con los dedos.

Cinco mil rupias: cinco mil y él se encargaría de decirle al Cigüeña que tenían que llevarme a mí.

—Cinco mil..., ¿dónde voy a conseguir esa cantidad? Mi familia me confisca el salario entero.

—Bueno, en ese caso será Ram Persad quien vaya. En cuanto a ti —señaló a

Cuddles y Puddles—, supongo que seguirás lavando perros toda tu vida.

Me desperté con las narices irritadas.

Todavía era de noche. Ram Persad estaba despierto. Sentado en la cama, se había puesto a cortar cebollas en una tabla de madera. Yo oía el tac, tac, tac del cuchillo golpeando la tabla.

«¿Para qué demonios corta cebollas tan temprano?», me pregunté. Me di la vuelta y cerré otra vez los ojos. Quería volver a dormirme, pero el tac, tac, tac del cuchillo seguía insistiendo.

«Este hombre tiene un secreto».

Permanecí despierto mientras él continuaba con lo suyo. Yo me esforzaba en descifrar el enigma.

¿Qué había notado en él últimamente?

De entrada, había empezado a apestarle el aliento. Hasta la señora Pinky se había quejado. Ahora, de repente, ya no comía con nosotros, ni dentro ni fuera de la casa. Ni siquiera los domingos, cuando había pollo, quería acompañarnos, alegando que ya había comido o que no tenía hambre, o lo que fuera.

El ruido del cuchillo cortando cebolla no se detenía y yo, por mi parte, seguí encadenando pensamientos en la oscuridad.

Ahora lo observé durante todo el día. Por la tarde, tal como esperaba, se dirigió hacia la verja.

Hablando con el cocinero, me había enterado de que últimamente Ram Persad salía de la casa cada tarde a la misma hora. Le seguí a cierta distancia.

Se internó en una parte de la ciudad que no había visto nunca y dio varios rodeos por unos callejones. En un momento dado vi con toda claridad que se daba la vuelta, como para asegurarse de que nadie le seguía. Luego salió disparado.

Se detuvo frente a un edificio de dos pisos. En la entrada había un enrejado metálico dividido en recuadros; más abajo, salían de la pared una serie de grifos negros. Él se agachó junto a uno de ellos, se lavó la cara, se enjuagó la boca y escupió. Entonces se sacó las sandalias. Todos los zapatos estaban embutidos en los recuadros del enrejado, y él hizo lo mismo con sus sandalias. Luego entró y cerró la puerta.

Me di una palmada en la frente.

¡Qué idiota había sido!

—¡Es Ramadán! ¡No pueden comer ni beber durante el día!

Volví corriendo a la casa y me encontré al nepalí. Estaba en la entrada, frotándose los dientes con una ramita de margosa, que es, señor primer ministro, lo que mucha gente pobre suele hacer en mi país cuando quiere limpiarse los dientes.

—Acabo de ver una película, señor.

—Lárgate.

—Una gran película, señor. Un montón de baile. El protagonista era un musulmán. Se llamaba Mohamed Mohamed.

—No me hagas perder el tiempo, chico. Vete a limpiar el coche si no tienes nada que hacer.

—Ese Mohamed Mohamed era un musulmán pobre, honrado y trabajador. Pero quería conseguir un empleo en la casa de un señor malvado y lleno de prejuicios al que no le gustaban los musulmanes. Así pues, para conseguir el empleo y poder alimentar a su familia, que se moría de hambre, ¡se hizo pasar por hindú! Y adoptó el nombre de Ram Persad.

La ramita se le cayó al suelo.

—¿Y sabe cómo se las arregló para conseguirlo? Pues porque el vigilante nepalí en el que los señores tenían depositada toda su confianza, y que debía ocuparse de comprobar los antecedentes de Ram Persad, ¡estaba en el ajo!

Antes de que saliera corriendo, lo agarré del cuello de la camisa. Técnicamente, en estos fregados de criado contra criado, basta con eso para decir sin palabras: «He ganado». Pero si uno tiene que hacer estas cosas, mejor hacerlas con estilo, ¿no? Así pues, además, le di una bofetada.

A partir de ese momento, yo era el primer criado de la casa.

Corrí de vuelta a la mezquita. La oración ya debía haber terminado. En efecto, Ram Persad —o Mohamed o como se llamase— salió de la mezquita, recogió sus sandalias, las sacudió en el suelo, se las calzó retorciendo los pies y echó a andar. Entonces me vio. Yo le guiñé un ojo y él comprendió que el juego había terminado. Resumo la situación en pocas palabras.

Luego volví a la casa. El nepalí me observaba desde detrás de la verja. Le quité el manojito de llaves y me las puse en el bolsillo.

—Ve a buscarme un té. Y galletas. —Lo agarré de la camisa—. Y también quiero tu uniforme. El mío está viejo.

Aquella noche dormí en la cama.

Por la mañana, alguien entró en la habitación. Era el ex primer chófer. Sin decirme una palabra, empezó a hacer el equipaje. Todas sus cosas cabían en una bolsa pequeña.

Yo pensé: «¡Qué vida tan miserable! ¡Tener que ocultar su religión y su nombre para conseguir trabajo! Y es un buen chófer, sin la menor duda; mucho mejor de lo que yo lo seré nunca». Una parte de mí quería levantarse y pedirle allí mismo disculpas y decirle: «Ve a Delhi y ocupa el puesto. Tú no me has hecho nada. Perdóname, hermano».

Me di la vuelta hacia el otro lado, me tiré un pedo y volví a dormirme.

Cuando desperté, ya se había ido. Se había dejado todas sus imágenes de dioses

hindúes; yo las guardé en una bolsa. Nunca se sabe cuándo pueden ser útiles estas cosas.

Por la tarde, el nepalí se presentó con una gran sonrisa pintada en la cara: la misma falsa sonrisa servil que le dedicaba todo el día al Cigüeña. Me dijo que como Ram Persad había abandonado su puesto sin decir palabra, sería yo quien llevara a Delhi al señor Ashok y a la señora Pinky, Personalmente se lo había recomendado al Cigüeña con toda energía.

Me volví a la cama —ahora era toda mía—, me estiré y le dije:

—Fantástico. Ahora limpia esas telarañas del techo.

Me lanzó una mirada asesina, pero no dijo nada y se fue a buscar una escoba. Yo le grité.

—¡Señor!

A partir de entonces, disfruté cada mañana de té nepalí caliente y de unas deliciosas galletas servidas en una bandeja de porcelana.

Kishan vino aquel domingo a la verja y yo le conté la noticia. Creía que iba a insultarme por mi manera tan abrupta de largarme del pueblo. Pero estaba loco de alegría y se le llenaban los ojos de lágrimas. ¡Un miembro de su familia que lograba salir de la Oscuridad para ir a Nueva Delhi!

—Es exactamente lo que dijo siempre nuestra madre. Ella estaba segura de que tú lo conseguirías.

Dos días más tarde, salí en el Honda City con el señor Ashok, el Mangosta y la señora Pinky. No era difícil encontrar el camino. Sólo tenía que seguir a los autobuses. Porque la carretera estaba llena de autobuses y todoterrenos, todos hasta los topes de pasajeros, que se apretujaban dentro, se colgaban de las puertas e incluso viajaban subidos en el techo. Todos se dirigían a Nueva Delhi desde la Oscuridad. Parecía como si el mundo entero hubiese decidido emigrar.

Cada vez que adelantábamos a uno de esos autobuses, a mí se me escapaba una sonrisa. Me habría gustado poder bajar la ventanilla y gritar: «Yo voy en coche a Delhi, ¡en un coche con aire acondicionado!». Pero estoy seguro de que lo leían en mis ojos.

Hacia mediodía, el señor Ashok me dio un golpecito en el hombro.

Desde el primer momento, señor Jiabao, yo comprendía lo que él quería decirme, tal como los perros entienden a sus amos. Detuve el coche, me moví hacia la izquierda, él se movió hacia la derecha y nuestros cuerpos se cruzaron (tan cerca el uno del otro que su barba incipiente me arañó las mejillas como la brocha de afeitar que usaba cada mañana; el aroma de su colonia —una deliciosa e intensa fragancia frutal— me subió por las narices durante un instante embriagador mientras yo le restregaba por la cara el tufo de mi sudor de criado). Ahora él se convirtió en el conductor y yo en un pasajero.

Arrancó el coche.

El Mangosta, que había venido leyendo el periódico todo el rato, advirtió ahora lo que había ocurrido.

—No hagas eso, Ashok.

Era como un viejo maestrillo, el Mangosta. Siempre sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal.

—Tienes razón. Resulta extraño —dijo el señor Ashok.

El coche se detuvo. Nuestros cuerpos volvieron a cruzarse, nuestros aromas se entremezclaron de nuevo y yo me convertí otra vez en chófer y criado, y el señor Ashok en pasajero y amo.

Llegamos a Delhi bien entrada la noche.

Aún no son las tres; podría continuar un rato más. Pero quiero parar aquí, porque lo que tengo que contarle a partir de ahora es otra clase de historia.

¿Se acuerda usted, señor primer ministro, de la primera vez (quizá siendo aún un chico) en la que abrió el capó de un coche y contempló sus entrañas? ¿Recuerda los cables de colores, culebreando de una punta a otra del motor, y la caja negra llena de tapones amarillos y todos aquellos tubos enigmáticos que soltaban vapor con un silbido, y el aceite y la grasa por todas partes? ¿Recuerda lo misterioso y mágico que parecía todo? Cuando me asomo a la parte de mi historia que se desarrolla en Nueva Delhi, siento exactamente lo mismo. Si me pide usted que le explique cómo se conecta un hecho con otro, cómo un motivo reafirma o debilita el siguiente, o cómo pasé de pensar una cosa de mi amo a pensar otra muy distinta, tendré que confesarle que yo mismo no lo entiendo. No estoy seguro de que la historia, tal como voy a contarla, sea la versión correcta que debería contarse. No estoy seguro de saber exactamente por qué murió el señor Ashok.

Me conviene parar aquí.

Cuando volvamos a encontrarnos, a medianoche, recuérdeme que suba un poco la luz de la araña. La historia se vuelve a partir de aquí mucho más oscura.

LA CUARTA NOCHE

Debería hablar un poco más de esta araña.

¿Por qué no? Yo ya no tengo familia. Lo único que tengo son arañas. Tengo una aquí, en la oficina, sobre mi cabeza, y dos más en mi apartamento en Raj Mahal Villas Phase Two. Una en la sala de estar y otra más pequeña en el baño. ¡Debe de ser el único baño de Bangalore con una araña!

Todas estas arañas las vi un día colgadas cié la rama de un gran baniano, cerca de Lalbagh Gardens. Las vendía un chico de pueblo y yo se las compré todas en el acto. Pagué a un tipo con un carro de bueyes para que me las llevara a casa y fuimos cruzando Bangalore —yo, el tipo y las cuatro arañas— en una limusina tirada por dos bueyes.

Me pone contento ver una araña. Por qué no: soy un hombre libre y puedo comprarme todas las arañas que quiera. Para empezar, mantienen alejados a los lagartos. Es cierto, señor. A los lagartos no les gusta la luz y, en cuanto ven una lámpara como ésta, se van a otro lado.

No entiendo cómo la gente no compra arañas y no las pone por todas partes.

Las personas libres no aprecian el valor de la libertad, ése es el problema.

A veces, en mi apartamento, enciendo las dos arañas, me tumbo en medio de toda esa luz y me echo a reír. ¡Un fugitivo que vive rodeado de lámparas!

Ahí está: ése es el secreto de una huida exitosa. La Policía me buscó en la Oscuridad; yo me oculté en la Luz.

¡En Bangalore!

Entre los muchos usos de una araña, ese objeto tan olvidado y poco apreciado, figura uno muy práctico: cuando se te olvida algo, lo único que has de hacer es mirar el tiempo suficiente esos relucientes trocitos de cristal del techo, y en cinco minutos recordarás exactamente lo que andabas buscando.

¿Ve?, se me había olvidado en qué punto nos habíamos quedado la noche anterior y he tenido que charlar un rato sobre arañas, para entretenerle. Pero ahora recuerdo dónde estábamos.

Delhi: habíamos llegado a Delhi la otra noche, cuando detuve mi narración. La capital de nuestra gloriosa nación. El lugar donde está el Parlamento, el presidente, todos los ministros y primeros ministros. El orgullo de nuestro urbanismo. El escaparate de la República.

Así la llaman.

Permita usted que un chófer le diga la verdad. Y la verdad es que Delhi es una ciudad enloquecida.

Por ejemplo: Ja gente rica vive en grandes zonas residenciales, como Defence Colony, Greater Kailash o Vasant Kunj, y allí las casas tienen números y letras, sólo

que esa numeración no sigue ningún sistema lógico conocido. En el alfabeto inglés, digamos, la A está junto a la B; lo sabe todo el mundo, incluso las personas que no hablan inglés como yo. En una zona residencial, en cambio, una casa puede ser la A 231, y la siguiente quizá sea la F 378. Cierta vez, la señora Pinky quiso que la llevara a Greater Kailash E 231; yo fui avanzando hasta localizar la E 200 y, cuando creía que ya casi habíamos llegado, el bloque E desapareció. La casa siguiente era S o algo así.

La señora Pinky se puso a dar gritos.

—¡Ya te dije que no te trajeras a este paleta!

Y luego otra cosa: cada calle de Delhi tiene un nombre, como Aurangzeb Road, o Humayun Road, o Archbishop Makarios Road. Pero nadie —ni amos ni criados— conoce el nombre de la calle. Usted le pregunta a alguien:

—¿Dónde está Nikolai Copernicus Marg?

El tipo quizás haya vivido en Nikolai Copernicus Marg toda su vida, pero abrirá la boca y dirá: «¿*Hahn*?». O bien: «Siga recto y luego gire a la izquierda», aunque en realidad no tenga ni idea.

Y todas las calles son iguales: todas terminan en una rotonda cubierta de hierba donde hay gente durmiendo o comiendo o jugando a las cartas. De ese círculo salen cuatro calles, y tú sigues una de ellas y vas a parar a otra rotonda cubierta de hierba donde hay gente durmiendo o jugando a cartas, y de ella salen a su vez otras cuatro calles... O sea, que te pierdes una y otra vez, te pierdes continuamente en Delhi.

Hay miles de personas que viven en la cuneta de las calles. Han venido de la Oscuridad también: basta con ver sus cuerpos flacos, sus caras mugrientas, su manera casi animal de vivir bajo los grandes puentes y los pasos elevados, haciendo fuego, lavando, quitándose los piojos del pelo mientras el tráfico ruge sobre sus cabezas. Esas gentes sin hogar son un problema para los conductores. Nunca se detienen ante un semáforo rojo: cruzan corriendo de repente, como por un impulso. Y cada vez que yo frenaba para no darles un topetazo con el coche, empezaban los gritos en el asiento trasero.

Ahora, yo pregunto, ¿quién construyó Delhi de un modo tan demencial? ¿Qué genios fueron los responsables de que el bloque F venga después del bloque A, de que la casa número 69 vaya después de la 12? ¿Quién estaba tan ocupado asistiendo a fiestas, bebiendo licores ingleses y llevando de paseo a sus perros pomerania como para dar a las calles unos nombres que nadie sería capaz de recordar?

—¿Te has vuelto a perder, chófer?

—No empieces otra vez con él.

—¿Por qué lo defiendes siempre, Ashok?

—¿No tenemos cosas más importantes de que hablar? ¿Por qué hemos de estar discutiendo siempre sobre él?

—Está bien, hablemos de otras cosas entonces. Hablemos primero de tu esposa y de sus berrinches.

—¿Te parece que eso es más importante que el asunto de los impuestos? Te pregunto una y otra vez qué vamos a hacer, pero tú no paras de cambiar de tema. Me parece que es una locura lo que nos piden.

—Ya te lo he dicho. Es una cuestión política. Nos acosan porque nuestro padre está intentando distanciarse del Gran Socialista.

—No entiendo cómo pudo enredarse con ese sinvergüenza.

—Se metió en política porque no tenía otro remedio, Ashok. En la Oscuridad no tienes alternativa. Tampoco te dejes llevar por el pánico, podemos arreglar lo de los impuestos. Estamos en la India, no en América. Aquí siempre hay una salida. Ya te lo he contado: tenemos a alguien trabajando para nosotros. Ramanathan. Es un buen intermediario.

—Ramanathan es un cretino sórdido y melifluo. ¡Lo que necesitamos es un asesor fiscal, Mukesh! ¡Tendríamos que ir a la prensa y contar cómo nos están jodiendo esos políticos!

—Escucha —dijo el Mangosta, levantando la voz—, tú acabas de volver de América. Ahora mismo, incluso este hombre que está al volante sabe más que tú de la India. Necesitamos un intermediario. Nos va a conseguir la entrevista con el ministro del ramo. Así es como funcionan las cosas en Delhi.

El Mangosta se echó hacia delante y me puso una mano en el hombro.

—¿Otra vez te has perdido? ¿Será posible que encuentres el camino a casa sin perderte una docena de veces?

Soltó un suspiro y se arrellanó otra vez en su asiento.

—No deberíamos haberlo traído, no tiene remedio. Ram Bahadur se equivocó de medio a medio con este tipo, Ashok.

—¿Hum?

—Deja de mirar un minuto tu móvil. ¿Le has dicho a Pinky que te quedas definitivamente?

—Hum... Sí.

—¿Y qué dice la Reina?

—No la llames así. Es tu cuñada, Mukesh, Ella se encontrará muy bien en Gurgaon; es la parte más americana de la ciudad.

El razonamiento del señor Ashok era muy inteligente. Diez años atrás, según dicen, no había nada en Gurgaon: sólo búfalos de agua y gruesos granjeros panyabíes. Hoy en día es la zona residencial más moderna de Delhi, American Express, Microsoft y todas las grandes compañías americanas tienen oficinas allí. La avenida principal está llena de centros comerciales, ¡cada una con un cine! O sea, que si la señora Pinky sentía nostalgia de América, ése era el mejor lugar adonde llevarla.

—Este retrasado... —dijo el Mangosta—. Mira lo que ha hecho: se ha perdido otra vez.

Alargó el brazo y me dio un manotazo en la cabeza.

—¡Dobla a la izquierda de la fuente, idiota! ¿No sabes llegar a casa desde aquí?

Yo empecé a disculparme, pero una voz a mi espalda dijo:

—No pasa nada, Balram. Tú llévanos a casa.

—¿Lo ves?, ya estás defendiéndolo otra vez.

—Ponte en su lugar, Mukesh. ¿Te imaginas lo confusa que ha de resultarle Delhi? Para él debe de ser como cuando yo llegué por primera vez a Nueva York.

El Mangosta se puso a hablar en inglés y no capté lo que decía, pero el señor Ashok le respondió en hindi:

—Pinky piensa lo mismo. Es la única cosa en la que estáis de acuerdo. Pero no voy a hacerlo, Mukesh. No conocemos a la gente de Delhi. En este tipo podemos confiar. Es de casa.

En ese momento miré por el retrovisor y sorprendí al señor Ashok con los ojos fijos en mí. Y en aquellos ojos descubrí un sentimiento de lo más inesperado en un amo.

Compasión.

—¿A ti cuánto te pagan, palurdo?

—Lo suficiente. No me quejo.

—¿No quieres decírmelo, eh, palurdo? Buen chico. Un criado leal hasta la muerte. ¿Te gusta Delhi?

—Sí.

—¡Ja! No mientas, cabrón. Sé muy bien que estás completamente perdido. ¡Debes de odiarlo!

Trató de ponerme una mano encima y yo me eché atrás. El tipo tenía una enfermedad en la piel: el vitíligo le había dejado los labios de un brillante color rosado en medio de una cara negra como el carbón. Será mejor que le hable un poco de esta enfermedad que sufren tantos pobres de este país. No sé por qué se produce, pero cuando la tienes, la piel te cambia de color y pasa del marrón al rosado. En nueve casos de cada diez, se reduce a unas cuantas manchas rosadas en la nariz o en las mejillas, como si a uno le hubiese explotado una estrella en la cara; o bien se trata de un sarpullido rosa en el antebrazo, como si se hubiera quemado uno con agua hirviendo. Pero a veces a un tipo le cambia de color el cuerpo entero y, cuando pasas por su lado, piensas: «¡Un americano!». Te paras boquiabierto; quieres acercarte y tocarlo. Y entonces te das cuenta de que es uno de los nuestros con esa horrible enfermedad.

En el caso de aquel chófer, como la franja rosada le había desteñido

completamente los labios, y nada más, parecía un payaso de circo con los labios pintados. Sólo de verlo se me revolvía el estómago. Aun así, era el único de los conductores que me trataba con amabilidad y yo me mantuve cerca de él.

Estábamos frente a un centro comercial. Éramos una docena de chóferes y aguardábamos a que nuestros amos terminasen de hacer sus compras. No nos estaba permitido entrar dentro, desde luego. No hacía falta que nadie nos lo dijera. Estábamos todos en círculo junto al aparcamiento, charlando y fumando. De vez en cuando, alguien escupía un chorro rojo de *paan*.

Considerando que él también era de la Oscuridad, (por eso había deducido mi origen al momento), el conductor de los labios enfermos me dio todo un curso sobre cómo sobrevivir en Delhi y acerca de cómo evitar que te enviaran de vuelta al pueblo en el techo de un autobús.

—Lo más importante que hay que saber es que aquí las calles son buenas, y la gente, mala. La Policía está totalmente podrida. Si te ven sin cinturón de seguridad, tendrás que sobornarlos con cien rupias. Nuestros amos no son tampoco ninguna maravilla. Cuando van a sus fiestas nocturnas, es un auténtico infierno para nosotros. Has de dormir en el coche y los mosquitos te devoran vivo. Si son mosquitos de malaria, no hay problema; sólo te pasarás delirando un par de semanas. Pero si son mosquitos del dengue, entonces estás de mierda hasta el cuello; te morirás seguro. A las dos de la mañana, tu amo regresa, se pone a golpear la ventanilla y a dar gritos; el hombre apesta a cerveza y se pasa todo el camino de vuelta tirándose pedos. El frío aprieta de verdad en enero. Si te enteras de que está invitado a una fiesta nocturna, llévate un manta para poder taparte en el coche. Sirve también para mantener alejados a los mosquitos. Eso sí, te acabas aburriendo de estar metido en el coche, esperando a que vuelva de sus fiestas. Conozco a un conductor que se volvió loco de tanto esperar. O sea, que has de tener algo para leer. Sabrás leer, ¿no? Bien. Esto es sin duda lo mejor que hay para leer en el coche.

Me dio una revista con una portada con mucho gancho: una mujer en combinación tirada en una cama y encogida de miedo ante la sombra de un hombre.

EL ASESINATO SEMANAL

4,50 RUPIAS

UNA HISTORIA AUTÉNTICA EN EXCLUSIVA:

«UN BUEN CHICO NUNCA SE ECHA A PERDER».

ASESINATO. VIOLACIÓN. VENGANZA.

Voy hablarle de esa revista, *El asesinato semanal*, porque es seguro que nuestro primer ministro no le hablará de ella. Se vende en todos los kioscos de la ciudad junto a las novelitas baratas y es una lectura muy popular entre los criados, sean cocineros,

niñeras o jardineros. Los chóferes no son distintos. Cada semana, cuando sale la revista con esa imagen en portada de una mujer encogiéndose, aterrorizada, ante su asesino, algún chófer la compra y se la va pasando a sus colegas.

No se asuste, señor primer ministro, no hace falta que su frente amarilla se perle de sudor frío. Que los chóferes y los cocineros de Delhi lean *El asesinato semanal* no significa que todos ellos estén a punto de rebanarles el pescuezo a sus amos. Desde luego, les gustaría. Mil millones de criados fantasean secretamente con la idea de estrangular a sus jefes. Por eso el Gobierno de la India publica esta revista y la vende por sólo cuatro rupias y media, para que incluso los pobres puedan comprarla. El asesino de la revista está siempre tan trastornado, tan desquiciado sexualmente, que ningún lector desearía ser como él, Y al final, además, siempre acaba atrapándolo un policía honrado y trabajador (¡ja!), o se vuelve loco y se cuelga con una sábana después de escribirle una carta sentimental a su madre o a su maestro de primaria; o bien lo termina pillando, apaleando, sodomizando y ejecutando a garrote vil el hermano de la mujer a la que ha asesinado. O sea, que si ve a su chófer absorto mientras pasa las páginas de *El asesinato semanal*, relájese. No corre peligro. Casi al contrario.

En cambio, si su chófer empieza a leer sobre Gandhi y fermenta, entonces sí que le habrá llegado el momento de mearse en los pantalones, señor Jiabao.

Después de enseñármela, Labios de Vitíligo cerró la revista y la lanzó al interior del círculo de conductores sentados en el suelo. Todos se abalanzaron sobre ella, como una jauría sobre un hueso. Él bostezó y me miró.

—¿Cómo se gana la vida tu amo, palurdo?

—No lo sé.

—¿Eso es lealtad o estupidez? ¿De dónde es?

—De Dhanbad.

—Entonces está en el carbón. Habrá venido a sobornar ministros, Es un negocio muy corrupto, el carbón. —Volvió a bostezar—. Yo fui chófer de un tipo que vendía carbón. Mal negocio, muy malo. Pero mi jefe actual está en el acero y consigue que los del carbón, a su lado, parezcan unos santos. ¿Dónde vive tu amo?

Le dije el nombre de nuestro bloque de apartamentos.

—¿Mi amo también vive allí! ¡Somos vecinos!

Se me acercó aún más; sin apartarme esta vez —habría sido de mala educación—ladeé el cuerpo para alejarlo lo máximo posible de sus labios.

—Oye, palurdo —echó un vistazo a su alrededor y bajó la voz—, ¿tu amo no necesitará nada?

—¿Qué quieres decir?

—¿Le gustan los vinos extranjeros? Tengo un amigo que trabaja de chófer en una embajada. Tiene contactos. ¿Conoces el chanchullo de los vinos en las embajadas?

Meneé la cabeza.

—El asunto es así, palurdo. Los vinos extranjeros son muy caros en Delhi, porque les añaden impuestos. Pero las embajadas los traen gratis. Se supone que es para bebérselo ellos, pero en realidad lo venden en el mercado negro. También puedo conseguirle otras cosas. ¿Quiere pelotas de golf? Tengo gente en el consulado de Estados Unidos que me las vende. ¿Quiere mujeres? También puedo conseguírselas. Y si prefiere chicos, no hay problema.

—Mi amo no hace esas cosas. Es un buen hombre.

Sus labios enfermos dibujaron una sonrisa.

—¿No lo son todos?

Se puso a silbar la canción de una película hindi. Uno de los chóferes había empezado a leer en voz alta una historia de la revista; todos los demás habían enmudecido. Yo observé un rato el centro comercial.

Me volví hacia el chófer de los espantosos labios rosados.

—Tengo que hacerte una pregunta.

—Muy bien. Pregunta. Ya sabes que haré cualquier cosa por ti, palurdo.

—Ese edificio, el que llaman un centro comercial, con todos esos carteles de mujeres colgados fuera, ¿es para hacer compras, no?

—Exacto.

—Y aquél —señalé un reluciente edificio de cristal, situado a nuestra izquierda—, ¿también es un centro comercial? No veo carteles de mujeres en la fachada.

—Eso no es un centro comercial, palurdo. Es un edificio de oficinas. Hacen llamadas a América.

—¿Qué clase de llamadas?

—No lo sé. La hija de mi amo trabaja en uno de éstos. La dejo allí a las ocho y vuelve a las dos de la madrugada. Lo que sí sé es que gana toneladas de dinero en ese edificio, porque luego se pasa el día en los centros comerciales. —Se inclinó hacia mí: tenía sus labios rosados a unos centímetros de los míos—. Entre tú y YO, me parece un poco extraño..., chicas entrando de noche en un edificio y saliendo de madrugada con tanto dinero. —Me guiñó un ojo—. ¿Qué más, palurdo? Eres un tipo curioso.

Señalé a una de las chicas que salían del centro comercial.

—¿Qué pasa con ella, palurdo? ¿Te gusta?

Me ruboricé.

—Dime una cosa —le dije—, las mujeres de ciudad, como ésa, ¿no tienen pelo en los sobacos y en las piernas como las de nuestros pueblos?

Al cabo de media hora, Mukesh Sir, el señor Ashok y la señora Pinky salieron del centro comercial cargados de bolsas. Yo corrí a su encuentro, se las quité de las manos y las coloqué en el maletero; lo cerré, me apresuré a ponerme al volante del Honda City y los llevé a su nuevo hogar, que estaba en la planta trece de una gigantesca torre de apartamentos. El edificio se llamaba Buckingham Towers, Bloque B. Estaba situado junto a otra torre enorme de la misma constructora: Buckingham Towers, Bloque A. Al lado, se hallaba Windsor Manor, Bloque A. Había bloques de aquéllos, todos nuevos y relucientes, con bonitos nombres ingleses, hasta donde alcanzaba la vista. Buckingham Towers, Bloque B, era uno de los mejores. Tenía un amplio y precioso vestíbulo, y un ascensor que tomamos los cuatro hasta la planta trece.

A mí, personalmente, no me gustaba mucho el apartamento: todo entero tenía el tamaño de la cocina de Dhanbad. Había unos bonitos sofás, blancos y mullidos, y en la pared, por encima de los sofás, una gigantesca foto enmarcada de *Cuddles* y *Puddles*. El Cigüeña no les había dejado venir con nosotros.

Yo no soportaba la visión de aquellas criaturas, ni siquiera en fotografía, y mantenía los ojos fijos en la alfombra mientras permanecía en aquella habitación, lo cual tenía el beneficio adicional de darme el aspecto de un criado de primera.

—Deja las bolsas por ahí, Balram.

—No. Ponías junto a la mesa. Exactamente aquí —dijo el Mangosta.

Después de dejar las bolsas, me fui a la cocina a ver si hacía falta limpiar alguna cosa. Había un criado que se ocupaba del apartamento, pero era un tipo chapucero y, además, como ya he dicho antes, ellos no tenían propiamente un «chófer», sino un criado que a veces conducía su coche. Sabía, sin que nadie me lo dijera, que también debía cuidarme del apartamento. Sí había alguna limpieza que hacer, la hacía, y luego volvía y aguardaba junto a la puerta con las manos entrelazadas, hasta que Mukesh Sir me decía:

—Ya puedes irte. Estate preparado a las ocho de la mañana. Y nada de líos sólo porque estés en la ciudad, ¿entendido?

Bajé en el ascensor, salí del edificio y descendí los escalones que llevaban a las dependencias de los criados.

No sé cómo estarán diseñados los edificios en su país, pero en la India cada bloque de apartamentos, cada casa y cada hotel está construido con una zona para los criados, unas veces en la parte trasera y otras (como en el caso de Buckingham Towers Bloque B) en el sótano: un laberinto de habitaciones conectadas entre sí, donde todos los conductores, cocineros, barrenderos, doncellas y chefs del bloque podían descansar, dormir y aguardar. Cuando nos necesitaban nuestros amos, sonaba un timbre por todo el sótano y entonces corríamos hasta un panel donde parpadeaba una luz roja junto al número del apartamento que precisaba a su criado.

Bajé dos tramos de escaleras y abrí la puerta del sótano.

En cuanto entré, los demás criados se pusieron a dar gritos; chillaban, aullaban de risa.

El chófer con labios de vitiligo estaba sentado entre ellos y era el que daba más alaridos. Les había explicado la pregunta que yo le había hecho antes. No podían parar de mofarse; se acercaban, uno a uno, me desordenaban el pelo, llamándome «idiota pueblerino», y hasta me daban golpes en la espalda.

Los criados necesitan maltratar a otros criados. Es algo que nos han inculcado, igual que los perros alsacianos están entrenados para atacar a los extraños. Atacamos a cualquiera que sea como nosotros.

En ese mismo momento decidí no volver a contarle nada a nadie en Delhi. Sobre todo, a ningún criado.

Siguieron tomándome el pelo toda la tarde e incluso por la noche, cuando nos fuimos todos a dormir. Había algo en mi cara, en mi nariz o en mis dientes, no lo sé, que los sacaba de quicio. Incluso se reían de mi uniforme. Los chóferes de ciudad no llevan ninguno y me decían que con aquel uniforme parecía un mono. Me puse una camisa sucia y unos pantalones como ellos, pero la mofa continuó toda la noche.

Había un tipo que se ocupaba de barrer el dormitorio comunal y yo le pregunté por la mañana:

—¿No habrá algún sitio donde uno pueda estar solo?

—Hay una habitación vacía al otro lado del sótano, pero nadie la quiere —me dijo—. A nadie le gusta estar solo.

Era horrible aquella habitación. El suelo no estaba terminado y en la capa de yeso blanquecino de las paredes se veían las marcas de la mano que la había aplicado. Había un catre endeble en el que apenas cabía, con un mosquitero encima.

Serviría.

La segunda noche ya no dormí en el dormitorio con los demás; me fui a la habitación. Barrí el suelo, fijé el mosquitero a la pared con cuatro clavos y me eché a dormir. En mitad de la noche, comprendí por qué habían dejado allí el mosquitero. Me despertaron unos ruidos. La pared estaba cubierta de cucarachas. Se alimentaban de los minerales o de la caliza del yeso, y hacían un ruido incesante al masticar. Sus antenas se multiplicaban, temblorosas, por toda la pared. Algunas habían aterrizado sobre la red del mosquitero; desde el interior, veía sus cuerpos oscuros resaltando sobre el tejido blanco. Lo doblé en un punto y aplasté a una de ellas. Las demás no parecieron darse cuenta, porque continuaban aterrizando en la red y acababan aplastadas, «Quizá todos los que viven en la ciudad se vuelven así de indolentes y de estúpidos», pensé con una sonrisa, y me eché a dormir.

—¿Has pasado buena noche con las cucarachas? —me dijeron en tono burlón cuando fui a los baños.

Cualquier idea sobre la posibilidad de volver al dormitorio común terminó ahí mismo. La habitación estaba llena de cucarachas, pero era mía y allí nadie me tomaba el pelo. Un inconveniente que presentaba era que el timbre no se oía desde allí, pero eso no dejaba de entrañar sus ventajas también, como descubriría en su momento.

Después de hacer cola en el retrete común, y luego en el lavamanos, y luego en la bañera, subí las escaleras, abrí la puerta del garaje y me dirigí a donde tenía aparcado el Honda City. Había que limpiarlo por dentro y por fuera con un paño humedecido y tenía que poner una varilla de incienso en la estatuilla de la diosa Lakshmi, la diosa de la riqueza, que reposaba encima del salpicadero. Esta operación tenía la doble ventaja de ahuyentar a los mosquitos que se hubiesen colado por la noche y de perfumar el interior del vehículo con un aroma religioso. Limpié los asientos, de un precioso cuero afelpado; limpié los botones y los indicadores; saqué las esterillas de cuero y les sacudí bien el polvo. En el salpicadero había tres pegatinas magnéticas con imágenes de la diosa madre Kali (las había puesto yo, después de tirar las de Ram Persad) y ahora les saqué brillo. También había un ogro peludo con la lengua fuera, colgado del retrovisor con una cadena. Se suponía que era un amuleto de la suerte, y al Cigüeña le gustaba verlo cabecear mientras circulábamos. Le di un puñetazo en la boca; luego lo limpié bien. A continuación había que revisar la caja de pañuelitos de la parte trasera: una caja tallada y dorada tan primorosamente como si hubiera pertenecido a la familia real, aunque en realidad era de cartón.

Comprobé que había suficientes pañuelos. La señora Pinky los gastaba a docenas cada vez que salíamos; decía que la polución de Delhi era fatal. Había dejado los pañuelos usados y arrugados al lado de la caja y yo tuve que recogerlos y tirarlos.

El timbre resonó por todo el garaje. Una voz desde el micrófono del vestíbulo dijo:

—Chófer Balram. Preséntese con el coche en la entrada principal de Buckingham Bloque B.

Me puse al volante del Honda City, subí la rampa y salí a la luz del exterior.

Los dos hermanos llevaban trajes de lujo. Me esperaban en la puerta del edificio charlando y cotorreando. Cuando subieron, el Mangosta me dijo:

—A la sede del Partido del Congreso, Balram. Estuvimos allí el otro día. Espero que te acuerdes y no te pierdas otra vez.

«Hoy no le fallaré, señor», pensé.

Era hora punta en Delhi. Los coches, las vespas, los rickshaws a motor y los taxis negros trataban de abrirse paso en las calles. La polución era tanta que los que iban en moto o en vespa se tapaban la cara con un pañuelo. Cada vez que te parabas en un semáforo en rojo veías a un montón de hombres con gafas oscuras y una máscara en la cara, como si toda la ciudad se preparase aquella mañana para un atraco.

Las máscaras tenían su sentido; según dicen, la atmósfera de Delhi es tan mala

que te quita diez años de vida. Naturalmente, los que van en coche no han de respirar el aire del exterior; nosotros tenemos el aire acondicionado, limpio y fresco. Con sus ventanillas ahumadas subidas, los coches de los ricos se deslizan como huevos negros por las calles de Delhi. De vez en cuando, alguno se resquebraja y se abre: una mano femenina, deslumbrante de pulseras de oro, se asoma por la ventanilla y arroja una botella de agua vacía; luego el cristal sube de nuevo y el huevo vuelve a quedar sellado.

Yo conducía mi huevo negro hacia el corazón mismo de la ciudad. A mi izquierda divisé las cúpulas de la Casa Presidencial: el lugar donde se deciden todos los asuntos importantes del país. Cuando la polución empeora, el edificio entero queda borrado; pero aquel día resplandecía en toda su belleza.

Al cabo de diez minutos, llegué al cuartel general del Partido del Congreso. Es un sitio fácil de localizar porque siempre hay en el exterior dos o tres carteles enormes de cartón con el rostro de Sonia Gandhi.

Paré el coche, bajé de un salto y les abrí la puerta al señor Ashok y al Mangosta.

—Volveremos dentro de media hora —me dijo el señor Ashok mientras se bajaba.

Aquello me desconcertaba; en Dhanbad no me decían nunca cuándo iban a volver. Aunque, en realidad, no significaba nada. Podían tardar muy bien dos o tres horas. Era sólo una especie de cortesía que, por lo visto, tenían que dedicarme porque estábamos en Delhi.

Llegó un grupo de granjeros, pero no los dejaron entrar; dieron unos cuantos gritos y se marcharon. Luego una furgoneta de la televisión apareció en la entrada; tocaron la bocina y enseguida les abrieron paso.

Bostecé. Le di un golpe en la boca al pequeño ogro y él empezó a cabecear. Volví la cabeza a uno y otro lado.

Miré el gran póster de Sonia Gandhi. Tenía una mano alzada en la fotografía, como si me estuviese saludando. Yo le devolví el saludo.

Bostecé, cerré los ojos, me hundí en mi asiento. Con un ojo abierto, miré la pegatina magnética de la diosa Kali: una diosa feroz con la piel negra, que sostiene una cimitarra y una guirnalda de calaveras. Me hice una nota mental para cambiar sin Salta aquella pegatina. Se parecía demasiado a mi abuela.

Dos horas más tarde, los dos hermanos regresaron al coche.

—Ahora vamos a la Casa Presidencial, Balram. En la cima de la colina. ¿Sabes dónde es?

—Sí, señor. La he visto al pasar.

Había visto ya la mayoría de los sitios más famosos de Delhi: la Casa del Parlamento, el Jantar Mantar, el Qutub... Pero no había estado aún en aquel lugar, el más importante de todos. Me dirigí a Raisina Hill y subí todo el camino hasta la cima, parándome cada vez que me salía al paso un guardia con la mano alzada para

registrar el coche. Me detuve por fin frente a uno de los enormes edificios con cúpula que rodean la Casa Presidencial.

—Espera aquí, Balram. Volveremos dentro de treinta minutos.

Durante la primera media hora, me sentía demasiado intimidado para salir del coche. Luego abrí la puerta, bajé despacio y eché un vistazo a mi alrededor. En el interior de las cúpulas y las torres que me rodeaban, los grandes hombres de este país —el primer ministro, el presidente, los ministros y grandes burócratas— debatían los asuntos, los ponían por escrito y sellaban documentos. Alguien debía estar diciendo: «Muy bien, quinientos millones de rupias para construir esa presa»; y otro estaría diciendo: «Muy bien, entonces ataquemos a Pakistán».

Yo quería echar a correr y gritar:

—¡Balram también está aquí! ¡Balram también está aquí!

Me volví a subir al coche para no cometer ninguna estupidez y acabar detenido.

Estaba empezando a oscurecer cuando los hermanos salieron del edificio, acompañados de un hombre grueso que se detuvo a charlar un momento junto al coche. Luego les estrechó la mano y nos dijo adiós.

El señor Ashok tenía un aspecto muy sombrío cuando subió. El Mangosta me dijo que los llevara a casa: «Esta vez sin cometer errores, ¿entendido?».

—Sí, señor.

Permanecieron los dos en silencio, lo cual me desconcertó. Si yo hubiese acabado de salir de la Casa Presidencial, habría bajado las ventanillas y se lo habría gritado a todo el mundo.

—Mira ahí.

—¿Qué?

—La estatua.

Yo también miré por la ventanilla y vi una estatua de bronce que representaba a un grupo de hombres. Es una estatua muy conocida; sin duda la verá en Delhi, El que va en cabeza es Mahatma Gandhi con su bastón y detrás le sigue el pueblo de la India, caminando desde la oscuridad hacia la luz.

El Mangosta la miró entornando los ojos.

—¿Qué pasa? Ya la había visto.

—Pasamos al lado de Gandhi justo después de sobornar a un ministro. Vaya un chiste de mierda, como dicen en inglés.

—Ya estás hablando como tu mujer —dijo el Mangosta—. Y no me gustan las maldiciones. No son parte de nuestra tradición.

—Nuestro sistema político es un chiste de mierda. Y lo repetiré todas las veces que me apetezca.

—Las cosas en la India son muy complicadas, Ashok. Esto no es América. Haz el favor de guardarte tus opiniones.

Había un atasco impresionante en la calle que llevaba a Gurgaon. Cada cinco minutos, el tráfico parecía ponerse en marcha: nos movíamos unos cuantos centímetros, recuperábamos la esperanza y entonces el semáforo se ponía rojo allá al fondo y nos quedábamos otra vez parados. Todo el mundo tocaba la bocina. De vez en cuando, todas aquellas bocinas distintas, cada una con su tono peculiar, se fundían en un alarido continuo que sonaba como cuando apartan a un becerro de su madre. Los gases impregnaban el aire. En el haz iluminado por los faros brillaban las volutas azules que salían de los tubos de escape; el humo se volvía tan espeso que no podía elevarse ni escapar, y se extendía en sentido horizontal, perezosamente, con lo que se creaba una especie de niebla a nuestro alrededor. Continuamente, por si fuera poco, los conductores de autorickshaw encendían cerillas y se ponían a fumar; se sumaba así la polución del tabaco a la del combustible.

Delante de nosotros se había detenido un carro tirado por un búfalo. Llevaba un montón de latas de lubricante vacías, de más de tres metros de alto, atadas con cuerdas en la caja del carro. ¡Pobre búfalo! ¡Tener que arrastrar aquella carga mientras absorbía el aire envenenado!

El conductor del autorickshaw que tenía al lado empezó a toser violentamente. Se volvió y escupió tres veces seguidas. Sus escupitajos salpicaron un poco en el flanco del Honda City. Yo le lancé una mirada asesina y levanté el puño. Él se encogió, asustado, y me dirigió un *namaste* de disculpa.

—¡Es como si asistiéramos a un concierto de escupitajos! —dijo el señor Ashok, mirando al conductor de rickshaw.

«Si usted estuviera ahí fuera respirando ese aire fétido —pensé yo—, también escupiría como él».

Los coches se movieron otra vez, avanzamos un metro, el semáforo se puso en rojo y todo el mundo se detuvo de nuevo.

—En Pekín tienen una docena de rondas de circunvalación. Aquí sólo hay una. No es de extrañar que tengamos estos atascos. Aquí no hay nada planeado. ¿Cómo vamos a ponernos al nivel de los chinos?

(Vaya, vaya, señor Jiabao, ¿una docena de vías de circunvalación? ¡Guau!).

La luz tenue de las farolas brillaba en la calzada a ambos lados del torrente de tráfico; a esa media luz anaranjada, veía una multitud de gente delgada y mugrienta, que esperaba en cuclillas al autobús que habría de llevarla a algún lado, o que tal vez no tenía adonde ir y se disponía a desplegar un colchón para echarse a dormir allí mismo. Aquellos pobres desgraciados habían venido de la Oscuridad para encontrar un poco de luz en Delhi. Pero ellos seguían en la oscuridad. Centenares y centenares —o eso me parecía a mí— situados a cada lado de la calle y completamente ajenos al atasco de tráfico. ¿Serían conscientes siquiera de que había un atasco? Era como si

perteneciésemos a dos ciudades separadas: dentro y fuera del huevo negro. Yo sabía que estaba en el lado bueno. Pero sí mi padre hubiera seguido vivo, habría estado sentado en la cuneta preparándose unas gachas de arroz para cenar y luego se habría echado a dormir bajo una farola. No podía dejar de pensar en ello ni de reconocer sus rasgos en algunos de aquellos mendigos. Así que yo también estaba fuera del coche, en cierto sentido, incluso mientras lo iba conduciendo.

Después de una hora avanzando penosamente, llegamos por fin a Buckingham Bloque B. Pero la tortura no había concluido.

Mientras se bajaba del coche, el Mangosta se palpó los bolsillos con aire desconcertado y dijo:

—Se me ha perdido una rupia.

Chasqueó los dedos.

—Ponte de rodillas y busca por el suelo del coche.

Me arrodillé. Husmeé como un perro entre las esterillas para buscar aquella rupia perdida.

—¿Cómo que no está? No te vayas a creer que puedes robarnos porque estés en la ciudad. Quiero esa rupia.

—Mukesh, acabamos de pagar un soborno de medio millón y tú te pones a jorobar a este hombre por una rupia miserable. Vayamos arriba y tomémonos un whisky.

—Así es como se corrompen los criados. Empezando con una rupia. Y no me vengas con tus costumbres americanas.

Adonde habrá ido a parar aquella moneda sigue siendo un misterio para mí, señor primer ministro. Al final, me saqué una rupia del bolsillo, la tiré al suelo, la recogí y se la di al Mangosta.

—Aquí está, señor. Perdóneme por tardar tanto en encontrarla.

Había una expresión de deleite infantil en su oscuro rostro de amo. Se guardó la rupia en la mano y se sorbió los dientes, con aire satisfecho, como si aquello fuese lo mejor que le había pasado en todo el día.

Subí en el ascensor con ellos, para ver si había alguna cosa que hacer en el apartamento.

La señora Pinky estaba sentada en el sofá mirando la televisión. En cuanto entramos, dijo: «Yo ya he cenado», apagó el aparato y se fue a otra habitación. El Mangosta dijo que no quería cenar, de manera que el señor Ashok tendría que hacerlo solo en la mesa del comedor. Me pidió que le calentara unas verduras que había en la nevera y me fui a la cocina a hacerlo.

Mientras abría la nevera, eché un vistazo a mi espalda y vi que estaba a punto de llorar.

Cuando tú eres el chófer, no ves nunca el cuadro completo. Sólo ráfagas, imágenes entrevistas, fragmentos de conversación.

Y justo cuando tus amos están llegando al punto culminante de la charla, ocurre siempre lo mismo.

Un imbécil con un todoterreno está a punto de darte un topetazo mientras intenta adelantar a otro coche. Tú te echas a un lado bruscamente, le lanzas una mirada furiosa al muy imbécil, lo maldices (en silencio) y cuando quieres retomar el hilo, la conversación en el asiento de atrás ha seguido adelante... y te quedas sin saber para siempre cómo terminaba la frase.

Yo notaba que había algún problema, pero no me había dado cuenta de lo mal que iban las cosas hasta la mañana en que el señor Ashok me dijo:

—Balram, hoy llevarás a Mukesh Sir a la estación.

—Sí, señor. —Vacilé. Estaba a punto de preguntar: «¿Sólo a él?».

¿Aquello significaba que se volvía definitivamente? ¿Significaba que la señora Pinky por fin se había librado de él con sus portazos y sus comentarios cáusticos?

A las seis, esperé con el coche en la entrada. Llevé a los dos hermanos a la estación. La señora Pinky no vino.

Cargué con las maletas del Mangosta hasta su vagón y luego fui a un kiosco a comprarle una *dosa*^[9]. Era lo que más le gustaba comer cuando iba en tren. Eso sí: la desenvolví, le quité las patatas y las tiré a la vía; las patatas le daban pedos y eso no le gustaba. Un criado acaba conociendo de punta a punta el tracto intestinal de su amo, es decir, desde los labios al ano.

El Mangosta me dijo:

—Espera un momento. Tengo instrucciones para ti.

Yo me puse en cuclillas en un rincón del vagón.

—Ahora ya no estás en la Oscuridad, Balram.

—Sí, señor.

—En Delhi hay leyes.

—Sí, señor.

—¿Sabes esas estatuas de bronce de Gandhi y Nehru que están por todas partes? La Policía les ha puesto cámaras en los ojos para tener a los coches vigilados. Ven todo lo que haces, ¿entiendes?

—Sí, señor.

Frunció el ceño, como preguntándose qué más debía decirme.

—El aire acondicionado —dijo— debe estar apagado cuando circules tú solo.

—Sí, señor.

—La música tampoco debe sonar si vas solo.

—Sí, señor.

—Al final del día has de pasarnos la cifra del cuentakilómetros para que

tengamos la seguridad de que no has utilizado el coche por tu cuenta.

—Sí, señor.

El Mangosta se volvió hacia el señor Ashok y le puso una mano en el antebrazo.

—Presta un poco de atención, Ashok. Serás tú el que tendrás que supervisar al chófer cuando me haya ido.

Pero el señor Ashok estaba jugando con su teléfono móvil. Lo dejó un momento y dijo:

—El chófer es un hombre honrado. Es de Laxmangarh, Vi a su familia cuando fuimos allí. —Se concentró otra vez en el móvil.

—No hables de esa manera —le dijo el Mangosta—. No te tomes a broma lo que te estoy diciendo.

Pero él no le hacía caso, seguía pulsando botones.

—Un momento, un momento, estoy hablando con un amigo de Nueva York.

Los chóferes solemos decir que algunos hombres «funcionan en primera». El señor Ashok era un caso clásico. Le gustaba empezar las cosas, pero no había nada que retuviera su atención mucho tiempo.

Mientras lo observaba, hice dos descubrimientos casi simultáneos. Y cada uno de ellos me dejó maravillado. Primero: uno podía «hablar» desde un móvil con alguien de Nueva York simplemente pulsando unos cuantos botones. ¡Los prodigios de la ciencia moderna no dejan de asombrarme! Segundo: aquel hombre alto y apuesto, educado en el extranjero, que iba a convertirse en mi único amo al cabo de unos minutos, en cuanto sonara un largo pitido y aquel tren partiera hacia Dhanbad, era —me di cuenta en ese momento— un tipo débil, indefenso y distraído, totalmente desprovisto del instinto que normalmente corre por las venas de un señor.

«Si estuvieras en Laxmangarh, te llamaríamos el Cordero».

—¿Por qué sonríes como un burro? —me espetó el Mangosta, y casi me tropecé mientras le pedía disculpas.

Aquella noche, a las ocho en punto, el señor Ashok me mandó un mensaje por medio de otro criado:

—Estate preparado dentro de media hora, Balram, La señora Pinky y yo vamos a salir.

Los dos bajaron, en efecto. Dos horas y tres cuartos más tarde.

En cuanto se hubo ido el Mangosta, podría jurarlo, las faldas se volvieron más cortas.

Si la tenía sentada allí atrás, le veía la mitad de las tetas cada vez que miraba el retrovisor. Casi se le salían del escote.

Eso me ponía en muy mala situación, señor. Para empezar, a mí se me levantaba el pico, cosa natural en un hombre sano y joven como yo. Por otro lado, como usted sabe, tu amo y tu ama son como un padre y una madre para ti. ¿Cómo vas a excitarte

con tu ama?

Yo, sencillamente, evitaba mirar por el retrovisor. Si teníamos un accidente, la culpa no sería mía.

Tal vez, señor primer ministro, mientras circulaba usted entre un denso tráfico, se ha detenido alguna vez y ha bajado la ventanilla; y ha notado entonces la respiración caliente y jadeante del tubo de escape de un camión detenido a su lado. Pues bien, vaya con cuidado, señor primer ministro, porque tiene usted un motor caliente y jadeante delante de sus narices.

Yo.

Cada vez que subía al coche con aquel vestido negro tan corto, mí pico empezaba a crecer. Yo la odiaba por llevar aquel vestido; pero odiaba aún más a mi maldito pico por hacer lo que estaba, haciendo.

A final de mes, subí al apartamento. Él estaba solo, en el sofá, bajo la foto enmarcada de los dos perros pomerania.

—¿Señor?

—Hum... ¿Qué ocurre, Balram?

—Ha pasado un mes.

—¿Y?

—Señor..., mi salario.

—Ah, sí. ¿Tres mil, no? —Sacó rápidamente una gruesa cartera, llena de billetes, y dejó tres sobre la mesa.

Yo los recogí y le hice una reverencia. Algo de lo que le había dicho su hermano debió resonarle en ese momento, porque me dijo:

—¿Estarás enviando una parte a casa, verdad?

—Todo, señor. Sólo me quedo lo imprescindible para comer. El resto va directo a casa.

—Muy bien, Balram. Muy bien. La familia es importante.

Aquella noche, a las diez, fui al mercado que quedaba al lado de Buckingham Towers Bloque B. Era en la última tienda. Sobre la puerta un cartel escrito en hindi con grandes letras negras decía:

LICORERÍA INGLESA ACTION
LICORES INTERNACIONALES HECHOS EN LA INDIA
DE VENTA AQUÍ

En su interior se libraba la guerra civil habitual en cualquier licorería a aquellas horas. Los hombres se daban empujones, extendían las manos hacia el mostrador, se

desgañitaban. Los dependientes no oían nada en medio de aquel barullo y no paraban de confundir los pedidos, lo cual provocaba más gritos y más forcejeos. Me abrí paso entre la multitud a empujones, llegué al mostrador, di un puñetazo en el tablero y grité:

—¡Whisky! ¡Del más barato! ¡Inmediatamente o juro que alguien saldrá malparado!

Me costó un cuarto de hora conseguir la botella. Me la metí en el pantalón, porque no tenía otro sitio donde esconderla, y volví a Buckingham.

—Balram. Has tardado. —Lo siento, señora.

—Pareces enfermo. ¿Te encuentras bien? —Sí, señora. Sólo me duele la cabeza. No he dormido bien esta noche.

—Prepárame un té. Espero que sepas cocinar mejor de lo que conduces.

—Sí, señora.

—Tengo entendido que eres un Halwai, que en tu familia son cocineros. ¿Conoces algún tipo especial de té de jengibre?

—Sí, señora.

—Pues prepáralo.

No tenía ni idea de lo que quería la señora Pinky, pero al menos ahora no se le veían las tetas, lo cual era un alivio.

Puse a calentar la pava y empecé a preparar el té. Tenía ya el agua hirviendo cuando la cocina se inundó de perfume. Ella me estaba observando desde el umbral.

A mí la cabeza aún me daba vueltas por el whisky de la noche anterior. Me había pasado la mañana mascando anís para que nadie advirtiera cómo me apestaba el aliento, pero aún me preocupaba que pudiera darse cuenta y me volví del otro lado mientras lavaba un trozo de jengibre bajo el grifo.

—¿Qué estás haciendo? —gritó.

—Estoy lavando el jengibre, señora.

—Eso es con la mano derecha. ¿Y con la izquierda?

—¿Señora?

Bajé la vista.

—¡Deja de rascarte la ingle!

—No se enfade, señora. Ya paro.

Pero era inútil. Ella no dejaba de gritar:

—¡Eres asqueroso! ¡Mírate; mira tus dientes, mira tu ropa! Tienes todos los dientes rojos de *paan* y hasta te has manchado la camisa. ¡Es repugnante! Sal de aquí. Limpia el estropicio que has hecho en la cocina y sal de aquí.

Guardé el trozo de jengibre en la nevera, apagué el agua hirviendo y bajé al sótano.

Me puse frente al espejo del baño común y abrí la boca. Tenía los dientes rojos,

ennegrecidos, podridos por el *paan*. Me enjuagué la boca, pero mis labios seguían rojos.

Ella tenía razón. El *paan*, que llevaba años mascando, como mi padre, como Kishan y todo el mundo que yo conocía, me estaba arruinando los dientes y me había corroído las encías.

La noche siguiente, el señor Ashok y la señora Pinky bajaron peleándose a la entrada, se metieron peleándose en el coche y siguieron peleándose mientras yo salía de Buckingham Towers Bloque B con el Honda City y conducía hacia la calle principal.

—¿Al centro *caumercial*, señor? —pregunté cuando callaron.

La señora Pinky soltó una risita seca y aguda.

Yo ya me esperaba estas cosas de ella, pero no de él. Esta vez, sin embargo, se sumó a las risas.

—No se dice «*caumercial*», Balram, sino comercial —me dijo—. A ver, dilo otra vez.

Seguí diciendo *caumercial* y ellos siguieron pidiéndome que lo repitiera y cada vez soltaban una risita histérica. Al final, acabaron otra vez con las manos entrelazadas. Mi humillación había servido de algo. Al menos me alegré por eso.

Bajaron del coche, cerraron de un portazo y se metieron en el centro comercial; un guarda de seguridad los saludó cuando se acercaron y luego las puertas de cristal se abrieron solas y se los tragaron a los dos.

Yo no me bajé del coche. Quedarme allí dentro me ayudaba a concentrarme. Cerré los ojos.

«*Caamercial*».

No, no era así.

«*Caomercial*».

«*Canmercial*».

—¡Palurdo! ¡Sal del coche y ven para aquí!

Había un círculo de conductores en cuclillas al lado del aparcamiento. Uno de ellos se había puesto a gritarme mientras me hacía señas con una revista en la mano.

Era el chófer de los labios enfermos. Me acerqué a él con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Alguna otra pregunta sobre la vida en la ciudad, palurdo? —me preguntó. A su alrededor estallaron las carcajadas.

Me puso una mano encima y me susurró.

—¿Has pensado en lo que te dije, querido? ¿Tu amo no necesita nada? ¿Hierba? ¿Chicas? ¿Chicos? ¿Pelotas de golf? ¿Pelotas de primera calidad americanas y libres de impuestos?

—No le ofrezcas aún todas estas cosas —le dijo otro chófer. Estaba en cuclillas

jugando con el llavero del coche como un niño—. Aún está muy verde; sigue siendo demasiado puro. Deja que la ciudad lo corrompa primero. —Le arrebató de las manos la revista (*El asesinato semanal*, por supuesto) y empezó a leer en voz alta.

Se detuvieron en seco todos los cotilleos y los conductores se acercaron a escucharle.

—«Era una noche lluviosa. Vishal estaba en la cama. Apestaba a alcohol y miraba fijamente por la ventana. Su vecina acababa de llegar a casa y estaba a punto de quitarse su...».

El hombre de los labios de vitíligo gritó de repente:

—¡Mirad allí! Otra vez la misma historia...

El conductor que tenía la revista, molesto por la interrupción, continuó leyendo, pero los demás se habían puesto de pie y miraban hacia el centro comercial.

Lo que ocurría, señor primer ministro, era un incidente muy común en aquella primera época de los centros comerciales y solía aparecer en los periódicos bajo el siguiente titular: «¿No hay sitio para los pobres en los centros comerciales de la India?».

Las puertas de cristal se habían abierto, pero el hombre que iba a cruzarlas no podía hacerlo. El guardia que estaba en la puerta lo había parado. Le señalaba con su porra los pies y meneaba la cabeza: el hombre iba con sandalias. Todos nosotros llevábamos sandalias también. Pero sólo los que iban con zapatos podían entrar en el centro comercial.

En vez de dar media vuelta y marcharse —como la mayoría habría hecho en su lugar—, el hombre explotó:

—¿Es que no soy un ser humano?

Gritaba con tal fuerza que le salpicaba la saliva de la boca como si fuese un surtidor; las piernas le temblaban. Uno de los chóferes soltó un silbido. Un tipo que estaba barriando el exterior del centro comercial dejó su escoba y se puso a mirar.

Por un momento, el hombre de las sandalias pareció a punto de atacar al guardia, pero luego dio media vuelta y se alejó.

—Ese hombre tiene huevos —dijo uno de los conductores—. Si todos fuéramos como él, gobernaríamos nosotros y «ellos» tendrían que limpiarnos las botas.

Todos volvieron a acuclillarse en un círculo y se reanudó la lectura. Yo observé las llaves girando en el llavero; miré el humo que ascendía de sus cigarrillos, los chorros de *paan* que caían al suelo trazando una diagonal roja.

Lo peor de ser chófer son todas esas horas de las que dispones mientras esperas a tu patrón. Puedes pasar ese tiempo cotorreando y rascándote la ingle. Puedes leer revistas de violaciones y asesinatos. Puedes desarrollar el hábito clásico del chófer —una especie de yoga, en realidad—, que consiste en meterte un dedo en la nariz y dejar tu mente en blanco durante horas (deberían llamarlo «*asana* del chófer

aburrido»). O llevar escondida en el coche una botella de licor indio. El aburrimento convierte en borrachos a muchos conductores honrados.

Ahora bien, si un chófer contempla su tiempo como una oportunidad, si lo utiliza para pensar, entonces la peor parte de su trabajo puede transformarse en la mejor.

Esa noche, mientras conducía de vuelta al apartamento, miré por el retrovisor. El señor Ashok llevaba puesta una camiseta.

No era el tipo de camiseta que yo habría escogido nunca en un almacén. La mayor parte era blanca; no tenía nada salvo un pequeño dibujo en el centro. Yo me habría comprado una con más colorido, con muchas letras y dibujos. Le habría sacado más partido a mi dinero.

Otra noche, después de dejar al señor Ashok y a la señora Pinky, fui al mercadillo local. A la luz de unas bombillas desnudas, los vendedores se agazapaban en la calle y mostraban cestas llenas de pulseras, brazaletes, muñecos, pañuelos, bolígrafos y llaveros. Localicé al tipo que vendía camisetas.

—No —le dije una y otra vez, a medida que me las iba mostrando. Hasta que encontré una casi del todo blanca, con una sola palabra en inglés en el centro. Luego busqué al tipo que vendía zapatos negros.

Aquella noche me compré también mi primer tubo de pasta de dientes. Me la vendió el mismo hombre que me vendía *paan* normalmente; se había montado un negocio paralelo con una pasta de dientes que te libraba de los efectos del *paan*.

BLANQUEADOR SHAKTI
CON CLAVO Y CARBÓN VEGETAL
PARA LAVARSE LOS DIENTES
¡SÓLO UNA RUPIA CON CINCUENTA!

Mientras me cepillaba los dientes con el dedo, noté lo que hacía mi mano izquierda; se había deslizado hacia la ingle sin ¡Si uno pudiese escupir su pasado tan fácilmente!

A la mañana siguiente, mientras llevaba a la señora Pinky al centro comercial, palpé un pequeño fardo de algodón con el pie (calzado con un zapato). Ella se bajó y cerró de un portazo; yo aguardé diez minutos. Luego me cambié dentro del coche.

Me acerqué a la entrada con mi camiseta blanca. Pero en cuanto vi al guardia, me di media vuelta y volví al Honda City. Subí, le di tres puñetazos al ogro. Toqué las pegatinas de la diosa Kali, con su larga lengua roja, para que me diera suerte.

Esta vez me dirigí a la entrada trasera.

Estaba convencido de que el guardia que había en la puerta me detendría y me

diría: «No, tú no puedes pasar», por mucho que llevase un par de zapatos negros y una camiseta casi del todo blanca, con una sola palabra en inglés. Hasta el último momento estaba convencido de que me pararían, de que me echarían, de que me abofetearían y me humillarían allí mismo.

Incluso mientras caminaba por el interior del centro comercial, estaba seguro de que alguien iba a decir: «¡Eh! ¡Ese tipo es un chófer! ¿Qué está haciendo aquí?». Había guardias de uniforme en cada planta y todos parecían mirarme. Aquél fue mi primer sorbo de lo que es la vida de un fugitivo.

Percibía un perfume impregnándolo todo, la luz dorada, el aire acondicionado y la gente con tejanos y camiseta que me echaba miradas extrañas. Vi cómo subía y bajaba un ascensor que parecía de puro cristal dorado. Vi tiendas con paredes enteras de cristal y enormes fotografías de hombres y mujeres muy atractivos de aire europeo. ¡Si pudieran verme ahora los demás!

Salir me resultó tan complicado como entrar, pero tampoco esta vez me dijeron nada los guardias y volví al aparcamiento, me subí al coche, me puse mi camiseta de siempre, muy colorida, y dejé la otra, la de hombre rico, hecha un ovillo a mis pies.

Corrí hacia donde aguardaban sentados los demás conductores. Ninguno de ellos me había visto entrar ni salir. Estaban demasiado ocupados con otra cosa. Uno de los chóferes —el que se pasaba el rato jugando con el llavero— tenía un teléfono móvil. Me obligó a echarle un vistazo.

—¿Llamas a tu mujer con esto?

—No puedes hablar con quien quieras, idiota. ¡Sólo es un receptor!

—¿Y para qué sirve un teléfono con el que no puedes llamar a tu familia?

—Para que mi amo pueda llamarme y darme instrucciones, o decirme dónde he de pasar a recogerlo. Yo sólo tengo que llevarlo aquí, en el bolsillo, vaya donde vaya.

Me sacó el teléfono de las manos, lo frotó para limpiarlo y se lo guardó en el bolsillo. Hasta aquella noche su estatus en el grupo era bastante bajo: el coche de su amo no pasaba de ser un Maruti-Suzuki Zen, un coche muy pequeño. Ahora, en cambio, se hacía el chulo y todo. Los demás se pasaban su móvil de mano en mano y lo miraban detenidamente, tal como miran los monos cualquier objeto que brilla. Había en el aire un olor a amoniaco; uno de los chóferes estaba meando por allí cerca.

Labios de Vitíligo me observaba desde una esquina.

—Palurdo —me dijo—. Tienes aspecto de querer decir algo.

Negué con la cabeza.

El tráfico empeoraba de día en día. Parecía como si cada vez hubiera más coches. Y cuanto peores eran los atascos, peor se ponía el humor de la señora Pinky. Una noche, mientras nos arrastrábamos penosamente por Mahatma Gandhi Road hacia Gurgaon, perdió los estribos y empezó a gritar.

—¿Por qué no podemos volvernos, Ashoky? Mira esta mierda de atasco. Y todos los días así.

—Por favor, no empecemos otra vez. Por favor.

—¿Por qué no? Me lo prometiste, Ashoky. Me dijiste que pasaríamos tres meses en Delhi para tramitar unos documentos y que luego nos volveríamos. Pero empiezo a creer que, en realidad, sólo has venido aquí para solucionar ese problema de los impuestos. ¿Me has estado mintiendo todo este tiempo?

Lo que ocurría entre ellos no era culpa de él. Lo repetiré una y otra vez, incluso ante un tribunal. Él era un buen marido; siempre se le ocurrían nuevas ideas para hacerla feliz. Para el cumpleaños de la señora Pinky, por ejemplo, me hizo disfrazar de maharajá, con un turbante rojo y gafas oscuras, y servirles así vestido su comida. Y no hablo de una comida casera cualquiera. Hizo que les sirviera esa cosa apestosa que viene en cajas de cartón y que vuelve completamente locos a los ricos.

Ella no podía parar de reírse cuando me vio entrar con mi disfraz y me incliné para mostrarle la caja. Les serví a los dos y luego, tal como me había indicado el señor Ashok, permanecí junto al retrato de *Cuddles* y *Puddles* con las manos entrelazadas.

—Escucha esto, Ashok —dijo ella—. Balram, ¿qué es lo que estamos comiendo?

Yo sabía que era una trampa, pero ¿qué podía hacer? Respondí. Los dos estallaron en risitas.

—Dilo otra vez, Balram.

Volvieron a reírse.

—No es *pijja*. Es pizza. A ver si lo dices de una vez.

—Espera; tú tampoco lo pronuncias bien. Hay una «t» en medio. «Pit-za».

—No me corrijas, Ashok. No hay ninguna «t» en pizza. Mira la caja.

Yo aguantaba la respiración y permanecía allí, a la espera de que terminasen. Aquello olía de un modo espantoso.

—Ha cortado fatal la pizza. No entiendo cómo es posible que proceda de una casta de cocineros.

—Acabas de despedir al cocinero. Haz el favor de no despedir también a este tipo. Es un hombre honrado.

Cuando acabaron, tiré los restos y lavé los platos. Desde la ventana de la cocina veía la calle principal de Gurgaon, iluminada por las luces de los centros comerciales. Acababan de abrir uno nuevo al final de la calle y por su entrada desfilaban coches sin parar.

Bajé la persiana y seguí lavando los platos.

—*Ptjja*.

—*Pzijja*.

—*Zippja*.

—Pizja.

Limpié el fregadero con la mano y apagué las luces.

Se habían metido los dos en el dormitorio. Oí los gritos que venían de dentro. De puntillas, me acerqué a la puerta. Apliqué el oído sobre la superficie de madera.

Los gritos procedían de ambos. Luego se oyó un chillido y el golpeteo de la carne contra la carne.

Ya era hora de que tomases el mando, Corderito-engendrado-por-un-señor. Cerré la puerta con llave y bajé en el ascensor.

Media hora más tarde, cuando ya estaba a punto de dormirme, apareció uno de los criados llamándome a gritos. ¡Estaba sonando el timbre! Me puse los pantalones, me lavé las manos una y otra vez en el lavabo común y subí con el coche a la entrada del edificio.

—Llévanos a la ciudad.

—Sí, señor. ¿A qué parte?

—¿Algún sitio en especial, Pinky?

Ella no respondió.

—Al Connaught Place, Balram.

Marido y mujer permanecieron un buen rato en silencio. Yo tenía puesto aún el disfraz de maharajá. El señor Ashok miró, nervioso, a la señora Pinky una docena de veces.

—Tienes razón, Pinky —dijo por fin con voz ronca—. No pretendía poner en duda lo que has dicho. Pero ya te lo he explicado, sólo hay una cosa que no funciona aquí: esta mierda de sistema llamado democracia parlamentaria. Si no fuera por eso, estaríamos como en China...

—Ashok. Me duele la cabeza. Te lo ruego.

—Vamos a divertirnos un poco esta noche. Hay un T.G.I. Friday's ahí. Te gustará.

Cuando llegamos a Connaught Place, me dijo que me parase delante de un enorme neón rojo.

—Espéranos aquí, Balram. Volvemos dentro de veinte minutos.

Una hora más tarde, yo seguía en el coche mirando las luces de Connaught Place.

Aporreé al ogro peludo una docena de veces. Contemplé la pegatina de la diosa Kali, con todas sus calaveras y su larga lengua roja. Le saqué la lengua a la vieja bruja. Bostecé.

Era ya pasada medianoche y hacía mucho frío.

Me habría encantado poner un poco de música para pasar el rato, pero el Mangosta me lo había prohibido.

Abrí la puerta; había en el aire un olor acre. Los demás conductores habían encendido una hoguera para calentarse y la alimentaban tirando trocitos de plástico.

Los ricos de Delhi, para pasar el invierno, tienen estufas eléctricas o estufas de gas, e incluso encienden la chimenea con troncos de madera. En cambio, la gente sin hogar y los criados que trabajan de vigilantes nocturnos, o de conductores, y que se ven obligados a pasar mucho tiempo a la intemperie, cuando quieren entrar en calor queman lo que tienen a mano. Una de las mejores cosas para alimentar una hoguera es el celofán: el que se usa para envolver fruta, verduras o libros de negocios. Cuando arde, se derrite y se convierte en un combustible transparente. El único problema es que mientras va quemando, suelta un humo blanquecino que te revuelve el estómago.

Labios de Vitíligo estaba tirando bolsas de celofán al fuego; me saludó con la mano libre.

—¡Palurdo, no te quedes ahí solo! ¡Eso provoca malos pensamientos!

El calorcillo del fuego era tentador.

Pero no. Si me acercaba, me entrarían cosquillas en los labios y les pediría un poco de *paan*.

—¡Mirad a ese esnob! ¡Hoy se ha vestido de maharajá!

—Ven con nosotros, maharajá de Buckingham.

Me alejé del calor y de la tentación por los senderos de Connaught Place, hasta que noté el olor del lodo removido impregnando la atmósfera.

En Delhi, por cualquier lado, puedes ver alguna obra en construcción. Esqueletos de cristal que habrán de convertirse en centros comerciales o en torres de oficinas. Hileras de pilares de hormigón con forma de «T», como yunques gigantescos, donde construyen un puente o un paso elevado. Cráteres enormes excavados para construir más mansiones para los ricos. E incluso allí, en Connaught Place, en mitad de la noche, bajo el resplandor de unos focos inmensos, los trabajos no se detenían. Habían abierto un socavón tremendo y se oía el rumor de las máquinas trabajando en su interior.

Había oído hablar de aquellas obras. Iban a poner un tren subterráneo en Delhi. El socavón que habían excavado era tan grande como cualquiera de las minas de carbón que yo había visto en Dhanbad.

Había otro hombre a mi lado contemplando aquella obra: un hombre bien vestido, con camisa, corbata y pantalones con raya. Normalmente un tipo así nunca me habría hablado. Tal vez mi túnica de maharajá lo confundió.

—Esta ciudad va a ser como Dubái dentro de cinco años.

—¿Dentro de cinco? —dije despectivamente—. ¡Dentro de un par de años!

—Mira esa grúa amarilla. Es un monstruo.

Un monstruo, en efecto, encaramado en lo alto del socavón y con unas enormes mandíbulas metálicas que tragaban y regurgitaban cantidades inmensas de lodo. A su alrededor, como criaturas a su servicio y bajo su obediencia, se veía a hombres con recipientes de lodo en la cabeza.

Desde allí, no parecían más que ratoncitos. Incluso en una noche de invierno, todos tenían la piel reluciente de sudor y la camisa pegada al cuerpo.

Hacía un frío helado cuando volví al coche. Todos los demás chóferes se habían ido. Y ni rastro de mis amos todavía. Cerré los ojos e intenté recordar lo que había tomado para cenar.

Un *curry* picante con unos trozos jugosos de carne oscura. Y un buen chorro de aceite rojo en la salsa.

Muy rico.

Me despertaron con unos golpes en la ventanilla. Me incorporé con dificultad, salí y les abrí la puerta. Estaban alegres y gritones. Apestaban a algún licor inglés: fuese lo que fuese, yo no lo había probado aún.

Estaban excitados como animales, se lo aseguro, mientras los sacaba de Connaught Place. Él le recorría el muslo con la mano y se reía sin parar. Me entretuve un segundo más de la cuenta y él me pilló mirando por el retrovisor.

Me sentí como un crío que hubiese estado espiando a sus padres por una ranura de la puerta de su dormitorio. El corazón se me encogió. Casi esperaba que me agarrara del cuello, me tirase al suelo y me pateara con sus botas, tal como solía hacer su padre con los pescadores de Laxmangarh.

Pero aquel hombre, ya se lo he dicho, era distinto. Él era capaz de convertirse en una persona mejor que su padre. Mi mirada había sacudido su conciencia.

—No estamos solos, ¿sabes? —le dijo a la señora Pinky, dándole un codazo.

Ella se puso de malhumor en el acto y se volvió hacia la ventanilla. Pasaron cinco minutos en completo silencio. Apestando a alcohol, la señora Pinky se inclinó hacia mí.

—Déjame el volante.

—No, Pinky, no. Estás borracha, déjale...

—¡Vaya un chiste de mierda! Todo el mundo bebe y conduce en este país..., y ¿tú no vas a dejarme?

—¡Esto no hay quien lo aguante! —exclamó él, hundiéndose en el asiento—. Recuérdalo, Balram, nunca te cases.

—Pero ¿es que va a pararse en ese semáforo? Balram, ¿por qué te paras? ¡Sigue!

—Es un semáforo, Pinky. Déjalo que se pare. Balram, tú obedeces las normas de tráfico. Te lo ordeno.

—¡Y yo te ordeno que sigas, Balram! ¡Sigue!

Del todo desconcertado, encontré una solución de compromiso: pasé un metro más allá de la línea blanca y me detuve.

—¿Has visto? —dijo el señor Ashok—. Muy inteligente por su parte.

—Sí, Ashok. Es un puto genio.

El temporizador del semáforo indicaba que faltaban treinta segundos para que se

pusiera verde. Yo lo estaba mirando fijamente cuando un Buda gigante se materializó a mi derecha. Una criatura se había acercado al Honda City con una hermosa estatua de Buda en escayola. Por las noches, los mendigos de Delhi siempre andan por la cuneta vendiendo cosas; libros, estatuas, cajas de fresas. Por algún motivo, quizá porque tenía los nervios de punta, miré aquel Buda más rato de la cuenta.

Sólo fue un modo de ladear la cabeza, un gesto que apenas duró medio segundo, pero ella lo captó.

—A Balram le gusta la estatua —dijo.

El señor Ashok ahogó una risita.

—Seguro, es un gran entendido en arte.

Ella bajó la ventanilla y le dijo a aquella criatura:

—Déjame verla.

Él o ella —nunca se sabe con los críos que mendigan— introdujo el Buda en el interior del coche.

—¿Quieres comprar esta escultura, chófer?

—No, señora. Lo siento.

—Balram Halwai, fabricante de dulces, conductor de coches, entendido en escultura.

—Lo siento, señora.

Cuanto más me disculpaba, más se divertían ellos. Finalmente, se puso verde el semáforo y acabó mi tormento. Me alejé tan deprisa como pude de aquel maldito Buda.

Ella alargó el brazo y me pellizcó el hombro.

—Balram, frena. —Miré el reflejo del señor Ashok; él no dijo nada.

Detuve el coche.

—Baja. Te vamos a dejar aquí para que pases la noche con tu Buda. El Buda y el maharajá. Juntos por una noche.

Se puso al volante, arrancó y se alejó con el coche mientras el señor Ashok, borracho perdido, sonreía bobamente y me decía adiós con la mano. Si no hubiera estado bebido, nunca le habría permitido que me tratase así, de eso estoy seguro. La gente siempre se aprovechaba de él. Si hubiéramos estado solos, él y yo en aquel coche, nada malo nos habría ocurrido a ninguno de los dos.

Una isleta con unos cuantos árboles separaba los dos lados de la calle. Me fui a sentar junto a uno de ellos.

La calle estaba en completo silencio. Pasaron dos coches, el uno detrás del otro. Sus faros dibujaron en las hojas una ondulación en movimiento, como la que se ve en las ramas de los árboles junto a un lago. ¡Cuántos miles de cosas igual de bonitas debía de haber en Delhi! ¡Si uno tuviera la libertad para ir a donde quisiera y para hacer lo que le apeteciera!

De repente, un coche empezó a aproximarse, encendiendo y apagando los faros y haciendo sonar la bocina. El Honda City había dado la vuelta al final de la calle —un giro prohibido, por cierto— y venía directo hacia mí como si quisiera llevarse por delante. Detrás del volante vislumbré a la señora Pinky, que se reía y lanzaba aullidos.

El señor Ashok sonreía a su lado. Y no obstante, ¿no me pareció que fruncía la frente, inquieto por mí, y que extendía la mano para corregir la posición del volante y no atropellarme?

Me gusta pensar que fue así.

El coche se detuvo apenas a diez centímetros, con un chirrido de caucho quemado. Yo me encogí. ¡Cómo debían haber sufrido mis pobres neumáticos por culpa de aquella mujer!

La señora Pinky abrió la puerta y asomó su rostro sonriente.

—¿Creías que te habíamos dejado tirado, señor Maharajái?

—No, señora.

—¿No te habrás enfadado, verdad?

—De ningún modo, señora. —Y para hacerlo aún más creíble, añadí—; Los patronos son como una madre y un padre. ¿Cómo va a enfadarse uno con ello?

Me subí a la parte de atrás. Dieron otro giro completo en mitad de la calle y salieron a toda marcha, saltándose un semáforo rojo tras otro. Los dos chillaban y se pellizcaban y soltaban risitas, y yo, sin poder hacer nada, estaba contemplando aquel espectáculo desde el asiento trasero cuando surgió en nuestro camino una cosa oscura y la derribamos de un topetazo; la arrollamos con las ruedas del coche.

Por el tremendo crujido de las llantas y por el silencio absoluto que se hizo después, cuando ella detuvo el coche (ni siquiera un quejido o un ladrido), deduje al momento lo que le había pasado a aquella cosa que habíamos golpeado.

Ella estaba demasiado borracha para frenar de inmediato. Cuando lo hizo, habíamos recorrido ya otros doscientos o trescientos metros. El coche se detuvo por completo. En mitad de la calle. Ella aún se aferraba al volante con la boca abierta.

—¿Un perro? —me preguntó el señor Ashok—. Era un perro, ¿no?

Asentí. La luz de las farolas era demasiado débil y aquel objeto —un bulto oscuro y alargado— había quedado demasiado atrás como para que pudiésemos verlo con claridad. No había ningún otro coche a la vista. Ningún otro ser humano.

Como en cámara lenta, ella sacó las manos del volante y se tapó los oídos.

—¡No era un perro! ¡No era un...!

Sin pronunciar palabra, el señor Ashok y yo nos pusimos a trabajar en equipo. Él la agarró, le tapó la boca con una mano y la arrastró fuera del asiento del conductor. Yo me bajé corriendo de la parte trasera. Cerré de un portazo, puse la llave y conduje a toda velocidad hacia Gurgaon.

A medio camino, ella se serenó, Pero cuando ya estábamos cerca del bloque de apartamentos, empezó otra vez.

—Hemos de volver —dijo.

—No seas loca, Pinky. Balram nos va a dejar en casa dentro de unos minutos. Y asunto concluido.

—Hemos chocado con una cosa, Ashoky. —Hablaba en voz muy baja—. Tenemos que llevarla al hospital.

—No.

Ella abrió la boca otra vez. Iba a ponerse a gritar de nuevo. Antes de que pudiera hacerlo, el señor Ashok la amordazó con la palma de la mano, buscó con la otra la caja de toallitas faciales y le metió unas cuantas en la boca. Mientras ella trataba de escupirlas, le arrancó la bufanda que llevaba en el cuello, se la ató alrededor de la boca, le agarró la cabeza y la mantuvo apretada sobre su regazo.

Cuando llegamos al apartamento, la arrastró hacia el ascensor, todavía amordazada con la bufanda.

Yo fui a buscar un cubo y lavé el coche. Lo limpié a conciencia; quité hasta el último residuo de sangre y también de carne: había un poco de cada cosa en torno a las ruedas.

Cuando él volvió a bajar, yo estaba lavando por cuarta vez los neumáticos.

—¿Y bien?

Le enseñé un pedazo de tela verde ensangrentada que se había, quedado enganchada en una rueda.

—Es una tela barata, señor —le dije, palpando aquel basto tejido—. Del tipo que suelen poner a los niños.

—Y tú crees que esa criatura...

No fue capaz de terminar la frase.

—No se oía ningún sonido, señor. Nada en absoluto, Y el cuerpo no se movía.

—Dios, Balram... ¿Qué vamos a hacer ahora? —Se dio una palmada en la cadera—. ¿Qué hacen esas criaturas paseando por Delhi a la una de la madrugada, sin nadie que las vigile?

Cuando terminó de decirlo, se le iluminaron los ojos.

—Ah, era de esa clase de gente...

—... que vive debajo de los puentes y de los pasos elevados, señor. Eso creo yo también.

—En ese caso, ¿la echará alguien de menos?

—No lo creo, señor. Ya sabe usted cómo es la gente en la Oscuridad. Tienen ocho, nueve, diez hijos. A veces no saben ni siguiera sus nombres. Los padres de esa criatura, si es que están en Delhi, si es que saben adónde había ido esta noche, no van a llamar a la Policía.

Él me tocó el hombro con la mano, tal como había estado tocándose a la señora Pinky esa misma noche, antes de que sucediera todo aquello.

Luego se llevó un dedo a los labios.

Asentí.

—Por supuesto, señor. Ahora duerma bien. Ha sido una noche difícil para usted y para la señora.

Me quité la túnica de maharajá y me fui a dormir. Estaba muerto de cansancio, pero tenía una sonrisa en los labios: la sonrisa satisfecha del que ha cumplido con su deber apoyando a su amo incluso en los momentos más difíciles.

A la mañana siguiente, limpié los asientos como de costumbre, limpié las pegatinas con la imagen de la diosa —también el ogro— y encendí una varilla de incienso para que el coche oliera de un modo agradable y piadoso. Lavé una vez más las ruedas para asegurarme de que no se me había escapado ni una sola mancha de sangre.

Luego volví a mi habitación y aguardé. Por la tarde, un chófer me pasó el mensaje de que me esperaban en el vestíbulo. Sin el coche. Era el Mangosta quien me estaba esperando. No sé cómo habría llegado a Delhi tan deprisa. Debió de alquilar un coche y conducir la noche entera. Me dirigió una gran sonrisa y me dio unas cuantas palmadas en el hombro. Luego subimos en ascensor al apartamento.

Él se sentó ante la mesa y me dijo:

—Siéntate, siéntate. Ponte cómodo, Balram. Tú eres parte de la familia.

Me sentí muy orgulloso. Me acuclillé en el suelo, contento como un perro, y aguardé a que volviera a decirlo. Él se puso a fumar; nunca hasta entonces le había visto hacerlo. Me miró con los ojos entornados.

—Es importante que permanezcas aquí, en Buckingham Towers Bloque B, y que no vayas a ninguna parte, ni siquiera al Bloque A, durante unos días. Y que no digas a nadie ni una palabra de lo sucedido.

—Sí, señor.

Me miró un rato, mientras seguía fumando. Luego repitió:

—Tú eres parte de la familia, Balram.

—Sí, señor.

—Ahora baja al sótano y espera allí.

—Sí, señor.

Al cabo de una hora, me llamaron para que volviese a subir.

Esta vez había un hombre con un abrigo negro sentado ante la mesa del comedor junto al Mangosta. Se había puesto a repasar una hoja de papel impresa y la iba leyendo en silencio, moviendo los labios, que tenía manchados de rojo. El señor Ashok hablaba por teléfono en su habitación; se oía su voz a través de la puerta cerrada. La puerta de la habitación de la señora Pinky permanecía igualmente

cerrada. El gobierno de la casa había pasado a manos del Mangosta.

—Siéntate, Balram. Ponte cómodo.

—Sí, señor.

Me agazapé y me puse otra vez incómodo.

—¿Quieres un poco de *paan*, Balram? —me preguntó.

—No, señor.

Él sonrió.

—Vamos, Balram, no seas tímido. Tú mascas *paan*, ¿no? —Se volvió hacia el hombre del abrigo—. Dale un poco, por favor.

El hombre se llevó la mano al bolsillo y sacó un poquito de *paan* verde. Extendí la mano; él lo dejó caer en mi palma sin tocarme.

—Póntelo en la boca, Balram. Es para ti.

—Sí, señor. Es muy bueno. Fibroso. Gracias.

—Vimos a repararlo todo despacio y con claridad, ¿de acuerdo? —dijo el hombre del abrigo negro. El jugo rojo casi se le salía por la comisura de los labios mientras hablaba.

—Muy bien.

—Del juez ya nos hemos ocupado. Si tu hombre hace lo que tiene que hacer, no tenemos nada de qué preocuparnos.

—Mi hombre hará lo que tiene que hacer, no hay problema por ese lado. Él es parte de la familia. Es un buen chico. —Bien, bien.

El hombre del abrigo me miró y me tendió una hoja.

—¿Sabes leer, muchacho?

—Sí, señor. —Tomé la hoja y la leí.

A quien pueda interesar:

Yo, Balram Halwai, hijo de Vikram Halwai, de la localidad de Laxmangarh, en el distrito de Gaya, hago la siguiente declaración por mi propia decisión y voluntad:

Que yo conducía el coche que atropello a una persona —o personas— no identificada, en la noche del 23 de enero del presente año. Que me dejé llevar por el pánico y me negué a cumplir mis obligaciones con la parte (o partes) lesionada, para trasladarla al servicio de Urgencias del hospital más cercano. Que no había en el coche más ocupantes en el momento del accidente. Que yo me hallaba solo en el mencionado coche y que únicamente yo soy el responsable de todo lo ocurrido.

Juro por Dios todopoderoso que no hago esta declaración bajo coacción ni siguiendo las instrucciones de nadie.

FIRMA O HUELLA DEL PULGAR

(BALRAM HALWAI)

DECLARACIÓN HECHA EN PRESENCIA
DE LOS TESTIGOS SIGUIENTES:

KUSUM HALWAI, DE LA LOCALIDAD
DE LAXMANGARH, DISTRITO DE GAYA.

CHAMANDAS VARMA,
ABOGADO, TRIBUNAL SUPREMO DE DELHI.

Con una sonrisa afectuosa, el Mangosta me dijo:

—Ya se lo hemos contado a tu familia. A tu abuela..., ¿cómo era su nombre?

—...

—No te he oído bien.

—... m.

—Eso es, Kusum. Fui en coche a Laxmangarh (qué mala carretera, ¿verdad?) y se lo expliqué todo personalmente. Es toda una mujer.

Se frotó los antebrazos y sonrió de oreja a oreja, lo que me demostró que decía la verdad.

—Dice que le enorgullece que hagas esto. También ha accedido a figurar como testigo de la confesión. Esa huella dactilar es la suya, Balram. Justo debajo de donde vas a firmar tú.

—Si es analfabeto, puede firmar con él, pulgar —dijo el hombre del abrigo negro—. Así. —Presionó el aire con el pulgar.

—Sabe escribir. Su abuela me dijo que él ha sido el primero de la familia en aprender a leer y escribir. Me dijo que siempre has sido un chico listo, Balram.

Yo sostuve la hoja, simulando que la leía de nuevo, y noté que me temblaba en las manos.

Lo que le estoy describiendo, señor, es algo que les ocurre a los conductores de Delhi todos los días. ¿No me cree? ¿Piensa que me lo he inventado, señor Jiabao?

Cuando vaya usted a Delhi, repítale la historia que acabo de contarle a algún hombre serio y de fiar de clase media. Dígale que un chófer le ha contado esta historia disparatada, extravagante, increíble; todo este montaje para endilgarle el asesinato que había cometido su amo en una calle. Y observe cómo palidece el rostro de ese hombre serio, de esa persona de fiar de clase media. Observe cómo traga saliva, cómo se vuelve hacia la ventana, cómo cambia de tema enseguida.

Las cárceles de Delhi están atiborradas de conductores que han acabado entre rejas para cargar con la culpa de sus buenos amos, de esa gente tan seria y tan de fiar. Hemos abandonado los pueblos, pero ellos son todavía nuestros dueños, en cuerpo y alma y trasero.

Sí, eso es. Aquí vivimos en la mayor democracia del mundo.

Vaya un chiste de mierda.

¿No protesta la familia del conductor? Al contrario. La familia va por ahí alardeando de ello. Su chico Balram ha pagado los platos rotos y está en la cárcel Tihar para salvar a su patrón. Siempre ha sido leal como un perro. El criado perfecto.

¿Y los jueces? ¿No sospechan de una confesión tan obviamente forjada? Es que ellos también están en el ajo. Cobran su soborno y se desentienden de las incoherencias del caso. Y la vida continúa.

Para todos, salvo para el conductor.

Ya basta por esta noche, señor primer ministro. Aún no son las tres de la madrugada, pero tengo que parar aquí. Sólo de pensarlo me pongo tan furioso que sería capaz de salir ahora mismo y cortarle el pescuezo a algún rico.

LA QUINTA NOCHE

Señor Jiabao.

Señor.

Cuando venga usted aquí, le dirán que nosotros, los indios, lo inventamos todo — desde Internet hasta el huevo duro y las naves espaciales—, antes de que llegasen los británicos y nos lo robaran todo.

Tonterías. El mayor invento que ha salido de este país en sus diez mil años de historia es la jaula de gallinas.

Vaya usted a la Vieja Delhi, detrás del Jama Masjid, y observe cómo las tienen en el mercado. Cientos de pálidas gallinas y de gallos de colores vistosos, metidos a presión en jaulas de tela metálica, apretujados tan estrechamente como las lombrices en el intestino, dándose picotazos y cagándose unos encima de otros mientras forcejean para poder respirar. La jaula despide un hedor espantoso; el hedor de la carne aterrada. En el mostrador de madera, por encima de la jaula, verá sentado a un joven carnicero que exhibe con una gran sonrisa la carne y los despojos —aún relucientes, con una capa de sangre oscura— de una gallina recién troceada. Los gallos de la jaula huelen la sangre por encima de sus cabezas. Ven expuestos a su alrededor los órganos de sus hermanos. Saben que ellos serán los siguientes. Y sin embargo, no hacen nada para rebelarse. No intentan escapar de la jaula.

Exactamente lo mismo se hace en este país con los seres humanos.

Observe las calles de Delhi por las tardes; no tardará usted en ver a un hombre con un ciclo-rickshaw, arrastrando a fuerza de pedales una cama gigantesca o una mesa que ha atado firmemente a su carrito. Ese hombre, el repartidor, entrega muebles a domicilio todos los días. Una cama cuesta cinco mil rupias, quizá seis mil. Añádale las sillas y la mesita de café y nos vamos a las diez mil o quince mil. Ese pobre hombre, que se presenta con su ciclo-rickshaw y le trae la cama, la mesa y las sillas, debe sacarse quinientas rupias al mes. Descarga los muebles, se los coloca y usted le entrega el dinero en metálico: un fajo de billetes del tamaño de un ladrillo. Él se lo mete en el bolsillo, o en la camisa, o entre su ropa interior, y regresa pedaleando para darle el dinero a su jefe... ¡sin tocar una sola rupia! Tiene el sueldo de uno o dos años en sus manos y no se queda ni una sola rupia.

Cada día hay algún chófer que cruza las calles de Delhi sin ningún pasajero: sólo con un maletín negro en el asiento de atrás. En ese maletín hay un millón o tal vez dos millones de rupias: más dinero del que ese chófer verá en toda su vida. Si se lo quedara podría irse a América, a Australia, a cualquier parte, y empezar una nueva vida. Podría entrar en los hoteles de cinco estrellas con los que ha soñado toda su vida y que sólo ha visto desde fuera. Podría llevar a su familia a Goa, a Inglaterra. Y sin embargo, lleva el maletín a donde su amo le ha dicho. Lo deja donde debe y no toca

una rupia. ¿Por qué?

¿Quizá porque los indios, tal como le informará el folleto del primer ministro, son la gente más honrada del mundo?

No, Porque el 99,9 por ciento de nosotros estamos atrapados en la Jaula igual que esas pobres criaturas del mercado.

La Jaula Gallinero no siempre funciona con sumas minúsculas. No ponga usted a prueba a su chófer con una rupia o dos. Quizá llegue a robar esa cantidad. Pero deje un millón de dólares al alcance de un criado y no tocará un céntimo. Haga la prueba. Deje un maletín negro con un millón de dólares en un taxi de Bombay. El taxista llamará a la Policía y devolverá el dinero antes de terminar el día. Se lo garantizo. (Que la Policía se lo entregue a usted o no, ¡eso ya es otra historia, señor!). En este país, los amos ponen diamantes en manos de sus criados con total confianza. Es cierto. Cada noche, en el tren que sale de Surat, donde funciona el centro más importante del mundo en tratamiento de diamantes, los criados de los comerciantes llevan maletines llenos de diamantes recién tallados que deben entregar en Bombay. ¿Por qué uno de tales criados no se queda con el maletín? Ese tipo no es Gandhi; es humano como usted y como yo. Pero está metido en la Jaula. La confianza que puede depositarse en los criados es la base de toda la economía india.

La Gran Jaula Gallinero india. ¿Tienen ustedes algo parecido en China? Lo dudo, señor Jiabao. De lo contrario, no necesitarían al Partido Comunista para andar disparando a sus ciudadanos ni tampoco que la Policía secreta hiciera redadas por las noches y los metiera en la cárcel, como he oído que hacen ustedes. Aquí, en la India, no tenemos ninguna dictadura. Tampoco, Policía secreta.

Y la razón de ello es que tenemos la Jaula.

Nunca en la historia de la humanidad le han debido tanto unos pocos a tanta gente, señor Jiabao. Un puñado de hombres han adiestrado en este país al otro 99,9 por ciento —gente tan fuerte, tan dotada y tan inteligente como ellos— para que permanezca en un estado de perpetua servidumbre. Una servidumbre tan férrea que usted puede ponerle a un hombre en las manos la llave de su emancipación y él se la arrojará otra vez con una maldición.

Tendrá que venir aquí y verlo por sí mismo para poder creerlo. Cada día millones de personas se levantan al alba, se apretujan en autobuses mugrientos, llegan a las lujosas mansiones de sus amos y, una vez allí, friegan los suelos, lavan los platos, quitan las malas hierbas del jardín, dan de comer a sus hijos, les hacen masajes en los pies..., todo por una auténtica miseria. Yo nunca envidiaré a los ricos de América o de Inglaterra, señor Jiabao. Allí no tienen criados. Ellos no pueden hacerse una idea de lo que es la buena vida.

Un hombre racional como usted, señor primer ministro, debería plantear dos preguntas.

¿Por qué funciona la Jaula Gallinero? ¿Por qué logra atrapar a tantos millones de hombres y mujeres de un modo tan eficaz?

Segunda: ¿es posible que un hombre escape de la Jaula? ¿Qué pasaría si un chófer, pongamos por caso, se quedase el dinero de su amo y huyera? ¿Cómo sería su vida?

Se las voy a contestar las dos, señor.

La respuesta a la primera pregunta es que el orgullo y la gloria de nuestra nación, el depósito de todo nuestro amor y sacrificio, así como el tema central de una gran parte del folleto que nuestro primer ministro le entregará..., es decir, la familia india, constituye la explicación de que estemos atrapados y encerrados irremisiblemente en esa jaula.

La respuesta a la segunda pregunta es que sólo un hombre dispuesto a ver a su familia destruida —acosada, molida a palos y quemada viva por sus amos—, se halla capacitado para escapar de la jaula. Sería necesario no un ser humano normal, sino un monstruo, una perversión de la naturaleza.

Sería necesario, en efecto, un Tigre blanco. Está escuchando usted, señor, la historia de un empresario social.

Volvamos a mi historia.

En el zoo de Nueva Delhi, cerca de la jaula del tigre blanco, hay un cartel que dice: «IMAGÍNESE QUE ESTUVIERA USTED EN LA JAULA».

Cuando vi ese cartel, pensé: «Soy capaz de imaginármelo. Sin ningún problema».

Durante un día entero permanecí allá abajo, en mi lóbrega habitación, sentado bajo el mosquitero con las piernas pegadas al pecho y demasiado aterrorizado para moverme de allí. Nadie me llamó para que lo llevara en coche. Nadie bajó a verme.

Mi suerte estaba echada. Iba a ir a la cárcel por un asesinato que no había cometido. Estaba muerto de miedo y, no obstante, la idea de huir ni siquiera se me pasó por la cabeza. Tampoco se me ocurrió pensar: «Le contaré al juez la verdad». No. Estaba atrapado en la Jaula.

¿Cómo sería la cárcel? Eso era lo único en lo que podía pensar. ¿Qué clase de estrategia debería seguir para librarme de los tipos enormes, sucios y peludos que habría de encontrarme allí?

Me acordé de una historia de *El asesinato semanal* en la que un hombre enviado a prisión simula que tiene el sida para que no lo sodomicen. ¿Dónde estaría ese ejemplar de la revista? Si lo tuviera a mano, podría aprenderme sus palabras exactas y sus gestos. Aunque si decía que tenía el sida, ¿no darían ellos por supuesto que era un profesional y me sodomizarían aún más?

Estaba atrapado. A través de los orificios de la red, observaba las impresiones que

había dejado en la pared aquella mano anónima que había aplicado la capa de yeso.

—¡Palurdo!

Labios de Vitíligo había aparecido en el umbral.

—Tu jefe está llamando al timbre como si se hubiera vuelto loco.

Yo apoyé la cabeza en la almohada.

Él entró y pegó su rostro oscuro y sus labios rosados a la tela del mosquitero.

—¿Estás enfermo, palurdo? ¿Es tifus? ¿Cólera? ¿Dengue?

Meneé la cabeza.

—Estoy bien.

—Me alegra oírlo.

Salió de la habitación con una sonrisa en sus labios enfermos.

Subí como quien sube al cadalso: primero las escaleras que llevaban al edificio, luego el ascensor hasta la planta trece.

Me abrió el Mangosta. Esta vez no había ninguna sonrisa en su rostro. Ni el menor indicio de lo que tenía pensado para mí.

—Te lo has tomado con calma. Mi padre está aquí. Quiere hablar contigo.

El corazón se me aceleró. ¡Había venido el Cigüeña! ¡Él me salvaría! Él no era un inútil como sus dos hijos, sino un amo de la vieja escuela. Sabía cómo proteger a sus criados.

Estaba en el sofá, con sus pálidas piernas extendidas. En cuanto me vio, su rostro se distendió en una amplia sonrisa y yo pensé: «¡Sonríe porque me ha salvado!». Pero el anciano señor no pensaba en mí para nada. Ah, no, él tenía en la cabeza otras cosas mucho más importantes que mi vida. Y se apresuró a señalármelas.

—Ay, Balram, mis pies se mueren por un buen masaje. El viaje en tren ha sido muy largo.

Me temblaba la mano mientras abría el grifo de agua caliente del baño. El agua salió disparada y me salpicó las piernas y, al bajar la vista, vi que casi me bailaban del tembleque. Un hilo de orina me bajaba por los muslos.

Un minuto más tarde, me acerqué al Cigüeña con una gran sonrisa y le puse delante el cubo de agua caliente.

—Meta los pies, señor.

—¡Uf! —exclamó, cerrando los ojos. Despegó los labios y empezó a soltar gemidos. Y el sonido de aquellos gemidos, señor, me inducía a apretarle los pies cada vez con más fuerza. Mi cuerpo se balanceaba al hacerlo y mi cabeza chocaba con sus rodillas.

El Mangosta y el señor Ashok estaban frente a la pantalla del televisor, jugando a un juego de ordenador.

Entonces se abrió la puerta del dormitorio y apareció la señora Pinky. No llevaba maquillaje y su cara era todo un poema: tenía cercos oscuros bajo los ojos y la frente

llena de arrugas. Nada más verme, reaccionó con gran excitación.

—¿Se lo habéis dicho al chófer?

El Cigüeña no dijo nada. El señor Ashok y el Mangosta siguieron jugando.

—¿Es que nadie se lo ha dicho? ¡Vaya un chiste de mierda! ¡Es él el que iba a ir a la cárcel!

—Me imagino que deberíamos decírselo —dijo el señor Ashok, echándole una mirada a su hermano, que seguía con los ojos fijos en la pantalla.

—Muy bien —dijo el Mangosta.

El señor Ashok se volvió hacia mí.

—Tenemos un contacto en la Policía. Nos ha dicho que nadie se ha presentado diciendo que había presenciado un accidente. O sea, que tu ayuda no va a ser necesaria, Balam.

Sentí un alivio tan tremendo que hice un movimiento brusco y volqué el cubo de agua caliente; me apresuré, gateando, a ponerlo de pie. El Cigüeña abrió los ojos, me dio con la mano en la cabeza y volvió a cerrar los ojos.

La señora Pinky observaba la escena; su rostro se había transformado. Corrió a su habitación y cerró de un portazo. (¿Quién habría adivinado, señor Jiabao, que esa dama de las faldas minúsculas sería la única de toda la familia con un poco de conciencia?).

El Cigüeña la miró mientras ella se metía en su habitación.

—Se ha vuelto loca esta mujer —dijo—. Pretender localizar a la familia de la criatura para darles una compensación... Vaya disparate. Ni que fuéramos unos asesinos. —Miró con severidad al señor Ashok—. Tienes que aprender a controlar a esa esposa tuya, hijo. Como hacemos en el pueblo.

Me dio un golpecito en la cabeza.

—El agua se ha enfriado.

Durante los tres días siguientes, le masajé los pies cada mañana. Un día se levantó con dolor de estómago y el Mangosta me ordenó que lo llevara al Max, que es uno de los hospitales privados más famosos de Delhi, Me quedé fuera mientras el Mangosta y el viejo entraban en aquel hermoso y enorme edificio de cristal. Iban y venían médicos con largas batas blancas y estetoscopio en el bolsillo. Al atisbar desde el exterior, vi que el vestíbulo estaba tan reluciente como el de un hotel de cinco estrellas.

Al otro día de la visita al hospital, llevé al Cigüeña y al Mangosta a la estación, les compré un poco de comida para el viaje y aguardé a que saliera el tren. Luego volví a casa con el coche, lo lavé de arriba abajo, fui a un templo de Hanuman que quedaba cerca para orar y dar gracias, volví a mi habitación y me desplomé bajo el mosquitero, agotado.

Cuando desperté había alguien en la habitación, encendiendo y apagando la luz.

Era la señora Pinky.

—Prepárate. Vas a llevarme en el coche.

—Sí, señora —dijo, frotándose los ojos—. ¿Qué hora es?

Ella se llevó un dedo a los labios.

Me puse la camisa, fui a sacar el coche y lo llevé hasta la entrada del edificio. Ella tenía una maleta en la mano.

—¿Adonde? —pregunté. Eran las dos de la madrugada.

Me lo dijo.

—¿No viene el señor? —pregunté.

—Tú conduce.

La llevé al aeropuerto sin hacer más preguntas.

Cuando se bajó, me metió por la ventanilla un sobre marrón, cerró de un portazo la puerta trasera y se marchó.

Así fue, Excelencia, como llegó a su fin el matrimonio de mi ex patrón.

Otros conductores utilizan técnicas para prolongar el matrimonio de sus amos. Uno de ellos me contó que siempre que la pelea se ponía fea, él conducía más deprisa, para que llegaran cuanto antes a casa; y que siempre que se ponían románticos, iba más despacio. Si se daban gritos, les preguntaba cómo se iba a tal o cual sitio; si se besaban, subía la música. No puedo dejar de sentir que una parte de la culpa recae en mí, por el hecho de que su matrimonio se rompiera mientras yo era su chófer.

A la mañana siguiente, el señor Ashok me llamó para que subiera. Abrió en cuanto llamé y, agarrándose del cuello de la camisa, me arrastró hacia dentro.

—¿Por qué no me has avisado? —dijo, tirándose con fuerza de la camisa y casi ahogándose—. ¿Por qué no me has despertado enseguida?

—Señor..., ella dijo..., ella dijo...

Me agarró y me empujó hacia el balcón. A fin de cuentas, el señor que llevaba dentro no estaba muerto del todo.

—¿Por qué la has llevado allí, hijo de perra?

Giré la cabeza y vi a mi espalda todas las torres relucientes y los centros comerciales de Gurgaon.

—¿Es que querías arruinar la reputación de mi familia?

Me empujó con fuerza contra la baranda. Ahora tenía la cabeza y medio cuerpo fuera; si me empujaba un poco más corría el peligro de precipitarme al vacío. Con las dos piernas a la vez, le di un golpe en el pecho; él retrocedió tambaleándose y se dio contra la puerta corredera del balcón. Me dejé resbalar contra la baranda hasta quedarme en cuclillas; él se sentó y se apoyó en la puerta de cristal. Los dos jadeábamos.

—¡No puede echarme la culpa, señor! —grité—. ¡Yo nunca he oído que una

mujer abandone para siempre a su marido! Bueno, sí, en la televisión, pero no en la vida real. Me limite a hacer lo que ella me dijo.

Un cuervo se posó en la baranda y soltó un graznido. Los dos nos volvimos a mirarlo. Y entonces se le pasó el ataque. Se cubrió la cara con las manos y empezó a sollozar.

Bajé corriendo a mi habitación. Me metí bajo el mosquitero y me senté en la cama. Conté hasta diez para asegurarme de que no me había seguido; busqué debajo de la cama, saqué el sobre marrón y volví a abrirlo.

Estaba lleno de billetes de cien rupias.

Cuarenta y siete.

Volví a meter el sobre debajo de la cama. Alguien venía hacia allí. Aparecieron cuatro chóferes.

—Cuéntanos, palurdo.

Tomaron posiciones a mi alrededor.

—¿Contaros, qué?

—El guarda se ha ido de la lengua. Aquí no hay secretos que valgan. Has llevado a la mujer a algún sitio esta noche y has vuelto solo. ¿Es que lo ha abandonado?

—No sé de qué estás hablando.

—Sabemos que se peleaban, palurdo. Y tú la has llevado a alguna parte esta noche. ¿Al aeropuerto? Se ha ido, ¿no? Un divorcio. Hoy en día todos los ricos se divorcian de su mujer. Estos ricos... —Meneó la cabeza y torció los labios en una mueca de desdén, mostrándome unos caninos rojos de *paan* y medio podridos—. No respetan a Dios, ni al matrimonio ni a la familia. No respetan nada.

—Ella salió a tomar el fresco. Y luego volví a traerla. Ese guarda está ciego.

—Leal hasta el final... Ya no hay criados como tú.

Aguardé toda la mañana a que sonase el timbre. En vano. A mediodía subí a la planta trece, llamé al timbre y esperé. Me abrió con los ojos enrojecidos.

—¿Qué pasa?

—Nada, señor. He venido... a preparar el almuerzo.

—No hace falta. —Pensé que se disculparía por haber estado a punto de matarme, pero de eso no dijo una palabra.

—Tiene usted que comer, señor. No es bueno para su salud pasar hambre... Por favor, señor.

Con un suspiro, me dejó pasar.

Ahora que ella se había ido, sabía que mi deber era ser para él como una esposa. Tenía que asegurarme de que comiera bien, de que durmiera bien y de que no adelgazara. Le preparé el almuerzo, se lo serví y limpié el apartamento. Luego bajé y esperé a que sonara el timbre. A las ocho de la noche, volví a subir. Escuché con el oído pegado a la puerta.

Nada. Ni un ruido.

Llamé. Nadie respondió. Era evidente que no podía haber salido. Yo era su conductor, al fin y al cabo. ¿Adónde iba a ir sin mí?

Entonces vi que la puerta estaba abierta y entré.

Mi jefe yacía bajo la foto enmarcada de los dos perros pomerania, con los ojos cerrados y una botella sobre la mesita de caoba que tenía al lado.

Husmeé la botella. Whisky. Se lo había bebido casi todo. Me la puse en los labios y apuré las últimas gotas.

—Señor —dije. Pero él no se despertó. Lo sacudí. Le di una bofetada. Él se relamió y se sorbió los dientes. Ya se estaba despertando, pero le di otra bofetada de todos modos.

(Una tradición clásica entre criados: abofetear al amo mientras está dormido. Como saltar sobre los almohadones cuando los patrones han salido. Como orinarse en sus plantas. Como apalear o darles una patada a sus perros. Inocentes placeres de criado).

Lo arrastré hasta su dormitorio, lo cubrí con una manta, apagué las luces y bajé al sótano.

No habría ninguna salida aquella noche, de modo que me dirigí a la licorería inglesa Action. Tenía aún en la nariz el aroma del whisky del señor Ashok.

A la noche siguiente, ocurrió lo mismo.

A la tercera noche, lo encontré borracho pero despierto.

—Llévame en coche —me dijo—. A donde quieras. A los centros comerciales. A los hoteles. A donde sea.

Lo paseé por los hoteles y los centros comerciales de Gurgaon, y él permaneció tirado en el asiento de atrás sin hablar siquiera por teléfono. Ni una sola vez.

Cuando la vida del amo se vuelve un caos, lo mismo ocurre con la del criado. Yo pensaba: «Quizás ha acabado asqueado de Delhi. ¿Se volverá a Dhanbad? ¿Y qué pasará entonces conmigo?». Se me revolvía el estómago. Pensé que me iba a cagar allí mismo, sobre el asiento y la caja de cambios.

—Para el coche —me dijo.

Abrió la puerta y, llevándose la mano al estómago, se inclinó y vomitó en el suelo. Yo le sequé la cara con la mano y le ayudé a sentarse en la cuneta. El tráfico rugía a nuestro lado. Le di unas palmadas en la espalda.

—Está bebiendo demasiado, señor.

—¿Por qué beben los hombres, Balram?

—No lo sé, señor.

—Claro, los de vuestra casta no... Te lo voy a decir, Balram. Los hombres beben porque están hartos de vivir. Yo creía que la casta y la religión ya no importaban en el mundo actual. Mi padre me dijo: «No te cases con ella. Ella es de otra...». Y yo...

El señor Ashok volvió la cabeza a un lado y yo le froté la espalda, creyendo que iba a vomitar de nuevo, pero el acceso se le pasó enseguida.

—A veces me lo pregunto, Balram. Me pregunto qué sentido tiene vivir. Me lo pregunto realmente...

«¿Qué sentido? —A mí se me aceleró el pulso—. El sentido que tiene es que si se muere usted, ¿quién me va a pagar a mí tres mil quinientas rupias al mes?».

—Ha de creer usted en Dios, señor. Ha de seguir adelante. Mi abuela dice que si crees en Dios suceden cosas buenas.

—Eso es cierto, es cierto. Hemos de creer —dijo con un sollozo.

—Había una vez un hombre que dejó de creer en Dios. ¿Y sabe qué le pasó?

—¿Qué?

—Que su búfalo se murió de repente.

—Ya veo. —Se echó a reír—. Ya veo.

—Sí, señor. Ocurrió. Al día siguiente, dijo: «Dios, te pido perdón, creo en Ti». ¿Y adivina usted lo que pasó?

—¿Que su búfalo resucitó?

—¡Exacto!

Se echó a reír de nuevo. Le conté otra historia y aún le hice reír un poco más.

¿Habrá existido alguna vez una relación amo-criado como aquella? Él estaba tan indefenso, tan perdido, que mi corazón por fuerza había de derretirse. Todo el rencor que le guardaba por haber intentado endilgarme el atropello se me pasó esa noche. Aquello había sido culpa de ella. El señor Ashok no tenía nada que ver. Yo le perdonaba del todo.

Le hablé de la sabiduría de mi pueblo, repitiendo cosas que recordaba haberle oído a mi abuela e inventando otras sobre la marcha, y él asentía todo el rato. Era una escena que recordaba a ese pasaje del Bhagavad Gita en el cual nuestro señor Krishna —otro de los chóferes famosos de la historia— detiene el carro que conduce y le da a su pasajero algunos consejos excelentes sobre la vida y la muerte. Como Krishna, yo filosofe, bromeé e incluso canté una canción; todo para que el señor Ashok se sintiese mejor.

«¡Qué niño! —me dije, frotándole la espalda, mientras le entraban arcadas y vomitaba otra vez—. ¡Qué niño grande y patético!».

Le sequé el vómito de los labios con la mano y lo arrullé con palabras consoladoras. Se me encogía el corazón al verlo sufrir de aquel modo. Pero dónde acababa mi preocupación por él y dónde empezaba mi propio interés, eso no habría sabido decirlo. Ningún criado puede llegar a decir cuáles son los móviles de su corazón.

¿Aborrecemos a nuestros amos bajo una fachada de amor, o los amamos bajo una fachada de aborrecimiento?

Nos hemos convertido en un misterio para nosotros mismos a causa de la jaula en la que estamos encerrados.

Al día siguiente, fui a un templo en Gurgaon. Deposité una rupia ante los dos pares de culos divinos que tenían allí su asiento y recé para que la señora Pinky y el señor Ashok volvieran a reunirse y disfrutaran juntos de una vida larga y feliz en Delhi.

Pasó toda una semana así; luego, el Mangosta vino de Dhanbad y el señor Ashok y yo fuimos a la estación a recogerlo.

En cuanto llegó, todo cambió para mí. La intimidad entre el señor Ashok y yo se había terminado.

Ahora, de nuevo, yo era sólo el conductor; sólo un criado que escucha subrepticamente las conversaciones.

—Hablé anoche con ella. No piensa volver a la India. Sus padres están de acuerdo con su decisión. Esto sólo puede terminar de una manera.

—No te preocupes, Ashok. No importa. Y no vuelvas a llamarla. Yo me ocuparé de todo desde Dhanbad. Si arma alboroto reclamando tu dinero, sacaré a relucir con mucha delicadeza el asunto del atropello..., ¿entiendes?

—No es el dinero lo que me preocupa, Mukesh...

—Ya, ya.

El Mangosta le puso la mano en el hombro, del mismo modo que Kishan me la había puesto a mí tantas veces.

Estábamos cruzando un barrio miserable: una serie de esas tiendas improvisadas en las que se instalan los trabajadores de una construcción. El Mangosta iba diciendo algo, pero el señor Ashok no le prestaba la más mínima atención. Miraba por la ventanilla.

Mis ojos obedecieron a los suyos. Vi las siluetas de los moradores apretujándose en el interior de las tiendas. Podías identificar incluso a los miembros de la familia: el marido, la esposa, el niño; todos acurrucados alrededor de la estufa de la tienda, que estaba iluminada con una lámpara. La sensación de intimidad era tan completa, tan abrumadora... Comprendí por lo que estaba pasando el señor Ashok.

Extendió un brazo, y me preparé para sentir su contacto, pero él se lo pasó al Mangosta por los hombros.

—Cuando estaba en América, pensaba que la familia era una carga, no lo niego. Cuando tú y nuestro padre tratasteis de impedir que me casara, con Pinky porque no era una hindú, me puse furioso contigo, lo reconozco, Pero, sin familia, un hombre no es nada. Absolutamente nada. Durante cinco noches no he tenido a nadie a mi lado, salvo a este chófer. Ahora, por fin, tengo a alguien real conmigo. A ti.

Subí con ellos al apartamento; el Mangosta quería que les preparase comida; les

hice *daal* y *chapattis*^[10] y un plato de *ocra*. Les serví y luego lavé los cacharros y los utensilios.

—Si estás deprimido —le dijo el Mangosta durante la comida—, ¿por qué no pruebas el yoga y la meditación? Hay un maestro de yoga en la televisión, es muy bueno. Todos los días hace esto en su programa —dijo, cerrando los ojos, inspirando y espirando lentamente, mientras murmuraba—: «Oooooom».

Cuando ya salía de la cocina secándome las manos en los pantalones, el Mangosta me dijo:

—Espera un momento.

Se sacó un trozo de papel del bolsillo y lo balanceó en el aire con una sonrisa, como si fuese un premio para mí.

—Tienes una carta de tu abuela. ¿Cómo decías que se llama?

Empezó a abrir la carta con un dedo oscuro y rechoncho.

—Kusum, señor.

—Una mujer notable —dijo, y empezó a frotarse los antebrazos.

—No se moleste señor —le dije—. Sé leer.

Él abrió la carta del todo y empezó a leerla en voz alta.

El señor Ashok le dijo algo en inglés. Me imaginé que sería algo así como: «¿No tiene derecho a leer sus propias cartas?».

Su hermano le respondió también en inglés, y supuse una vez más que venía a decir: «A él no le importan esas cosas. No tiene sentido de la privacidad. En los pueblos no hay habitaciones separadas; por las noches se echan juntos a dormir y folian así también. Créeme, a él no le importa».

Se colocó de manera que la luz le viniera de detrás y empezó a leer en voz alta:

Querido nieto:

Esto re lo escribe el señor Krishna, el maestro. Se acuerda de ti con mucho afecto y ce llama aún con tu antiguo apodo, el Tigre blanco. La vida se ha puesto difícil aquí. Las lluvias no han llegado. ¿Puedes pedirle a tu patrón un poco de dinero para tu familia? Y acuérdate de enviar el dinero a casa.

El Mangosta dejó de leer un momento.

—Es lo único que quiere esta gente. Dinero, dinero, dinero. Se supone que son tus criados, pero lo que hacen es chuparte tu energía vital, ¿no es cierto?

Reanudó la lectura.

A tu hermano Kishan le dije: «Ahora es el momento», y él lo hizo: se casó. Contigo no voy a dar órdenes. Tú eres distinto de los demás. Eres profundo, como tu madre. Incluso de niño ya lo eras; cuando te parabas cerca del estanque y mirabas el

Fuerte Negro con la boca abierta, por la mañana, por la tarde y por la noche. Así que no te ordeno que te cases. Pero sí quiero tentarte con los encantos de la vida matrimonial. Es bueno para la comunidad. Cada vez que hay una boda, llueve más en el pueblo. El búfalo de agua engorda. Y da más leche. Son hechos bien conocidos. Todos estamos muy orgullosos de ti por estar en la ciudad. Pero tienes que dejar de pensar sólo en ti y pensar también en nosotros. Primero has de visitarnos y comer mi curry de pollo. Tu abuela, que te quiere.

KUSUM

El Mangosta estaba a punto de darme la carta, pero el señor Ashok se la quitó y volvió a leerla.

—Esta gente de pueblo se expresa a veces de un modo conmovedor —dijo, y tiró la carta sobre la mesa para que yo la recogiese.

A la mañana siguiente, llevé a la estación al Mangosta, le compré su aperitivo favorito, una dosa, le quité las patatas como la otra vez y las tiré a la vía antes de dársela. Bajé al andén y esperé. Él se la fue zampano con fruición en su asiento; abajo, en la vía, un ratón mordisqueaba las patatas.

Volví al bloque de apartamentos con el coche. Subí en ascensor a la planta trece. La puerta estaba abierta.

—¡Señor! —grité al ver lo que ocurría en la sala de estar—. ¡Esto es una locura, señor!

Había metido los pies en un cubo de plástico y se los estaba masajeando él mismo.

—¡Debería habérmelo dicho! ¡Yo le habría dado un buen masaje! —grité, y me arrodillé a sus pies.

—¡No! —chilló.

—Sí, señor —dije yo—, tiene que dejarme. ¡Faltaría a mi deber si permitiera que lo hiciera usted mismo! —Metí a la fuerza las manos en el agua sucia del cubo y le apreté los pies.

—¡No!

Derribó el cubo de una patada y toda el agua se derramó por el suelo.

—¡Mira que podéis llegar a ser idiotas! —Me señaló la puerta—. ¡Fuera de aquí! ¿Es que no puedes dejarme solo ni cinco minutos? ¿Serás capaz de hacerlo?

Aquella noche lo llevé otra vez al centro comercial. Cuando se bajó, permanecí en el interior del coche. No me junté con los demás chóferes.

Incluso de noche, los trabajos de construcción continúan en Gurgaon. Los grandes focos brillan en lo alto de las torres; el polvo se eleva de los socavones; levantan

andamios. Los hombres y las bestias (unos y otros desencajados de sueño, con ojos insomnes) van de un lado para otro acarreando cascotes o ladrillos.

En una de aquellas obras vi un asno con una silla roja de la que colgaban dos recipientes de metal llenos de escombros hasta los bordes. Detrás, había otros dos asnos más pequeños, del mismo color, cargados también con recipientes repletos de escombros. Los dos asnos pequeños caminaban más despacio, y el que iba delante se detenía a menudo y se volvía hacia ellos de un modo que te hacía pensar que era su madre.

Comprendí al momento lo que me tenía inquieto.

No quería obedecer a Kusum, Me estaba chantajeando; yo ya sabía por qué me había enviado la carta a través del Mangosta. Si me negaba, ella me delataría y le contaría al señor Ashok que no había enviado dinero a casa.

Hacía mucho que no hundía el pico en ninguna parte, señor, y la presión había ido creciendo. La chica seguramente sería muy joven —diecisiete o dieciocho—, y ya sabe que las chicas a esa edad tienen un sabor especial, como a sandía. Cualquier enfermedad, del cuerpo o del alma, queda curada cuando penetras a una virgen. Es un hecho bien conocido. Y además, estaba la dote que Kusum le arrancaría a la familia de la chica. Todo aquel oro de veinticuatro quilates, todos aquellos billetes recién salidos del banco... Al menos una parte me la quedaría yo. Todos éstos eran sólidos argumentos a favor del matrimonio.

Pero, por otro lado...

Yo era ahora como aquel asno. Y lo único que conseguiría, si tenía hijos, sería enseñarles a ser asnos como yo y a cargar escombros para los ricos.

Puse las manos en el volante y cerré los dedos con una fuerza estranguladora.

¿Cómo había corrido a masajearle los pies al señor Ashok, a pesar de que él no me lo había pedido! ¿Por qué sentía esa necesidad de arrojarme a sus pies, de tocárselos y apretárselos hasta dejárselos relajados? ¿Por qué? Pues porque me habían inculcado el deseo de ser un criado. Me lo habían martilleado en el cerebro, clavo a clavo; me lo habían inoculado y vertido en la sangre, igual que las aguas fecales y los venenos industriales que arrojan en la Madre Ganges.

Tuve una visión de un pie rígido y pálido resistiéndose al fuego.

—No —dije.

Puse los pies en el asiento, adopté la posición del loto y empecé a murmurar «Om» una y otra vez. No sé cuánto tiempo permanecí en el coche con los ojos cerrados y las piernas cruzadas como el Buda. Pero un rumor de risitas y de arañazos en los cristales me obligó a abrir los ojos. Todos los demás conductores se habían reunido a mi alrededor. Uno de ellos arañaba el parabrisas con la uña. Alguien me habría visto dentro del coche en la posición del loto. Me miraban boquiabiertos como si fuese un ejemplar de un zoo.

Me recompuse rápidamente, esboqué una amplia sonrisa y salí del coche para recibir una lluvia de golpes, de capones y carcajadas, que acepté con mansedumbre mientras musitaba:

—Sólo estaba probando lo del yoga. Lo ponen en la televisión continuamente, ¿no?

La Jaula Gallinero estaba cumpliendo su función. Los criados han de impedir que otros criados experimenten cosas nuevas, que se vuelvan innovadores, emprendedores.

Sí, ésa es la triste verdad, señor primer ministro.

Esa jaula está vigilada desde dentro.

Señor primer ministro, tiene que disculparme, llaman al teléfono. Vuelvo dentro de un minuto.

Ay, tendré que interrumpir mi historia. Sólo es la 1.32 de la madrugada, pero hemos de hacer un alto aquí. Ha surgido un problema, señor. Una emergencia. Volveré, confíe en mí.

LA SEXTA MADRUGADA

Perdone, Excelencia, por esta larga interrupción. Son las 6.20, o sea, que han pasado cinco horas. Lamentablemente, se ha producido un incidente que amenazaba con poner en peligro la buena reputación de una empresa subcontratada con la que trabajo.

Un incidente bastante serio, señor. Un hombre ha perdido la vida. (No, no me interprete mal. ¡No tengo nada que ver con su muerte! Pero va se lo explicaré más tarde).

Discúlpeme un segundo mientras pongo el ventilador —aún estoy sudando, señor — y me siento en el suelo para observar cómo cortan sus aspas la luz de la araña.

Lo que queda del relato de hoy es, básicamente, la triste historia de cómo me fui corrompiendo: de cómo dejé de ser un dulce e inocente chico de pueblo para convertirme en un urbanita entregado al libertinaje, a la depravación y a la maldad.

Todos estos cambios se produjeron en mí porque primero se habían producido en el señor Ashok. Cuando él volvió de América todavía era un hombre inocente, pero la vida en Delhi lo corrompió. Y una vez corrompido el señor del Honda City, ¿cómo iba a conservar su chófer la inocencia?

Yo creía conocer al señor Ashok, señor. Pero eso era pura presunción de criado.

En cuanto se fue su hermano, se transformó. Empezó a llevar una camisa negra con el primer botón desabrochado y cambió de perfume.

—¿Al centro comercial, señor?

—Sí.

—¿A cuál, señor? ¿El que solía frecuentar la señora?

El señor Ashok no mordió el anzuelo. Estaba concentrado pulsando botones en su teléfono móvil y sólo gruñó:

—Al Sahara, Balram.

—Ése es el que le gustaba a ella, señor.

—¡Deja de mencionar a la señora en cada frase!

Me senté en el exterior del centro comercial y me pregunté qué habría ido a hacer allí. En la planta superior parpadeaba una luz roja y supuse que sería una discoteca. Frente al centro comercial había una cola de jóvenes que parecían aguardar su turno para subir a aquella planta. Yo temblaba de miedo al ver cómo iban vestidas aquellas chicas de ciudad.

El señor Ashok no se entretuvo mucho. Y salió solo. Suspiré aliviado.

—¿Volvemos a Buckingham, señor?

—Aún no. Llévame al hotel Sheraton.

Mientras me internaba en la ciudad, noté que Delhi tenía un aspecto distinto aquella noche.

¿Acaso no había visto nunca a todas las mujeres pintarrajeadas que se apostaban al borde de la calzada? ¿Acaso no había visto a los hombres que paraban el coche, en medio de aquel tráfico, para negociar el precio con las mujeres?

Cerré los ojos, sacudí la cabeza.

«¿Qué te ocurre esta noche?».

Entonces sucedió una cosa que despejó mi confusión, pero que resultó muy embarazosa para mí y para el señor Ashok. Me había detenido ante un semáforo. Una chica con una camiseta ajustada empezó a cruzar la calle; los pechos le bamboleaban arriba y abajo como tres kilos de berenjenas en una bolsa. Eché un vistazo por el retrovisor y allí estaba el señor Ashok, con los ojos bailándole arriba y abajo.

«¡Ajá! —pensé—. ¡Te he pillado, granuja!».

Y al mismo tiempo, los ojos le brillaron, porque él había visto los «míos» y estaba pensando exactamente lo mismo: «¡Ajá! ¡Te he pillado, granuja!».

Nos habíamos pillado mutuamente.

(Ese espejito rectangular, señor Jíabao... ¿Nadie se ha fijado en lo embarazoso que puede llegar a ser? Por ejemplo, cuando las miradas de amo y criado se encuentran en él, y parece como si se hubiese abierto la puerta de un probador y se hubieran sorprendido mutuamente desnudos).

Me sonrojé. Felizmente, el semáforo se puso verde y seguí adelante.

Juré no volver a mirar el retrovisor durante toda la noche. Ahora comprendía por qué la ciudad parecía diferente y por qué el pico se me había puesto tieso mientras conducía.

Porque «él» estaba cachondo. Y porque en el interior del coche cerrado, amo y criado se habían convertido en cierto sentido en un solo cuerpo aquella noche.

Con gran alivio, detuve el Honda en la entrada del hotel Maurya Sheraton y puse fin a aquella horrorosa excursión.

Delhi está llena de magníficos hoteles. En vías de circunvalación y sistema de alcantarillado quizá nos lleven ustedes algo de ventaja en Pekín, pero en cuestión de pompa y esplendor a nosotros no nos gana nadie en Delhi. Tenemos el Sheraton, el Imperial, el Taj Palace, el Taj Mansingh, el Oberoi, el Intercontinental y muchos otros. Los hoteles de cinco de estrellas de Bangalore me los conozco como la palma de mi mano, después de haber gastado tantos miles de rupias comiendo kebab de pollo, de cordero o de buey en sus restaurantes y de haber pescado en sus bares putillas de todas las nacionalidades. En cambio, los hoteles de cinco estrellas de Delhi son un misterio para mí. He estado en todos ellos, pero nunca he pasado de la puerta. No nos está permitido; suele haber un orondo vigilante frente a la puerta de cristal: un tipo con bigote y barba encerados que lleva un ridículo turbante rojo y se cree muy importante porque los turistas americanos quieren sacarse una foto con él. Si ese tipo ve acercarse a un chófer al hotel, le echa una mirada asesina y lo amenaza con un

dedo alzado como lo haría un maestro.

Ése es el destino del conductor. Cualquier otro criado se cree que puede darnos órdenes.

En los hoteles de cinco estrellas, hay reglas muy estrictas sobre dónde puedes aparcar el coche mientras tu amo está dentro. A veces te ponen en un sector del aparcamiento subterráneo. Otras veces en la parte trasera. Otras delante, junto a los árboles. Y tú te sientas allí y esperas una hora, dos horas, tres horas, incluso cuatro horas, bostezando y sin hacer nada, hasta que el vigilante, el tipo del turbante rojo, masculla por un micrófono: «Conductor tal y tal, ya puedes pasar por la puerta principal con el coche. Tu amo te está esperando».

Los chóferes aguardaban cerca del aparcamiento del hotel; todos en círculo, como de costumbre, jugando con el llavero, mascando *paan*, cotilleando o dejando regueros de amoniaco. Acuclillados y parlanchines como monos.

El chófer de los labios enfermos estaba un poco apartado, absorto en su revista. En la portada de esta semana se veía a una mujer en la cama con la ropa desabrochada, mientras su amante, de pie junto a ella, se disponía a clavarle un puñal.

EL ASESINATO SEMANAL

4,50 RUPIAS

UNA HISTORIA AUTÉNTICA EN EXCLUSIVA:

«DESEABA A LA MUJER DE SU AMO».

AMOR. VIOLACIÓN. ¡VENGANZA!

—¿Has pensado en lo que te dije, palurdo? —me preguntó mientras hojeaba una historia—. Lo de conseguirle a tu amo algo que le guste... Hachís, chicas, pelotas de golf. Pelotas auténticas del consulado de los Estados Unidos...

—Él no es de ese tipo.

Sus labios rosados se retorcieron en una sonrisa.

—¿Quieres saber un secreto? A mi amo le gustan las actrices de cine. Se las lleva a un hotel de Jangpura, uno que tiene un gran neón con forma de «T» y se las ventila allí.

Mencionó a tres famosas actrices de Bombay que su amo se había «ventilado».

—Y no obstante, parece un santurrón. Sólo yo estoy al tanto. Y te digo una cosa: todos los amos son iguales. Algún día me darás la razón. Ahora ven aquí a leer una historia.

Leímos un rato en completo silencio. Después de la tercera historia criminal, me fui a un lado, a un grupo de árboles, para soltar un reguero de amoniaco. Él me acompañó.

Nuestros meados salpicaban la corteza del árbol que teníamos a unos centímetros.

—Quiero hacerte una pregunta.

—¿Sobre las chicas de ciudad otra vez?

—No. Sobre lo que pasa con los chóferes viejos.

—¿Qué?

—Quiero decir, ¿qué será de mí dentro de unos cuantos años? ¿Tendré dinero suficiente para comprarme una casa y montar mi propio negocio?

—Bueno —respondió—, un conductor puede funcionar hasta los cincuenta o cincuenta y cinco. Luego la vista empieza a fallarte y te echan, ¿entiendes? Dentro de unos treinta años, palurdo, si empiezas a ahorrar ahora, tendrás suficiente para comprarte un sitio pequeño en un barrio miserable. Si has sido un poco más listo y te has sacado unos ingresos extra, tendrás incluso para llevar a tu hijo a una buena escuela. Allí puede aprender inglés y luego ir a la universidad. Eso... en el mejor de los casos. Una casa en un barrio apestoso y un hijo en la universidad.

—¿El mejor de los casos?

—Bueno, también puedes pillar el tifus por agua contaminada. O tu jefe puede despedirte sin motivo. O puedes sufrir un accidente. Hay muchas opciones del peor de los casos.

Yo aún estaba meando, pero él me puso una mano encima.

—He de preguntarte una cosa, palurdo. ¿Te encuentras bien?

Lo miré de reajo.

—Perfectamente. ¿Por qué me lo preguntas?

—Siento decírtelo, pero algunos de los chóferes lo andan comentando. Te quedas en el coche todo el tiempo, te pones a hablar solo... ¿Sabes lo que te hace falta? Una mujer. ¿Conoces el barrio que hay detrás de los centros comerciales? Las chicas no son feas. Está bien, son rellenitas. Algunos nos pasamos por allí una vez a la semana. Puedes venirte si quieres.

—Conductor Balram, ¿me escuchas?

Era el micrófono de la entrada del hotel. El señor Turbante hablaba con la voz más seria y pomposa que podía:

—Conductor Balram. Preséntate de inmediato en la puerta principal. Sin la menor dilación. Tu amo te necesita.

Me subí la cremallera y eché a correr, secándome los dedos en la parte de atrás de los pantalones. Cuando llegué a la entrada con el coche, el señor Ashok salía del hotel abrazado a una chica.

Ella tenía los ojos rasgados y la tez amarilla. Una extranjera. Una nepalí. Ni siquiera una mujer de su casta y de su formación. Husmeó un segundo los asientos — aquellos asientos a los que yo había sacado brillo— y subió al coche.

El señor Ashok rodeó con el brazo sus hombros desnudos. Saqué los ojos del retrovisor.

Nunca me ha parecido bien el vicio dentro de un coche, señor Jiabao.

Olía cómo se iban mezclando sus perfumes y sabía exactamente lo que ocurría a mis espaldas.

Creía que ahora me diría que lo llevase a casa. Pero no. El carrusel de la diversión proseguía. Quería ir al PVR Saket.

El PVR Saket es un cine enorme donde ponen diez o doce películas a la vez y donde te cobran ciento cincuenta rupias por película. Sí, exacto, ¡ciento cincuenta! Y eso no es todo. También tienes un montón de sitios donde beber cerveza, bailar, buscar chicas, esas cosas. Un trocito de América en la India.

Detrás de la última de esas tiendas deslumbrantes, empieza el segundo PVR. Cada zona comercial de Delhi viene a ser como dos mercados en uno. Siempre hay otro más pequeño, un doble mugriento del mercado real, oculto en un callejón. Ése es el mercado para los criados. Crucé la calle y me metí en el segundo PVR: una sucesión de restaurantes apestosos, de tenderetes de té y de sartenes gigantes donde tostaban pan con aceite. Los tipos que trabajaban en los cines y que hacían la limpieza venían a comer aquí. Los mendigos estaban permanentemente instalados.

Me compré un té y un *vada*^[11] de patatas y me senté bajo un baniano a comérmelo.

—Hermano, dame tres rupias. —Era una anciana flaca y miserable, con la mano extendida.

—No soy rico, abuela. Vete para allá y pídeles a ellos.

—Hermano...

—Déjame comer tranquilo, ¿estamos? ¡Déjame en paz!

Se marchó. Apareció un afilador de cuchillos e instaló su tenderete junto a mi árbol. Con dos cuchillos en la mano, se sentó sobre su máquina —una piedra de afilar a pedales— y empezó a pedalear. Las chispas me zumbaban a pocos centímetros.

—Hermano, ¿es imprescindible que trabajes aquí? ¿No ves que hay un ser humano que intenta comer en paz?

Dejó de pedalear, parpadeó y volvió a aplicar las dos hojas sobre la piedra chirriante, como si no me hubiese oído.

Tiré el *vada* de patata a sus pies.

—¡Mira que podéis llegar a ser idiotas!

La anciana cruzó la calle conmigo hacia el otro PVR. Se recompuso el sari, respiró hondo y empezó con su cantinela:

—Hermano, dame tres rupias. No he comido desde esta mañana...

En medio del mercado había un montón gigantesco de libros viejos, dispuestos en un gran cuadrado vacío, como el mándala que se pone en las bodas para contener el fuego sagrado. Un hombrecillo se había sentado con las piernas cruzadas sobre un montón de revistas en el centro del cuadrado de libros, como si fuera el sacerdote

encargado de aquel mándala de papel impreso. Los libros me atrajeron como un gran imán, pero el hombre me espetó nada más verme:

—Todos los libros están en inglés.

—¿Y qué?

—¿Sabes inglés? —me ladró.

—¿Y tú, sabes inglés? —le repliqué.

Ahí lo pillé. El tono que había empleado hasta entonces conmigo era de criado a criado; ahora se transformó en un tono de hombre a hombre. Me miró de arriba abajo.

—No —dijo, dejando escapar una sonrisa y como valorando mis pelotas.

—Entonces, ¿cómo vendes los libros si no sabes inglés?

—Los distingo por la portada —dijo—. Sé que éste es *Harry Potter*. —Me lo enseñó—. Y que éste es de James Hadlev Chase. —Lo recogió de un montón—. Esto es Kahlil Gibran, esto Adolf Hitler, Desmond Baglev, *El goce del sexo...* Una vez los editores cambiaron la portada de Hitler para que se pareciese a *Harry Potter* y se armó un gran alboroto.

—Yo sólo quiero pasearme y echar una ojeada. Una vez tuve un libro. Cuando era niño.

—Como quieras.

Así que me di una vuelta por aquel gran cuadrado de libros. Cuando estás entre libros, incluso entre libros escritos en una lengua extranjera, Excelencia, sientes que te recorre una especie de zumbido eléctrico. Ocurre, simplemente. Igual que se te pone tiesa si andas entre chicas con jeans ajustados.

Salvo que aquí es tu cerebro el que se pone a zumar.

Cuarenta y siete billetes de cien rupias. En aquel sobre marrón que tenía debajo de la cama. Una suma bastante extraña, ¿no? Ahí había un misterio que resolver. Veamos, Tal vez ella había empezado por reservarme cinco mil y, después, por simple tacañería, como todos los ricos (¿recuerda cuando el Mangosta me hizo arrodillarme para buscar aquella rupia?), quitó del fajo trescientos.

«Así “no” es como piensan los ricos, idiota. ¿Es que aún no lo has aprendido?».

Primero debió de sacar diez mil. Luego lo dividió y se quedó la mitad. Y luego se quedó otras cien rupias; y otras cien, y otras cien. Así son de tacaños.

«Eso significa que, en realidad, te deben diez mil. Aunque si ella creía que te debía diez mil, lo que en realidad te debía era, ¿cuánto? ¿Diez veces más?».

—No, cien veces más.

El hombrecillo dejó el periódico que estaba leyendo y se volvió hacia mí desde el interior de su mándala de libros.

—¿Qué has dicho? —gritó.

—Nada.

—Oye —me preguntó—, ¿a qué te dedicas?

Agarré un volante imaginario y lo hice girar ciento ochenta grados.

—Ah, debería habérmelo imaginado. Los chóferes son tipos listos. Oyen muchas cosas interesantes. ¿Cierto?

—Otros chóferes quizá. Yo me vuelvo sordo en el coche.

—Claro, claro. Oye, tú tienes que saber inglés. Algo de lo que hablan se te habrá pegado.

—Te lo he dicho, yo no escucho. ¿Cómo se me va a pegar?

—¿Qué significa esta palabra del periódico? *Prai-va-si*.

Se lo dije; él sonrió agradecido.

—Nosotros acabábamos de empezar el alfabeto inglés cuando mi familia tuvo que sacarme de la escuela.

Así que era otro de aquellos hombres a medio hacer. De mi casta.

—Eh —me gritó de nuevo—, ¿quieres leerte ésta? —Me enseñó una revista con una americana en la portada; ese tipo de revistas que gustan a los chicos ricos—. Es un material de primera.

Hojeé la revista. Tenía razón, un material de primera.

—¿A cuánto se vende esta revista?

—A sesenta rupias. ¿Puedes creerlo? Sesenta rupias por una revista usada. Y hay un tipo del mercado Khan que vende revistas inglesas... ¡a quinientas ocho rupias cada una!

Eché la cabeza hacia atrás y solté un silbido.

—Es increíble la cantidad de dinero que llegan a tener —dije en voz alta, pero como si estuviese hablando solo—. Y sin embargo, nos tratan como a animales.

Algo de lo que había dicho le había perturbado, por lo visto, porque bajó un par de veces el periódico con aire pensativo y, finalmente, se aproximó al borde del mándala y, medio tapándose la cara con el diario, me susurró unas palabras.

Yo me puse la mano en la oreja.

—¿Cómo dices?

Él miró en derredor y dijo, esta vez un poco más alto:

—No durará siempre la situación actual.

—¿Por qué no? —Me acerqué un poco más.

—¿Has oído hablar de los naxalitas? —me susurró por encima de un montón de libros—. Tienen armas. Tienen un ejército entero. Cada día son más fuertes.

—¿De veras?

—Lee los periódicos. Los chinos quieren que haya una guerra civil en la India, ¿entiendes? Las bombas chinas van a Burma, entran en Bangladesh, luego en Calcuta. Bajan hacia el sur, hasta Andhra Pradesh, y van subiendo hasta la Oscuridad. Cuando llegue el momento, toda la India...

Abrió las palmas de las manos.

Seguimos hablando un rato, pero nuestra amistad acabó como acaban todas las amistades entre criados: con nuestros amos reclamándonos a voces.

Un grupo de chicos ricos querían que él les enseñara una revista americana de las guarras; y el señor Ashok salió de un bar dando tumbos y apestando a alcohol, acompañado de la chica nepalí.

En el trayecto de regreso, los dos hablaban a gritos; luego empezó el magreo y el besuqueo. Dios mío, ¡legalmente él aún estaba casado con otra mujer! Yo estaba tan furioso que me salté cuatro semáforos en rojo y a punto estuve de empotrarme en un carro de bueyes que bajaba por la calle cargado de latas de queroseno. Pero ellos no se dieron ni cuenta.

—Buenas noches, Balram —me gritó el señor Ashok mientras bajaban cogidos de la mano.

—¡Buenas noches, Balram! —me gritó ella.

Entraron corriendo en el edificio y se pusieron los dos a pulsar el botón del ascensor.

Cuando llegué a mi habitación, busqué debajo de la cama. Aún seguía allí: la túnica de maharajá que él me había dado y el turbante y las gafas oscuras.

Saqué el coche otra vez vestido de maharajá, incluso con las gafas de sol puestas. No tenía la menor idea de adónde iba. Me limité a dar vueltas alrededor de los centros comerciales. Cada vez que veía a alguna chica guapa, le tocaba la bocina a ella y a sus amigas.

Encendí su radio, escuché su música. Puse su aire acondicionado a todo trapo.

Regresé al edificio, bajé el coche al garaje, me guardé las gafas en el bolsillo y me quité la túnica.

Escupí sobre los asientos del Honda City; luego los froté y limpié bien.

A la mañana siguiente, no bajó ni me llamó para que subiera. Tomé el ascensor y me aposté cerca de la puerta. Me sentía culpable por lo que había hecho la noche anterior. Me preguntaba si debía confesárselo todo. Alargué la mano hacía el timbre unas cuantas veces y la acabé bajando con un suspiro.

Al rato, me llegaron desde dentro unos ruidos apagados. Pegué el oído a la madera y escuché.

—Pero yo he cambiado.

—Deja ya de disculparte.

—Me he divertido más esta noche que en cuatro años de matrimonio.

—Cuando te fuiste a Nueva York, pensé que no volvería a verte. Y ahora te he visto otra vez. Eso es lo que cuenta para mí.

Me aparté de la puerta y me di una palmada en la frente. Mi sentimiento de culpa aumentaba por momentos. «¡Era su antigua amante, idiota, no un ligue cualquiera!».

Claro que no, él nunca se iría con una puta. Siempre había sabido que era un buen hombre. Una persona superior a mí.

Como castigo, me pellizqué la palma izquierda.

Y volví a pegar el oído a la puerta.

El teléfono empezó a sonar en el interior del apartamento. Silencio durante un rato. Luego él dijo:

—Éste es *Puddles* y éste *Cuddles*. ¿Te acuerdas de ellos, no? A mí siempre me ladran. Toma, coge el teléfono. Escucha...

—¿Malas noticias? —Era la voz de ella, tras unos minutos—. Pareces preocupado.

—Tengo que ir a ver a un ministro. No soporto estas cosas. Son todos tan rastreros... El negocio en el que estoy metido es nefasto. Ojalá estuviera haciendo otra cosa. Algo limpio. Como una empresa subcontratada. Pienso todos los días en ello.

—¿Y por qué no haces otra cosa entonces? Es lo mismo que cuando te dijeron que no te casaras conmigo. También entonces podrías haber dicho que no.

—No es tan sencillo, Urna. Son mi padre y mi hermano.

—Me pregunto si has cambiado realmente, Ashok. Una llamada de Dhanbad y ya vuelves a ser el de antes.

—Escucha, no nos peleemos otra vez. Ahora te voy a enviar de vuelta con mi chófer.

—No, no pienso volver con él. Conozco a esa gente de pueblo. Se creen que cualquier mujer que no esté casada es una puta. Y seguramente cree que soy nepalí, por mis ojos. Ya sabes lo que eso significa para él. Volveré por mi cuenta.

—Ese tipo es de fiar. Es parte de la familia.

—No deberías ser tan confiado, Ashok. Los chóferes de Delhi están todos corrompidos. Venden drogas y prostitutas, y Dios sabe qué más.

—Éste no. Será rematadamente estúpido, pero es honrado. Él te llevará.

—No, Ashok. Tomaré un taxi. ¿Te llamo por la noche?

Me di cuenta de que se estaba acercando a la puerta; me volví a toda prisa y me alejé de puntillas.

No hubo señal de él hasta la tarde; entonces bajó y me mandó que lo llevase de un banco a otro. Desde mi asiento, yo lo observaba con el rabillo del ojo. Había ido recogiendo dinero de los cajeros automáticos: de cuatro distintos.

—Balram —me dijo por fin—, vamos a la ciudad. ¿Te acuerdas de esa casa tan grande, en Ashoka Road, adonde fuimos una vez con Mukesh Sir?

—Sí, señor. La recuerdo. Tienen dos alsacianos enormes como perros guardianes,

señor.

—Exacto. Buena memoria, Balram.

Vi por el espejito espía que el señor Ashok pulsaba los botones de su móvil. Seguramente para decirle al criado del ministro que ya llegaba con el dinero. Ahora comprendía por fin qué trabajo hacía mi amo mientras yo lo paseaba por Delhi.

—Vuelvo dentro de veinte minutos, Balram —me dijo cuando llegamos al chalé del ministro. Se bajó del coche con un maletín rojo y cerró de un portazo.

Sobre el muro rojo de la casa, apostado en una garita de metal, había un guardia de seguridad armado con un rifle que me miraba fijamente. Los dos perros alsacianos vagaban por el recinto y ladraban de vez en cuando.

Era la hora del crepúsculo. Los pájaros empezaban a armar bullicio mientras se retiraban a sus nidos.

Delhi, señor primer ministro, es una gran ciudad, pero tiene sus áreas salvajes: parques enormes, bosques protegidos, trechos de tierra baldía. Y de esas zonas surgen sorpresas a veces. Mientras contemplaba el muro rojo de la casa, un pavo real aleteó por encima de la garita del guardia y se posó sobre ella. Por un momento, su cuello de color azul y su larga cola adquirieron los tonos dorados de la luz del crepúsculo. Luego el pájaro desapareció.

Al poco rato se hizo de noche.

Los perros se pusieron a ladrar. La puerta se abrió y el señor Ashok salió de la casa del ministro con un hombre grueso: el mismo que había salido de la Casa Presidencial aquel día. Supuse que sería un ayudante del ministro. Se detuvieron a charlar delante del coche.

El hombre le estrechó la mano al señor Ashok, que evidentemente ardía en deseos de separarse de él... Pero, ay, no es tan fácil librarse de un político, ni siquiera del secuaz de un político. Yo bajé del coche y, simulando que revisaba los neumáticos, me situé a la distancia adecuada para escucharlos.

—No te preocupes, Ashok. Me encargaré de que el ministro llame a tu padre mañana.

—Gracias. Mi familia agradece mucho tu ayuda.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Nada. Me vuelvo a casa, a Gurgaon.

—¿A tu edad y te vuelves a casa tan temprano? Vamos a divertirnos un poco.

—¿No tienes trabajo con las elecciones?

—¿Las elecciones? Eso ya está arreglado. Una victoria aplastante. Lo ha dicho el ministro esta mañana. En la India, amigo mío, las elecciones se pueden manejar. No es como en América.

Sin hacer caso a las objeciones del señor Ashok, el hombre se metió también en el coche. Acabábamos de salir a la calle cuando le dijo:

—Ashok, ponme un whisky.

—¿Aquí, en el coche? No tengo.

El gordo pareció estupefacto.

—Todo el mundo en Delhi tiene whisky en el coche, Ashok, ¿no lo sabías?

Me dijo que volviese al chalé del ministro. Se fue adentro y salió enseguida con un par de copas y una botella. Cerró de un portazo, suspiró y dijo:

—Ahora sí tienes el coche del todo equipado.

El señor Ashok tomó la botella y se disponía a servirle una copa cuando el hombre chasqueó los labios con disgusto:

—Tú, no, idiota. El chófer. Es él el que ha de servir las copas.

Yo me volví de inmediato y me convertí en un barman.

—Este chófer es muy bueno —dijo el hombre—. A veces arman unos estropicios tremendos al servir las bebidas.

—No se diría que procede de una casa totalmente abstemia, ¿verdad?

Apreté el tapón de la botella y la dejé junto al cambio de marchas. Oí a mis espaldas el tintineo de las copas y sus dos voces diciendo:

—¡Salud!

—Venga —dijo el secuaz del ministro—. Vamos al Sheraton, chófer. Tienen un buen restaurante en el sótano. Un sitio tranquilo. Nos divertiremos un poco.

Giré la llave y llevé el huevo negro del Honda City por las calles de Nueva Delhi.

—El coche de un hombre es su palacio. No puedo creer que nunca hayas hecho esto.

—Bueno, en América no se te ocurriría ni intentarlo, ¿verdad?

—¡Ésa es la gran ventaja de vivir en Delhi, querido muchacho! —El gordo le dio una palmada en el muslo.

Dio un sorbo y preguntó:

—¿Cuál es tu situación actual, Ashok?

—El comercio del carbón, ahora mismo. La gente cree que sólo está en auge la tecnología, Al carbón, la prensa no le presta ninguna atención, ¿no es cierto? Pero los chinos consumen carbón como locos y los precios están subiendo en todas partes. Mucha gente se está haciendo millonaria.

—Cierto, cierto —dijo el gordo—. El Efecto Chino. —Aspiró el aroma del whisky—. Pero no es eso, querido muchacho, lo que queremos decir en Delhi cuando hablamos de «situación».

El secuaz del ministro sonrió.

—Lo que te estoy preguntando, en realidad, es quién te atiende... ahí abajo. —Señaló una parte de la anatomía del señor Ashok que no tenía ningún derecho a señalar.

—Estoy separado. Metido en un proceso de divorcio.

—Lo lamento —dijo el hombre—. El matrimonio es una gran institución. Todo se está viniendo abajo en este país. Las familias, los matrimonios... Todo.

Sorbió un poco más de whisky y dijo:

—Dime, Ashok. ¿Tú crees que habrá una guerra civil en este país?

—¿Por qué lo dices?

—Hace cuatro días estuve en un tribunal en Ghaziabad. El juez dio una orden que no les gustó a los abogados y sencillamente se negaron a aceptarla. Se pusieron, como locos. Derribaron al juez y lo apalearon en su propio juzgado. El asunto no salió en la prensa. Pero yo lo vi con mis propios ojos. Si la gente empieza a moler a palos a los jueces, ¡en sus propios juzgados!, ¿cuál es el futuro de nuestro país?

Sentí algo helado en el cuello. El gordo me estaba restregando la nuca con su copa.

—Otra, chófer.

—Sí, señor.

¿Ha visto alguna vez ese número, Excelencia? ¡Un hombre manejando el volante con una mano y sosteniendo con la otra una botella de whisky, inclinándola por encima de su hombro y sirviendo una copa sin derramar una sola gota mientras el coche continúa moviéndose! ¡La cantidad de habilidades que ha de reunir un chófer indio! No sólo ha de poseer unos reflejos perfectos, visión nocturna y una enorme paciencia, sino que también ha de ser un barman consumado.

—¿Un poco más, señor?

Le eché un vistazo al secuaz del ministro, a los gruesos y corrompidos rollos de carne que tenía bajo la barbilla y enseguida miré hacia delante para comprobar que no iba a estrellarme.

—Sírvele uno a tu amo.

—No, yo no bebo tanto. Ya estoy bien.

—No seas tonto, Ashok. Insisto. Chófer, sírvele uno a tu amo.

De manera que tuve que volverme y hacer otra vez el asombroso número de una-mano-en-el-volante-otra-en-la-botella.

El gordo se quedó callado tras la segunda copa. Se secó los labios.

—Debes de haber tenido un montón de mujeres cuando estabas en América, ¿no? Quiero decir, de las locales.

—No.

—¿Cómo que no? ¿Qué quieres decir?

—Que le fui fiel a Pinky, mi esposa, todo el tiempo.

—Por Dios. Le fuiste fiel. Menuda idea. Fielmente casado. No es de extrañar que acabara en divorcio. ¿Nunca has estado con una blanca?

—Ya te lo he dicho.

—Dios, ¿por qué será que siempre van al extranjero los indios menos adecuados?

Oye, ¿quieres una, una chica europea?

—¿Ahora?

—Ahora —dijo el gordo—. Una hembra rusa. Se parece a esa actriz americana. —Dijo un nombre—. ¿Quieres?

—¿Una puta?

El hombre sonrió.

—Una amiga. Una amiga mágica. ¿Quieres?

—No. Gracias. Estoy con otra persona. Acabo de reencontrar a una persona que conocí...

El gordo sacó su teléfono móvil y marcó unos números. La luz del teléfono le prestaba a su rostro un halo azulado.

—Está allí, vamos a verla. Es espectacular, te lo aseguro. Como esa actriz americana. ¿Llevas treinta mil encima?

—No. Oye. Estoy con otra persona. Yo no...

—No hay problema. Ahora pago yo. Puedes pagármelo más tarde. Ponlo en el próximo sobre para el ministro.

Le dio una palmadita en la mano y le guiñó un ojo; luego se inclinó hacia delante y me dio instrucciones. Yo miraba al señor Ashok fijamente a través del retrovisor.

«¿Una puta? Eso es para gente como yo, señor. ¿Está seguro de que quiere hacerlo?».

Ojalá se lo hubiera podido decir abiertamente, pero ¿quién era yo para decirle nada? Yo no era más que el chófer.

Seguí las indicaciones que me daba el hombre. El señor Ashok no decía nada. Continuaba sentado dando sorbos a su whisky como un niño que se tomara su refresco. Quizá creía que era una broma, o quizá temía demasiado al gordo para negarse.

Pero yo seguiré defendiendo su honor hasta la tumba, «Ellos» lo corrompieron.

El gordo hizo que los llevase hasta Greater Kailash, otra zona residencial donde vive la gente con clase de Delhi. Poniéndome en la nuca su copa helada cada vez que tenía que girar, me fue guiando hasta que llegamos. Era como un pequeño palacio con columnas blancas de mármol en la entrada. Viendo la cantidad de basura que había tirada en el exterior, deduje que allí vivía gente muy rica.

El hombre mantuvo la puerta abierta mientras hablaba por teléfono. Cinco minutos después la cerró de un golpe. Yo me puse a estornudar. Un extraño perfume había inundado el interior del coche.

—Déjate de estornudos y llévanos a Jangpura, hijo.

—Perdón, señor.

El gordo sonrió. Se volvió hacia la chica que acababa de subir y le dijo:

—Háblale en hindi a mi amigo Ashok, por favor.

Miré en el retrovisor y vislumbré por primera vez a la chica.

Cierto: se parecía a una actriz que yo había visto en alguna parte. El nombre no lo sabía. Sólo más tarde, cuando vine a Bangalore y aprendí a manejar Internet —¡en sólo dos sesiones, por cierto!—, encontré su foto y su nombre en Google.

Kim Basinger.

Ése era el nombre que había mencionado el gordo. Y sí, era cierto: la chica que había subido con él, ¡era exactamente igual que Kim Basinger! Alta, guapísima. Pero lo más llamativo era su pelo dorado y reluciente, ¡como en los anuncios de champú!

—¿Cómo estás, Ashok? —dijo ella en perfecto hindi, y le estrechó la mano.

El ayudante del ministro ahogó una risita.

—Ahí tienes: habla hindi. No dirás que no hemos progresado.

Le dio una palmada en el muslo a la chica.

—Tu hindi ha mejorado mucho, querida.

El señor Ashok le habló al gordo echándose hacia atrás.

—¿Es rusa?

—Pregúntaselo a ella, Ashok, No seas tímido. Es una amiga.

—Ucraniana —respondió ella en hindi, con su peculiar acento—. Soy una estudiante ucraniana en la India.

«Tengo que recordar este lugar, Ucrania —pensé—. ¡Tengo que ir un día allí!».

—Venga —dijo el gordo—, tócale el pelo. Es real. No tengas miedo. —Soltó una risita—. ¿Lo ves? ¿Verdad que no muerde? Dile algo en hindi, querida. Aún te tiene miedo.

—Eres un hombre muy atractivo —dijo ella—. No deberías tenerme miedo.

—Chófer. —El gordo se echó hacia delante y me puso otra vez la copa helada en el cogote—. ¿Estamos cerca de Jangpura?

—Sí, señor.

—Cuando bajes por Masjid Road, verás un hotel con un neón enorme. Llévanos allí.

Llegamos al cabo de diez minutos. No tenía pérdida con aquel neón gigantesco en forma de «T» destellando en la oscuridad.

El gordo se dirigió junto a la mujer de pelo dorado a la recepción del hotel, donde el encargado lo recibió calurosamente. El señor Ashok caminaba detrás sin dejar de mirar a ambos lados, como un chico que se dispone a hacer algo malo.

Pasó media hora. Yo permanecí fuera, aferrando todo el rato el volante con las dos manos. Le di unos cuantos golpes al ogro. Me puse a roer el volante con los dientes.

Aún tenía la esperanza de que saliera corriendo, haciendo aspavientos y gritándome: «¡Balram, he estado a punto de cometer un error! ¡Sálvame! ¡Salgamos de aquí ahora mismo!».

Una hora más tarde, el señor Ashok salió del hotel. Solo y con aspecto de encontrarse mal.

—La reunión ha terminado, Balram —dijo, arrellanándose y dejando caer la cabeza hacia atrás—. Vamos a casa.

No arranqué de inmediato. Mantuve los dedos en la llave.

—¡Vamos a casa, te he dicho!

—Sí, señor.

Cuando llegamos a Gurgaon, se alejó tambaleante hacia el ascensor. Yo no me bajé del coche. Dejé pasar cinco minutos y me volví a Jangpura, al hotel con el neón en forma de «T». Aparqué en una esquina y observé la puerta del hotel. Quería verla salir.

Un conductor de rickshaw se detuvo muy cerca: un hombre pequeño y sin afeitarse, delgado como un palillo, que daba la impresión de estar muerto de cansancio mientras se secaba la cara y las piernas con un trapo, y que se echó a dormir en el suelo. En el asiento de su rickshaw había una pegatina blanca:

¿PROBLEMAS DE PESO?

LLAME A JIMMY SING DE METRO GYM: 9811799289

La mascota del gimnasio —un americano con enormes músculos blancos— me sonreía por encima del eslogan. Los ronquidos del conductor de rickshaw llenaban el aire de la noche.

Alguien debió verme desde el interior del hotel, porque al rato se abrió una puerta; salió un policía, escudriñó en mi dirección y empezó a bajar los escalones.

Giré la llave y me dirigí otra vez a Gurgaon.

En Bangalore también me he paseado en coche muchas noches. Pero aquí nunca tengo la sensación que tenía en Delhi: una sensación de que si algo ardía en mi interior mientras conducía, la ciudad lo sabría y ardería del mismo modo.

Aquella noche tenía el corazón lleno de amargura. La ciudad lo sabía y, bajo el tenue resplandor naranja de las farolas, también ella sentía amargura.

«Háblame de la guerra civil», le dije a Delhi.

«Hablaré», respondió ella.

Un gran tiesto volcado en una isleta en mitad de la calle y, al lado, tres hombres sentados con la boca abierta. Un anciano con barba y turbante blanco les habla con el dedo alzado. Los coches pasan junto a él con sus faros deslumbrantes y el ruido ahoga sus palabras. Parece un profeta en medio de la ciudad; pasa desapercibido para todos salvo para sus tres apóstoles. Ellos se convertirán en sus tres generales. Ese gran tiesto volcado es un símbolo.

«Háblame de la sangre por las calles», le dije a Delhi.

«Hablaré», dijo ella.

Vi a otros hombres hablando, discutiendo y leyendo en medio de la noche, solos o en grupos en torno a las farolas. Entre las luces mortecinas de Delhi, esa noche vislumbré a centenares de hombres bajo los árboles, en los santuarios, en los cruces, en los bancos: hombres leyendo periódicos, libros sagrados, revistas, panfletos del Partido Comunista. ¿Sobre qué leían? ¿De qué hablaban?

¿De qué iban a hablar?

Del fin del mundo.

«Y si corre la sangre por estas calles —le dije a la ciudad—, ¿me prometes que él será el primero en caer: ese hombre de gruesa papada?».

Un mendigo sentado en la cuneta, casi desnudo y cubierto de mugre, con el pelo desgredado en guedejas largas como serpientes, me miró a los ojos:

«Lo prometo».

Sobre el muro de Buckingham Towers Bloque B había incrustados trozos coloreados de vidrio. Para mantener alejados a los ladrones. Cuando los faros los iluminaban, aquellos vidrios resplandecían y el muro se convertía en un monstruo en tecnicolor erizado de púas.

El vigilante me miró fijamente mientras entraba. Vi billetes brillando en sus ojos.

Aquella era la segunda vez que me había visto entrar y salir solo.

En el garaje, bajé del coche y cerré con cuidado. Abrí la puerta trasera, subí y pasé la mano por el cuero de los asientos. Pasé las manos tres veces por aquella superficie y encontré lo que andaba buscando.

Lo sostuve contra la luz.

¡Una hebra dorada!

Aún la tengo guardada en mi escritorio.

LA SEXTA NOCHE

Los sueños de los ricos y los de los pobres nunca coinciden, ¿no es cierto?

Los pobres sueñan toda su vida con tener lo suficiente para comer y con parecerse a los ricos, Y los ricos, ¿con qué sueñan?

Con perder peso y parecerse a los pobres.

Cada tarde, el recinto que rodea. Buckingham Towers Bloque B se convierte en una pista de ejercicio. Grupos de hombres rechonchos y barrigones y de mujeres aún más rechonchas y barrigonas, con grandes círculos de sudor bajo los brazos, dan su «paseo» vespertino.

Después de tanta fiesta nocturna, de tanto beber y zampar, los ricos en Delhi tienen tendencia a engordar. Por eso salen a caminar: para perder peso.

Ahora bien, ¿dónde ha de caminar un ser humano? Al aire libre, ¿no?, junto al río, por un parque, por un bosque...

Pues bien, los ricos de Delhi, demostrando una vez más su conocido talento para la planificación urbanística, habían construido aquella zona de Gurgaon sin parques ni campos de césped ni zonas de juegos. Sólo edificios, centros comerciales, hoteles; edificios y más edificios. Había aceras afuera, pero allí vivían los pobres. O sea, que si querías darte un «paseo» tenías que hacerlo alrededor del recinto de tu propio edificio.

Mientras daban la vuelta al bloque, los gordinflones apostaban a lo largo del recorrido a sus famélicos criados —la mayoría, conductores— con botellas de agua mineral y toallas limpias. Cada vez que completaban el circuito, se detenían junto a su criado, agarraban la botella —¡ghip!—, cogían la toalla —¡puf!, ¡puf!— y emprendían la segunda vuelta.

Labios de Vitíligo estaba en una esquina del recinto, con la botella y la toalla sudada de su amo. Una y otra vez se volvía hacia mí con un brillo malicioso en los ojos: su jefe, el hombre del acero, que era calvo hasta hacía dos semanas, lucía ahora una espesa mata de pelo negro; un peluquín muy caro para el que había tenido que ir expresamente a Inglaterra. Ese peluquín era en esos días el tema principal de conversación en el círculo de monos; los demás chóferes le habían ofrecido a Labios de Vitíligo diez rupias para que recurriese al viejo truco de frenar bruscamente o de cruzar un bache a toda velocidad, para desmontarle de golpe el peluquín, al menos una vez.

Cada noche, en el círculo de monos, sacaban a relucir los secretos de sus amos y los diseccionaban sin piedad. Aunque si alguien intentaba convertir el divorcio en un tema de conversación, ya sabía que tenía que vérselas conmigo. Yo no permitía que nadie se inmiscuyera en la intimidad del señor Ashok.

Ahora estaba a un metro de Labios de Vitíligo, con la botella de agua mineral en

la mano y la toalla de mi amo, húmeda de sudor, en el hombro.

—Ya estoy, Balram. Sube la botella y la toalla, ¿de acuerdo?

—Sí, señor —contesté, y lo seguí con la vista mientras desaparecía en el bloque de apartamentos.

Sólo se daba un paseo una o dos veces a la semana, pero eso no bastaba, obviamente, para compensar sus noches de libertinaje. Acababa de verle una buena barriga abultándole bajo la camiseta blanca. ¡Qué repulsivo se había vuelto!

Le hice una seña a Labios de Vitíligo antes de bajar al garaje.

Diez minutos después, olfateé el sudor del hombre del acero y oí pasos. Labios de Vitíligo había bajado. Le dije que se acercara al Flonda City; aquel coche se había convertido en el único lugar del mundo donde yo me sentía a salvo.

—¿Qué pasa, palurdo? ¿Quieres otra revista?

—No. Es otra cosa.

Me puse en cuclillas junto a uno de los neumáticos y empecé a arañar las estrías con una uña. Él se agazapó a mi lado.

Le enseñé la hebra de pelo dorada. La llevaba atada alrededor de la muñeca, como una pulsera. Él se la acercó a la nariz, restregó la hebra con los dedos, la husmeó bien y me soltó por fin la muñeca.

—No hay problema. —Me guiñó un ojo—. Ya te dije que tu amo acabaría sintiéndose solo.

—¡No se te ocurra hablar de él! —Lo agarré del cuello; él se zafó de mí.

—¿Estás loco? ¡Has intentado estrangularme!

Me puse a arañar otra vez las estrías del neumático.

—¿Cuánto costará?

—¿De primera o de tres al cuarto? ¿Virgen? Todo depende.

—Eso no me importa. Lo único que ha de tener es el pelo dorado. Como en los anuncios de champú.

—Diez o doce mil, como mínimo.

—Demasiado. No pagará más de cuatro mil setecientas.

—Seis mil quinientas, palurdo. Es lo mínimo. La piel blanca se merece un respeto.

—De acuerdo. —¿Para cuándo la quiere?

—Ya te avisaré. Pronto. Y otra cosa... Quiero saber otra cosa. Me acerqué aún más al neumático y aspiré el aroma a cuero. Para tomar fuerzas.

—¿Cuántas maneras tiene un chófer de engañar a su amo?

Señor Jiabao, me consta que uno de los recursos de esos libros de negocios que venden envueltos en papel de celofán es incluir pequeños recuadros de texto, como en los periódicos. A estas alturas, para aliviarle un poco el aburrimiento, me gustaría incluir mi propio «recuadro» en esta historia del desarrollo y crecimiento del

empresario moderno.

¿CÓMO SE GANA EL CHOFER EMPRENDEDOR
UN POCO DE DINERO EXTRA?

1. Cuando su amo no anda cerca puede sacar gasolina del depósito con un tubo y un embudo. Y luego venderla.

2. Cuando su amo le manda que lleve a reparar el coche, puede sobornar al mecánico; éste infla el precio y el chófer recibe una parte. He aquí una lista de algunos mecánicos emprendedores dispuestos a ayudar a los chóferes emprendedores:

LUCKY MECHANICS, EN LADO SERAI,
CERCA DE QUTUB R.V. REPARACIONES,
EN GREATER KAILASH PARTE DOS
NILOFAR MECHANICS,
EN DLF FASE UNO, EN GURGAON

3. Debe estudiar las costumbres de su amo y preguntarse: «¿Es un hombre descuidado? Y si lo es, ¿de qué modo puedo beneficiarme de su despreocupación?». Por ejemplo, si su amo deja tiradas por el coche botellas vacías de licores ingleses, puede vendérselas a los fabricantes de licor adulterado. La de Johnnie Walker Etiqueta Negra es la que tiene más valor.

4. Cuando gana experiencia y confianza suficientes y se siente dispuesto a intentar cosas más arriesgadas, puede convertir el coche de su amo en un taxi a tiempo parcial. El tramo de carretera de Gurgaon a Delhi es excelente para ello; hay un montón de Romeos que acuden a ver a sus novias en los centros de venta telefónica donde ellas trabajan. Una vez que el chófer emprendedor se ha asegurado de que su amo no advertirá la ausencia del coche —y de que no es probable que ninguno de sus amigos se encuentre a esa hora en la carretera—, puede emplear su tiempo libre en patrullar por la zona, llevando y trayendo a clientes de pago.

Por la noche, me tendí bajo mí mosquitero con la bombilla encendida y miré cómo trepaban las cucarachas por la red, con sus antenas temblando y estremeciéndose como mis propios nervios. Permanecía inmóvil, demasiado agitado como para alargar una mano y aplastarlas. Una de las cucarachas se coló dentro y aterrizó sobre mi cabeza.

«Tendrías que haberles pedido dinero cuando te hicieron firmar aquello. Dinero suficiente para acostarte con veinte chicas blancas».

Salió volando. Otra aterrizó en el mismo sitio.

«¿Veinte?».

«Cien. Doscientas. Trescientas. Diez mil putas de pelo dorado, Y eso aún no habría sido suficiente. No se habría aproximado siquiera».

Durante las dos semanas siguientes, hice cosas que todavía me avergüenza reconocer. Engañé a mi patrón. Le robé gasolina; llevé su coche a un mecánico corrupto que me cobró por una reparación innecesaria; y en tres ocasiones, mientras me dirigía hacia Buckingham B, tomé a un pasajero de pago.

Lo más extraño era que cada vez que miraba el dinero que me había sacado engañándole, en lugar de culpa... ¿qué era lo que sentía?

Rabia.

Cuanto más le robaba, más cuenta me daba de lo mucho que él me había robado.

Por recurrir otra vez a la analogía que utilicé al describirle a usted la política india, yo empezaba por fin a echar barriga.

Una tarde de domingo, una vez que el señor Ashok me dijo que ya no volvería a necesitarme durante el resto del día, me tomé un par de vasos de whisky para darme valor y me fui al dormitorio de los criados.

Labios de Vitíligo estaba sentado debajo del póster de una actriz de cine (cada vez que su amo se «ventilaba» a una, colgaba su póster en la pared), jugando a las cartas con otros conductores.

—Tú puedes decir lo que quieras, pero yo estoy seguro de que estos payasos no van a ser reelegidos...

Entonces levantó la vista.

—Pero, bueno, mirad quién está aquí. El gurú de yoga viene a visitarnos. Sea bienvenido, señor.

Todos me dirigieron una sonrisa forzada. Yo se la devolví.

—Estábamos hablando de las elecciones, palurdo. Aquí no es como en la Oscuridad, ¿sabes? Las elecciones no están amañadas. ¿Tú vas a votar esta vez?

Le hice una señal con un dedo. Él meneó la cabeza.

—Más tarde, palurdo. Me lo estoy pasando en grande hablando de las elecciones.

Agité el sobre marrón en el aire. Él dejó sus cartas en el acto.

Insistí en que bajásemos al garaje. Allí, a la sombra del Honda City, contó el dinero.

—Muy bien, palurdo; está todo. ¿Y tu amo? ¿Vas a llevarlo allí en el coche?

—Yo soy mi propio amo.

Le costó un minuto captarlo. Entonces abrió la boca, se me echó encima y me abrazó.

—¡Palurdo! —Volvió a abrazarme—. ¡Éste es mi hombre!

Él también era de la Oscuridad, y siempre te sientes orgulloso cuando ves que uno de tu propia clase muestra cierta ambición en la vida.

Me llevó al hotel en el Qualis —el coche de su amo— y me explicó en el trayecto que tenía en marcha un servicio informal de «taxi» cuando su jefe no andaba por allí.

El hotel estaba en South Extensión, Parte Dos: una de las mejores zonas comerciales de Delhi, Labios de Vitíligo cerró con llave su Qualis, me dirigió una sonrisa tranquilizadora y me llevó al mostrador de recepción. Un hombre con camisa blanca y pajarita negra repasaba con el dedo las entradas de un libro de registro. Sin sacar el dedo del libro, me examinó mientras Labios de Vitíligo le hablaba al oído.

Meneó la cabeza.

—¿Una mujer de pelo dorado para él?

Puso las manos en el mostrador y se echó hacia delante para mirarme de arriba abajo.

—¿Para éste?

Labios de Vitíligo sonrió.

—Mira, los ricos de Delhi ya han tenido todas las mujeres de pelo dorado que querían. ¡Quién sabe qué van a querer ahora! Mujeres de pelo verde de la luna. Así que ahora serán las clases bajas las que harán cola para disfrutar de las blancas. Este tipo es el futuro de tu negocio, te lo aseguro. Trátalo bien.

El encargado pareció vacilar un momento; luego cerró el libro de registro de golpe y abrió una mano.

—Dame quinientas rupias más —dijo sonriendo—. El recargo de las clases bajas.

—¡No las tengo!

—Quinientas. Y si no, olvídalo.

Saqué las últimas trescientas rupias que tenía. Tomó el dinero, se arregló la pajarita y empezó a subir las escaleras.

Labios de Vitíligo me dio una palmada en el hombro.

—Buena suerte, palurdo —me dijo—. ¡Hazlo por todos nosotros!

Subí las escaleras corriendo.

Habitación 114-A. El encargado se había detenido y había pegado la oreja a la puerta.

—¿Anastasia? —susurró. Llamó con los nudillos y volvió a poner la oreja—. Anastasia, ¿estás ahí?

Por fin se decidió y abrió la puerta. Una araña en el techo, una ventana, una cama verde... y una chica con el pelo dorado sentada en la cama.

Suspiré, porque ésta no se parecía en nada a Kim Basinger. No era ni la mitad de guapa. Fue entonces cuando vi con toda claridad —de un modo que no había experimentado antes— que los ricos siempre se quedan con lo mejor y que lo único

que nosotros conseguimos son las sobras.

El encargado abrió las dos manos delante de mis narices; las abrió y las cerró dos veces.

Veinte minutos.

Luego hizo como si llamase a la puerta y como si diera una patada con su reluciente bota negra.

—¿Entendido?

Eso era lo que me pasaría a los veinte minutos.

—Sí.

Salió y cerró de un portazo. La mujer de pelo dorado ni siquiera me había mirado aún.

Yo únicamente me había atrevido a sentarme a su lado cuando se oyeron unos golpes en la puerta.

—Cuándo oigas esto... ¡se acabó! ¿Estamos? —La voz del encargado.

—¡Está bien!

Me deslicé sobre la cama y me acerqué a la mujer. Ella no se resistía ni me alentaba. Toqué un mechón de su pelo y tiré con suavidad para que volviera la cabeza. Parecía cansada, agotada, y tenía morados alrededor de los ojos, como si la hubieran golpeado.

Me dirigió una gran sonrisa que yo conocía bien: la sonrisa de un criado a su amo.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó en hindi.

¡Ella también! Debía haber una escuela de hindi para chicas en aquel país suyo, en Ucrania.

—Munna.

Ella sonrió.

—Eso no es un nombre. Sólo significa «chico».

—Cierto. Pero es mi nombre —dijo—. Mi familia no me puso otro.

Se echó a reír con una risa aguda y argentina que sacudió su mata dorada de pelo. Mi corazón latía como el de un semental. Su perfume se me subió directamente a la cabeza.

—¿Sabes?, cuando yo era pequeña, me pusieron un nombre que en mi lengua sólo significa «chica». ¡Mi familia me hizo lo mismo!

—Guau —dijo, mientras ponía las piernas sobre la cama.

Hablamos. Me dijo que odiaba los mosquitos de aquel hotel y también al encargado. Yo asentí. Seguimos hablando un rato.

—No eres un tipo desagradable. Y eres dulce —dijo, pasándome un dedo por el pelo.

En ese momento, salté fuera de la cama.

—¿Por qué estás aquí, hermana? Si quieres dejar este hotel, ¿por qué no lo haces?

No te preocupes por el encargado. ¡Estoy aquí para protegerte! ¡Yo soy tu hermano, Balram Halwai!

Naturalmente, eso se lo dije... en la película hindi que rodarán sobre mi vida.

—¡Siete mil dulces rupias por veinte minutos! ¡Ya es hora de empezar!

Eso fue lo que dije realmente.

Me monté encima de ella y con una mano le sujeté los brazos detrás de la cabeza; ya era hora de hundirle el pico. Con la otra mano recorría sus rizos dorados.

Y entonces lancé un chillido. No habría chillado más si me hubiese mostrado usted un lagarto.

—¿Qué pasa, Munna? —me preguntó.

Salté de la cama y la abofeteé.

Dios, estas extranjeras saben gritar cuando quieren.

Inmediatamente, como si hubiese permanecido ahí fuera espiando detrás de la puerta, el encargado abrió de golpe y entró en la habitación.

—Esto —le grité, tirándole del pelo a la chica— no es dorado de verdad.

¡Tenía las raíces negras! ¡Estaba teñida!

Él se encogió de hombros.

—¿Y qué esperabas por siete mil? El auténtico cuesta cuarenta o cincuenta.

Me eché de un salto sobre él, lo agarré del cuello y lo empujé contra la puerta.

—¡Quiero mi dinero!

La mujer dio un grito. Me di la vuelta... y ése fue el error que cometí. Tendría que haber acabado primero con el encargado.

Diez minutos más tarde, con la cara arañada y magullada, salí tambaleándome por la puerta principal, que se cerró a mis espaldas de un portazo.

Labios de Vitíligo no me había esperado. Tuve que tomar un autobús hasta casa. No paraba de mesarme el pelo durante el trayecto. ¡Siete mil rupias! ¡Quería echarme a llorar!

«¿Sabes cuántos búfalos de agua podrías haber comprado con ese dinero?». Sentía los dedos de mi abuela retorciéndome las orejas.

Cuando por fin llegué a Buckingham Towers —tras una hora de atasco—, me lavé las heridas de la cabeza en el lavabo comunitario y escupí una docena de veces.

Al Infierno con todo... Me rasqué la ingle; lo necesitaba. Me dirigí cabizbajo a mi habitación, abrí la puerta de una patada y me quedé helado.

Había alguien bajo el mosquitero. Una silueta en la posición del loto.

—No te apures, Balram. Ya sé lo que estabas haciendo.

Una voz de hombre. Al menos no era mi abuela: ése fue mi primer pensamiento.

El señor Ashok alzó una punta de la red y me miró con una sonrisa pícara.

—Sé muy bien lo que andabas haciendo.

—¿Señor?

—Te estaba llamando y, como no respondías, he bajado a ver. Pero ya sé lo que has ido a hacer: ese otro chófer, el de los labios rosados, me lo ha contado.

El corazón me dio un vuelco. Bajé la vista.

—Me ha dicho que estabas en el templo ofreciendo oraciones por mi salud.

—Sí, señor —dije, aliviado. El sudor me resbalaba por la cara—. Eso es, señor.

—Ven aquí dentro —dijo en voz baja.

Me metí bajo el mosquitero y me senté a su lado. Él observaba las cucarachas que paseaban sobre nuestras cabezas.

—Vives en un cuchitril, Balram. No tenía ni idea. Lo siento.

—No pasa nada, señor. Estoy acostumbrado.

—Te daré dinero, Balram. Y mañana te vas a otro sitio que esté mejor, ¿de acuerdo?

Me tomó la mano y le dio la vuelta.

—¿Qué son todas estas marcas rojas que tienes aquí, en la palma? ¿Es que te has estado pellizcando?

—No, señor..., es una enfermedad de la piel. También la tengo detrás de la oreja, ¿lo ve?, todos estos puntos rojos.

Se me acercó aún más, inundando mis narices con su perfume. Suavemente, me dobló la oreja con un dedo y echó un vistazo.

—Por Dios. Nunca me había fijado. Me paso el día sentado detrás de ti y nunca...

—Mucha gente tiene esta enfermedad, señor. Muchos poli res.

—¿De veras? No me había fijado. ¿Se puede curar?

—No, señor. No hay tratamiento para las enfermedades de los pobres. Mi padre pilló la tuberculosis y acabó con él.

—Estamos en el siglo XXI, Balram. Todo se puede curar. Ve 11 hospital y que te den algo. Envíame la factura, yo la pagaré.

—Gracias, señor —dije—. Señor..., ¿quiere que le lleve a algún sitio?

Él despegó los labios y volvió a cerrarlos. Hizo lo mismo un par de veces; finalmente dijo:

—Llevo una vida del todo equivocada, Balram. Lo sé muy bien, pero me falta valor para cambiarla. Me faltan... pelotas.

—No se obsesione, señor. Y vamos arriba, se lo suplico. Éste no es lugar para un hombre de categoría como usted.

—Dejo que la gente se aproveche de mí, Balram. Nunca he hecho lo que yo quería. Nunca en toda mi vida. Yo...

Bajó la cabeza. Todo su cuerpo parecía agotado.

—Coma un poco, señor —le dije—. Parece cansado.

Él sonrió. Una sonrisa confiada de niño pequeño.

—Siempre estás pensando en mí, Balram. Sí, quiero comer. Pero no en otro hotel,

Balram. Estoy harto de hoteles. Llévame a alguno de los sitios donde comes tú, Balram.

—¿Señor?

—Estoy harto de la comida que como, Balram. Estoy harto de la vida que llevo. Los ricos hemos perdido el rumbo. Quiero ser un hombre sencillo como tú, Balram.

—Sí, señor.

Salimos y le llevé a un salón de té al otro lado de la calle.

—Pide para los dos, Balram. Comida popular.

Pedí oca, coliflor, rábanos, espinacas y *daal*. Lo suficiente para alimentar a toda una familia. O a un hombre rico.

Él comió y eructó, y aún comió un poco más.

—Esta comida es fantástica. ¡Y sólo veinticinco rupias! ¡Qué bien coméis!

Cuando terminó, le pedí un *Lassi*^[12].

Él dio un sorbo y sonrió.

—¡Me gusta la clase de comida que coméis!

Yo sonreí y pensé: «A mí también me gusta la clase de comida que come usted».

—Pronto llegarán los papeles del divorcio. Eso ha dicho el abogado.

—Muy bien.

—¿Empezamos a buscar ya?

—¿Otro abogado?

—No, otra chica.

—Es demasiado pronto, Mukesh. Sólo han pasado tres meses desde que se fue.

Había llevado al señor Ashok a la estación de tren para recoger al Mangosta, que venía otra vez desde Dhanbad; ahora los llevaba de vuelta al apartamento.

—Muy bien. Tómate tu tiempo. Pero has de volver a casarte. Si sigues divorciado, la gente no te respetará. No nos respetarán. Así es como funciona nuestra sociedad. Hazme caso. La otra vez no quisiste hacerme caso y te casaste con una chica que no era de nuestra casta ni de nuestra religión. Incluso te negaste a aceptar una dote de sus padres. Esta vez nosotros elegiremos a la chica.

No hubo respuesta; yo intuía que el señor Ashok debía de estar apretando los dientes.

—Veo que esto te pone nervioso —dijo el Mangosta—. Ya hablaremos luego. Por ahora, toma esto. —Le dio un maletín rojo que había traído de Dhanbad.

El señor Ashok lo abrió con un chasquido y miró su contenido. El Mangosta se lo cerró enseguida de un golpe.

—¿Estás loco? No lo abras aquí. Es para Mukeshan. El ayudante, ese gordo. Lo conoces, ¿no?

—Sí, lo conozco —dijo encogiéndose de hombros el señor Ashok—. ¿No habíamos sobornado ya a esos hijos de perra?

—El ministro quiere más. Es época de elecciones. Cada vez que hay elecciones tenemos que hacer un buen reparto. Normalmente a los dos bandos. Pero esta vez seguro que va a ganar el Gobierno. La Oposición es un completo desbarajuste. O sea, que sólo hemos de pagar al Gobierno, lo cual ya nos viene bien. Te acompañaré la primera vez, pero como es un montón de dinero, quizá tengas que ir una segunda e incluso una tercera vez. Además, hay un par de funcionarios a los que hemos de engrasar, ¿entiendes?

—Se diría que es lo único que hago en Delhi. Sacar dinero de los bancos y repartir sobornos. ¿Para eso volví a la India?

—No te pongas sarcástico. Y recuérdalo: pide cada vez que te devuelvan el maletín. Es un buen maletín, hecho en Italia. No tenemos por qué hacerles más regalos. ¿Comprendes? Ay, mierda. ¡No me digas que es otro puto atasco!

—Balram, pon el disco de Sting otra vez. Es la música ideal para los atascos.

—¿El chófer sabe quién es Sting?

—Por supuesto. Sabe que es mi CD favorito. Enséñanos el disco de Sting, Balram. ¿Lo ves? Conoce a Sting.

Metí el CD en el reproductor.

Pasaron diez minutos; los coches no se habían movido ni un centímetro. Saqué Sting y puse Enya; luego Eminem. Los vendedores ambulantes se acercaban con cestas de naranjas, con fresas en cajas de plástico, con periódicos y con novelas en inglés. Los mendigos también atacaban. Uno de ellos, cargando a otro a hombros, iba de coche en coche; el tipo que llevaba a hombros no tenía piernas más allá de las rodillas y soltaba gemidos y lamentos mientras el otro golpeaba o arañaba las ventanillas.

Sin pensarlo dos veces, resquebrajé el huevo y lo abrí.

Bajé el cristal y saqué la mano con una rupia. El tipo sin piernas la recogió y me dio las gracias. Volví a subir el cristal, sellando el huevo otra vez.

La charla en el asiento de atrás se había detenido en seco.

—¿Quién demonios te ha dicho que hagas eso?

—Perdón, señor.

—¿Por qué cono le has dado una rupia a ese mendigo? ¡Qué descaró! Quitá esa música.

Me echaron una buena bronca esa tarde. Aunque normalmente hablaban en una mezcla de hindi e inglés, los dos hermanos se pusieron a hablar sólo en hindi en mi honor.

—¿Acaso no damos dinero cada vez que vamos al templo? —dijo el matón mayor—. Cada año hacemos una donación al instituto del cáncer. Les compro esa postal a

los niños que van por ahí vendiéndolas.

—El otro día estaba hablando con nuestro contable y el hombre me decía: «Señor, no tiene dinero en el banco. Se ha agotado». ¿Tú sabes lo elevados que son los impuestos en este país? —dijo el matón menor—. Si damos más dinero, ¿qué nos va a quedar para comer?

Fue entonces cuando vi con toda claridad que no había ninguna diferencia entre ambos. Los dos procedían de la simiente de su padre.

Durante el resto del trayecto, el Mangosta mantuvo a propósito los ojos fijos en el retrovisor. Parecía como si se hubiera olido algo raro.

Cuando llegamos a Buckingham B, me dijo:

—Vete arriba, Balram.

—Sí, señor.

Permanecimos casi pegados en el ascensor. Abrió la, puerta del apartamento y me señaló el suelo.

—Ponte cómodo.

Me acuclillé bajo la foto de *Cuddles* y *Puddles* y me puse las manos en las rodillas. Él se sentó en una silla, apoyó la cabeza en las palmas de las manos y se me quedó mirando.

Tenía el ceño fruncido. Yo me daba cuenta de que se estaba formando una idea en su cabeza.

Se levantó, se acercó hasta donde yo estaba agazapado y dobló una rodilla. Husmeó el aire.

—Te huele el aliento a semillas de anís.

—Sí, señor.

—La gente las masca para disimular el olor a alcohol. ¿Es que has estado bebiendo?

—No, señor. Los de mi casta somos abstemios.

Él siguió husmeando y se me acercó aún más.

Respiré hondo; aguanté el aire en la boca del estómago y lo expulsé en una especie de eructo que le fue directo a la cara.

—¡Qué asqueroso, Balram! —dijo con una mirada de horror. Se incorporó y retrocedió dos pasos.

—Perdón, señor.

—¡Fuera!

Salí sudando.

Al otro día lo lleve a él y al señor Ashok a casa de algún ministro o funcionario en Nueva Delhi; salieron de allí con el maletín rojo. Los dejé en un hotel, donde almorzaron (di instrucciones al personal: nada de patatas en el menú), y luego acompañé al Mangosta a la estación.

Tuve que soportar sus amenazas y advertencias habituales: nada de aire acondicionado, nada de música ni de malgastar combustible, bla, bla, bla. Permanecí en el andén mirando cómo se comía su *daal*. Cuando el tren salió, di palmas de alegría y me puse a bailar en el andén. Se me quedaron mirando dos pilluelos de la calle, que se echaron a reír y empezaron a dar palmas también. Uno se puso a cantar una canción de la última película hindi y acabamos bailando juntos por el andén.

A la mañana siguiente, subí al apartamento. El señor Ashok estaba manipulando el maletín y preparándose para salir cuando empezó a sonar el teléfono.

—Ya bajo el maletín, señor —le dije—. Le espero en el coche.

Él vaciló un momento y enseguida me lo tendió.

—Bajaré dentro de un minuto.

Cerré la puerta del apartamento. Caminé hacia al ascensor, apreté el botón y esperé. El maletín pesaba mucho y tenía que ir desplazando el asa por la palma de la mano.

El ascensor estaba en la cuarta planta.

Me volví y contemplé la vista desde el balcón de la planta trece. Las luces de los centros comerciales de Gurgaon destellaban incluso a pleno día. Habían abierto uno nuevo la semana anterior. Y otro más estaba en construcción. La ciudad crecía.

El ascensor subía deprisa. Estaba a punto de llegar a la planta once.

Me di la vuelta y eché a correr.

Abrí de una patada la puerta de incendios y bajé corriendo dos tramos de oscuros escalones. Abrí el maletín con un chasquido.

La escalera entera se llenó de repente de una luz deslumbrante. Ese tipo de luz que sólo despide el dinero.

Veinte minutos más tarde, cuando bajó el señor Ashok pulsando botones en su teléfono móvil, se encontró el maletín rojo esperándole en su asiento. Le mostré un brillante disco plateado mientras él cerraba la puerta.

—¿Le pongo Sting, señor?

Mientras conducía intenté no mirar el maletín, lo cual era una tortura, como cuando la señora Pinky se sentaba con aquellas faldas tan cortas.

En un semáforo, miré por el retrovisor. Vi mi grueso bigote y mi mandíbula. Arreglé el espejo, modifiqué un poco el ángulo. Ahora veía unas largas y hermosas cejas curvándose a ambos lados de los músculos de una frente fruncida, y unos ojos oscuros brillando bajo aquellos músculos en tensión. Los ojos de un gato observando a su presa.

«Vamos, Balram, échale un vistazo al maletín rojo. Eso no es robar, ¿no?».

Sacudí la cabeza.

«E incluso si fueses a robarlo, tampoco sería robar».

«¿Cómo que no?». Miré a aquella criatura en el espejo.

«El señor Ashok les da todo ese dinero a los políticos de Delhi para que le perdonen los impuestos que debería pagar. ¿Y de quién son esos impuestos, en última instancia? ¿De quién, sino de la gente corriente como tú?».

—¿Qué pasa, Balram? ¿Decías algo?

Di unos golpecitos en el espejo. Desaparecieron los ojos, volvió a surgir mi bigote; ya sólo era mi cara la que me miraba.

—Ese tipo que tengo delante conduce con mucha imprudencia, señor. Sólo estaba refunfuñando.

—Mantén la calma, Balram. Tú eres un buen chófer; no vayas a dejar que te contagien los malos.

La ciudad conocía mi secreto. Una mañana, la Casa Presidencial desapareció de nuestra vista, cubierta por la nube de polución. Parecía como si aquel día no hubiese Gobierno en Delhi. Y esa densa polución que ocultaba al primer ministro y a todos sus ministros y funcionarios, me dijo:

«No verán nada de lo que hagas. Yo me encargo».

Pasé junto al muro de color rojo de la Casa del Parlamento. Un guardia con un fusil me miró desde su puesto de vigía sobre el muro; en cuanto me vio, bajó el fusil.

«¿Por qué tendría que impedirte? Yo haría lo mismo, si pudiera».

Por la noche, pasó una mujer con una bolsa de celofán; mis faros iluminaron la bolsa y la volvieron transparente. Vi en su interior cuatro grandes frutas oscuras, y cada una de ellas me dijo: «Ya lo has hecho. Dentro de tu corazón, ya te lo has quedado». Los faros pasaron de largo; la bolsa de celofán se volvió otra vez opaca; las cuatro frutas se desvanecieron.

Incluso el asfalto —el suave y pulido asfalto de Delhi, que es el mejor de toda la India— conocía mi secreto.

Un día, en un semáforo, el conductor del coche de al lado bajó la ventanilla y escupió; había estado mascando *paan* y el escupitajo cayó en la calzada caliente formando un charco de color rojo que chisporroteaba y se expandía como un ser vivo. Al cabo de un instante, escupió de nuevo y se formó un segundo charco en el asfalto. Miré cómo se expandían aquellos dos charcos rojos, y entonces:

El escupitajo de la izquierda pareció decir	Pero el escupitajo de la derecha pareció decir
Tu padre quería que fueras un hombre honrado	Tu padre quería que fueras un hombre
El señor Ashok no te pega ni te escupe, como hacía la gente con tu padre	El señor Ashok te obligó a cargar con toda la culpa cuando su esposa mató a aquella criatura en la calle
El señor Ashok te paga bien: cuatro mil rupias al mes. Te ha ido subiendo el sueldo sin que tú se lo pidieras siquiera	Eso es una miseria. Vives en una ciudad. ¿Cuánto ahorras? Nada

Recuerda lo que le hizo el Búfalo a la familia de su criado. El señor Ashok, cuando hayas huido, le dirá a su padre que haga lo mismo con tu familia

¡El hecho mismo de que el señor Ashok pueda amenazar a tu familia hace que te hierva la sangre!

Desvié la vista de aquellos charcos. Miré el maletín rojo, que reposaba en el centro de mi espejo retrovisor, como si fuese el corazón del Honda City al descubierto.

Ese día dejé al señor Ashok en el hotel Imperial.

—Vuelvo dentro de veinte minutos, Balram —dijo.

En vez de aparcar el coche, me dirigí a la estación, que está en Pahar Ganj, no lejos de ese hotel. La gente yacía por el suelo en medio de la estación. Los perros husmeaban entre la basura. El aire estaba enrarecido. «O sea, que así es como será», pensé.

Los destinos de todos los trenes figuraban en una pizarra.

BENARÉS
AMRITSAR

JAMMU
BOMBAY

RANCHI

¿Cuál sería mi destino si llegase a aparecer por allí con un maletín rojo en la mano?

Como respondiéndome, una sucesión de luces y de relucientes ruedas giratorias empezó a destellar en la penumbra.

Si visita usted alguna estación de la India, verá, mientras espera su tren, una serie de máquinas de aspecto estafalario con bombillas rojas, ruedas caleidoscópicas y remolinos amarillos. Son máquinas de su-fortuna-y-su-peso-por-una-rupia y están en todas las estaciones del país. Funcionan así: usted deja sus maletas a un lado; se sube a la máquina e inserta en la ranura una moneda de una rupia. La máquina cobra vida; las palancas empiezan a moverse en su interior entre un estrépito de chatarra y las luces parpadean enloquecidas. Entonces se oye un chasquido y surge de la máquina un cartoncito de color verde o amarillo. Se apagan las luces y se termina el estrépito. En ese cartoncito está escrita su fortuna y su peso en kilos.

Hay dos tipos de personas que utilizan estas máquinas: los niños de los ricos y los adultos de las clases más pobres (que continúan siendo niños toda su vida).

Permanecí escrutando aquellas máquinas como un descerebrado. Tenía delante seis máquinas resplandecientes: las bombillas verdes y amarillas y los caleidoscopios que combinaban el negro y el dorado giraban sin parar.

Me subí a una de ellas. Sacrifiqué una rupia. La máquina la engulló, hizo ruidos, centelleó y soltó un cartoncito.

LUNNA SCALES CO.

NUEVA DELHI 110 055

SU PESO 59

«EL RESPETO A LA LEY ES EL PRIMER MANDAMIENTO DE LOS DIOS»

Tiré al suelo el cartoncito y me eché a reír. Incluso aquí, en la balanza de la estación, tratan de embaucarnos. Aquí mismo, en el umbral de la libertad, antes de que uno suba al tren que lo llevará a una nueva vida, esas máquinas destellantes vienen a ser el último timbre de alarma de la Jaula Gallinero.

¡Las sirenas de la jaula aullaban, sus ruedas giraban, sus luces rojas parpadeaban! ¡Un gallo se escapaba! Salía bruscamente una mano, me agarraba por el cuello y volvía a meterme en la jaula.

Recogí el cartoncito y lo releí.

El corazón me palpitaba. Me senté en el suelo.

«Piensa, Balram. Piensa en lo que hizo el Búfalo con la familia de su criado».

Oí un aleteo. Las palomas se posaban en las vigas del techo de toda la estación; dos de ellas habían salido volando de una viga y se habían puesto a revolotear directamente sobre mi cabeza como a cámara lenta: encogidas entre sus plumas, vi dos pares de garras rojas.

No lejos de mí, había una mujer tirada en el suelo con unos pechos muy generosos embutidos en una blusa ajustada. Estaba roncando. Tenía un billete de una rupia metido en el escote: sus letras y su color se transparentaban a través de la tela verde de la blusa. No llevaba equipaje. Aquello era lo único que tenía en este mundo: una rupia. Y, sin embargo, allí estaba: roncando felizmente, sin la menor preocupación.

¿Por qué no podrían ser así de simples las cosas para mí?

Un ronco gruñido me obligó a volverme. Había un perro negro a mi espalda girando sobre sí mismo. Tenía una mancha rosada —una herida abierta— en su nalga izquierda; el perro trataba de retorcerse sobre sí mismo inútilmente. La herida quedaba fuera de su alcance, pero él se estaba volviendo loco de dolor e intentaba atacarla y roerla con su boca babeante. De ahí que siguiera moviéndose y trazando círculos inútiles y enloquecidos.

Miré a la mujer dormida, sus grandes pechos subiendo y bajando acompasadamente. Detrás, proseguían los gruñidos.

Ese domingo, le pedí permiso al señor Ashok para ir al templo y me fui a la ciudad. Tomé un autobús a Qutub y desde allí un jeep-taxi hasta G.B. Road.

Ése es, señor primer ministro, el famoso «barrio rojo» (como dicen en inglés) de Delhi.

Una hora allí me liberaría de todos mis malos pensamientos. El semen, cuando se

retiene en las partes inferiores, provoca movimientos nocivos en los fluidos de la parte superior del cuerpo. Se trata de un hecho bien conocido en la Oscuridad.

Era las cinco en punto y todavía había luz, pero las mujeres estaban allí esperándome, como esperan a cualquiera a todas las horas del día.

Yo ya había estado en esas calles —como le he confesado—, pero esta vez era diferente. Las oía allá arriba, burlándose y lanzándome pullas desde las ventanas enrejadas de los burdeles, y no soportaba la idea de levantar la vista y mirarlas.

Junto a la puerta de un burdel, pintada de azul chillón, un vendedor de *paan* había instalado su tenderete y esparcía especias con un cuchillo entre las hojas húmedas que acababa de sacar de un cuenco de agua; ése es el primer paso en la preparación del *paan*. A su lado, en el reducido rectángulo del tenderete había otro hombre que hervía leche en un cazo sobre la llama sibilante de un hornillo.

—¿Qué te pasa? Mira a las mujeres.

El chulo, un tipo bajo con una gran nariz cubierta de verrugas rojas, me había sujetado de la muñeca.

—Tienes aspecto de poder permitirte una chica extranjera. Toma una nepalí. ¿No son preciosas? ¡Míralas, hijo!

Me agarró de la barbilla —quizá me tomaba por un chico vergonzoso y virgen, que hacía su primera expedición allí— y me obligó a levantar la vista.

Las nepalíes, detrás de sus ventanas enrejadas, eran realmente muy atractivas: con la piel muy clara y esos ojos achinados que nos vuelven locos a los indios. Me saqué la mano del chulo de la cara.

—¡Toma alguna! ¡Tómalas todas! ¿O es que no eres lo bastante hombre?

Normalmente, habría bastado con eso para que yo irrumpiera en uno de los burdeles pidiendo sangre.

Pero lo más animal de un hombre puede ser a veces lo mejor de él. A mí, de cintura para abajo, no me pasaba nada.

«Son como loros en una jaula. Sería como un animal rollándose a otro animal».

—Masca un poco de *paan*. ¡Te ayudará sí tienes problemas para que se te levante! —me dijo a gritos el hombre del tenderete, mostrándome una hoja de *paan* fresca y húmeda, y agitándola de tal modo que las gotas me salpicaron en la cara.

—Bebe leche caliente. ¡Eso también ayuda! —me gritó el hombrecillo que estaba a sus pies con el cazo en el hornillo.

Miré la leche. Estaba hirviendo y se había derramado por los lados de acero inoxidable; el hombrecillo sonrió mientras provocaba con una cuchara a la leche hirviendo, que se volvía más y más espumosa y silbaba de indignación.

Me eché sobre el vendedor de *paan* y lo derribé de su puesto, con lo que esparcí sus hojas y derramé el agua del cuenco. Le aticé una patada en la cara al hombrecillo. Llegaban gritos desde arriba; los chulos corrían hacia mí. Me abrí paso a patadas y

empujones para salvar el pellejo y salí corriendo.

G.B. Road se halla en la Vieja Delhi, un sector de la ciudad sobre el que me gustaría decir algo más. Recuerde, señor primer ministro, que Delhi es la capital no de uno, sino de dos países: las dos Indias. La Luz y la Oscuridad desembocan en Delhi. Gurgaon, donde vivía el señor Ashok, es la parte más moderna y brillante de la ciudad, mientras que la Vieja Delhi representa el extremo opuesto y está llena de cosas que el mundo moderno ha olvidado por completo: rickshaws, antiguos edificios de piedra, musulmanes. En domingo, sin embargo, hay algo más: si se abre paso usted entre la multitud que hay siempre allí, si deja atrás a esos hombres que les limpian a otros las orejas con una varilla de metal oxidado, si deja atrás a los que venden pescaditos metidos en botellas verdes llenas de agua salada, si pasa de largo frente al mercadillo de zapatos de saldo y luego frente al mercadillo de camisas de saldo, llegará usted al gran mercadillo de libros de segunda mano de Darya Ganj.

Quizás haya oído usted hablar de este mercadillo, señor, ya que es una de las maravillas del mundo. Decenas de miles de libros sucios y ennegrecidos, casi podridos, sobre cualquier tema que se le ocurra —tecnología, medicina, placer sexual, filosofía, educación, países extranjeros— se amontonan por las aceras a partir de Delhi Gate: todo el trayecto hasta que llega usted al mercadillo frente al Fuerte Rojo. Algunos libros son tan viejos que se desmenuzan en cuanto los tocas; otros tienen pececillos de plata correteando y dándose un festín. Algunos dan la impresión de haber sido rescatados de una inundación o de un incendio. La mayor parte de las tiendas están cerradas los domingos. Pero los restaurantes siguen abiertos y el olor a fritanga se mezcla con el olor a papel enmohecido. En los restaurantes se ven ventiladores oxidados que giran exhaustos como si fueran las alas de polillas gigantescas.

Me colé entre los libros y respiré hondo. Aquello era como oxígeno después del hedor a burdel.

Había una espesa masa de compradores que discutían los precios con los libreros y yo me hice pasar por uno de ellos. Me deslizaba entre los libros, cogía alguno y lo ojeaba un poco —flip, flip, flip— hasta que el vendedor me gritaba:

—¿Vas a comprarlo o piensas leerlo gratis?

—Éste no es bueno —decía yo entonces, dejando el libro, y me iba al siguiente puesto. Allí cogía otro y... flip, flip, flip. Sin pagar una sola rupia, hojeando libros gratis, me pasé toda la tarde entretenido a costa de los libreros.

Algunos libros estaban en urdu, la lengua de los musulmanes, que no consiste más que en garabatos y puntos, como si un cuervo hubiese humedecido sus patas en tinta negra y hubiera pisoteado la página.

Yo me había puesto a hojear uno de estos libros cuando un librero me dijo:

—¿Sabes leer urdu?

Era un viejo musulmán, con una cara negra como el carbón, perlada de sudor (igual que una hoja de begonia después de la lluvia), y con una larga barba blanca.

—Y tú, ¿sabes leer urdu? —le respondí.

Él abrió el libro, se aclaró la garganta y leyó:

—«Buscaste la llave durante años». ¿Lo has entendido? —Me miró con la frente fruncida.

—Sí, hermano musulmán.

—Cierra el pico, mentiroso. Y escucha.

Volvió a aclararse la garganta.

—«Buscaste la llave durante años. / Pero la puerta había estado siempre abierta».

Cerró el libro.

—Esto se llama poesía. Y ahora lárgate.

—Por favor, hermano musulmán —supliqué—. No soy más que el hijo de un conductor de rickshaw de la Oscuridad. Háblame de la poesía. ¿Quién escribió ese poema?

Él meneó la cabeza, pero yo continué halagándolo y diciéndole lo hermosa que era su barba, lo limpia que era su piel (¡ja!) y lo obvio que resultaba por su nariz y su frente que él no era un porquero cualquiera convertido a la fe, sino un fiel musulmán que había llegado volando con su alfombra mágica desde la Meca... Él gruñó de satisfacción. Me leyó otro poema, y otro más, y me explicó la verdadera historia de la poesía, que es una especie de secreto, una magia sólo conocida por los hombres más sabios. Señor primer ministro, no diré nada nuevo sí digo que la historia del mundo es la historia de una guerra psicológica de diez mil años entre los pobres y los ricos. Cada bando intenta eternamente engañar al contrario. Y así ha sido desde el principio de los tiempos.

Los pobres ganan algunas batallas (se mean en las macetas, les dan patadas a las mascotas, etc.), pero los ricos, por supuesto, llevan diez mil años ganando la guerra. Por ello, algunos sabios, movidos por la compasión hacia los pobres, decidieron un día dejarles una serie de signos y símbolos en poemas que hablan en apariencia de rosas, de hermosas doncellas y de cosas parecidas, pero que —correctamente entendidos— entrañan secretos que permitirían al hombre más pobre de la Tierra concluir esa vieja guerra psicológica de diez mil años de un modo favorable para él. De estos sabios poetas, los cuatro más grandes fueron Rumi, Iqbal, Mirza Ghalib y otro cuyo nombre me dijeron pero que he olvidado.

(¿Quién era el cuarto poeta? Me vuelve loco no poder recordar su nombre. Si lo sabe usted, envíeme un e-mail).

—Hermano musulmán, quiero hacerte otra pregunta.

—¿Es que tengo cara de maestro de escuela? Deja de hacerme preguntas.

—La última, te lo prometo. Dime, hermano, ¿es posible que un hombre se esfume

sin dejar rastro mediante la poesía?

—¿Qué quieres decir? ¿Como el que desaparece usando magia negra? —Me miró fijamente—. Sí, es posible. Hay libros sobre eso. ¿Quieres comprar uno?

—No, no me refiero a desaparecer de esa manera. Quiero decir si un hombre puede...

El librero entornó los ojos. Las gotas de sudor se habían vuelto más gruesas en su frente amplia y oscura.

Le sonreí.

—Olvida que te lo he preguntado, hermano.

Y entonces me prometí no volver a hablar nunca más con aquel viejo. Ya sabía demasiado.

Los ojos me ardían de tanto forzar la vista mirando libros. Debería haberme encaminado otra vez hacia Delhi Gate para tomar un autobús. Tenía un gusto repulsivo en la boca, como si hubiese inhalado demasiado polvo de papel mohoso. Surgen en tu corazón extraños pensamientos cuando pasas demasiado tiempo rodeado de libros viejos.

Pero en vez de volver atrás para tomar el autobús, me interné aún más en la Vieja Delhi. No sabía adonde me dirigía. Todo se volvió silencioso en cuanto abandoné la calle principal. Vi a varios hombres fumando, sentados en un charpoy, y a otros tirados en el suelo, durmiendo. Había águilas sobrevolando las casas. Entonces el viento me lanzó a la cara una tremenda vaharada a búfalo.

Todo el mundo sabe que hay un barrio de carniceros en alguna parte de la Vieja Delhi, pero no hay muchos que lo hayan visto con sus propios ojos. Es una de las maravillas de la ciudad vieja: una hilera de cobertizos abiertos en cuyo interior se ven búfalos enormes, con el culo hacia fuera, que espantan a las moscas balanceando la cola como un limpiaparabrisas y que tienen las patas hundidas en inmensas pirámides de mierda. Permanecí allí un buen rato, aspirando el olor de sus cuerpos. ¡Hacía tanto que no había olido a búfalo! Expulsé de mis pulmones todo el horrible aire de la ciudad.

Un traqueteo de ruedas de madera. Vi a un búfalo que bajaba por la calle tirando de un carro enorme. No había ningún hombre subido encima con un látigo; el búfalo sabía adonde tenía que ir. Y avanzaba calle abajo. Me quedé a un lado y, cuando pasó, vi que el carro estaba lleno de caras de búfalos muertos; de caras, he dicho (aunque debería decir de cráneos), desprovistas incluso de piel, salvo por un trocito negro que tenían todas en la punta del hocico, de donde surgían aún los pelos de la nariz como si fuesen el último pedazo desafiante de la personalidad del búfalo muerto. El resto de las caras había desaparecido. Incluso les habían arrancado los ojos.

Y el búfalo vivo seguía adelante, sin amo, llevando su cargamento de muerte al sitio adonde él sabía que debía llevarlo.

Caminé un trecho junto a aquel pobre animal, mirando fijamente las caras muertas y desolladas de los búfalos. Y entonces, Excelencia, ocurrió la cosa más extraña del mundo: le juro que el búfalo que tiraba del carro volvió su rostro hacia mí y me dijo con una voz no muy distinta de la de mi padre:

—A tu hermano Kishan lo mataron a palos. ¿Contento?

Era como vivir esos minutos de una pesadilla justo antes de despertarte; sabes que es un sueño, pero todavía no consigues despertar.

—Tu tía Lutte fue violada y apaleada hasta morir. ¿Contento? A tu abuela Kusum la mataron a patadas. ¿Contento?

El búfalo me miraba con furia.

—¡Avergüénzate! —me dijo, y luego fue como si diera un paso gigantesco y el carro pasó de largo lleno de caras muertas y desolladas, que en ese momento me parecieron las caras de mi propia familia.

A la mañana siguiente, el señor Ashok subió al coche, muy sonriente, con el maletín rojo en la mano. Cerró con un sonoro portazo.

Miré al ogro y tragué saliva.

—Señor...

—¿Qué pasa, Balram?

—Señor, hay algo que quería decirle hace tiempo. —Retiré los dedos de la llave. Juro que estuve a punto de hacer una confesión completa allí mismo... Lo hubiese hecho si él hubiese pronunciado la palabra adecuada..., si me hubiese tocado el hombro como es debido.

Pero no me miraba. Estaba ocupado con su teléfono móvil y sus malditos botones. Bip, bip, bip.

¡Tener a un loco intoxicado con ideas de sangre y robo a sólo unos centímetros de ti, y no saberlo ni tener un indicio siquiera! ¡Qué ciegos podéis llegar a estar! Vivís instalados en edificios de cristal, habláis noche tras noche por teléfono con americanos que se hallan a miles de kilómetros de distancia... y, sin embargo, ¡no tenéis la menor idea de lo que le pasa al hombre que conduce vuestro coche!

«¿Qué ocurre, Balram?».

«Nada, señor, ¡que tengo ganas de aplastarle el cráneo!».

Él se inclinó hacia delante, me acercó los labios al oído. Yo estaba a punto de derretirme.

—Lo entiendo, Balram.

Cerré los ojos. Apenas podía hablar.

—¿De veras, señor? —Quieres casarte.

—Balram. Y necesitarás dinero, ¿verdad?

—No, señor. No hace falta.

—Espera, Balram. Déjame sacar la cartera. Tú eres un buen miembro de la familia. Nunca pides más. Sé que otros conductores no paran de pedir que les paguen las horas extras y el seguro. En cambio, tú nunca dices nada. Estás chapado a la antigua. Y eso me gusta. Nos ocuparemos de todos los gastos de la boda, Balram. Aquí tienes, Balram, aquí..., aquí...

Le vi sacar un billete de mil rupias; le vi guardárselo y sacar uno de quinientos, y volver a guardarlo y sacar uno de cien.

Me lo tendió.

—Doy por supuesto que irás a Laxmangarh a casarte, ¿no, Balram?

—...

—Quizá yo también vaya —dijo—. Me gusta mucho ese lugar. Quiero subir a ese fuerte esta vez. ¿Cuánto hace que fuimos allí, Balram? ¿Seis meses?

—Más, señor. —Conté los meses con los dedos—. Ocho meses.

Él también se puso a contar.

—Pues sí, tienes razón.

Doblé el billete de cien y me lo metí en el bolsillo de la camisa.

—Gracias, señor —dije, y giré la llave de arranque.

A la mañana siguiente, muy temprano, salí caminando de Buckingham B. Aunque era un edificio completamente nuevo, tenía ya una fuga en el alcantarillado y las aguas residuales habían formado una gran mancha de tierra oscura en el exterior del recinto; varios perros callejeros dormitaban sobre aquella franja húmeda. Una buena manera de refrescarse; había empezado el verano e incluso las noches resultaban pesadas.

Los tres chuchos parecían muy cómodos. Me acuclillé a su lado y los observé.

Puse el dedo en la tierra mojada. Tan fresca, tan tentadora.

Uno de los perros despertó, dio un bostezo y me enseñó los colmillos. Se incorporó de golpe. Los otros lo imitaron y empezaron a gruñir, a arañar el barro y mostrarme los dientes. Querían que saliera de su reino.

Les cedí las aguas fecales y me encaminé hacia los centros comerciales. Ninguno de ellos estaba abierto todavía. Me senté en la acera.

No sabía adonde ir.

Entonces vi unas marcas oscuras en el pavimento.

Huellas de patas.

Un animal había caminado sobre el hormigón antes de que se endureciera.

Me levanté y me puse a seguir el rastro. El espacio entre las huellas iba aumentando: el animal había echado a correr.

Caminé más deprisa.

Las huellas daban toda la vuelta a los centros comerciales; se internaban detrás de ellos y, finalmente, allí donde acababa el pavimento y empezaba la tierra desnuda,

desaparecían.

Tuve que detenerme, porque a un metro y medio de mí había una hilera de hombres acuclillados que formaban una línea recta casi perfecta. Estaban defecando.

Había llegado al barrio de chabolas.

Labios de Vitíligo me había hablado de aquel lugar: todos los trabajadores que construían los centros comerciales y las torres de apartamentos vivían aquí. Eran de un pueblo de la Oscuridad; no les gustaba que se acercaran extraños, salvo los que llegaban de noche con negocios entre manos. Aquellos hombres se habían puesto a defecar a cielo abierto como si constituyeran un muro defensivo del barrio: trazaban una línea que ningún ser humano respetable debía cruzar. El viento me traía el hedor de la mierda fresca.

Encontré un hueco en la barrera de defecadores. Ellos permanecieron agazapados como estatuas de piedra.

Esa gente construía casas para los ricos, pero vivía en tiendas cubiertas con lonas azules y separadas en callejuelas por zanjas de aguas residuales. Aquello era incluso peor que Laxmangarh. Avancé sorteando cristales rotos, alambres y fluorescentes machacados. El hedor a heces había cedido su lugar a un tufo aún más intenso a residuos industriales. El barrio terminaba en una cloaca a la intemperie; un riachuelo de agua negra, con burbujas y pequeños remolinos, se arrastraba perezosamente a unos pasos de mí. Había dos niños chapoteando en el agua.

Un billete de cien rupias planeó por el aire y cayó al riachuelo. Los niños lo miraron boquiabiertos y corrieron a atraparlo antes de que se lo llevase la corriente. Lo cogió uno de ellos y el otro empezó a pegarle; acabaron revolcándose los dos en el agua negra.

Volví a la línea de defecadores. Uno de ellos había terminado y se había ido; su posición quedó ocupada de inmediato.

Me acuclillé entre ellos y sonreí de oreja a oreja.

Unos pocos desviaron la vista enseguida: todavía eran seres humanos. Otros me miraban con una expresión vacía, como si la vergüenza les tuviera ya sin cuidado. Y entonces vi a un tipo negro y flaco que me devolvía la sonrisa como si se sintiera muy orgulloso de lo que estaba haciendo.

Me aproximé en cuclillas hasta que quedamos frente a frente. Yo sonreía de oreja a oreja. Él también. Empezó a reírse; yo lo imité y entonces todos los defecadores se echaron a reír.

—Nosotros nos ocuparemos de tus gastos de boda —grité.

—¡Nosotros nos ocuparemos de tus gastos de boda! —me respondió a gritos el tipo.

—¡Incluso nos follaremos a tu mujer, Balram!

—¡Incluso nos follaremos a tu mujer, Balram!

El tipo se puso reír de un modo tan violento que se cayó de morros mientras seguía riéndose y se quedó con el culo sucio vuelto hacia el cielo sucio de Delhi.

Mientras regresaba a casa, vi que los centros comerciales ya habían empezado a abrir. Me lavé la cara en el lavabo comunitario y me saqué de las manos toda la mugre del barrio de chabolas. Bajé al garaje, encontré una llave inglesa, ensayé un par de golpes para practicar y me la llevé a mi habitación. Un chico me esperaba junto a la cama, sujetando una carta entre los dientes mientras se abrochaba los pantalones. Se volvió al oírme y la carta se le escapó y cayó al suelo. A mí se me cayó la llave inglesa, al mismo tiempo.

—Me han enviado aquí. He tomado el autobús y el tren, he ido preguntando y he llegado por fin. —Parpadeó—. Me han dicho que has de cuidarme y convertirme en un conductor.

—¿Quién demonios eres tú?

—Dharam —dijo él—. Soy el cuarto hijo de tu tía Luttu. Me viste la última vez que pasaste por Laxmangarh. Yo llevaba una camisa roja. Me diste un beso aquí. — Se puso un dedo en lo alto de la cabeza.

Recogió la carta y me la alcanzó.

Querido nieto:

Ha pasado mucho tiempo desde que viniste a visitarnos, y todavía más tiempo, un total de once meses y dos días, desde que nos enviaste dinero por última vez. La ciudad ha corrompido tu alma y te ha vuelto egoísta, vanidoso y malvado Yo sabía desde el principio que esto sucedería, porque siempre fuiste un chico malévolo e insolente. En cuando podías, te ponías a mirarte en el espejo con los labios abiertos, y yo tenía que retorcerte las orejas para que hicieras cualquier tarea. Eres igual que tu madre. Es su carácter, y no el carácter dulce de tu padre, el que has heredado. Hasta ahora hemos soportado con paciencia nuestros sufrimientos, pero no vamos a seguir haciéndolo. Tienes que volver a mandarnos dinero. Si no, se lo diremos a tu amo. También hemos decidido empezar los preparativos de tu boda por nuestra cuenta; si te niegas a venir aquí, te enviaremos a la chica en autobús. Te digo estas cosas no para amenazarte, sino por el amor que te tengo. ¿No soy tu abuela, al fin y al cabo? ¡Cómo te llenaba la boca de dulces cuando eras niño! Es tu deber también ocuparte de Dharam; cuídalo como si fuese tu propio hijo. Cuida tu salud y recuerda que te estoy preparando deliciosos platos de pollo, que te enviaré por correo junto con la carta que le escribiré a tu amo. Tu abuela, que te quiere.*

KUSUM

Doblé la carta, me la metí en el bolsillo y luego le di una bofetada tan fuerte al

chico que retrocedió tambaleante, tropezó con la cama y se cayó encima, arrastrando el mosquitero.

—Levántate —le dije—. Te voy a pegar otra vez.

Recogí la llave inglesa, la alcé sobre su cabeza... y la tiré al suelo.

Al chico se le había puesto la cara azul; tenía el labio abierto y sangraba, y aún no había dicho, prácticamente, una palabra.

Me senté sobre el mosquitero y di unos sorbos a una botella de whisky ya mediada. Observé al chico.

Me había asomado al borde del precipicio. Había estado a punto de matar a mi amo. La llegada del chico me había salvado de un asesinato (y de pasarme toda la vida en la cárcel).

Aquella noche le dije al señor Ashok que mi familia me había enviado un ayudante que se encargaría de mantener limpio el coche; en vez de enfadarse por tener que alimentar otra boca, como habrían hecho la mayoría de amos, él me dijo:

—Es un chico muy guapo. Se parece a ti. ¿Qué le ha pasado en la cara?

Me volví hacia Dharam.

—Díselo.

Él parpadeó un par de veces. Se lo estaba pensando.

—Me caí del autobús.

Chico listo.

—Vete con cuidado de ahora en adelante —dijo el señor Ashok—. Estupendo, Balram. Ahora tendrás compañía.

Dharam era un chico tranquilo. No me pedía nada; dormía en el suelo, tal como yo le había dicho, y no se metía en mis asuntos. Como me sentía culpable, lo llevé al salón de té.

—¿Quién enseña ahora en la escuela, Dharam? ¿Todavía el señor Krishna?

—Sí, tío.

—¿Aún se queda con el dinero de los uniformes y de la comida?

—Sí, tío.

—Es un buen hombre.

—Fui cinco años a la escuela y luego la abuela Kusum dijo que ya estaba bien.

—Vamos a ver qué has aprendido en esos cinco años. ¿Te sabes la tabla del ocho?

—Sí, tío.

—Vamos allá.

—Ocho por uno es ocho.

—Eso es fácil. ¿Qué más?

—Ocho por dos, dieciséis.

—Espera. —Lo conté con los dedos para asegurarme de que había acertado—. Muy bien. Sigue.

—Pídeme un té, ¿quieres? —Labios de Vitíligo se sentó a mi lado y sonrió a Dharam.

—Pídetelo tú mismo —le dije.

Él hizo un mohín.

—¿Ésa es manera de hablarme, héroe de las clases bajas?

Dharam nos observaba con gran interés.

—Este chico —le dije— es de mi pueblo. De mi familia. Ahora estoy hablando con él.

—Ocho por tres, veinticuatro.

—Me da igual quién sea —dijo Labios de Vitíligo—. Pídeme un té, héroe de las clases bajas.

Me acercó la palma de la mano: cinco dedos. Lo cual significaba: «Quiero quinientas rupias».

—No tengo nada.

—Ocho por cuatro, treinta y dos.

Se pasó un dedo por el cuello sonriendo. O sea: «Tu amo se enterará de todo».

—¿Cómo te llamas, chico?

—Dharam.

—Bonito nombre. ¿Sabes lo que significa?

—Sí, señor.

—¿Y tu tío sabe lo que significa?

—Cierra el pico —dije yo.

Era la hora del día en la que limpiaban el salón de té. Uno de los arácnidos tiró un trapo húmedo al suelo y empezó a arrastrarse con él por el local. El trapo iba acumulando una rebaba de agua negruzca y apestosa. Hasta los ratones salían correteando. Los clientes de las mesas tampoco se libraban: el charco negro les salpicaba los pies al pasar.

Colillas de *bidis*^[13], envoltorios de plástico, billetes de autobús arrugados, trocitos de cebolla y ramitas de cilantro flotaban en aquella agua negra; el reflejo de una bombilla desnuda brillaba entre la escoria como una gema amarilla.

Mientras el charco pasaba a mi lado, una voz dijo en mi interior: «Pero tu corazón se ha vuelto aún más negro, Munna».

Esa noche Dharam se despertó al oír los chillidos. Se acercó al mosquitero.

—¿Qué pasa, tío?

—¡Enciende la luz, idiota! ¡Enciende la luz!

Obedeció y me vio paralizado en el interior de la red. Yo ni siquiera podía señalar aquella cosa con el dedo. Una gruesa lagartija había bajado por la pared y estaba sobre la cama.

Dharam empezó a sonreír.

—No bromeo, imbécil. ¡Sácamelo de la cama!

Él metió la cabeza bajo la red, agarró al bicho y lo aplastó con el pie.

—Tíralo en otra parte, más lejos. Fuera de la habitación. Fuera del edificio.

Observé su expresión desconcertada: «¡Asustado por una lagartija! ¡Un hombre hecho y derecho como mi tío!».

«Perfecto —pensé—. Nunca sospechará lo que estoy planeando».

Un instante después, mi sonrisa se evaporó.

¿Qué estaba planeando?

Empecé a sudar. Miré las huellas de la mano anónima que habían quedado impresas en el yeso de la pared.

Se oyó el golpeteo de un bastón. El vigilante de Buckingham B estaba haciendo su ronda. Cuando el golpeteo se desvaneció, no quedó un solo ruido en la habitación, salvo el crujido de las cucarachas revoloteando o mascando yeso. Incluso ellas debían de estar sudando. Apenas podía respirar. Justo cuando ya pensaba que no iba dormirme, empecé a recitar unos versos, una y otra vez.

*Me pasé años buscando la llave,
pero la puerta había estado siempre abierta.*

Luego me dormí.

Debería haber reparado en los símbolos impresos por las paredes, con aquellas dos manos rompiendo unos grilletes. Debería haberme parado a escuchar a los jóvenes con cintas rojas que gritaban desde los camiones. Pero había estado tan abrumado por mis propios problemas que no había advertido que algo muy importante estaba ocurriendo en mi país.

Dos días más tarde, llevé al señor Ashok y a la señorita Urna a Lodi Gardens. Él cada vez pasaba más tiempo con ella. El romance florecía. Yo empezaba a acostumbrarme a aquel perfume y ya no estornudaba cada vez que ella se movía.

—O sea, ¿que todavía no lo has hecho, Ashok? ¿Va a ser todo igual que la última vez?

—No es tan sencillo, Urna. Ya me he peleado una vez con Mukesh por tu causa. Me mantendré firme. Pero dame tiempo, tengo que superar el divorcio... Balram, ¿por qué has puesto la música tan alta?

—A mí me gusta así, es romántico. A lo mejor lo ha hecho a propósito.

—Óyeme, lo voy a hacer. Confía en mí. Es sólo... Balram, ¿por qué demonios no has bajado la música? Esta gente de la Oscuridad llega a ser tan estúpida a veces...

—Ya te lo dije, Ashok.

Bajó la voz y se puso a hablarle en inglés. Capté las palabras «repuesto», «chófer» y «local».

«¿Has pensado en buscarte uno de repuesto? ¿Un chófer local?».

Él masculló una respuesta.

No pude oírla. Pero no me hacía falta.

Miré por el espejo retrovisor; quería mirarlo de frente, de hombre a hombre. Pero él no me devolvió la mirada. No se atrevía a encararme.

Podría haber oído usted cómo me rechinaban los dientes en aquel momento, se lo aseguro. ¿Y yo creía que estaba haciendo planes para él? ¡Era él quien había hecho planes para mí! Los ricos siempre van un paso por delante, ¿no es cierto?

Pues esta vez no. Por cada paso que él diese, yo daría dos.

Afuera, en la calle, un vendedor ambulante se había sentado junto a una pirámide de cascos de moto envueltos en bolsas de plástico, que parecían un montón de cabezas cortadas.

Justo cuando estábamos a punto de llegar a los jardines vimos que la calle estaba bloqueada. Habían formado delante de nosotros una barrera de camiones llenos de hombres, que gritaban:

—¡Viva el Gran Socialista! ¡Viva la voz de los pobres de la India!

—¿Qué demonios ocurre?

—¿Es que no has visto las noticias, Ashok? Están anunciando los resultados.

—Joder —dijo—. Balram, saca ese disco de Enya y pon la radio.

Nada más encenderla, surgió la voz del Gran Socialista. Le estaban entrevistando.

—Las elecciones demuestran que los pobres no pueden ser ignorados. La Oscuridad no permanecerá callada. No tenemos agua en nuestros grifos, ¿y qué nos ofrecéis la gente de Delhi? Teléfonos móviles. ¿Un hombre sediento puede beberse un teléfono móvil? Las mujeres caminan kilómetros y kilómetros cada día para recoger un cubo de agua limpia...

—¿Pretende usted ser primer ministro de la India?

—No me haga esa clase de preguntas. Yo no tengo ambiciones personales. Sólo soy la voz de los pobres y de los que han sido privados del derecho a votar.

—Pero como es natural, señor...

—Déjeme añadir una cosa más. Lo único que he deseado siempre es una India en la cual cualquier chico de cualquier pueblo pueda soñar con ser primer ministro. Y como le iba diciendo, las mujeres tienen que...

Según decían en la radio, el partido gobernante había sufrido una derrota aplastante en las urnas. Una nueva coalición había tomado el poder. El partido del Gran Socialista se había llevado los votos de una gran parte de la Oscuridad y era uno de los integrantes de la coalición. Mientras regresábamos a Gurgaon, vimos hordas de seguidores suyos que llegaban desde la Oscuridad.

Circulaban por donde querían, hacían lo que les daba la gana y silbaban a las mujeres cuando les apetecía. Delhi había sido invadida.

El señor Ashok no me llamó durante el resto del día. Por la noche, bajó y me dijo que quería ir al hotel Imperial. No paraba de hablar con el móvil, de pulsar botones, de hacer llamadas y hablar a gritos:

—Estamos jodidos, Urna. Del todo. Por eso odio este negocio. Porque estamos a merced de estos...

—A mí no me grites, Mukesh. Fuiste tú el que me dijo que las elecciones estaban decididas. ¡Sí, tú! ¡Y ahora ya no vamos a librarnos nunca de este maldito embrollo de los impuestos!

—¡Sí, estoy en ello, padre! ¡Voy a verle ahora mismo en el Imperial!

Aún seguía al teléfono cuando lo dejé en la puerta del hotel Imperial. Pasaron cuarenta y dos minutos; entonces salió con dos hombres. Se inclinó hacia la ventanilla y me dijo:

—Haz lo que ellos quieran, Balram. Yo tomaré un taxi desde aquí. Cuando terminen, trae el coche a Buckingham.

—Sí, señor.

Los dos hombres le dieron unas palmadas; el señor Ashok les hizo una reverencia y les abrió él mismo las puertas. Si les estaba besando el culo así, tenían que ser políticos.

Subieron los dos. A mí se me aceleró bruscamente el corazón. El de la derecha era el héroe de mi niñez: Vijay, el hijo del porquero convertido en revisor de autobús y luego en político de Laxmangarh. Había cambiado de uniforme otra vez: ahora llevaba el traje impecable y la corbata de un moderno hombre de negocios.

Me ordenó que los llevara hacia Ashoka Road.

—Por fin me ha dado su coche, el hijo de perra —dijo, volviéndose hacia su compañero.

El otro dio un gruñido, bajó la ventanilla y escupió.

—Sabe que ahora ha de demostrarnos un poco de respeto.

Vijay soltó una risita. Luego levantó la voz.

—¿Tienes algo de beber en el coche, hijo?

Me volví. Tenía gruesas pepitas de oro incrustadas en sus muelas podridas.

—Sí, señor.

—A ver.

Abrí la guantera y le alcancé la botella.

—Buen material. Johnnie Walker Etiqueta Negra. ¿Tienes copas también?

—Sí, señor.

—¿Hielo?

—No, señor.

—Está bien. Vamos a beberlo así. Sírvenos una copa, hijo.

Obedecí mientras seguía conduciendo el Honda City con la mano izquierda. Ellos se tragaron el whisky como si fuese limonada.

—Si no lo tuviera listo, avísame. Le enviaré unos cuantos chicos para que tengan una charla con él.

—No, no te preocupes. Su padre siempre acaba pagando. Este chico ha estado en América y tiene la cabeza llena de idioteces, Pero acabará pagando también.

—¿Cuánto?

—Siete. Estaba a punto de dejarlo en cinco, pero el hijo de perra me ha ofrecido seis, es algo corto de mollera, y entonces yo he dicho siete y ha aceptado. Le he explicado que si no paga, los vamos a dejar bien jodidos: a él, a su padre, a su hermano y a todo el chanchullo que tienen montado con el carbón y la evasión de impuestos. Y ha empezado a sudar ahí mismo. Seguro que pagará.

—¿Seguro? Me encantaría mandarle a los chicos. Me encanta ver cómo le dan una buena paliza a un rico. Es mejor que una erección.

—Ya habrá otras ocasiones. Éste no vale la pena. Ha dicho que lo traerá el lunes. Lo haremos en el Sheraton. Hay un restaurante estupendo en el sótano. Un sitio tranquilo.

—Bien. Y de paso, que nos invite a cenar.

—Eso por supuesto. Tienen unos kebabs deliciosos.

Uno de los dos se puso a hacer gárgaras con el whisky, se lo tragó por fin, eructó y se sorbió los dientes.

—¿Sabes qué ha sido lo mejor de estas elecciones?

—¿Qué?

—Que nos hemos extendido hacia el sur. Incluso en Bangalore hemos puesto un pie. Y ya sabes que ése es el futuro.

—¿El sur? Tonterías.

—¿Cómo que no? Uno de cada tres edificios de oficinas se está construyendo en Bangalore. Es el futuro.

—A la mierda con eso. No me creo una palabra. El sur está lleno de tamiles. ¿Sabes quiénes son los tamiles? Negros. Nosotros descendemos de los arios que llegaron a la India. Nosotros los convertimos en nuestros esclavos. Y ahora quieren darnos lecciones. Negros.

—Hijo. —Vijay se echó hacia delante con su copa—. Sírveme otra.

Esa noche les serví todo lo que quedaba de la botella.

Hacia las tres de la madrugada, crucé otra vez la ciudad hasta el bloque de apartamentos de Gurgaon, Tenía el corazón tan acelerado que no quise abandonar el coche de inmediato. Lo limpié y lo restregué entero tres veces.

La botella estaba tirada en la alfombrilla. Johnnie Walker Etiqueta Negra: incluso

vacía tiene bastante valor en el mercado negro. La recogí y me encaminé hacia el dormitorio de los criados.

A Labios de Vitíligo no le importaría que lo despertasen por una Johnnie Walker Etiqueta Negra.

Caminé haciendo girar la botella con la muñeca, sopesándola al mismo tiempo. Incluso vacía, no era tan ligera.

Sentí que mis pies se ralentizaban y que la botella daba vueltas más y más rápidas.

«Me pasé años buscando la llave...».

El estrépito de la botella al romperse reverberó por todo el garaje vacío. El sonido debió de llegar hasta el vestíbulo y rebotar por todas las plantas del edificio, incluida la trece.

Esperé unos minutos, creyendo que bajaría alguien corriendo.

Nadie. Estaba a salvo.

Sostuve lo que quedaba de la botella contra la luz. Puntas largas y crueles como garras.

Perfecto.

Reuní con el pie los trozos rotos esparcidos por el suelo y los amontoné a un lado. Me limpié la sangre de la mano, fui a buscar una escoba y barrí bien hasta dejarlo todo limpio. Luego me puse de rodillas y busqué alrededor por si me había dejado algún trozo. El garaje se llenó con los ecos de la línea de un poema, repetida una y otra vez:

«Pero la puerta había estado siempre abierta».

Dharam dormía en el suelo. Las cucarachas trepaban por su cabeza. Lo sacudí y le dije:

—Échate dentro del mosquitero.

Se metió, adormilado, y yo me tiré en el suelo desafiando a las cucarachas. Aún tenía un poco de sangre en la palma de la mano; se me habían formado en la piel tres pequeñas gotas rojas, que parecían una hilera de mariquitas sobre una hoja. Me dormí chupándome la mano como un chico.

El señor Ashok no quiso que lo llevara a ninguna parte el domingo por la mañana. Lavé los platos en la cocina, limpié la nevera y le dije:

—Me gustaría tomarme la mañana libre; señor.

—¿Por qué? —preguntó, bajando un poco el periódico—. Nunca me habías pedido una mañana entera libre. ¿Adónde vas?

«Y tú nunca me habías preguntado adónde iba cuando salía. ¿En qué te ha convertido esa señorita Urna?».

—Quiero pasar un rato con el chico, señor. En el zoo. He pensado que le gustará ver todos esos animales.

Él sonrió.

—Eres un buen hombre de familia, Balram, Ve y diviértete con el chico. —Y se puso a leer otra vez el periódico. Pero yo capté un brillo astuto en sus ojos antes de que se concentraran de nuevo en la letra impresa en inglés.

En cuanto salimos de Buckingham Towers Bloque B, le dije a Dharam que me esperase, volví atrás y me puse a vigilar la entrada del edificio. Al cabo de media hora, vi en el vestíbulo al señor Ashok. Un hombre bajo de tez oscura —un criado— había ido a verlo. Charlaron un rato y luego el hombre le hizo una reverencia y se fue. Tenían el aspecto de dos personas que acaban de cerrar un trato.

Volví a donde me esperaba Dharam.

—¡Vamos!

Tomamos el autobús hacia el Fuerte Viejo, que es donde se encuentra el Zoo Nacional. Mantuve todo el rato la mano sobre la cabeza de Dharam; él debió de tomárselo como un gesto afectuoso, pero era sólo para que la mano me dejase de temblar; me llevaba temblando toda la mañana, como la cola cortada de un lagarto.

El primer golpe lo daría yo. Todo estaba listo; nada podía fallar. Pero, como ya le he dicho, no soy un hombre valiente.

El autobús estaba abarrotado y tuvimos que permanecer de pie durante todo el trayecto. Sudábamos como cerdos. Se me había olvidado ya lo que era un autobús en verano. En un semáforo, se detuvo un Mercedes-Benz al lado del autobús. Tras la ventanilla, desde el refrescante interior de su huevo cerrado, el chófer nos sonrió. Tenía los dientes rojos.

Había una cola muy larga frente a la taquilla del zoo. Montones de familias que querían entrar, cosa que podía entender. Lo que me dejaba perplejo, en cambio, era la cantidad de parejas jóvenes que iban al zoo cogidas de la mano, soltando risitas, pellizcándose y echándose miraditas, como si aquél fuese un lugar romántico. Eso no tenía ningún sentido para mí.

Cada día, señor primer ministro, llegan miles de turistas a mi país con fines espirituales. Van al Himalaya, a Benarés, a Bodh Gaya. Adoptan extrañas posturas de yoga, fuman hachís, se follan a un sadhu o dos y creen que ya se han iluminado.

¡Ja!

Si ésa es la iluminación que habéis venido a buscar a la India, olvidaos del Ganges, olvidaos de los centros de espiritualidad: id directamente al Zoo Nacional, en el centro de Nueva Delhi.

Sobre las palmeras que había en mitad de un lago artificial, Dharam y yo vimos a varias cigüeñas de pico dorado que se lanzaban en picado al agua verde. Tenían trazos rosados en el plumaje de sus alas. En segundo término, se veían los muros derruidos del Fuerte Viejo.

Iqbal, aquel gran poeta, tenía razón. En cuanto reconoces lo que hay de hermoso

en este mundo, dejas de ser un esclavo. ¡Al cuerno los naxalitas y sus fusiles traídos de China! Bastaría con enseñar a pintar a cada niño pobre: ése sería el final de los ricos en la India.

Me ocupé de que Dharam se fijara en el hermoso contorno de las ruinas del fuerte, en su ascenso y su caída, en el cielo azul que llenaba sus troneras y en el resplandor de aquellas viejas piedras al sol.

Caminamos durante media hora de jaula enjaula. El león y la leona estaban separados y no se hablaban, como una auténtica pareja de ciudad. El hipopótamo yacía en una enorme charca llena de lodo. Dharam quería hacer como los demás: tirarle una piedra al animal para que se moviera; pero yo le dije que eso sería una crueldad. Los hipopótamos se tumban en el lodo y no hacen nada. Está en su naturaleza.

Que los animales vivan como animales. Que los humanos vivan como humanos. Ésa es toda mi filosofía en una sola frase.

Le dije a Dharam que ya era hora de irse, pero él hacía muecas y me suplicaba.

—Cinco minutos, tío.

—Está bien, cinco minutos.

Llegamos a un recinto con barras de bambú y allí —entrevisto entre las barras mientras iba y venía de un lado a otro, siempre en línea recta— vimos un tigre.

No cualquier clase de tigre.

La criatura que sólo una vez en cada generación aparece en la jungla.

Lo observé caminar tras las barras de bambú. Las rayas negras y el pelaje blanco iluminado por el sol resplandecían entre los postes oscuros. Era como mirar a cámara lenta la cinta de una vieja película en blanco y negro. Recorría siempre la misma línea, una y otra vez; de una punta del recinto a la otra, donde se daba la vuelta y seguía, exactamente al mismo paso, como impulsado por un hechizo.

Caminando de esa manera, se hipnotizaba a sí mismo. Era el único modo que tenía de soportar aquella jaula.

De repente, dejó de moverse tras las barras de bambú. El tigre volvió su cara hacia la mía. Nuestros ojos se encontraron, como se habían encontrado tan a menudo los ojos de mi amo con los míos en el retrovisor.

Y entonces el tigre desapareció.

Noté un hormigueo desde la base de la columna hasta la ingle. Empezaron a temblarme las rodillas; me sentía ligero. Alguien dio un grito muy cerca.

—¡Tiene los ojos en blanco! ¡Se va a desmayar!

Traté de responderle a la chica:

—No es cierto, ¡no me estoy desmayando!

Intenté demostrarles a todos que me encontraba bien, pero las piernas me tallaban. El suelo temblaba bajo mis pies. En su interior, algo se iba abriendo paso

hacia mí, Y entonces surgieron del barro unas garras y se me hundieron en la carne y me derribaron sobre la tierra oscura.

Mi último pensamiento, antes de que todo se volviera oscuro, fue que «ahora» comprendía los pellizcos y los arrebatos: ahora entendía por qué las parejas de enamorados venían al zoo.

Aquella noche, Dharam y yo nos sentamos en el suelo de mi habitación y desplegué ante él una hoja de color azul. Le puse un bolígrafo en las manos.

—Veamos si eres un buen escritor de cartas, Dharam. Quiero que le escribas a la abuela y le cuentes lo que ha pasado hoy en el zoo.

Él se puso a escribir lentamente con una letra muy bonita. Le habló de los hipopótamos, de los chimpancés y de los ciervos.

—Háblale del tigre.

Él vaciló; luego escribió: «Hemos visto un tigre en una jaula».

—Cuéntaselo todo.

Él me miró y escribió: «El tío Balram se ha desmayado frente a la jaula del tigre blanco».

—O mejor aún: te voy a dictar. Escribe.

Lo escribió todo durante diez minutos; tan rápido que al bolígrafo se le empezó a salir la tinta; se detuvo, limpió la punta con su pelo y prosiguió. Finalmente, leyó en voz alta lo que había escrito:

He pedido ayuda a la gente que había alrededor y hemos llevado al tío junto a un baniano. Alguien le ha tirado agua en la cara. La buena gente lo ha abofeteado con fuerza hasta que se ha despertado. Luego se han vuelto hacia mí y me han dicho: «Tu tío está delirando. Se está despidiendo de su abuela. Debe de creer que se va a morir aquí mismo». El tío ha abierto los ojos. «¿Estás bien, tío?», le he preguntado. Él me ha cogido de la mano y me ha dicho: «Perdón, perdón, perdón». Yo le he preguntado: «¿Perdón por qué?». Y él ha dicho: «No puedo vivir el resto de mi vida en una jaula, abuela. Lo siento». Hemos tomado el autobús hasta Gurgaon y hemos almorzado en un salón de té. Hacía mucho calor y hemos sudado muchísimo. Y eso es lo que ha pasado hoy.

—Ahora añade lo que tú quieras decirle y mañana se la envías en cuanto yo salga con el coche, pero no antes. ¿Me has entendido?

Estuvo lloviendo toda la mañana: una lluvia fina y persistente. Yo oía la lluvia, aunque no la veía. Fui al garaje, encendí una varilla de incienso en el Honda City,

limpié los asientos, limpié las pegatinas y le di al ogro un puñetazo en la boca. Tiré un bulto cerca del asiento del conductor. Cerré las puertas.

Retrocedí dos pasos y le hice una reverencia al Honda City con las palmas juntas.

Fui a ver qué estaba haciendo Dharam. Parecía sentirse solo. Le hice un barco de papel y lo pusimos a navegar en el reguero de la alcantarilla que había fuera del bloque.

Después del almuerzo, llamé a Dharam a mi habitación.

Le puse las manos en los hombros; lentamente, le di la vuelta hasta que quedó de espaldas. Tiré una rupia al suelo.

—Agáchate y recógela.

Obedeció mientras yo observaba. Dharam se peinaba como el señor Ashok, con la raya en medio. Si lo miraba desde arriba, había una línea blanca bien definida que cruzaba su cuero cabelludo y desembocaba en ese punto de la coronilla desde el cual irradia el pelo de un hombre.

—Ponte de pie.

Le di la vuelta otra vez y tiré la moneda de nuevo.

—Recógela una vez más.

Observé aquel punto.

Le indiqué que se sentara en un rincón y que no me quitara los ojos de encima; luego me metí bajo el mosquitero, doblé las piernas, cerré los ojos, coloqué las manos en las rodillas e inspiré.

No sé cuánto rato pasé sentado como el Buda, pero seguí así hasta que un criado gritó que me reclamaban en la entrada. Abrí los ojos. Dharam seguía en su rincón mirándome.

—Ven aquí —dije. Le di un abrazo y le puse diez rupias en el bolsillo. Las necesitaría.

—¡Balram, deprisa! ¡El timbre suena enloquecido!

Fui a buscar el coche, puse la llave y arranqué. El señor Ashok esperaba en la entrada con un paraguas y con su móvil. Estaba hablando por teléfono cuando subió y cerró de un portazo.

—Aún no puedo creerlo. La gente de este país tenía la oportunidad de volver a situar en el poder a un partido eficiente y, en cambio, ha votado a la pandilla de matones más monstruosa que puedas imaginarte. No nos merecemos... —Dejó un instante el teléfono y me dijo—: Primero a la ciudad, Balram. Ya te diré dónde. —Y enseguida reanudó su conversación.

Las calles estaban resbaladizas de agua y barro. Yo conducía despacio.

—... democracia parlamentaria, padre. Y por esa sencilla razón nunca nos pondremos al nivel de China.

La primera parada la hicimos en la ciudad, en uno de los bancos de costumbre.

Bajó con el maletín rojo; lo observé mientras entraba en la cabina y se ponía a pulsar los botones del cajero automático. Cuando regresó, noté que el peso del maletín sobre el asiento había aumentado. Fuimos de banco en banco y el peso del maletín rojo siguió creciendo. Yo sentía que aumentaba su presión en mis riñones, como si estuviese cargando con el señor Ashok y con su maletín no en un coche, sino tal como mi padre llevaba a sus clientes: en un rickshaw.

Setecientas mil rupias.

Lo suficiente para una casa. Para una moto. Para una pequeña tienda. Para una nueva vida.

«Mis» setecientas mil rupias.

—Ahora al Sheraton, Balram.

—Sí, señor.

Giré la llave, encendí el motor, puse primera. Arrancamos.

—Pon un poco de Sting, Balram. No muy alto.

—Sí, señor.

Puse el CD. Sonó la voz de Sting. El coche tomó velocidad. Al poco rato, pasamos junto a la famosa estatua de Gandhi guiando a sus seguidores desde la oscuridad hacia la luz.

Ahora la calle se fue vaciando. La lluvia seguía cayendo con suavidad. Si continuábamos por allí llegaríamos directamente al hotel: el más grande de todos en la capital de mi país, el sitio donde los jefes de Estado, como usted mismo, se alojan siempre cuando vienen de visita. Pero Delhi es una ciudad donde la civilización puede aparecer y desaparecer en cinco minutos. En aquel preciso momento no teníamos a uno y otro lado más que terrenos baldíos y basurales.

Vi por el retrovisor que él sólo tenía ojos para su teléfono móvil. El resplandor azul del aparato le iluminaba la cara. Sin levantar la vista, me preguntó:

—¿Qué pasa, Balram? ¿Por qué nos paramos?

Toqué las pegatinas magnéticas de la diosa Kali para que me dieran suerte y abrí la guantera. Allí estaba, la botella rota con sus garras de vidrio.

—Algo pasa con la rueda, señor. Deme un par de minutos.

Antes de que yo la tocara siquiera —lo juro—, la puerta del coche se abrió. Salí a la lluvia.

Había lodo negro y pegajoso por todas partes. Tras sortear unos charcos, fui a agazaparme junto a la rueda trasera izquierda, que quedaba oculta por el chasis del coche y no podía verse desde la calle. A un lado había una buena mata de arbustos y, más allá, un trecho de tierra baldía.

Nunca habías visto esta calle tan vacía. Podrías jurar que todo ha sido dispuesto especialmente para ti.

La única luz que se veía en el interior del coche era el resplandor azul de su

teléfono móvil. Di unos golpecitos con el dedo en su ventanilla. Él se volvió sin bajar el cristal.

—Hay un problema, señor —dije moviendo mucho los labios.

Él siguió sin bajar el cristal; ni mucho menos salió del coche. Estaba jugando con su móvil, apretando botones muy sonriente. Debía de estar mandándole un mensaje a la señorita Urna.

Mis labios, pegados al cristal mojado, dibujaron una sonrisa.

Él dejó un momento el teléfono. Ahora golpeé el cristal con el puño. Abrió la ventanilla por fin con una expresión de disgusto. Desde el interior del coche me llegó la voz suave de Sting.

—¿Qué ocurre, Balram?

—¿Podría bajar, señor? Hay un problema.

—¿Qué problema?

¡Su cuerpo se negaba a moverse! Sabía. Su cuerpo sabía, aunque su mente fuese demasiado estúpida para entenderlo.

—La rueda, señor. Voy a necesitar su ayuda. Se ha atascado en el lodo.

Justo en ese momento unos faros me iluminaron: un coche venía calle abajo. El corazón me dio un vuelco. Pero el coche pasó de largo, salpicándome agua en los pies.

Él puso la mano en la puerta; estaba a punto de bajarse, pero el instinto de supervivencia todavía lo retenía.

—Está lloviendo, Balram. ¿No tendríamos que pedir ayuda?

Se echó atrás y se apartó de la puerta.

—No, señor. Confíe en mí. Salga.

Continuaba retrayéndose: su cuerpo se mantenía lo más lejos que podía de mí. «Se me está escapando», pensé, y eso me obligó a hacer algo por lo que sabía que me odiaría a mí mismo, incluso años después. Realmente no quería hacerlo, no quería que pensara, ni siquiera en los dos o tres minutos que le quedaban de vida, que yo era de esa clase de chóferes: de los que recurren al chantaje con su amo. Pero no me dejaba elección.

—Me ha venido dando problemas desde aquella noche en la que fuimos al hotel de Jangpura.

Levantó la vista del móvil en el acto.

—Aquél con el gran neón en forma de «T». ¿Se acuerda, señor? Desde aquella noche, este coche no ha sido el mismo.

Despegó los labios y volvió a cerrarlos. Está pensando: «¿Es chantaje? ¿O sólo una alusión inocente al pasado?». No le des tiempo para pensar.

—Salga del coche, señor. Confíe en mí.

Tras dejar el móvil en el asiento, me obedeció. La luz azul del teléfono inundó el

interior del coche durante un segundo. Luego se apagó.

Él abrió la puerta más alejada de mí y salió por el lado de la calle. Me arrodillé y me escondí detrás del coche.

—Venga aquí, señor. Es el neumático de este lado.

Se acercó, mirando dónde ponía los pies sobre el lodo.

—Es éste, señor. Y vaya con cuidado, hay una botella rota en el suelo. —Había tanta basura en la cuneta que parecía del todo normal ver la botella allí.

—Espere, voy a tirarla más lejos. Éste es el neumático, señor. Haga el favor de echarle un vistazo.

Se acuclilló. Yo me alcé sobre él con la botella oculta a mi espalda.

Su cabeza era como una bola negra ahí abajo. Y en medio de la negrura, distinguí una delgada línea blanca de cuero cabelludo entre el pelo limpiamente dividido, que, como una raya pintada en la autopista, conducía a la coronilla: a ese punto del cráneo desde el cual irradia el pelo de un hombre.

La bola negra se movió; con una mueca en la cara y protegiéndose los ojos de la lluvia, levantó la vista hacia mí.

—Parece estar bien.

Me quedé inmóvil, como un chico pillado in fraganti por su profesor. Pensé: «Ese cerebro suyo de señor se ha dado cuenta. Se va a poner de pie y me va a pegar en la cara».

Pero ¿de qué sirve ganar una batalla cuando ni siquiera sabes que hay una guerra en marcha?

—Bueno, tú conoces mejor este coche que yo, Balram. Déjame echarle otro vistazo.

Y examinó otra vez el neumático. Volvió a surgir ante mí la negra autopista con aquellas rayas blancas que conducían a la coronilla.

—Sí que hay un problema, señor. Tendría que haberse buscado un repuesto hace tiempo.

—Está bien, Balram. —Tocó el neumático—. Pero realmente creo que podemos...

Arremetí con la botella. El vidrio se hincó en el hueso. Golpeé tres veces en plena coronilla hasta aplastar el cráneo y llegar al cerebro. Una buena botella, la de Johnnie Walker Etiqueta Negra; una botella muy dura. Su precio está justificado.

El cuerpo aturdido cayó en el lodo. Le salió de los labios un sonido sibilante, como el aire escapándose de un neumático.

Yo caí al suelo. Me temblaba la mano, la botella se me resbaló y tuve que recogerla con la mano izquierda. Aquella cosa de labios sibilantes se puso a gatas y empezó a moverse en círculo, como buscando a alguien que había de protegerla.

¿Por qué no lo amordacé y lo dejé aturdido y medio inconsciente entre los

arbustos, donde no habría sido capaz de hacer nada durante horas, mientras yo me daba a la fuga? Buena pregunta; he pensado en ella muchas noches, aquí, sentado frente a mi escritorio, mirando la araña del techo.

La primera respuesta posible es que podía recuperarse, quitarse la mordaza y llamar a la Policía. Así que tenía que matarlo.

La segunda respuesta posible es que su familia iba a hacerle a la mía cosas igualmente terribles: me estaba tomando mi revancha por adelantado.

Prefiero la segunda respuesta.

Puse un pie en la espalda de la cosa reptante y la aplasté contra el suelo. Me arrodillé, para situarme a la altura adecuada para lo que venía a continuación. Le di la vuelta al cuerpo, para que quedase de cara. Le clavé la rodilla en el pecho; le desabroché el botón del cuello y pasé la mano por las clavículas para localizar el punto exacto.

En Laxmangarh, cuando yo era niño y solía jugar con el cuerpo de mi padre, la zona de unión entre el pecho y el cuello, ese sitio donde todos los tendones y las venas sobresalen bajo la piel, era mi punto favorito. Cuando ponía el dedo allí, en el hueco de su cuello, lo tenía en mis manos: podía hacer que dejase de respirar simplemente apretando con un dedo.

El hijo del Cigüeña abrió los ojos: justo cuando le perforaba el cuello y su sangre empezaba a chorrear sobre mis ojos.

Me quedé cegado, me convertí en un hombre libre.

Cuando me saqué la sangre de los ojos, todo había terminado para el señor Ashok. La sangre le salía bastante deprisa del cuello. Creo que los musulmanes matan así a los pollos.

Aunque desde luego la tuberculosis es una manera mucho peor de irse, se lo aseguro.

Después de arrastrar el cuerpo hasta los arbustos, hundí las manos y la cara en un charco de agua y mugre. Recogí el bulto de ropa que había dejado a los pies de mi asiento —la camiseta de algodón blanca, aquella sin adornos ni dibujos, salvo una palabra en inglés— y me la puse.

Busqué la caja dorada de pañuelos y me sequé la cara y las manos. Saqué todas las pegatinas de la diosa y las arrojé sobre el cuerpo del señor Ashok: por si le servían de ayuda a su alma para ir al Cielo.

Subí al coche, giré la llave y apreté el acelerador para hacer con el Honda City — el mejor de los coches y el más fiel de los cómplices— un último trayecto. Como no había nadie más en el coche, tanteé con la mano izquierda para apagar la música de Sting. Enseguida me detuve y me relajé.

De ahora en adelante podría escuchar música tanto rato como quisiera.

En la estación de tren, tres minutos más tarde, las ruedas coloreadas de las

máquinas de la fortuna centelleaban. Me detuve frente a ellas, contemplando su resplandor y sus remolinos, y preguntándome: «¿Debería volver y llevarme a Dharam?».

Si lo dejaba allí, seguro que la Policía lo detendría en calidad de cómplice. Lo encerrarían en una celda con un puñado de tipos enloquecidos..., y ya sabe usted, señor, lo que les ocurre a los chicos cuando los meten en esa clase de antros.

Por otra parte, si hacía ahora todo el trayecto hasta Gurgaon, alguien podía descubrir el cadáver y, entonces, todo aquello (apreté con más fuerza el maletín) habría sido para nada.

Me acuclillé en el suelo de la estación, abrumado de dudas. Oí un chillido a mi izquierda y vi un cubo de plástico que se tambaleaba como si estuviera vivo; desde su interior, asomó un rostro negro y sonriente.

Era un crío, casi un bebé. Estaba entre un hombre y una mujer: dos vagabundos cubiertos de mugre, que miraban a lo lejos con expresión vacía. Entre sus padres exhaustos, aquel pequeñín se lo estaba pasando en grande jugando con el agua y salpicando a la gente.

—¡No lo hagas, pequeño! —le dije.

Él siguió salpicando y chillando de placer cada vez que me alcanzaba. Alcé la mano. Él se agachó en el interior del cubo y continuó disparando desde allí dentro.

Me llevé las manos a los bolsillos, busqué una moneda de una rupia (comprobé que no era de dos rupias) y la lancé rodando hacia el cubo.

Luego suspiré, me puse de pie, me maldije a mí mismo y salí de la estación.

Tu día de suerte, Dharam.

LA SÉPTIMA NOCHE

¿Está oyéndolo, señor Jiabao? Voy a subirle el volumen.

El ministro de Sanidad ha anunciado hoy mismo un plan para erradicar de Bangalore la malaria de aquí a final de año. En tal sentido, ha dado instrucciones a todos los funcionarios de la ciudad para que trabajen sin descanso hasta que la malaria sea un recuerdo del pasado. Se van a destinar cuarenta y cinco millones de rupias a la erradicación de la malaria.

En otro orden de cosas, el jefe del Gobierno local ha anunciado hoy un plan para eliminar en seis meses la malnutrición en Bangalore. El mandatario ha afirmado que a finales de año no habrá un solo niño hambriento en la ciudad. Todos los funcionarios —ha declarado— deben trabajar con perseverancia para lograr este objetivo. Se destinarán quinientos millones de rupias a erradicar la malnutrición.

En otro orden de cosas, el ministro de Finanzas ha declarado que el presupuesto de este año incluirá incentivos especiales para convertir nuestros pueblos en paraísos de la alta tecnología...

Éstas son las noticias que nos sirve All India Radio noche tras noche. Y mañana, al amanecer, también estarán en los periódicos. La gente se traga esta basura. Noche tras noche, día tras día. Asombroso, ¿no?

Pero basta de radio. Ya la he apagado. Ahora permítame que me concentre en mi araña para inspirarme.

¡Wen!

¡Viejo amigo!

Esta noche pondremos fin a este relato glorioso. Mientras hacía mis ejercicios de yoga esta mañana —en efecto, me levanto a las once de la mañana y me pongo a hacer yoga una hora—, he empezado a pensar en el curso del relato y me he dado cuenta de que casi he terminado. Lo único que me queda por contarle es cómo dejé de ser un criminal fugitivo para convertirme en un sólido pilar de la sociedad de Bangalore.

Dicho sea de paso, señor, mientras aún estamos con el tema del yoga: una hora de respiración profunda, de yoga y de meditación matinal constituye el comienzo perfecto para un empresario. No sé cómo me las arreglaría sin el yoga para superar las tensiones de este puto negocio. Le sugiero que ponga el yoga como asignatura obligatoria en todas las escuelas de China.

Pero volvamos a mi historia.

Primero quiero explicarle una cosa sobre la vida de un fugitivo. Huir de la Policía no implica morirse de miedo todo el rato. Un fugitivo también tiene sus momentos de

diversión.

Aquella noche en la que barrí en el garaje los trozos de la botella de Johnnie Walker, planeé cómo me dirigiría a Bangalore. No lo haría con un tren directo, no. Alguien podría verme entonces la Policía sabría adonde había ido. No, lo que haría sería saltar de un tren a otro y dirigirme a Bangalore en zigzag.

Aunque mis previsiones iniciales se fueron al garete cuando tuve que ir a buscar a Dharam... Me lo encontré durmiendo bajo el mosquitero; lo desperté y le dije que nos íbamos al sur de vacaciones. Me lo llevé casi a rastras. Me resultaba un poco complicado sostener el maletín con una mano y llevar a Dharam con la otra (una estación es un lugar peligroso para un chico, ¿sabe?, hay muchos tipos sospechosos circulando por allí). Pero, con todo, seguí mi pían y empecé a desplazarme en zigzag hacia el sur.

Al tercer día de andar viajando de esta manera, me hallaba en la estación de Hyderabad, con el maletín rojo bien sujeto, haciendo cola en el bar para tomarme una taza de té antes de que saliera mi tren (Dharam me guardaba el sitio en el vagón). Había una lagartija justo encima del mostrador y yo la observaba preocupado, con la esperanza de que se largase antes de que llegara mi turno.

La lagartija giró a la izquierda, se deslizó por un gran pedazo de papel pegado a la pared, se quedó inmóvil un instante y luego salió disparada.

Aquel pedazo de papel era un póster de la Policía. Mi póster. Ya había llegado allí. Yo lo miré con una sonrisa de orgullo.

La sonrisa me duró sólo un segundo. Por alguna extraña razón (para que vea usted de qué modo tan chapucero se hacen las cosas en la India), habían grapado mi póster con otro distinto: uno de dos tipos de Cachemira, dos terroristas buscados por poner alguna bomba.

Cualquiera habría dicho, mirando aquellos carteles, que yo también era un terrorista. ¡Menuda rabia!

Me di cuenta entonces de que me observaban. Un tipo con las manos en la espalda miraba el póster y luego me miraba a mí con atención. Me puse a temblar. Empecé a alejarme, pero ya era demasiado tarde. En cuanto me vio moverme, corrió hacia mí, me agarró de la muñeca y me miró a la cara.

—¿Qué dice ese póster que estabas leyendo?

—Léelo tú.

Ahora entendía por qué había venido corriendo. Era la desesperación de un analfabeto que trata de reclamar la atención de un hombre educado. Por su acento, me di cuenta de que también él era de la Oscuridad.

—Es la lista de fugitivos de esta semana —le dije—. Estos dos son terroristas. De Cachemira.

—¿Qué han hecho?

—Volaron una escuela. Mataron a ocho niños.

—¿Y éste? El del bigote —dijo dando unos golpecitos a mi foto con los nudillos.

—Es el tipo que los atrapó.

—¿Cómo lo hizo?

Para dar la impresión de que leía el texto impreso, entorné los ojos mientras movía los labios frente a los dos carteles.

—Este tipo es un chófer. Aquí dice que estaba en su coche y que los dos terroristas se le acercaron.

—¿Y?

—Dice que él fingió no saber que eran terroristas y que los llevó en su coche a dar una vuelta por Delhi. Luego se detuvo en un lugar oscuro, los golpeó con una botella y les cortó el cuello con ella. —Les rebanó el cuello a los dos con el pulgar.

—¿Qué clase de botella?

—Una de licor inglés. Suelen ser muy sólidas.

—Ya —dijo él—. Yo iba a la licorería inglesa todos los viernes a comprarle una botella a mi amo. A él le gustaba Smirfone.

—Smirnoff —le corregí, pero él no me escuchaba. Estaba examinando otra vez la foto del póster.

De repente, me puso una mano en el hombro.

—¿Sabes a quién se parece este tipo del póster?

—¿A quién? —dije yo.

Él sonrió de oreja a oreja.

—A mí.

Lo miré atentamente y luego examiné la foto.

—Es verdad —le dije, dándole una palmada en la espalda.

Ya se lo expliqué: aquélla podía ser perfectamente la cara de la mitad de los hombres de la India.

Me dio pena aquel pobre analfabeto cuando se me ocurrió pensar que acababa de sufrir lo que mi padre debía de haber sufrido en tantas estaciones de tren, es decir, que los extraños se mofaran de él y lo embaucaran, de manera que le pagué una taza de té antes de volver a mi tren.

Señor, yo no soy un político ni un parlamentario. Ninguno de esos hombres extraordinarios que pueden matar y seguir adelante como si nada. Una vez en Bangalore, necesité cuatro semanas para calmarme.

Durante esas cuatro semanas hice las mismas cosas una y otra vez. Salía a las ocho del hotel —un lugar pequeño y sórdido, cerca de la estación, en el que me había alojado tras pagar un depósito de quinientas rupias— y caminaba cuatro horas con el maletín lleno de dinero (no me atrevía a dejarlo en el hotel), hasta que volvía a

almorzar.

Dharam y yo comíamos juntos. Qué hacía él para entretenerse por las mañanas, no lo sé, pero se le veía de buen humor. Aquéllas eran las primeras vacaciones de su vida. Su sonrisa me levantaba el ánimo.

El almuerzo costaba cuatro rupias por cabeza. La comida está muy bien de precio en el sur. Aunque es una comida rara: verduras cortadas y servidas en un *curry* aguado. Después, yo me iba a la habitación y dormía. A las cuatro, bajaba y pedía un paquete de galletas Parle Milk y un té, porque todavía no sabía cómo había que tomar el café.

Tenía muchas ganas de probarlo. Los pobres del norte de este país toman té, mientras que los pobres en el sur toman café. No sé quién habrá decidido que las cosas sean así, pero así son. Aquélla era la primera vez que olía el café diariamente. Y me moría por probarlo. Pero antes de poder tomártelo, tenías que saber cómo tomarlo.

Había toda una etiqueta, un ritual asociado con el café, que a mí me fascinaba. Se servía en una taza sin asa y había que poner sólo cierta cantidad y sorberlo a determinada velocidad. Cómo debía servirse y cómo había que tomárselo, yo aún no lo sabía. Por el momento, me limitaba a observar.

Me costó una semana darme cuenta de que todo el mundo lo hacía de un modo diferente. Había quien llenaba toda la taza de una vez; había quien no usaba la taza para nada.

«Aquí todos son extranjeros —me dije—. Es la primera vez que toman café».

Ésa era otra de las ventajas de Bangalore. La ciudad estaba llena de extranjeros. Nadie se fijaría en otro más.

Me pasé cuatro semanas en aquel hotel junto a la estación sin hacer nada. Reconozco que tenía algunas dudas. ¿Debería haberme ido a Bombay? Pero la Policía habría pensado en eso enseguida: la gente en las películas siempre se va a Bombay después de matar a alguien, ¿no es cierto?

¡Calcuta! Tendría que haber ido allí.

Una mañana, Dharam me dijo:

—Tío, pareces muy deprimido. Salgamos a dar un paseo.

Caminamos por un parque en el que había borrachos tirados en los bancos, entre altas hierbas salvajes. Salimos a una ancha avenida; al otro lado, había un enorme edificio de piedra con un león dorado en lo alto.

—¿Qué edificio es ése, tío?

—No lo sé, Dharam. Debe de ser el sitio donde viven los ministros en Bangalore.

En el triángulo sobre la fachada, leí un eslogan:

EL TRABAJO DEL GOBIERNO ES EL TRABAJO DE DIOS

—Has sonreído, tío.

—Tienes razón, Dharam. He sonreído. Creo que nos lo vamos a pasar bien en Bangalore —le dije, guiñándole un ojo.

Dejé el hotel y alquilé un piso. Ahora tenía que ganarme la vida. Tenía que encontrar el modo de encajar en esta ciudad.

Intenté escuchar la voz de Bangalore, tal como había escuchado la de Delhi.

Bajé por Mahatma Gandhi Road y me senté en el Coffee Day, el que tiene mesas fuera. Llevaba un bolígrafo y un trozo de papel y escribía todo lo que oía a mi alrededor.

«He completado ese programa informático en dos minutos».

«Un americano me ha ofrecido cuatro mil dólares por mi nueva firma y yo le he dicho: “¡No es suficiente!”».

«¿Hewlett-Packard es mejor compañía que IBM?».

Por lo visto, todo en la ciudad se reducía a una sola cosa.

Subcontratación. Aquello significaba hacer cosas por teléfono y desde la India para los americanos. Todo salía de ahí: operaciones inmobiliarias, riqueza, poder, sexo. Tenía que sumarme de un modo u otro a aquel fenómeno.

Al día siguiente, tomé un autorickshaw hasta Electronics City. Encontré un baniano junto a la calle y me senté a su sombra. Permanecí allí, observando los edificios, hasta que se hizo de noche y empezaron a llegar los todoterrenos; y me quedé aún hasta las dos de la madrugada, cuando los todoterrenos empezaron a salir en estampida de los edificios.

Pensé: «Ya está. Así es como voy a encajar».

Permítame que se lo explique, Excelencia, Los hombres y las mujeres en Bangalore viven como los animales de un bosque. Duermen de día y trabajan de noche, hasta las dos, las tres, las cuatro o las cinco, depende, porque sus jefes están en la otra punta del mundo, en América. La gran pregunta es ésta: ¿cómo se las arreglan los chicos y las chicas —sobre todo, las chicas— para ir a última hora de la tarde de casa al trabajo y para volver luego a casa, a las tres de la mañana? No hay ningún sistema de autobuses nocturnos en Bangalore, ninguna red de ferrocarriles, como en Bombay. Y las chicas, de todos modos, tampoco estarían muy seguras en autobuses o en trenes. Los hombres de esta ciudad, con toda franqueza, son auténticos animales.

Ahí es donde interviene un empresario emprendedor.

El paso siguiente fue ir a un vendedor de Toyota Qualis de la ciudad y decirle con mi voz más seductora:

—Quiero conducir sus coches.

Él me miró perplejo.

Yo no podía creer que hubiese dicho aquello. Si has sido un criado, lo serás toda tu vida: el instinto permanece ahí, en tu interior, cerca de la base de tu columna. (Si

usted viniera a mi oficina, señor primer ministro, seguro que intentaría arrojarme a sus pies en el acto).

Me pellizqué la palma izquierda. Sonreí mientras la mantenía pellizcada y dije, ahora con una voz grave y ronca:

—Quiero «alquilar» sus coches.

La última etapa de la asombrosa historia de mi éxito, señor, consistió en dejar de ser un empresario social para convertirme en un empresario de negocios. Esa parte no fue nada fácil.

Los llamé a todos, uno tras otro: a todos los directivos de todas las compañías subcontratadas de Bangalore. ¿No necesitaban un servicio de taxi para llevar a sus empleados al trabajo por las noches? ¿No necesitaban un servicio de taxi para devolverlos a sus casas en plena madrugada?

Y usted ya sabe lo que me dijeron todos, claro.

Una mujer fue lo bastante amable como para explicármelo:

—Llega usted tarde. Todas las empresas de Bangalore tienen ya un servicio de taxi para llevar y traer a sus empleados por la noche. Lamento decírselo.

Era como volver a empezar en Dhanbad. Me deprimí. Me pasé un día entero en la cama.

«¿Qué haría el señor Ashok en mi lugar?», me pregunte.

Y entonces se me ocurrió. No estaba tan solo. ¡Tenía a alguien a mi lado! ¡Tenía a miles a mi lado!

Ya verá usted a mis amigos cuando visite Bangalore: tipos barrigones que se pasean con sus porras por Brigade Road, empujando y hostigando a los vendedores, sacándoles dinero.

Me refiero a la Policía, desde luego.

Al día siguiente pagué a un hombre para que me hiciera de traductor —usted sabe, sin duda, que la gente del norte y del sur de mi país habla lenguas diferentes— y me fui con él a la comisaría más cercana.

Llevaba mi maletín rojo. Actué como un hombre importante: me aseguré de que los policías se fijaran en el maletín —lo balanceaba todo el rato— y les di, además, una tarjeta que acababa de hacer imprimir.

Luego insistí en ver al mandamás, o sea, al inspector. Y por fin, me hicieron pasar a su despacho. El maletín rojo había logrado sus objetivos.

El mandamás se hallaba sentado ante un escritorio enorme y llevaba unas insignias relucientes sobre su uniforme caqui, y las marcas religiosas de color rojo en la frente. A su espalda, había retratos de dioses. Pero no el que yo andaba buscando.

Ah, sí, gracias a Dios, También había uno de Gandhi. En el rincón.

Con una gran sonrisa —y un *namaste*— le tendí el maletín rojo. Él lo abrió con cautela.

Le dije, a través del traductor:

—Señor, me gustaría ofrecerle una pequeña muestra de mi gratitud.

Es increíble, En cuanto enseñas el dinero, todo el mundo entiende tu idioma.

—¿Gratitud? ¿Por qué? —preguntó en hindi el inspector, mientras atisbaba guiñando un ojo el interior del maletín.

—Por todo el bien que va a hacerme, señor.

Él contó el dinero —diez mil rupias—, escuchó lo que yo deseaba y me pidió el doble. Le di un poco más y se quedó contento. Mi póster (el mismo que había visto en la estación), señor primer ministro, estaba allí delante, presidiendo nuestra negociación. Sí, el póster de busca y captura con aquella foto mía tan sucia.

Dos días más tarde, llamé a aquella mujer tan amable de la empresa de Internet que me había rechazado y me enteré de una cosa asombrosa. Su servicio de taxi había quedado desmantelado. Había habido una redada de la Policía y se había descubierto que la mayoría de los conductores no tenían permiso.

—Cuánto lo siento, señora —le dije—. Cuenta usted con toda mi solidaridad. Y le ofrezco, además, los servicios de mi empresa. Chóferes El Tigre blanco.

—¿Todos sus conductores tienen permiso?

—Por supuesto, señora. Puede llamar a la Policía y preguntar.

Ella lo hizo y luego volvió a llamarme. Supongo que en la Policía debieron de hablarle bien de mí. Y así fue como monté mi propia empresa.

En la primera época, yo era uno de los chóferes, pero luego lo dejé. En realidad, creo que nunca me ha gustado conducir, ¿sabe? Charlar es mucho más divertido. Ahora la compañía ha crecido y se ha convertido en una gran empresa. Tenemos dieciséis conductores que trabajan en distintos turnos con veintiséis vehículos. Sí, es cierto: unos cuantos miles de rupias de dinero ajeno y un montón de duro trabajo pueden tener resultados mágicos en este país. Si suma usted mis propiedades inmobiliarias y mis valores bancarios, resulta que poseo una cantidad quince veces superior a la suma que tomé prestada del señor Ashok. Vea usted mismo mi página web. Fíjese en mi lema; «Conducimos la tecnología hacia el futuro». ¡En inglés! Y vea las fotografías de mi flota: veintiséis Toyota Qualis nuevos y relucientes, todos con aire acondicionado para los meses de verano y todos contratados por famosas empresas de tecnología. Si le gustan mis todoterrenos, si quiere usted que los chicos y chicas de su centro de venta telefónica vayan a casa como es debido, haga clic donde dice:

¡CONTACTE CON ASHOK SHARMA AHORA MISMO!

¡Sí, Ashok! Así es como me llamo ahora: Ashok Sharma, empresario del norte de la India, radicado en Bangalore.

Si estuviera aquí sentado conmigo bajo esta gran araña, le mostraría todos los secretos de mi negocio. Podría usted mirar la pantalla de mi portátil Macintosh plateado y ver las fotos de mis todoterrenos, de mis garajes, de mis mecánicos y de mis bien engrasados policías.

Todos ellos son míos: ¡de Munna, cuyo destino era convertirse en un fabricante de dulces!

También vería fotos de mis chicos. De los dieciséis. Yo fui el chófer de mi amo; ahora soy el amo de mis chóferes. No los trato como a criados; no les pego, no los hostigo ni me mofo de nadie. Tampoco insulto a ninguno diciéndole que es de mi «familia». Ellos son mis empleados; yo, su jefe.

Ya está. Les hago firmar un contrato y yo lo firmo también, y todos debemos respetarlo. Nada más. Si ellos se fijan en mi modo de hablar, en mi modo de vestir, en mi costumbre de tenerlo todo limpio, progresarán. Si no, seguirán siendo chóferes toda su vida. Les dejo a ellos la elección. Cuando termina el trabajo, los saco de la oficina sin más. Nada de cháchara ni de tazas de café. Un tigre blanco no tiene amigos. Es demasiado peligroso.

Ahora bien, a pesar de mi asombroso éxito, no quiero perder el contacto con los lugares donde se desarrolló mi verdadera educación.

La calle y el asfalto.

Salgo a caminar por Bangalore por las tardes o a primera hora de la mañana. Sólo para escuchar las calles.

Una tarde, cerca de la estación, vi a una docena de obreros apiñados junto a un muro, hablando en voz baja. Era gente de aquí y usaban un idioma extraño. Pero no necesitaba entender sus palabras para deducir lo que estaban diciendo. En una ciudad a la que había llegado tanta gente de fuera, eran ellos los que habían quedado marginados.

Estaban leyendo algo en el muro. Yo quería ver qué era, pero ellos habían enmudecido y permanecían allí agolpados, sin dejarme pasar. Tuve que amenazarlos con llamar a la Policía para que abrieran paso y, de este modo, me dejaron ver lo que estaban leyendo.

Era la imagen impresa de las dos manos rompiendo unos grilletes:

EL GRAN SOCIALISTA VIENE A BANGALORE

Llegó al cabo de dos semanas. Organizó un gran mitin y pronunció un violento discurso lleno de fuego y sangre, que era un llamamiento a expulsar a los ricos de este país, porque no iba a haber agua para los pobres en diez años, porque el mundo

se estaba calentando.

Permanecí detrás, escuchándole. Al final, la gente se puso a aplaudir enloquecida. Hay mucha rabia acumulada en esta ciudad, eso es indudable.

Mantenga los oídos bien abiertos en Bangalore —en cualquier ciudad de la India— y percibirá usted indicios, rumores, amenazas de insurrección. Hay hombres que leen por las noches, sentados bajo las farolas. Hay hombres que forman corrillos, que discuten y alzan sus dedos hacia el cielo. ¿Se juntarán todos una noche y destruirán la Jaula?

¡Ja!

Quizás una vez cada cien años haya una revolución que libere a los pobres. Lo leí en una página de esos viejos libros de texto que usan en los tenderetes de té para envolver grasientas *samosas*^[14]. Fíjese, según decía esa página, sólo cuatro hombres en la historia han dirigido con éxito una revolución para liberar a los esclavos y matar a sus amos:

Alejandro Magno. Abraham Lincoln, de América. Mao, de su país.

Y un cuarto hombre. Quizás era Hitler, no lo recuerdo. Pero no creo que vaya a añadirse pronto un quinto nombre a esa lista.

¿Una revolución india?

No, señor. Eso no ocurrirá. La gente en este país aún espera que la guerra que ha de traer su libertad venga de otra parte: de la jungla, de las montañas, de China, de Pakistán. Y eso no ocurrirá. Cada hombre tiene que hacer su propio Benarés.

(El libro de tu revolución, joven indio, lo tienes en la boca de tu estómago. Cágallo y luego léelo).

Pero, en lugar de eso, se sientan todos frente a su televisión en color y miran partidos de críquet y anuncios de champú.

Respecto al asunto de los anuncios de champú, he de decir, señor primer ministro, que el pelo dorado ahora me repugna. No creo que sea sano para una mujer tener ese color de pelo. No me fio de la televisión ni de las vallas publicitarias con mujeres blancas que puede ver usted por todo Bangalore. Ahora me guío por mi propia experiencia, por todas las horas que he pasado en los hoteles de cinco estrellas. (Exacto, señor Jiabao: ya no frecuento los «barrios rojos». No está bien comprar y vender mujeres que viven encerradas en jaulas y son tratadas como animales. Ya sólo compro a las chicas que me encuentro en los hoteles de cinco estrellas).

Según mi experiencia, las chicas indias son las mejores.

(Bueno, las segundas mejores. Porque le digo una cosa, señor Jiabao: una de las visiones más excitantes que puede llegar a tener como hombre en Bangalore consiste en entrever la mirada centelleante de un par de chicas nepalíes desde la penumbra de

un autorickshaw).

De hecho, la presencia de esas extranjeras de pelo dorado (y ya verá que en Bangalore abundan actualmente) sólo ha servido para convencerme de que los blancos están en decadencia. Tienen todas un aspecto escuálido, casi raquítico. No verá nunca a ninguna con una buena barriga. La culpa la tiene, en mi opinión, el presidente de América; él ha hecho que sea perfectamente legal la sodomía en su país, y allí los hombres se casan unos con otros en lugar de casarse con mujeres.

Lo oí por la radio. Eso llevará a la decadencia del hombre blanco. Además, los blancos usan demasiado el teléfono móvil, cosa que les está destruyendo el cerebro. Es un hecho comprobado. Los móviles provocan cáncer en el cerebro y hacen que se te encoja tu masculinidad; los japoneses los inventaron para reducir al mismo tiempo el cerebro y las pelotas del hombre blanco. Esto lo escuché una noche en la parada del autobús. Hasta ese momento yo estaba muy orgulloso de mi Nokia y se lo enseñaba a todas las chicas de los centros telefónicos a las que quería hundirles mi pico. Sin embargo, después de oír aquello lo tiré. Cada llamada que quiera usted hacerme, tendrá que hacerla a un teléfono fijo. Tal cosa perjudica a mi negocio, pero mi cerebro es demasiado importante, señor. Es lo único que tiene un hombre inteligente en este mundo.

Los hombres blancos estarán acabados antes de que yo me muera. También están los negros y los rojos, pero no tengo ni idea de lo que traman: en la radio nunca hablan de ellos. Mi humilde previsión: dentro de veinte años, los hombres amarillos y los hombres morenos ocuparemos el vértice de la pirámide; seremos nosotros los que gobernemos el mundo entero.

Y que Dios se apiade de los demás.

Ahora debería explicarle aquella interrupción de mi relato que se produjo hace dos noches. Eso me permitirá, además, mostrarle las diferencias que hay entre Bangalore y Laxmangarh. Ya comprenderá, señor Jiabao, que tampoco es que usted llegue a Bangalore y descubra que aquí todo el mundo es recto y honrado. Esta ciudad tiene también sus matones y sus políticos. Lo que pasa es que aquí, si uno quiere ser buena persona, puede serlo. En Laxmangarh uno no tiene elección. Ésa es la diferencia entre esta India y aquélla: la posibilidad de elección.

Aquella noche yo estaba aquí, contándole la historia de mi vida, cuando empezó a sonar mi teléfono fijo. Todavía charlando con usted, levanté el auricular y oí la voz de Mohamed Asif.

—Señor, ha habido un problema.

Ahí fue cuando dejé de hablar con usted.

—¿Qué clase de problema? —pregunté. Sabía que Mohamed Asif había estado de servicio aquella noche, así que me preparé para lo peor.

Hubo un silencio; luego me dijo:

—Llevaba a las chicas a casa cuando he atropellado a un chico en bicicleta. Está muerto, señor.

—Llama ahora mismo a la Policía.

—Pero señor. Yo tengo la culpa. Lo he atropellado, señor.

—Por eso justamente has de llamar a la Policía.

Cuando llegué al lugar con una furgoneta vacía, la Policía ya estaba allí. El Qualis había quedado aparcado en la cuneta; las chicas aún seguían dentro. Había un cuerpo, el cuerpo de un chico, tirado en el suelo y ensangrentado. Al lado, la bicicleta aplastada y retorcida.

Mohamed Asif estaba un poco más allá, meneando la cabeza una y otra vez. Alguien le hablaba a gritos, con una pasión que sólo puede verse en un familiar del fallecido.

Un agente de Policía había retenido a todo el mundo. Me hizo un gesto al verme; nos conocíamos muy bien.

—Ése es el hermano del chico muerto, señor —me susurró—. Está fuera de sí. No he conseguido sacarlo de aquí.

Arranqué a Mohamed Asif de su trance.

—Toma mi furgoneta y lleva a esas mujeres a casa antes que nada. —Luego añadí, dirigiéndome al policía—: Deje que se vaya mi chico. Ha de llevar a esta gente a casa. Todo lo que tenga que hablar con él, puede hablarlo conmigo.

—¿Es que va a dejar que se vaya? —le gritó al policía el hermano del muerto.

—Mira, hijo —le dije yo—, soy el dueño de este vehículo. El pleito lo tienes conmigo, no con este conductor. Él estaba siguiendo mis instrucciones, que son conducir lo más deprisa posible. Son mis manos las que están manchadas de sangre, no las tuyas. Esas chicas tienen que ir a casa. Ven conmigo a la comisaría. Me ofrezco como garantía. Déjalas que se vayan.

El policía me siguió la corriente.

—Buena idea, hijo. Levantaremos un atestado en comisaría.

Mientras yo entretenía al hermano, suplicándole comprensión y apelando a su juicio y a su bondad, Mohamed Asif y todas las chicas subieron a mi camioneta y desaparecieron.

Ése era el primer objetivo: llevar a las chicas a casa. Tengo un contrato firmado con su empresa y yo siempre cumplo lo que firmo.

Fui a la comisaría con el hermano del chico muerto. Los policías que estaban de guardia me trajeron café. Al chico no. Él me lanzó una mirada furibunda mientras yo cogía la taza; parecía dispuesto a hacerme pedazos. Di un sorbo.

—El comisario llegará en cinco minutos —me dijo uno de los policías.

—¿Es él quién va a hacer el atestado? —preguntó el hermano—. Porque hasta ahora no han hecho nada.

Di unos cuantos sorbos más.

El comisario que controlaba aquella comisaría era un tipo al que yo había engrasado a menudo. Le había ajustado una vez las cuentas a un rival mío. Era un tipo de la peor clase, sin otra idea en su cabeza que sacarle todo el dinero que pudiera al que apareciese por su oficina. Pura escoria.

Sólo que era mi escoria.

El corazón me dio un brinco al verlo. Había venido a la comisaría en plena noche para echarme una mano. A fin de cuentas, también hay honradez entre los ladrones, tal como dicen. Él se hizo cargo de la situación con un simple vistazo. Sin prestarme atención, se acercó al hermano.

—¿Tú qué quieres?

—Quiero hacer una denuncia —dijo él—. Quiero que se abra un atestado de este crimen.

—¿Qué crimen?

—La muerte de mi hermano. Con el vehículo de este hombre —dijo señalándome con un dedo.

El comisario consultó su reloj.

—Dios, es muy tarde. Son casi las cinco. ¿Por qué no te vas a casa? Nosotros olvidaremos que has estado aquí. Dejaremos que te vayas.

—¿Y ese hombre? ¿Va a encerrarlo?

El comisario juntó las palmas. Dio un suspiro.

—Escucha, en el momento del accidente, la bicicleta no llevaba luces. Eso es ilegal, ¿lo sabías? Y hay otras cosas que saldrán a relucir. Te aseguro que saldrán otras cosas.

El chico lo miró fijamente. Sacudió la cabeza como si no hubiese oído bien.

—Mi hermano está muerto. Ese hombre es un asesino. No entiendo qué pasa aquí.

—Mira, vete a casa. Tómate un baño. Reza a Dios. Duerme. Vuelve por la mañana. Entonces haremos esa denuncia, ¿de acuerdo?

El hermano entendió por fin por qué lo había, llevado a la comisaría. Comprendió que había caído en la trampa. Quizá sólo había visto policías en las películas.

Pobre chico.

—¡Esto es un escándalo! ¡Llamaré a los periódicos! ¡Avisaré a los abogados! ¡Llamaré a la Policía!

El comisario, un hombre sin sentido del humor, se permitió una sonrisita.

—Sí, eso. Llama a la Policía.

El hermano salió furioso y lanzando amenazas.

—Cambiamos la matrícula mañana —me dijo el comisario—. Diremos que ha sido un caso de atropello y fuga del conductor. Usaremos otro coche. Tenemos unos cuantos abollados para estos casos. Has tenido suerte de que tu Qualis atropellara a un hombre en bicicleta.

Asentí.

Si el muerto es un tipo en bicicleta, la Policía ni siquiera hace un atestado. Si fuera en moto, en cambio, tendría que hacerlo sin falta. Y si iba en coche, te meten en la cárcel.

—¿Qué pasa si va a los periódicos?

El comisario se dio una palmada en la barriga.

—Tengo aquí a todos los periodistas de esta ciudad.

No le di ningún sobre entonces. Estas cosas tienen su lugar y su momento. Ahora era el momento de sonreír, de dar las gracias, de tomarme el café que me había ofrecido; era el momento de charlar de sus hijos —ambos estudian en América; luego quiere que vuelvan para montar una empresa de Internet— y de asentir y sonreír y mostrarle mis dientes limpios e impecables de tanto frotármelos con flúor. Nos tomamos varias tazas de café humeante bajo un calendario de la diosa Lakshmi (lanzando monedas de oro al río de la prosperidad). Encima, había un retrato enmarcado del dios de los dioses: un sonriente Matutina Gandhi.

Dentro de una semana iré a verlo con un sobre, entonces ya no será tan amable. Contará el dinero y me dirá: «¿Nada más? ¿Tienes idea de lo que cuesta mantener a dos hijos en una universidad extranjera? ¡Tendrías que ver las facturas de American Express que me envían cada mes!». Me pedirá otro sobre. Y luego otro y otro, Y así sucesivamente. Las cosas, señor Jiabao, no se acaban nunca en la India, como solía decir el señor Ashok con mucha razón. Tendrás que seguir pagando y pagando a los muy hijos de puta. Pero yo me quejo de la Policía como se quejan los ricos, no como los pobres.

Esa diferencia lo es todo.

Al día siguiente, llamé a Mohamed Asif a la oficina. Estaba muerto de vergüenza por lo que había hecho. No hacía falta que le hiciera ningún reproche.

Y no era culpa suya. Ni mía tampoco. Las empresas subcontratadas para las que trabajamos son tan tacañas que nos obligan a prometerles un número imposible de viajes por noche. Para cumplir esas exigencias, hemos de conducir a lo loco; hemos de seguir atropellando gente. Es un problema que tienen todos los servicios de taxi de esta ciudad. No me culpen a mí.

—No te preocupes, Asif —le dije. El chico parecía desolado.

He llegado a sentir respeto por los musulmanes, señor. No serán grandes lumbreras, salvo aquellos cuatro poetas, pero acaban siendo buenos chóferes y son

honrados en términos generales, aunque haya unos pocos que parezcan sentir esa necesidad apremiante de volar algún tren cada año.

No pensaba despedir a Asif. Pero sí le pedí que averiguase la dirección del chico, del que habíamos matado.

Él me miró fijamente.

—¿Para qué, señor? No tenemos nada que temer de la familia. Por favor, no lo haga.

Le obligué a averiguar la dirección e hice que me la diera.

Saqué dinero de mi armario privado: billetes nuevos y aún crujientes de cien rupias; lo puse en un sobre marrón, me subí a un coche y fui yo mismo a aquel sitio.

Me abrió la puerta la madre; me preguntó qué quería.

—Soy el dueño de la empresa de taxis —le dije.

No tuve que explicarle de cuál.

Ella me trajo café con una jarra de metal. Esta gente del sur tiene unos modales exquisitos.

Me serví una taza y empecé a darle sorbos como es debido.

En la pared había una foto de un joven, rodeada de una guirnalda de jazmín.

No dije nada hasta terminarme el café. Entonces deposité el sobre encima de la mesa.

Ahora había aparecido un hombre viejo, que permanecía de pie mirándome fijamente.

—Ante todo, quiero expresarle mi más profundo pesar por la muerte de su hijo. Puesto que yo también he perdido parientes, muchos, a decir verdad, sé lo que está sufriendo. Ese chico no tendría que haber muerto. En segundo lugar —proseguí—, la culpa es mía, no del conductor. La Policía me ha soltado. Así es como funciona esta jungla en la que vivimos. Pero yo asumo mi responsabilidad. Y le pido perdón.

Señalé el sobre marrón que había dejado encima de la mesa.

—Aquí hay veinticinco mil rupias. No se las doy porque tenga que hacerlo, sino porque quiero hacerlo. ¿Entiende?

La mujer no quería aceptarlo. Pero el viejo, el padre, no dejaba de mirar el sobre.

—Al menos —dijo— ha sido lo bastante hombre como para venir.

—Quiero ayudar a su otro hijo —le dije—. Es un chico muy valiente. Le plantó cara a la Policía el otro día. Si quieren, puede venir y trabajar de chófer conmigo. Si quieren, me ocuparé de él.

La mujer contrajo su rostro y negó con la cabeza. Se le caían las lágrimas. Era comprensible. Tal vez tenía puestas en aquel chico todas las esperanzas que mi madre había puesto en mí. Pero el padre se mostraba más receptivo; los hombres son más razonables en estos asuntos.

Le agradecí el café, me incliné respetuosamente ante la afligida madre y me

marché.

Mohamed Asif me estaba esperando en la oficina. Meneó la cabeza y me dijo:
—¿Por qué? ¿Por qué ha malgastado todo ese dinero?

Entonces pensé: «Quizás he cometido un error». Tal vez él les contaría a los demás chóferes que yo temía a la madre y ellos se creerían que podían estafarme. Esas cosas me ponen nervioso. No me gusta mostrar debilidad ante mis empleados. Sé adónde conduce todo eso.

Pero yo tenía que hacer algo diferente, ¿se da cuenta? No puedo vivir como vivían el Jabalí Salvaje, el Búfalo y el Cuervo; como probablemente viven «aún» allá, en Laxmangarh.

Yo ahora estoy en la Luz.

Ahora bien: ¿qué suele ocurrir en la típica historia de *El asesinato semanal* o en las películas hindi? Un pobre mata a un rico. Bien. Se lleva el dinero. Bien. Pero entonces empieza a tener sueños en los que el muerto le persigue con unos dedos ensangrentados mientras dice: «A-se-si-no, a-se-si-no».

En la vida real no es así. Créame. Es uno de los motivos por los que he dejado de ir a ver películas hindi.

Hubo sólo una noche en la que mi abuela me persiguió montada en un búfalo de agua, pero no ha vuelto a ocurrir.

La verdadera pesadilla que tienes es la «contraria». Te agitas en la cama soñando que no lo has hecho, que te acobardaste y que el señor Ashok salió indemne: que aún estás en Delhi, trabajando de criado. Y entonces te despiertas.

Dejas de sudar. Tú corazón se serena.

«¡Sí que lo hiciste! ¡Lo mataste!».

Unos tres meses después de llegar a Bangalore, me fui a un templo y llevé a cabo los últimos rituales por todo ellos: Kusum, Kishan y todas mis tías, primos, sobrinos y sobrinas. Incluso dije una oración por el búfalo de agua. ¿Quién sabe quién habrá sobrevivido y quién no? Luego les dije a Kishan, a Kusum y a todos los demás:

—Ahora dejadme en paz.

Y en términos generales, señor, así lo han hecho.

Un día leí una noticia en el periódico: «Una familia de diecisiete, asesinada en un pueblo del norte». Me empezó a palpar el corazón: ¿diecisiete? No puede ser, no es la mía... Era una de esas noticias breves de sucesos que aparecen todos los días en los periódicos: ni siquiera daban el nombre del pueblo. Sólo decían que era en la Oscuridad, cerca de Gaya. Lo leí una y otra vez. ¡Diecisiete! No hay diecisiete en casa... Resoplé. ¿Y si alguien había tenido más hijos?

Arrugué el periódico y lo tiré. Dejé de leerlo durante unos cuantos meses. Para no perder la calma.

Lo que les habría ocurrido es esto: o bien el Cigüeña los había hecho matar, o bien había mandado que mataran sólo a algunos y apalearan a los demás. Pero si milagrosamente él, o la Policía, no lo habían hecho, entonces los vecinos se habrían encargado de echarlos del pueblo.

Un chico malvado de una sola familia arrastra por el fango el buen nombre de todo un pueblo. Así que los vecinos les habrían obligado a marcharse y ellos habrían tenido que ir a Delhi, a Calcuta o a Bombay, a vivir bajo un puente, mendigando y sin la menor esperanza, lo cual no es mucho mejor que estar muerto.

¿Qué es lo que dice, señor Jiabao? ¿Me ha llamado «monstruo desalmado»?

Hay una historia, señor, que creo que oí en una estación de tren; o tal vez la leí en la página arrancada con la que me envolvieron una mazorca de maíz asada en el mercado, no lo recuerdo. Es una historia del Buda. Un brahmán taimado, con intención de confundirlo, le preguntó un día: «Señor, ¿te consideras un hombre o un dios?». El Buda sonrió y dijo: «Ni lo uno ni lo otro. Sólo soy uno que se ha despertado mientras todos los demás seguís durmiendo».

Le voy a dar la misma respuesta a su pregunta, señor Jiabao. Usted me dice: «¿Es usted un hombre o un demonio?». Le respondo que ni lo uno ni lo otro. Yo he despertado y los demás siguen durmiendo; ésa es la única diferencia entre nosotros.

No debería pensar en ella para nada. En mi familia.

Dharam, desde luego, no lo hace.

A estas alturas, él ya ha deducido lo que sucedió. Al principio le dije que nos íbamos de vacaciones, y me parece que se lo tragó durante un mes o dos. No dice nunca nada, pero a veces me doy cuenta de que me observa con el rabillo del ojo.

Sabe.

Cenamos siempre juntos, uno a cada lado de la mesa, mirándonos y sin decirnos gran cosa. Cuando ha terminado de comer, le doy un vaso de leche. Hace un par de noches, después de que se tomara la leche, le pregunté:

—¿No piensas a veces en tu madre?

Ni una palabra.

—¿Y en tu padre?

Él sonrió y me dijo:

—Dame otro vaso de leche, tío.

Me levanté de la mesa. Entonces dijo:

—Y un helado también.

—El helado es para los domingos, Dharam —le dije.

—No. Es para hoy.

Y me sonrió.

Lo ha adivinado todo, seguro. Pequeño chantajista del demonio. Seguirá callado mientras continúe alimentándolo. Si me voy a la cárcel, él se queda sin helado y sin vasos de leche, ¿no? Ese debe de ser su razonamiento. La nueva generación, se lo digo yo, está creciendo sin ninguna clase de moral.

Va a una buena escuela de Bangalore: una escuela inglesa. Ahora ya pronuncia el inglés como el hijo de un hombre rico. Sabe decir «pizza» tal como lo decía el señor Ashok. (Y no le gusta poco comerse esa bazofia asquerosa). Lo observo con orgullo mientras hace una larga división en un papel inmaculado sobre la mesa del comedor. Esas cosas yo no las aprendí.

Un día, lo sé muy bien, ese chico que se bebe la leche y se toma el helado que le doy, me preguntará: «¿No podías haber salvado al menos a mi madre? ¿No podías haberle escrito para que escapase a tiempo?». Y entonces tendré que encontrar una respuesta; o matarlo, supongo. Pero esa pregunta me queda aún a unos años de distancia. Hasta entonces seguiremos cenando juntos cada noche: Dharam —la única familia que tengo— y yo.

Sólo me queda una persona de la que hablar.

Mi ex.

Me pareció que no hacía falta rezar a los dioses por él, porque ya se encargaría su familia de ofrecer oraciones muy caras por su alma por toda la orilla del Ganges. ¿Qué pueden significar las oraciones de un pobre para los 36 000 004 dioses, en comparación con las que pueden ofrecerles los ricos?

Pero pienso mucho en él. Y tanto si me cree como si no, lo echo de menos. No se merecía su destino.

Debería haberle cortado el cuello al Mangosta.

En las últimas siete noches, Excelencia, se ha producido un gran salto hacia delante en las relaciones chino-indias. Tal como dicen: *Hindi-Chini Bhai Bhai*^[15].

Ya le he contado todo lo que le hace falta saber sobre el espíritu empresarial: cómo se favorece, cómo logra superar los obstáculos, cómo persigue sus objetivos con constancia y cómo es recompensado con la medalla de oro del éxito. Aunque mi historia ya ha concluido, señor, y mis secretos son ahora sus secretos, quiero decirle, si me lo permite, unas palabras para finalizar.

(Un viejo truco que he aprendido del Gran Socialista: justo cuando su audiencia empieza a bostezar, él anuncia unas «palabras para finalizar» y continúa dos horas más. ¡Ja!).

Cuando paso en coche por Hosur Main Road, cuando giro en Electronics City Phase 1, y voy desfilando frente a las distintas empresas..., no sé cómo explicarle la excitación que siento. General Electric, Dell, Siemens: todas ellas se han instalado en

Bangalore. Y hay muchas más en camino. Están construyendo por todas partes. Se ven montones de lodo por todos lados. Montones de piedra. Montañas de ladrillos. Toda la ciudad está oculta bajo una espesa capa de humo, de polución, de polvo y de partículas de cemento. Se halla bajo un velo. Cuando se alce ese velo, ¿cómo será Bangalore?

Quizá sea un desastre: barrios miserables, cloacas, centros comerciales, atascos, policías. Pero nunca se sabe. Quizá sea una ciudad decente donde los humanos puedan vivir como humanos y los animales como animales. Una nueva Bangalore para una nueva India. Y yo podré decir que he contribuido a mi manera a crear esa Nueva Bangalore.

¿Por qué no? ¿No formo parte yo mismo de todo lo que está cambiando en este país? ¿No he salido victorioso de la lucha que debería librar cada hombre pobre, es decir, de la lucha que has de librar para no recibir los latigazos que recibía tu padre y para no acabar en una montaña de cuerpos que se pudrirán en el lodo negro de la Madre Ganges? Cierto, está el asunto del asesinato; algo mal hecho, sin duda. A mí me ha ennegrecido el alma. Todas las cremas blanqueadoras que venden en los mercados de la India no volverán a dejarme las manos limpias.

Pero ¿no podría ser que todos los que cuentan en este mundo, incluido nuestro primer ministro (incluido «usted», señor Jiabao), hayan matado a uno u otro en su camino hacia la cima? Mata al número suficiente y te levantarán estatuas de bronce cerca de la Casa del Parlamento... Aunque eso sería la gloria, y no lo que yo persigo. Lo que yo quería era la oportunidad de ser un hombre. Y para eso, me bastó con un asesinato.

¿Qué pasará conmigo? Se lo está usted preguntando, lo sé.

Digámoslo así. Esta tarde, mientras pasaba en coche por Mahatma Gandhi Road, que es nuestra calle comercial de lujo, con un montón de tiendas americanas y de empresas de tecnología, he visto que la gente de Yahoo! colgaba en el exterior de sus oficinas un nuevo cartel:

¿ERES CAPAZ DE PENSAR EN GRANDE?

He sacado las manos del volante y las he puesto a una distancia más larga que la polla de un elefante.

—¡Así de grande, hijos de perra!

A mí me encanta mi empresa: esta araña, el portátil plateado y esos veintiséis Toyota Qualis. Pero, la verdad, me acabarán aburriendo tarde o temprano. Soy de esos hombres que «funcionan en primera», señor primer ministro. Al final, tendré que vender esta compañía a algún idiota, quiero decir, a algún empresario, y meterme en otra cosa. Estoy pensando en la propiedad inmobiliaria.

Yo siempre, ¿se da cuenta?, estoy pensando en el mañana, mientras que otros sólo ven el hoy. El mundo entero vendrá a Bangalore mañana. Diríjase al aeropuerto y vaya contando los edificios de acero y cristal que hay a medio construir. Mire los nombres de las empresas americanas que los están construyendo. Cuando todos esos americanos hayan llegado, ¿dónde cree que dormirán? ¿En la calle?

¡Ja!

Cada vez que veo un aparcamiento vacío, le echo un vistazo y me pregunto: «¿Cuánto le sacaré a un americano por esto en 2010?». Si el lugar tiene futuro como posible hogar de un americano, doy una paga y señal en el acto. El futuro del negocio inmobiliario está en Bangalore, señor Jiabao. Puede sumarse usted y hacer su agosto, si quiere. ¡Le echaré una mano!

Después de tres o cuatro años en el negocio inmobiliario, me parece que lo venderé todo, tomaré el dinero y crearé una escuela —una escuela inglesa— para los niños pobres de Bangalore. Una escuela donde no estará permitido corromper la mente con oraciones ni con historias sobre Dios o sobre Gandhi: nada salvo los hechos de la vida para esos chicos. ¡Una escuela llena de Tigres blancos desatados en Bangalore! Tendremos esta ciudad a nuestros pies, se lo digo. Podría convertirme en el amo de Bangalore. Le ajustaría las cuentas de inmediato a ese comisario de Policía. Lo subiría a una bicicleta y haría que Asif lo atropellase con el Qualis.

Todos estos sueños... quizás acaben en nada.

A veces pienso que nunca me atraparán, que la Jaula Gallinero requiere gente como yo que se escape de ella, y también amos como el señor Ashok (que, pese a sus muchas virtudes, no tenía gran cosa de amo), para que los eliminen y se vean sustituidos por criados excepcionales como yo. En tales ocasiones, me regodeo pensando que la familia del señor Ashok puede ofrecer un millón de dólares por mi cabeza y que no les servirá de nada. Yo he cambiado de bando: ahora soy uno de los que no pueden ser atrapados en la India. En tales ocasiones, levanto la vista hacia esta araña y me entran ganas de alzar las manos y de gritar con tal fuerza que mi voz se transmita a través de los centros de venta telefónica y llegue hasta América: «¡Lo conseguí! ¡He escapado de la Jaula!».

Pero, otras veces, alguien dice en la calle: «Balram» y yo me doy media vuelta, y entonces pienso: «Me acabo de delatar».

Que me acaben pescando es siempre una posibilidad. Las cosas nunca terminan en la India, como solía decir el señor Ashok. Es posible que entregues a la Policía todos los sobres y maletines que quieras y que, aun así, te acaben jodiendo. Algún día, un hombre de uniforme puede apuntarme con el dedo y decirme: «Se acabó, Munna».

Y sin embargo, aunque todas mis arañas se desmoronen y se hagan añicos, aunque me encierren en la cárcel y hagan que todos los demás prisioneros hundan sus

picos respectivos en mí, incluso aunque me hagan subir los escalones del patíbulo, nunca diré que cometí un error aquella noche en Delhi cuando le rebané el pescuezo a mi amo.

Seguiré diciendo que merecía la pena saber, aunque fuera un solo día, una sola hora, un solo minuto, lo que significa no ser un criado.

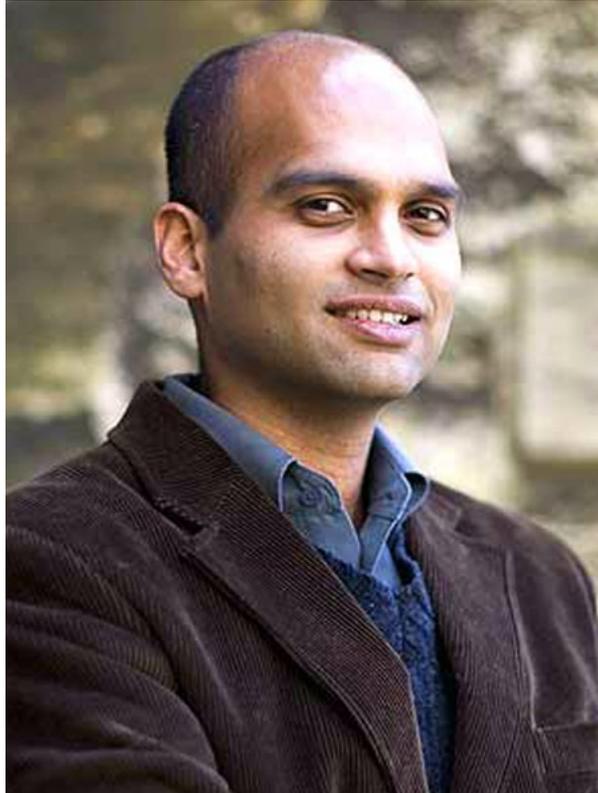
Creo que ya estoy preparado para tener hijos, señor primer ministro.

¡Ja!

Con mi eterno afecto,

Ashok Sharma, *el Tigre blanco*, de Bangalore

boss@whitetiger-technologydrivers.com



Periodista y escritor nacido en Chennai, India, el 23 de octubre de 1974. Posee la doble nacionalidad indio-australiana.

Pasó su infancia en Mangalore, estudiando en la Canara High School y en la St. Aloysius High School, donde terminó sus estudios secundarios con la mejor puntuación del estado en su categoría. Tras emigrar junto con su familia a Australia, estudió en la James Ruse Agricultural High School, así como en la Universidad de Columbia (Nueva York, Estados Unidos) y en el Magdalen College de la Universidad de Oxford (Reino Unido).

Su carrera periodística empezó como redactor especializado en temas financieros, trabajando para el Financial Times y el Wall Street Journal entre otros. Tras ser designado corresponsal en Asia de la revista Time, escribió la novela *Tigre blanco*, su primera obra, que fue galardonada en 2008 con el prestigioso Premio Booker.

NOTAS

[1] Mezcla de hojas de betel y especias, que se masca con fines digestivos. (*N. del T.*)

<<

[2] En la mayoría de las lenguas indias se llama Ganga y es una divinidad femenina.
(*N. del T.*) <<

[3] Escaleras de piedra junto al Ganges. (*N. del T.*) <<

[4] Torcas de pan. El *daal* es una mezcla de legumbres. (N. del T.) <<

[5] Somier de mimbre. (*N. del T.*) <<

[6] Dulce hecho de masa de harina frica y azúcar. (*N. del T.*) <<

[7] Aguardiente de palma. (*N. del T.*) <<

[8] Arroz con carne y especias. (*N. del T.*) <<

[9] Una especie de crepé típica de la cocina india. (*N. del T.*) <<

[10] Vegetal semejante al pimiento verde, pero con la consistencia de la berenjena (también conocido como «quingombó», «gombo» o «bamia»). El *chapatti* es el pan plano oriental. (N. del T.) <<

[11] Rosquilla frita de puré de patata o de lentejas. (*N. del T.*) <<

[12] Bebida a base de yogur y especias. (*N. del T.*) <<

[13] Cigarrillos asiáticos. (*N. del T.*) <<

[14] Empanadillas orientales. (*N. del T.*) <<

[15] «La India y China son hermanas». Viejo eslogan de la época del Nehru. (*N. del T.*) <<